

Revista Temas Número 49 enero-marzo 2007

Deporte: terreno cultural

Félix Julio Alfonso López. [Los estudios sobre deporte y sociedad: ¿una asignatura pendiente?](#). No. 49 enero-marzo 2007

Tracy Taylor y Kristine Toohey. [Deporte, género y diversidad cultural: explorando los nexos.](#) No. 49 enero-marzo 2007

Carlos E. Reig Romero. [Para una historia de los deportes en Cuba \(1800-1899\).](#) No. 49 enero-marzo 2007

Tarcyane Cajueiro Santos. [Globalización y deporte: el fútbol brasileño como megaevento.](#) No. 49 enero-marzo 2007

Santiago Prado Pérez de Peñamil. [Balompié: alternativa simbólica de los españoles en La Habana \(1898-1935\).](#) No. 49 enero-marzo 2007

Carlos Alberto González García. [Deporte y televisión: más de medio siglo de matrimonio.](#) No. 49 enero-marzo 2007

Denia García Ronda. [Hacia Beijing 2008 / 65.](#) No. 49 enero-marzo 2007

José Antonio Michelena. [Otra jugada de riesgo: deporte y literatura en Cuba.](#) No. 49 enero-marzo 2007

Carlos Delgado, Bruno Henríquez, José Lázaro Hernández, Pedro Luis Sotolongo, Rafael Hernández. [¿Una sociedad del conocimiento?](#). No. 49 enero-marzo 2007

Luis René Fernández Tabío. [El enclave étnico y la economía internacional.](#) No. 49 enero-marzo 2007

Daniel Rafuls Pineda. [La socialdemocracia europea en el gobierno: ¿izquierda o derecha?](#). No. 49 enero-marzo 2007

Eugênio Rezende de Carvalho. El americanismo universalista de José Martí. No. 49
enero-marzo 2007

Yania Suárez. Un debate literario en The New York Times. No. 49 enero-marzo 2007

*Jorge Ibarra. De cómo se forjó la identidad cubana en sus encuentros culturales con los
Estados Unidos.* No. 49 enero-marzo 2007

Los estudios sobre deporte y sociedad: ¿una asignatura pendiente?

Félix Julio Alfonso López

Historiador. Oficina del Historiador de la Ciudad.

El deporte es una metáfora de la vida, con euforia, tristeza, ira, injusticia, humor, orgullo y todo eso en un período de tiempo específico y limitado. Pero nunca debería servir para ocultar las situaciones de la «vida real».

John Vink

El deporte moderno conforma un territorio significativo de la realidad social desde hace por lo menos dos siglos. Está claro que no nos referimos a los múltiples juegos y experiencias físicas diversas que acompañan a la humanidad desde sus orígenes, sino a las prácticas deportivas organizadas, que tienen su génesis en un momento determinado del desarrollo del capitalismo.¹ El estudio y comprensión del deporte como hecho sociocultural debe partir de su reconocimiento «como espacio de juego, que posee su lógica propia, es sede de prácticas sociales muy particulares, que se han ido definiendo en el transcurso de una historia propia y que solo pueden comprenderse a partir de ella», según enunciara el sociólogo francés Pierre Bourdieu.² Observaba, en este sentido, cómo la palabra *record*, uno de los conceptos centrales dentro

del discurso competitivo, «recuerda la contribución que la actividad de los historiadores, encargados de registrar —*to record*— y celebrar las hazañas aporta a la constitución misma de un campo y de su cultura esotérica».³ La economía también hizo su aporte, con la noción de que todo debe ser medido y basado en *rankings*.

Con el despliegue de la modernidad, los juegos antiguos y medievales, junto a los de nueva creación, alcanzan plenamente la triple connotación que ya tenían desde sus comienzos: la de medio para la formación física y espiritual de las clases ociosas; la de espectáculo de masas para entretenimiento público, y la de dispositivo de control sobre las conciencias de amplias capas de la población.⁴ El primer punto se relaciona, lógicamente, con el hecho de que para practicar deportes se necesita capital económico y cultural previo, además de tiempo libre, una determinada edad y ciertas capacidades físicas solo al alcance de las clases dominantes. Para la pujante burguesía europea no se trataba de mostrar al resto de la sociedad la fuerza bruta, sino un cuerpo fuerte y sano que le propiciara distinción, salud y capital social.

Al drama deportivo como compensación o sustituto del conflicto y la violencia, presente ya desde la antigüedad —recordemos el circo romano o la famosa sublevación de la Niké contra Justiniano en el Imperio Bizantino, que comenzó en uno de los pocos espacios de disenso permitidos por el poder: el hipódromo de Constantinopla—,⁵ se une en el siglo XIX el impacto de las grandes masas obreras, el crecimiento de las ciudades y la aparición de una agresiva ideología burguesa basada en la competencia y el éxito. Encauzar de algún modo la explícita violencia social presente en la Europa decimonónica, fue uno de los papeles que debían cumplir las prácticas deportivas, en tanto construcciones históricas orientadas al control y la pacificación de una sociedad sacudida por el «desorden» industrial:

El deporte iba a irradiar a todo el mundo, movido por los higienistas que preveían la catástrofe biológica de millones de seres humanos urbanizados, con sus movimientos atrofiados por la especialización laboral y los límites de la ciudad; pero, paralelamente, la irradiación la iban a alimentar los políticos, que veían en la práctica deportiva un medio de integración de la agresividad social condicionada por el industrialismo; y, finalmente, los pensadores al servicio del orden establecido propiciarían el deporte como una fórmula de participación simbólica en la competición; la victoria y el éxito al alcance de cualquiera: bien como ejecutante (como médium), bien como espectador inmerso en la catarsis.⁶

Se forjó así toda una ideología y una filosofía política alrededor del deporte decimonónico, cuyas manifestaciones más conspicuas fueron el *fair play*, los discursos higienistas y estéticos, y el ideal *amateur*. La teoría del amateurismo se presenta como la supervivencia de una dimensión aristocrática en un mundo competitivo burgués, un pacto entre caballeros que ha logrado superar la inseguridad medieval y se rige conforme a organizaciones (equipos), jueces (árbitros) y normas (reglas del juego). Todo esto

hace del deporte una práctica desinteresada, semejante a la actividad artística, pero más adaptada a la afirmación de las virtudes viriles de los futuros jefes: el deporte se concibe como una escuela de valentía y de virilidad, capaz de «formar el carácter» y de inculcar la «voluntad de vencer» que define a los verdaderos jefes, pero una voluntad de vencer según las reglas: es el *fair play*, una disposición caballerosa totalmente opuesta a la búsqueda vulgar de la victoria a cualquier precio.⁷

Estudios recientes han demostrado que en la Inglaterra industrial e imperialista del siglo XIX, madre de buena parte de los deportes contemporáneos, la difusión del fútbol estuvo relacionada con el interés estatal de ocupar el tiempo libre de los jóvenes en fortalecerlos físicamente para servir al imperio y alejarlos así de las tentaciones sexuales (sobre todo de la masturbación y las prácticas homosexuales, frecuentes en los colegios victorianos), vistas por los higienistas y

Los estudios sobre deporte y sociedad: ¿una asignatura pendiente?

los pensadores positivistas como «enfermedades» del cuerpo social. De esta manera, el fútbol inglés debía ser rudo y agotador, con esa pizca de dolor añadido tan cara a los puritanos y moralistas de la época, al extremo de hacer exclamar al novelista Arthur Conan Doyle, defensa de un club de fútbol fundado por él mismo: «es mejor que nuestro deporte corra el riesgo de ser demasiado rudo, para evitar el peligro de afeminamiento».⁸

La medida de que las relaciones que imbrican lo social con el deporte suelen ser intensas y duraderas, nos la da el hecho de que hasta hoy, y luego de las profundas transformaciones sufridas por la sociedad inglesa tras las dos guerras mundiales y el desmoronamiento de su imperio colonial, incluyendo la revolución sexual de los años 60, el fútbol británico sigue identificado con patrones machistas y estereotipos sexuales, tales como el de que un buen jugador debe demostrar su «hombria» en el campo jugando con fortaleza sin importar su habilidad, pues esta última es sospechosa de amaneramiento y femineidad. Uno de los futbolistas más talentosos de la historia reciente de Gran Bretaña, George Best, era insultado desde las tribunas diciéndole que caminaba como una mujer, y todavía es frecuente escuchar ofensas a los árbitros llamándolos *wanker*, que quiere decir onanista, el que se masturba.⁹

Otra dimensión imprescindible a la hora de historiar los deportes es la que tiene que ver con su constitución, ya desde el siglo XIX, en un espacio para las luchas simbólicas entre grupos de las clases dominantes, y entre estas y las clases subalternas. Estas luchas pusieron en juego, entre otras cosas:

el monopolio para imponer la definición legítima de la actividad deportiva y de su función legítima: amateurismo contra profesionalismo, deporte-práctica contra deporte espectáculo [...] Asimismo el campo en sí está inserto en el campo por la definición del cuerpo legítimo y del uso legítimo del cuerpo, y en estas luchas se oponen, además de los entrenadores, dirigentes, profesores de gimnasia y demás comerciantes de bienes y servicios deportivos, los moralistas y en especial el clero, los médicos y sobre todo los higienistas, los educadores en el sentido más amplio —consejeros conyugales, dietistas— los árbitros de la elegancia y el buen gusto, etcétera.¹⁰

Ya en el siglo XX, la historia del deporte occidental registra una continua y profunda expansión de las prácticas físicas de las clases acomodadas a los asalariados, de los hombres a las mujeres, de los blancos a los negros, en un proceso de «democratización» que no nos debe ocultar, por ejemplo, el papel asignado por la ideología de la gran industria al tiempo libre del obrero, que no solo podía liberar las tensiones acumuladas y el estrés del trabajo en los juegos, sino que debía mantener en su tiempo de ocio las mismas

virtudes de sacrificio y dedicación esperables en el trabajo. Por ello no es casual que muchos de los clubes de fútbol organizados en Europa y América tuvieran su origen en grandes empresas fabriles, que trasladaban al espacio físico su «competencia» productiva.¹¹ No obstante este sentido manipulador otorgado por la burguesía al ejercicio físico, el escritor Eduardo Galeano nos recuerda que los proletarios también utilizaron el deporte como expresión de la lucha de clases y de sus reivindicaciones laborales:

El club Argentinos Juniors nació llamándose Mártires de Chicago, en homenaje a los obreros anarquistas ahorcados un primero de mayo, y fue un primero de mayo el día elegido para dar nacimiento al club Chacarita, bautizado en una biblioteca anarquista de Buenos Aires. En aquellos primeros años del siglo, no faltaron intelectuales de izquierda que celebraron al fútbol en lugar de repudiarlo como anestesia de la conciencia. Entre ellos, el marxista italiano Antonio Gramsci, que elogió «este reino de la lealtad humana ejercida al aire libre».¹²

Sin embargo, el bombardeo mediático generalizado a que estamos sometidos de manera constante sobre los más variados eventos deportivos en la sociedad globalizada del siglo XXI (TV por cable y pública, revistas, diarios, películas, Internet, etc.), pudiera hacer pensar en el deporte como un fenómeno inmutable, igual a sí mismo y que constituye su propio campo, limitado exclusivamente a lo corporal y físico, y por lo tanto ajeno a los conflictos y tensiones de la vida humana.

Nada más alejado de la verdad. Desde las multimillonarias ganancias generadas por la industria deportiva, incluyendo las franquicias para transmisiones televisivas a todo el planeta y por concepto de innovaciones tecnológicas (ropas e implementos deportivos, chips y balones «inteligentes»), hasta las complicadas conspiraciones para otorgar la sede de una Olimpiada (recordemos cómo Atlanta escamoteó los juegos de 1996 a Atenas), pasando por las dentelladas que se lanzan los mayores clubes de fútbol europeo para atraer a los jugadores más hábiles, hasta los discursos sobre la ética, la moral o la superioridad racial o política de quienes tienen éxito en las lides atléticas (incluyendo el fantasma del *doping* y el abandono del ideal amateur), el deporte contamina y se integra en los intersticios de la vida social y cultural, al tiempo que se constituye en un escenario privilegiado para la expresión de disímiles situaciones sociales y políticas «fuera del juego», más allá del simple entretenimiento o el autoperfeccionamiento personal.

Para el caso específico del fútbol, el deporte que mayor número de federaciones nacionales agrupa (más que las Naciones Unidas), valgan los siguientes comentarios del periodista Ignacio Ramonet en vísperas del Mundial de Alemania 2006:

Porque más que una práctica deportiva, el fútbol es hoy un espectáculo televisado para un público muy amplio cuyas vedettes se pagan a precio de oro. La compra y venta de futbolistas refleja el estado del mercado en la época de la globalización liberal [...] Toda una fauna de negocios gira alrededor del balón. Controla el mercado de las transferencias de jugadores, o el de las apuestas deportivas. Algunos equipos no vacilan en hacer trampa para asegurarse la victoria. Los casos comprobados son legión.¹³

II

El relativo abandono por las ciencias sociales contemporáneas del estudio de un fenómeno social y cultural de la importancia y riqueza del deporte, resulta de la mayor pertinencia epistemológica y metodológica. Es necesario enfocar las prácticas deportivas por encima del tradicional discurso vivencial, laudatorio o estadístico, y pensarlas como espacios con enormes poderes de convocatoria (muy superiores a la mayoría de las concentraciones políticas en el mundo actual); áreas donde se producen y discuten discursos identitarios, de clases, razas y géneros; territorios para la producción de socialización y para la liberación eufórica de pasiones colectivas —que solo encuentran su semejante en la cultura popular en los grandes conciertos de rock o salsa.¹⁴ Así como espacios de relativa autonomía libertaria, también son lugares privilegiados para la alienación, el consumo, la violencia y la reproducción del establishment, pues las capas populares tienden a identificarse con los valores de éxito y competitividad que promueven los astros deportivos, o caen hipnotizadas ante los grandes eventos atléticos, como si estuvieran presenciando una telenovela.

Pese a la evidencia de la necesidad de abordar los deportes como parte indisoluble de lo social, varios autores se han referido desde diferentes perspectivas a lo que Eduardo Galeano ha calificado como «la desconfianza» que le tienen algunos intelectuales (y no pocas academias) al mundo de los rituales deportivos. Galeano ilustra su tesis desde la mirada de aquellos escritores que han tratado de ridiculizar a quienes practicaban deportes, considerándolos «almas pequeñas» o idiotizadas (la frase pertenece a Rudyard Kipling) o simplemente ignorando su existencia, como en el caso de Borges, que dictó una conferencia sobre la inmortalidad el día que Argentina inauguró el Mundial de Fútbol de 1978. Un caso extremo en esta postura sería la del dramaturgo irlandés Oscar Wilde, que consideraba al fútbol un deporte «de lo más apropiado para niñas rudas, pero no apto para jóvenes delicados», para quienes el único ejercicio permisible era hablar. En opinión de Galeano, este desprecio vendría dado por considerarse al esfuerzo físico, desde una posición elitista

y conservadora, como antípoda de la «verdadera» cultura, como expresión de un goce popular primario y subalterno, sin la nobleza del arte.¹⁵

Semejante suspicacia también ha permeado al mundo académico y universitario en sentido general, incluyendo por supuesto el ámbito latinoamericano y cubano en particular. En la introducción a un sugerente volumen titulado *Sport, Identity and Ethnicity*, su editor, el antropólogo británico Jeremy Mc Clancy, intentaba resumir algunas de las razones que explican la ausencia de los temas relacionados con el deporte entre los estudios sociológicos, antropológicos e históricos contemporáneos. El valor de esta explicación es todavía mayor si tomamos en cuenta que Mc Clancy está hablando desde un campo académico que ha sido pionero en estos tipos de estudios, al menos desde finales de la década de los 60, donde, sin embargo, todavía reconoce insuficiencias y prejuicios.

Una de las autoras citadas en este ensayo introductorio, la socióloga Jennifer Hargreaves, considera que tal desatención se debe en parte a la extendida creencia en los predios letrados de que los estudios sobre deportes solo se preocupan por el cuerpo físico, visto como algo «natural» e «invariable», y que por lo tanto no merecen ningún tipo de análisis. Una razón adicional sería la opinión vulgarizada de que los deportes tienen su «vida propia», esencialmente separada de otros aspectos «importantes» del universo social, como el trabajo, la economía o la política. Según Hargreaves, esta perspectiva engañosa presenta al deporte como algo intrínsecamente inocente y liberador, agradable en su ejercicio, pero poco rentable en tanto objeto de estudio.¹⁶ Contrastando con estas representaciones que condenan el deporte y sus estudios subsecuentes al plano de los discursos «débiles» o «cálidos» y, en el mejor de los casos, al de los textos literarios, pero nunca «serios» o «académicos», Mc Clancy dice que:

For social scientist, the study of sports is not some tangential topic, to be pursued occasionally as an intellectual form of light relief from «the real stuff» of economics, politics, and public morality. Sport is a central activity in our societies, one embodying social values, and, as such, as deserving of systematic investigations as any other. Sport might be fun. That does not mean it should be disregarded by academics.¹⁷

[Para el científico social, el estudio de los deportes no es un tópico tangencial que pueda abordarse ocasionalmente como una manera de aliviarse de «la cosa real» en la economía, la política y la moral pública. Los deportes son una actividad central en nuestras sociedades, la personificación de valores sociales y, como tales, merecen investigaciones sociales como cualquier otra rama del conocimiento humano. Los deportes pueden divertir. Pero ello no significa que deben ser ignorados por los académicos.]

Uno de los campos donde se puede comprobar con más fuerza la relación entre lo social y lo deportivo, es en el carácter identitario que generan sus rituales. Tanto en

las sociedades arcaicas como en el mundo moderno, la práctica deportiva es un privilegiado dispositivo identitario. Ella ofrece un sentido de pertenencia (muchos aficionados o fanáticos se refieren a «su» club o a «su» equipo nacional de un determinado deporte, y consideran una «traición» su cambio por otro), y de diferencia con los que no comparten su predilección. También ofrece la oportunidad de compartir colectivamente sus emociones con aquellos que considera sus iguales (identidades de roles), ya sea en el estadio, en un club privado o en una organizada (o improvisada) asamblea deportiva de barrio. El deporte nos permite identificarnos con determinadas cualidades que desearíamos poseer, ya sea el valor, la fuerza, la rapidez, la consistencia, o con metavalores que remiten al arsenal simbólico de la nación, identificando los atributos y destrezas en un determinado deporte con las virtudes de un país o región.

No debemos olvidar que la identificación con un determinado club o deporte implica una «personificación» de esa práctica, en la cual se generan sentidos, devociones, representaciones e interpretaciones que abren un amplio espectro para la negociación o el enfrentamiento simbólico o explícito. Sobre la manera como se expresan, transgreden o restringen las pasiones y simpatías deportivas, en el ámbito social, el historiador francés Roger Chartier expresa: «El deporte es, en las sociedades contemporáneas, un buen ejemplo de que los controles sobre los afectos están suficientemente establecidos, de tal manera que los afectos pueden liberarse en un lugar particular, el estadio, y en un tiempo particular, el partido».¹⁸

Esta naturaleza conflictiva/afectiva del deporte encuentra su confirmación en el ejemplo de la introducción del béisbol en una aldea de los indios Pueblo en Nuevo México, que provocó el alineamiento de dos familias rivales en sus respectivos equipos de pelota y peleas durante los encuentros entre las madres de los jugadores rivales. Para restaurar la paz perdida en la comunidad, la alcaldía del lugar decidió prohibir el juego.¹⁹ En resumen, dice Mc Clancy:

Sports, in sum, may be used to fulfil a plethora of functions: to define more sharply the already established boundaries of moral and political communities; to assist in the creation of new social identities; to give physical expression to certain social values and to act as a means of reflecting on those values; to serve as potentially contested space by opposed groups [...] sports are vehicles and embodiments of meanings, whose status and interpretation is continually open to negotiation and subject to conflict.²⁰

[Los deportes, en síntesis, pueden utilizarse para cumplir una plétora de funciones: definir más claramente los límites prestablecidos de las comunidades morales y políticas; ayudar en la creación de nuevas identidades sociales; otorgar expresión física a ciertos valores sociales y actuar como un medio para reflejar esos valores; servir de espacio potencialmente en disputa por parte de grupos opuestos

(...) los deportes son vehículos y encarnaciones cuyos estatus e interpretación están abiertos de manera permanente a la negociación y sujetos a conflictos.]

Y añade este comentario que me parece de la mayor importancia para todos los estudiosos de las prácticas deportivas en tanto procesos socio culturales complejos:

Sports does not merely «reveal» underlying social values, it is a major mode of their expression. Sports is not a «reflection» of some postulated essence of society, but an integral part of society and, one, moreover, which may be used as a means of reflecting on society.²¹

[Los deportes no «revelan» solo los valores sociales subyacentes, sino constituyen el modo más importante de su expresión. No son un «reflejo» de alguna esencia postulada de la sociedad sino una parte integral de la sociedad y, más aún, aquella que puede ser utilizada como una manera de reflejar la sociedad].

III

Para el caso de América Latina, la situación actual de los estudios sobre deporte y sociedad presenta un aspecto mucho más favorable que en décadas precedentes. Y ello obedece, en buena medida, a la manera en que los deportes —y en especial el fútbol— han sido abordados como productores de eficaces narrativas identitarias y nacionalistas a lo largo y ancho del continente. De hecho, «podría señalarse que, en América Latina, quienes se han interesado por los estudios sociales de los deportes han mostrado una tendencia generalizada —aunque no exclusiva— a privilegiar, como objeto de investigación, un problema particular: el proceso de formación de identidades socioculturales en el marco de los espectáculos específicos.²²

Si el novelista brasileño Graciliano Ramos pronosticaba en 1921 que el fútbol era una cosa extraña y pasajera («una hoguera de paja») que no cumpliría ninguna función dentro de Brasil, y que en su lugar debían recuperarse los deportes tradicionales del sertón, la realidad no le dio la razón. Antes bien, el fútbol ha sido uno de los elementos más conspicuos de la identidad brasileña contemporánea, y en lugar de desaparecer

prosperó y no fue hoguera de paja. Tal vez por ser uno de los pocos espacios sociales que nació para las élites y del cual los sectores populares se apropiaron rápidamente, reivindicando el derecho de igualdad frente al juego del fútbol, valor que no existía en otras esferas sociales. «Floreció», quizás, por ser una de las pocas experiencias de participación cultural democrática en una república que se formó sin permitir la participación popular en la esfera altamente significativa de la política. El fútbol «floreció» no porque se volvió un hijo híbrido, aunque el discurso sobre el fútbol haya colaborado a construir su identidad

nacional, su perfil autóctono. «Floreció», tal vez, para oponerse a las críticas desencantadas del romancista frente a la sociedad y la ciudad.²³

Desde el libro primigenio de Mario Filho, *O negro no futebol brasileiro*, pasando por los tratados culturalistas de Gilberto Freyre, hasta los estudios contemporáneos de Roberto Da Matta, Brasil, la gran potencia deportiva sudamericana, ha sido uno de los países con mayor producción académica sobre las relaciones entre deporte y sociedad.²⁴ En las indagaciones del antropólogo Da Matta, cuyo uso de la categoría de *ritual* influyó en todos los estudios posteriores, este «buscaría comprender cómo el estilo de jugar canonizado como propio del Brasil expresaba la forma de ser o la identidad de ese pueblo. Da Matta concluía señalando que tanto en el fútbol como en su vida cotidiana los brasileños mostraban predilección por un buen «juego de cintura».²⁵

Entre las instituciones académicas brasileñas que más espacio han dedicado a los estudios deportivos desde lo social se destacan la Universidad de Campinas, la Universidad Gama Filho y la Estatal de Río de Janeiro, ambas en Río de Janeiro, y el grupo de Esporte e Mídia en la Universidad de Santa María (Rio Grande do Sul). A ellas se une el Museo Federal de Río de Janeiro (institución donde trabajó Da Matta). Sin embargo, si bien

la investigación brasileña sobre el campo es la más sistemática y extendida, ayudada por el nivel universitario de sus departamentos de educación física y la importancia y solidez de su posgrado, [...] la colocación es periférica dentro de las ciencias sociales y no ha constituido, hasta hoy, una organización articuladora de toda la producción.²⁶

En el caso de Argentina, la situación es semejante. A ello se han referido autores como el antropólogo Eduardo P. Archetti, quien analizó la formación de un imaginario nacionalista argentino a través del discurso del periodismo deportivo y de la contraposición entre el estilo libre de jugar del *pibe* frente al estilo-máquina anglosajón.²⁷ Uno de los principales estudiosos sobre sociología e historia del deporte en el continente, Pablo Alabarces, llega a afirmar que:

La nación se conforma también a través de los relatos periféricos. Uno primero piensa en relatos centrales, originados en la literatura, la cátedra y la política; pero la nación se construye en escenarios múltiples y a través de relatos periféricos, como la danza, las costumbres, la cocina y el deporte. En torno a ellos se discute la representación de lo nacional. En Argentina, el fútbol se hace cargo de lo patriótico de una manera vigorosa y ayuda a construir la idea que tenemos de patria. En los mundiales es cuando esto más se manifiesta.²⁸

También en esta dirección se pronuncia Archetti, quien elabora su tesis combinando la formación de la identidad nacional argentina con la construcción de

El deporte ha sido un campo, si no abandonado definitivamente por las ciencias sociales cubanas, al menos si desatendido, quizás por el prejuicio de considerarlo una actividad social de segundo orden, una manifestación de la cultura popular «inferior» frente a otros objetos más visibles de lo político, lo social o lo económico.

masculinidades, y también la manera como los escenarios urbanos del ritual futbolístico hunden sus raíces en el territorio rural de la pampa:

En la Argentina, el fútbol es no solo una arena eminentemente masculina sino que está también asociado históricamente a la construcción de una identidad nacional a través del éxito internacional del equipo «nacional» y a la «exportación» de grandes jugadores a Europa desde 1920. El sentido de pertenencia a un lugar se construye alrededor de esos momentos de reconocimiento, cuando la práctica social del fútbol, introducida en el país por miles de inmigrantes británicos en 1880, expone súbitamente sus conexiones con una particular visión de lo territorial. La memoria del fútbol, su fundación mítica, aparecerá, entonces, influenciada por la imagen de la pampa y el potrero.²⁹

Pablo Alabarces, coordinador del Grupo de Trabajo de CLACSO «Deporte y Sociedad»,³⁰ une a su importante producción científica sobre el tema³¹ una meditada reflexión metodológica. Quizás uno de los textos centrales donde se refleja su preocupación por los contenidos, miradas y ángulos de interpretación en el campo de los estudios deportivos latinoamericanos, es la introducción a *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, titulada significativamente: «Los estudios sobre deporte y sociedad: objetos, miradas, agendas», versión aumentada del texto publicado en *Nueva Sociedad* bajo el rótulo de: «¿De qué hablamos cuando hablamos de deporte?».

Partiendo de la reflexión de Mc Clancy para Europa, Alabarces constató también un olvido o desinterés de las ciencias sociales latinoamericanas sobre los fenómenos de la cultura popular, y especialmente los relacionados con las prácticas deportivas. En esta dirección, apuntó:

Las razones para ese bloqueo inicial (aunque prolongado: cien años) son múltiples. El deporte latinoamericano integró durante todo este tiempo un lote cada vez más reducido de prácticas culturales cuya puesta en objeto parecía prohibida. Las ciencias sociales del continente, atentas por principio a las diferentes maneras en que se estructuran la sociabilidad y la subjetividad, las identidades y las memorias, no constituyeron hasta tiempos muy recientes saberes especializados sobre estas prácticas. En el caso argentino, el más cercano a mi experiencia de trabajo, operó una causa primera: justamente, el peso del deporte

—principalmente el fútbol— en la constitución de la identidad y la subjetividad. El deporte se superimprime a situaciones identitarias clave: la socialización infantil, la definición de género —especialmente, la masculinidad—, la conversación cotidiana, la constitución de colectivos.³²

Para salvar los desequilibrios y asimetrías derivados de una situación como la descrita, Alabarces propone encontrar nuevos terrenos de análisis —la violencia, el género, las razas, las narrativas, los medios de comunicación, los mitos individuales—; superar aquellos tópicos enraizados en la tradición bibliográfica —el deporte como arena simbólica para el conflicto (Geertz), su carácter ritual— y prevenir los excesos a que podría conducir la presencia cotidiana del deporte en nuestras vidas —la banalización, los lugares comunes—, y finalmente constituir un campo verdaderamente sólido donde los estudios sociales y culturales tributen y reciban intercambios desde otras disciplinas. En este sentido, concluye:

Pero lo fundamental es ubicar esos estudios en un contexto de totalidad. Si sostuvimos que el deporte escamotea esa totalidad, reponiendo un contexto limitado al estadio o a los avatares de una pelota (y sus minucias cotidianas), nuestros estudios no pueden cometer ese mismo error [...] nuestro reclamo consiste en focalizar el deporte como un punto de vista privilegiado para la reflexión crítica sobre nuestras sociedades. Al hablar de deporte pretendemos señalar, con mayor o menor oblicuidad, otros diagnósticos: de nuestras culturas massmediáticas, de nuestros mapas de exclusión, de nuestras narrativas nacionalistas, del repertorio de tensiones que recorre Latinoamérica.³³

IV

En Cuba se verifica la paradoja de ser uno de los países de América Latina y el Caribe con una mayor tradición deportiva, desarrollada durante los últimos cuarenta y siete años gracias a un fuerte apoyo estatal a las prácticas de los más variados deportes, y al mismo tiempo carecer de estudios culturales serios y sistemáticos sobre estas prácticas.

En el lapso en que crecieron y se democratizaron en el país los más diversos saberes científicos, incluyendo los de las ciencias sociales, no se produjo un acercamiento

entre la historia, la sociología o la antropología y el deporte; ello explica la ausencia de una producción de discursos desde aquellas sobre el campo de las experiencias de la educación física y los rituales atléticos. La paradoja es aún mayor cuando se comprueba el decisivo impacto de los deportes en Cuba, a lo largo de casi dos siglos, en la formulación de identidades colectivas, la construcción de sentidos de pertenencia, la complejización de la vida social y la conformación de una cultura nacional de raíz popular.

El deporte ha sido un campo, si no abandonado definitivamente por las ciencias sociales cubanas, al menos si desatendido, quizás por el prejuicio de considerarlo una actividad social de segundo orden, una manifestación de la cultura popular «inferior» frente a otros objetos más visibles de lo político, lo social o lo económico. De tal suerte, la historia del deporte no se ha integrado al conjunto de las narrativas sobre el devenir nacional, y ha sido relegada al universo de la ficción literaria (cuento, poesía, algo de teatro), del costumbrismo o del periodismo especializado, el cual ha ignorado también que el deporte no un fenómeno que siempre se ha comportado de la misma manera, sino con una historia propia. Quienes hemos empezado a desbrozar este camino, nos hemos encontrado que las «fuentes» para estudiar los deportes en Cuba muchas veces no pasan de fragmentos de relatos o poemas, algunas canciones, una enorme masa de crónicas periodísticas más o menos afortunadas y un puñado de metáforas.

Una simple ojeada a los libros sobre deportes que se publican en Cuba hoy (bastante pocos, por cierto) nos pondría en evidencia la ausencia total de enfoques culturales o desde las ciencias sociales. Incluso, la propia exclusión de los textos deportivos de la Editorial de Ciencias Sociales y su inclusión en la Científico-Técnica refleja una orientación metodológica que elude los saberes sociales y privilegia aquellos más «científicos» (que en realidad no pasan de ser muchas veces pasajes anecdóticos y series estadísticas). Entre los años 2002 y 2004 la editorial Científico-Técnica publicó solo seis libros sobre deportes. En 2002, vio la luz *Fama sin dólares*, de Rafael Pérez Valdés y Oscar Sánchez Serra, un conjunto de entrevistas y recopilación estadística sobre cuatro grandes figuras del deporte revolucionario: Ana Fidelia Quirot, Teófilo Stevenson, Alberto Juantorena y Javier Sotomayor. *Elegidos por la gloria* (2004), de los periodistas Juan Velázquez e Irene Forbes, contiene minibiografías de cien deportistas del siglo xx en Cuba. Otros dos textos que salieron en este momento fueron una biografía del corredor Enrique Figuerola, y un recuento estadístico de la actuación del judo cubano en campeonatos mundiales y juegos olímpicos.

El beisbol, deporte nacional y con una rica historia de más de cien años, solo tuvo dos aproximaciones en

este período: la de Rogelio Letusé, *Beisbol: términos y anécdotas* y la del veterano periodista deportivo Severo Nieto con su biografía del estelar lanzador José Méndez.³⁴ Ambos libros son eminentemente informativos, amenos y escritos sin pretensión académica. En el primero, el argumento principal es el origen y la traducción al español de los términos más utilizados en el argot del beisbol estadounidense; mientras que la biografía de Méndez, electo al Salón de la Fama de Cooperstown en 2006 y uno de los más grandes jugadores negros de todos los tiempos, carece de un estudio adecuado de la época histórica en que vivió el jugador y le falta además un ingrediente fundamental: la capacidad de emocionar al lector.

La cuestión del beisbol es aún más dramática, precisamente por lo que este deporte ha contribuido a la conformación de narrativas nacionalistas y relatos identitarios —algo muy similar a lo sucedido en Argentina y Brasil con el fútbol. Sin embargo, la escuálida producción nacional sobre el tema no rebasa lo meramente anecdótico o periodístico, la reiteración de la biografía y la saturación del costumbrismo. Excepciones notables como el libro de entrevistas a peloteros míticos de los años 60, realizadas por el novelista Leonardo Padura y el periodista Raúl Arce, no hacen sino acentuar esta paradoja. Libros de este corte son necesarios e incluso útiles, pero su redundancia nos puede llevar a la monotonía y al empobrecimiento de nuestros estudios.³⁵

Un libro que se aparta un tanto de esta orientación primaria es el del italiano Mauro Pascolini, *Deporte y revolución*, un curioso caso que integra estudios propios de la antropología física y la medicina del deporte con entrevistas, crónicas, selecciones de frases de dirigentes de la Revolución, y junto a ellos, textos de historia social y política del deporte en Europa. Sin embargo, se trata de un *corpus* desigual y que no muestra ninguna exposición sociológica o histórica sobre el deporte cubano.³⁶

Al margen del panorama editorial, han tenido lugar en los últimos años un grupo de eventos sobre historia y sociología del deporte que se han caracterizado por su pluralidad temática y metodológica, con la presencia de profesionales de diversos campos de las ciencias sociales y las humanidades.³⁷ No se trata de un campo articulado y cuyos textos en su mayoría permanecen inéditos.³⁸

Fuera de Cuba, la situación tiende a ser diferente. Si bien persisten en el ámbito del beisbol algunos intentos estadísticos, biográficos y anecdóticos, centrados por razones políticas y sentimentales de la comunidad emigrada en la etapa prerrevolucionaria,³⁹ los académicos cubanos residentes en aquel país y algunos estadounidenses han comenzado a moverse en otra

dirección y prestado especial atención al comportamiento de las políticas deportivas posteriores al triunfo de la revolución. Quizás uno de los estudios más interesantes dentro de esta corriente sea el de Katherine E. Baird «Cuban Baseball: Ideology, Politics and Market Forces», donde su autora establece una sugerente comparación entre la organización, composición de los equipos y móviles económicos de los equipos de Grandes Ligas y sus similares del beisbol cubano.⁴⁰

Me referiré, para concluir, a los dos estudios que más han aportado en la última década, desde la academia estadounidense, al conocimiento de la historia del beisbol cubano y al reconocimiento de sus profundas y prolongadas implicaciones con otros aspectos sociales, económicos, políticos y culturales de la historia del país. El primero es el del historiador Louis A. Pérez Jr., profesor de la Universidad de Carolina del Norte y autor de una vasta bibliografía sobre temas históricos cubanos. Su primera incursión en el tema fue con el artículo de 1994 titulado «Between Baseball and Bullfighting: The Quest for Nationality in Cuba, 1868-1898», cuya tesis central rezaba:

Baseball arrived in colonial Cuba at critical moment in the formation of national identity, even as Cubans were assembling the distinct elements that defined a separate nationality. Sports, of course, are inherently neutral in the sense that they do not dictate their own social functions. And although any given sport may arrive in a country loaded with moral codes and normative imperatives, the meaning and use assigned to those imported values respond to a wide range of local social constructions and political needs. A sport can serve as an instrument of empire and a means of social control, but in another place and at a different place, it can just readily serve as a source of liberation and a means of nationality.⁴¹

[El béisbol llegó a la Cuba colonial durante un momento crítico en la formación de la identidad nacional, incluso cuando los cubanos estaban armando los elementos distintivos que definían una nacionalidad separada. Desde luego, los deportes son inherentemente neutrales, en el sentido de que no dictan sus propias funciones sociales. Y aunque un deporte determinado puede llegar a un país cargado de códigos e imperativos morales, el significado y el uso asignado a esos valores responden a un amplio rango de construcciones sociales locales y necesidades políticas. Un deporte puede servir como instrumento de un imperio y como medio de control social, pero en otro lugar diferente puede servir como medio de liberación y como medio para expresar la nacionalidad.]

Estas ideas alcanzan un mayor desarrollo en el libro *On Becoming Cuban. Identity, Nationality and Culture*, que dedica dos capítulos al tema del beisbol («Affirmation of Affinity» y «Baseball and Becoming») como parte fundamental de las narrativas nacionalistas y de la conformación de un imaginario nacional que tiene entre sus principales influencias de la cultura popular

Los estudios sobre deporte y sociedad: ¿una asignatura pendiente?

norteamericana al juego de pelota. También Pérez enfatiza en la profunda interdependencia que se anuda entre el beisbol cubano y el estadounidense en los años republicanos y la manera como el beisbol y otros deportes sirvieron a las clases humildes como mecanismo para el ascenso social y la reproducción de espacios de sociabilidad.⁴²

El otro autor que ha tratado el tema con amplitud y desde la perspectiva de los estudios culturales es el crítico literario y profesor de la Universidad de Yale, Roberto González Echevarría.⁴³ Casi simultáneamente con el artículo citado de Pérez, el autor de *La Prole de Celestina* publicó un texto, a mi juicio fundacional en la historia del ensayo cultural cubano, y que su autor tituló «Literatura, baile y beisbol en el (último) fin de siglo cubano».⁴⁴ El artículo constituye la columna vertebral de su interpretación del beisbol como uno de los relatos centrales de la formación nacional en el siglo XIX, y que su autor desarrolla con amplitud en el libro *The Pride of Havana. A History of Cuban Base Ball* (1999),⁴⁵ traducido al español como *La Gloria de Cuba. Historia del beisbol en la Isla* (2004).⁴⁶

La tesis central del texto antes citado, y su originalidad íntima, radica en la manera en que González Echevarría logra articular su estudio de las tempranas experiencias beisboleras en Cuba con otras manifestaciones culturales contemporáneas, como el danzón y la literatura modernista, exponiendo este triple complejo como precursor no solo de una mitología originaria, sino de todo un conjunto de características modernas y prácticas anticoloniales que acompañan al proceso de consolidación nacional posterior a la Guerra de los Diez años y previo a la guerra de 1895. En sus palabras:

La literatura, el beisbol y el baile se refuerzan mutuamente como componentes de la nacionalidad en ciernes. En su base los une la sociabilidad de estas actividades, su carácter aglutinador y distribuidor de jóvenes, la canalización del deseo mediante la estilización estética. También los une el rechazo unánime de lo español, el ansia de ser distinto de la metrópoli, sobre todo más moderno y democrático [...] Bailar el danzón, gustar de una literatura estetizante y erótica, practicar el beisbol eran todas actividades modernas y contrarias al espíritu del régimen colonial.⁴⁷

A lo que añade esta conclusión incitadora de nuevos estudios:

Pero más allá de Cuba y su último fin de siglo, lo notable en el proceso mediante el cual el baile, el beisbol y la literatura se confabulan en la formación de la nacionalidad es el hecho de que los dos primeros son actividades físicas y esencialmente lúdicas. Creo que el caso cubano puede servir de lección para el estudio de la emergencia de las modernas nacionalidades, que se piensan casi siempre sobre la base de actividades políticas e intelectuales, ignorándose otras de carácter más material o físico, como los juegos, los rituales colectivos, los bailes, y hasta la cocina. Todas estas

actividades también constituyen discursos aptos para ser analizados junto con la literatura, mediante una especie de antropología que probablemente no sabremos postular, sin embargo, sino a base de la literatura misma, que las contiene a todas.⁴⁸

El autor de este artículo, siguiendo la estela de Louis A. Pérez Jr. y González Echevarría, ha querido continuar profundizando en la historia del deporte cubano, y específicamente del béisbol, entendiéndolo como práctica sociocultural de larga duración y hondas repercusiones en la conciencia de la nación.⁴⁹ Acudiendo a fuentes primarias desconocidas o poco explotadas, como es el caso toda la producción literaria y periodística que generó el béisbol en el siglo XIX (buena parte de ella hoy en pésimo estado de conservación o perdida para siempre), he tratado de explicar la manera en que se configuraron las narrativas nacionalistas de las diferentes opciones políticas cubanas; los modos en que se estructuraron sus imaginarios sociales, de raza y género; las tensiones generadas entre Cuba y los Estados Unidos expresadas a través del juego de pelota; las diversas recepciones del béisbol por la literatura, entre otras importantes cuestiones que se continúan en el siglo XX y aun en el XXI.

Las ciencias sociales cubanas, y en general los estudios culturales, tienen en las prácticas deportivas un campo virgen para la investigación y difusión de conocimientos que nos permitan explicarnos mejor la sociedad del pasado y también la presente. Para los historiadores, uno de los temas ineludibles es la relación del capitalismo cubano con las prácticas deportivas, y derivado de ello es necesario realizar estudios de sus asociaciones, clubes y equipos; de la impronta del mercado, la publicidad y los negocios en el mundo de las corporaciones atléticas, así como de los valores de modernidad, cosmopolitismo e identidad que se transmiten a través de la radio, la televisión y de las secciones especializadas en deportes de los periódicos y revistas de gran tirada nacional como *Diario de la Marina*, *Bohemia* y *Carteles*. También están por estudiar tópicos muy arraigados en el imaginario nacional como el racismo (la liga de béisbol amateur cubana durante su existencia prerrevolucionaria fue un circuito eminentemente racista) o el regionalismo acendrado que caracteriza a los rituales deportivos hasta nuestros días.

En la actualidad, sucesos cada vez más frecuentes como los de la violencia, real o simbólica (ataques verbales a árbitros y jugadores, daños a la propiedad pública, agresiones y riñas entre fanáticos), que trasciende los estadios de béisbol y se traslada a partidos de fútbol o baloncesto, devienen en un escenario privilegiado de sustitución del conflicto social que la sociología no debería desaprovechar. Otro tanto podría decirse del

estudio de esas zonas favoritas para el disenso y el debate que son las discusiones en peñas deportivas más o menos informales.

Los estudios de género podrían reflexionar sobre los estereotipos sexuales (afirmaciones de la masculinidad, machismo, hombría) que transmiten los diferentes deportes y también acerca del papel cada vez mayor que asumen las mujeres en las prácticas de especialidades u oficios antes reservados al sexo masculino (solo en fecha muy reciente una mujer pudo actuar como árbitro en un diamante de béisbol cubano). Los psicólogos, entretanto, tienen ante sí las tensiones y conflictos humanos que generan en los deportistas cubanos la presión de la alta competición (el síndrome de no estar a la altura de lo que se espera de ellos, inestabilidad emocional) y su inserción en un escenario internacional dominado por las leyes del mercado y las grandes corporaciones.

Los lingüistas, por su parte, no deberían desperdiciar el caudal de fraseologismos o idiomatismos que los cubanos empleamos todos los días, provenientes de los más variados juegos, para calificar situaciones y contextos de la vida cotidiana; los usos y la difusión a través del periodismo especializado del argot deportivo o las relaciones alegóricas que se establecen entre el arte y la literatura cubana contemporánea y el deporte, uno de cuyos ejemplos más conspicuos es la primera antología de cuentos cubanos sobre béisbol, seleccionada por los narradores Francisco García González y Miguel Terry Valdespino, que publicará próximamente la Editorial Unicornio de San Antonio de los Baños.⁵⁰

Pero este no es más que el inicio de un largo camino, que para tener éxito deberá ser una experiencia multidisciplinaria y compartida entre cronistas deportivos, profesores de educación física, deportistas y, a estas alturas espero haberlo demostrado, los científicos sociales.

Notas

1. Existen diversas historias culturales y textos de sociología del deporte. Entre ellos, son ya clásicos Johan Huizinga, *Homo Ludens*, Madrid, 1972; Richard D. Mandell, *Historia cultural del deporte*, Ballaterra, S.A., Barcelona, 1986; Tony Mason, *El deporte en Gran Bretaña*, CIVITAS, Madrid, 1994 y Norbert Elías y Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1992.
2. Pierre Bourdieu, «¿Cómo se puede ser deportista?», *Sociología y Cultura*, Grijalbo, México, D.F., 1990, p. 196.
3. *Ibidem*.
4. «Existe consenso entre los sociólogos e historiadores en que los deportes, como un conjunto de prácticas especializadas (de carácter experimental) orientadas a llevar hasta sus límites la potencia física

humana, son un fenómeno propio de la modernidad, que acompaña el proceso de “civilización” y de racionalización de la violencia» (Sergio Villena Fiengo, «Gol-balización, identidades nacionales y fútbol», en Pablo Alabarces (comp.), *Futbológicas. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2003, p. 258).

5. Un relato de estos hechos, en el clásico de Edward Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire (1776-1788)*. Irónicamente, la actual empresa estadounidense Nike es productora de artículos y ropa deportiva, y patrocinadora de equipos y eventos a nivel internacional.

6. Manuel Vázquez Montalbán, «Prólogo» a *Cien años de deporte*, Difusora Internacional, Barcelona, 1972.

7. Pierre Bourdieu, ob. cit., p. 198.

8. David Winner, *Those Feet*, citado por Raúl Fain Binda en «El fútbol como penitencia», BBCMundo.com, www.bbcmundo.com, 2 de abril de 2005.

9. *Ibidem*.

10. Pierre Bourdieu, ob. cit., p. 198.

11. Álvaro Rodríguez Díaz, «Trabajo y ocio: la civilización hacia el tiempo del deporte», www.cafyd.com/HistDeporte, 12 de febrero de 2007.

12. Eduardo Galeano, «El opio de los pueblos?», *El fútbol a sol y sombra*, Catálogos Editores, Buenos Aires, 1995. Esta también es la percepción de Ignacio Ramonet cuando dice: «Como en la vida, los perdedores en el fútbol son más numerosos que los ganadores. Por eso ha sido siempre el deporte de los humildes, que ven en él, consciente o inconscientemente, una representación de su propio destino. También saben que amar a su propio club es aceptar el sufrimiento. En caso de derrota, lo importante es permanecer unidos, juntos. Gracias a esta pasión compartida, se tiene la seguridad de no quedar nunca aislado. “You will never walk alone” [Nunca caminarás solo] cantan los hinchas de Liverpool FC, club proletario inglés». Véase Ignacio Ramonet, «Planeta Fútbol», *Le Monde Diplomatique*, lunes 12 de junio de 2006 (edición digital).

13. Ignacio Ramonet, ob.cit.

14. Javier Lasarte Valcárcel, «Imágenes, culturas y dificultades de la pasión beisbolera», *Nueva Sociedad*, Caracas, marzo-abril de 1998, p. 66.

15. Véanse estos comentarios en Eduardo Galeano, ob. cit.

16. Jennifer Hargreaves, *Sporting Females: Critical Issues in the History and Sociology of Women's Sports*, Routledge, Londres, 1994.

17. Jeremy Mc Clancy, ed., *Sport, Identity and Ethnicity*, Berg, Oxford, 1996, p. 2.

18. Roger Chartier, *Cultura escrita, literatura e historia*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2000, p. 231. Para una ampliación, véase «Le sport ou la libération controlée des émotions», introducción de Chartier a la traducción francesa del clásico de Norbert Elias, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, Fayard, París, 1994, pp. 7-24.

19. Robin Fox, «Pueblo Baseball. A New Use for Old Witchcraft», *Journal of American Folklore*, v. 74, Columbus, Ohio, 1961. Citado por Jeremy Mc Clancy, ob. cit., p. 7.

20. Jeremy Mc Clancy, ob. cit., pp. 7-8.

21. *Ibidem*, p. 4. La perspectiva europea sobre estos estudios ha mejorado notablemente en la última década, y esta tendencia es perceptible a partir de los trabajos realizados por el Comité Europeo de Historia del Deporte, en cuyos eventos científicos se han debatido

Los estudios sobre deporte y sociedad: ¿una asignatura pendiente?

temas tan sensibles y acuciantes en el viejo continente como el del deporte y la ideología (VII Congreso Internacional del Comité Europeo de Historia del Deporte, Besancon, Francia, noviembre de 2002); la violencia y el deporte (X Congreso Internacional de Historia del Deporte, organizado en noviembre de 2005 por la Universidad Pablo Olavide de Sevilla y el Comité Europeo de Historia del Deporte. CESH); o se han propuesto nuevas temáticas de discusión, como anunció la convocatoria al IX Congreso de la Sociedad Internacional de Historia de la Educación Física y el Deporte (ISHPES) «Nuevos aspectos de la historia del deporte», celebrado del 7 al 11 de septiembre de 2005 en la German Sport University de Colonia (Alemania).

22. Sergio Villena Fiengo, «El fútbol y las identidades. Prólogo a los estudios latinoamericanos», en Pablo Alabarces, comp., *Futbológicas. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2003, p. 23.

23. Antonio Jorge G. Soares y Hugo Rodolfo Lovisoló, «El fútbol es una hoguera de paja. La “profecía” de Graciliano Ramos», *Lecturas: Educación Física y Deportes*, a. 3, n. 10, Buenos Aires, mayo de 1998, <http://www.efdeportes.com>

24. Brasil es una de las academias más productivas en los últimos años, como lo demuestran los trabajos recogidos en el volumen colectivo *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2000: Ronaldo Helal, «As Idealizações de Sucesso no Imaginário Futebolístico Brasileiro: um estudo de caso»; Tarcyanie Cajueiro Santos, «Globalização, Mundialização e Esporte: o Futebol como Megaevento»; Antonio J. Soares, «História e a invenção de tradições no futebol brasileiro»; Carlos Alberto Máximo Pimenta, «Novos Processos de Formação de Jogadores de Futebol e o fenômeno das “escolinhas”: uma análise crítica do possível». También los artículos aparecidos en *Futbológicas. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2003: Carlos Alberto Máximo Pimenta, «Torcidas organizadas de futebol. Identidade e identificações, dimensões cotidianas»; Tarcyanie Cajueiro Santos, «O lado “hard” da cultura “cool”: as torcidas e a violência no futebol»; Ronaldo Helal, «Idolatria e malandragem: a cultura brasileira na biografia de Romário»; Antonio Jorge Soares, «Futebol brasileiro e sociedade: a interpretação culturalista de Gilberto Freyre».

25. Sergio Villena Fiengo, «El fútbol y las identidades. Prólogo a los estudios latinoamericanos», ob. cit., p. 24. Véase, además, Roberto Da Matta, «Esporte na sociedade: um ensaio sobre o futebol brasileiro», en Roberto Da Matta, org., *Universo do futebol: esporte e sociedade brasileira*, Pinakothek, Río de Janeiro, 1982.

26. Pablo Alabarces, «Los estudios sobre deporte y sociedad: objetos, miradas, agendas», *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2000. Todas las citas de este libro están tomadas de su versión digital contenida en el CD-ROM *Ciencias sociales en América Latina y el Caribe*, CLACSO, 2000/2001.

27. Entre los trabajos más conocidos de Eduardo P. Archetti están *Fútbol y ethos*, FLACSO, Buenos Aires, 1985; «Masculinity and Football: the Formation of National Identity in Argentina», en Richard Giulianotti y John Williams, eds., *Game without Frontiers. Football, Identity and Modernity*, Arena, Aldershot, 1994; «Estilos y virtudes masculinas en el Gráfico: la creación del imaginario del fútbol argentino», *Desarrollo económico*, v. 35, Buenos Aires, 1995; «Playing Styles and Masculine Virtues in Argentinian Football», en Manit Melhuus y Kristine A. Stolen, eds., *Machos, Madonnas, Mistresses. Contesting the Power of Gender Imagery in Latin America*, Verso, Londres, 1996; «The Moralities of Argentinian Football», en Singe Howell, ed., *The Ethnography of Moralities*, Routledge, Londres, 1996; «El potrero y el píbe: Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino», *Nueva Sociedad*, n. 154, Caracas, marzo-abril de 1998, y

Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina, London, Berg, 1999.

28. Pablo Alabarces, «El fútbol ayuda a construir la idea que tenemos de patria», en <http://lists.econ.utah.edu/mailman/listinfo/reconquista-popular>.

29. Eduardo P. Archeti, «El *potrero* y el *pibe*...», ob. cit., p. 103.

30. Véase Pablo Alabarces, «Algunas explicaciones y algunas introducciones», *Futbológicas. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2003, pp. 11-12.

31. Pablo Alabarces, «¿De qué hablamos cuando hablamos de deporte?», *Nueva Sociedad*, n. 154, Caracas, marzo-abril, 1998; «Fútbol e televisión en Argentina: entre el juego y la mercadería», en Sergio Carvalho e Marli Hatje, *Movimento e Mídia na Educação Física*, v. 4, UFSM, Santa María, 1998; «¿De la heteronomía a la continuidad? Las culturas populares en el espectáculo futbolístico», *Punto de vista*, n. 57, Buenos Aires, abril de 1997; *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2000; *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2002; *Futbológicas. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2003; Pablo Alabarces y María G. Rodríguez, *Cuestión de Pelotas. Fútbol. Deporte. Sociedad. Cultura*, Atuel, Buenos Aires, 1996; Pablo Alabarces, Roberto Di Giano y Julio Frydenberg, eds., *Deporte y sociedad*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

32. Pablo Alabarces, «Los estudios sobre deporte y sociedad: objetos, miradas, agendas», *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2000.

33. *Ibidem*

34. Severo Nieto Fernández, José Méndez, *El Diamante Negro*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2004.

35. Algunos de estos títulos periodísticos, de crónicas o biográficos sobre el beisbol publicados después de 1959 son: José M. Cuétara Vila, *Matanzas. Notas históricas y el deporte de la pelota*, Comisión Provincial de Actividades de Historia, Matanzas, 1973; Luis García González, *Apuntes para la historia del beisbol en Santa Clara*, Dirección de Propaganda del INDER, Santa Clara, 1982; Edel Casas, Jorge Alfonso y Alberto Pestana, *Viva y en juego*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1986; Raúl Arce y Leonardo Padura, *Estrellas del beisbol*, Editora Abril, La Habana, 1989; Alfredo Santana Alonso, *El Inmortal del Beisbol. Martín Dihigo Llanos*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1997; Reynaldo A. González Villalonga, *Centenario del Palmar del Junco. Primer partido oficial de beisbol*, s/e, Matanzas, 1999; Severo Nieto Fernández, *Conrado Marrero. El Premier*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2000; Juan A. Martínez de Osaba y Goenaga, *El niño Linares*, Casa Editora Abril y Ediciones Loynaz, La Habana, 2002; *Cosas de la pelota (de Cooperstown a Las Minas)*, Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 2002; *Nosotros los peloteros*, Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 2005; Eddy Martin, *Memorias a los setenta y...*, Ediciones SIMAR, La Habana, 2004; Elio Menéndez García, *Swines a la nostalgia*, Ediciones Mecenaz, Cienfuegos, 2005.

36. Mauro Pascolini, *Deporte y revolución*, Editora Abril, La Habana, 2003.

37. Nos referimos al taller «Historia del deporte cubano. Camino por andar», celebrado en el contexto de la XII Feria Internacional del Libro (febrero de 2002) en San José de las Lajas; el taller científico «Cultura y deporte en Cuba (siglos XIX-XX)» auspiciado por el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello (noviembre de 2004) y el ciclo de conferencias sobre historia del deporte, organizado por la Cátedra Emilio Roig del Instituto de Historia de Cuba, a lo largo del año 2005. En el

primero se recogió una gran diversidad de enfoques y perspectivas de análisis, como lo demuestran sus ponentes: Félix Julio Alfonso López. «Literatura y beisbol en el siglo XIX»; Aurora Camacho, «Aproximaciones al léxico deportivo»; Lidia Castro. «Lo lingüístico en el deporte»; Ricardo Hernández Otero, «La prensa deportiva en Cuba en el siglo XIX»; Lourdes Castillo Martínez, «El deporte en las publicaciones periódicas cubanas»; Pedro Alexander Cubas Hernández, «La temática deportiva en la sección “Ideales de una Raza” del *Diario de la Marina* (1928-1931)»; Yolanda Valdés, «Filatelia deportiva cubana»; Helio Orovio, «El deporte en la música cubana»; Carlos E. Reig Romero, «El deporte femenino en Cuba (1880-1898)»; Hermes Cuevas, «El deporte y lo cubano en el siglo XIX»; Bárbara Paz Sánchez Rodríguez, «Educación física y tradición popular»; Irene Forbes, «Deporte e identidad cultural»; Yoana Hernández Suárez, «Apuntes sobre la práctica del deporte en los colegios protestantes de Cuba a principios del siglo XX»; Mario Castillo, «La construcción y explotación del Hipódromo Oriental Park en Marianao y el conflicto municipio-intereses privados del gobierno central (1915-1945)»; Tatiana Zayas Rouco, «Deporte y televisión»; Carlos Alberto González, «El espectáculo en la transmisión televisiva»; Noris Tamayo Casamayor, «Ética y deporte»; Mayra Vistel Columbié, «La ética ambiental en el desarrollo del deporte cubano»; Tatiana Goldarás Álvarez, «Sociología del deporte. Realidad y perspectivas»; Bárbara Paz Sánchez Rodríguez, «Cultura física y epistemología: una propuesta para el estudio de la experiencia cubana». El segundo incluyó los siguientes temas: «El deporte en Cuba desde el siglo XIX hasta 1907»; «Arqueología del beisbol cubano»; «Historia y teoría de la cultura física»; «Estudios lingüísticos en el deporte»; «Protestantes y militares. El deporte desde una visión sectorial»; «Arquitectura deportiva»; «Asociacionismo deportivo. Algunas variantes» y «El deporte en la Revolución».

38. Algunos de estos autores han visto publicados sus trabajos, como es el caso de Maykel Fariñas y su estudio sobre el asociacionismo deportivo de la burguesía urbana en las primeras décadas republicanas y Carlos Reig Romero con sus libros sobre el papel desempeñado por la YMCA y la Universidad de La Habana en la introducción y desarrollo de algunos deportes en este mismo período.

39. Luis Tiant y Joe Fitzgerald, *El Tiant: The Luis Tiant Story*, Doubleday, Nueva York, 1976; Ángel Torres, *La historia del beisbol cubano, 1878-1976*, s/e, Los Ángeles, 1976; *La leyenda del beisbol cubano*, Review Printers, Miami, 1997; Orestes Miñoso, Fernando Fernández y Bob Kleinfelder, *My Life in Base Ball*, Regnery Gateway, Chicago, 1983; Jorge S. Figueredo, *Cuban Baseball: A Statistical History, 1878-1961*, McFarland & Company, Incorporated Publishers, Jefferson, Carolina del Norte, 2002; *Who's Who in Cuban Baseball, 1878-1961*, McFarland & Company, Incorporated Publishers, Jefferson, Carolina del Norte, 2003; *Beisbol cubano. A un paso de las Grandes Ligas, 1878-1961*, McFarland & Company, Incorporated Publishers, Jefferson, Carolina del Norte, 2004; Mark Rucker y Peter C. Bjarkman, *Smoke: The Romance and Lore of Cuban Base Ball*, Total Sports Illustrated, Nueva York, 1999.

40. Entre estos estudios se pueden citar los siguientes: Julie Marie Bunck, «The Political of Sports in Revolutionary Cuba», *Cuban Studies/ Estudios Cubanos*, n. 20, Pittsburg, 1990; Steve Fainaru y Ray Sánchez, *The Duke of Havana. Base Ball, Cuba and the Search for American Dream*, Villard, Nueva York, 2001; Sabra L. Price, *Pitching Around Fidel. A Journey into the Heart of Cuban Sport*, Ecco Press, Londres, 2000; GERALYN PYE, «The Ideology of Cuban Sports», *Journal of Sport History*, a. 13, Texas, verano de 1986; Trevor Slack, «Cuba's Political Involvement in Sport since the Socialist Revolution», *Journal of Sports and Social Issues*, n. 6, Londres, otoño-invierno de 1982; Eric A. Wagner, «Baseball in Cuba», *Journal of Popular Culture*, n. 18, Michigan, verano de 1984, pp. 113-20; «Sport and Revolutionary Societies:

Cuba and Nicaragua», en Joseph L. Arben, *Sport and Society in Latin America: Diffusion, Dependency and the Rise of Mass Culture*, Greenwood Press, Westport, 1988; Paula J. Pettavino y GERALYN PYE, *Sport in Cuba. The Diamond in the Rough*, The University of Pittsburg Press, Pittsburg, 1994; Milton H. Jamail y Larry Dierker, *Full Count: Inside Cuban Base Ball*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 2000; Lisa Brocks y Otis Cunningham, «Los afroamericanos, los cubanos y el beisbol», en Rafael Hernández y John H. Coatsworth, comp., *Culturas encontradas: Cuba y los Estados Unidos*, CIDCC Juan Marinello y Universidad de Harvard, La Habana, 2001; Katherine E. Baird, «Cuban Baseball: Ideology, Politics and Market Forces», *Journal of Sports and Social Issues*, v. 29, n. 4, Londres, 2004.

41. Louis A. Pérez, Jr., «Between Baseball and Bullfighting: the Quest for Nationality in Cuba, 1868-1898», *The Journal of American History*, v. 81, n. 2, Columbus, Ohio, septiembre de 1994, p. 494.

42. Louis A. Pérez Jr., *On Becoming Cuban. Identity, Nationality and Culture*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999.

43. Roberto González Echevarría: «The Game in Matanzas: On the Origins of Cuban Baseball», *Yale Review*, v. 83, n. 3, New Haven, julio de 1995, pp. 62-95; «Tres peloteros cubanos», *Nueva Sociedad*, n. 154, Caracas, 1998, pp. 87-100; «Cuban», *Encuentro de la Cultura Cubana*, n. 15, Madrid, 1999-2000, pp. 103-12; «El último juego», *Temas*, n. 24-25, La Habana, enero-junio de 2001, pp. 148-64 (versión de un capítulo de *The Pride of Havana. A History of Cuban Baseball*, Oxford University Press, Nueva York, 1999. Enviada por el autor especialmente para este número de *Temas*).

44. Roberto González Echevarría, «Literatura, baile y beisbol en el (último) fin de siglo cubano», en Josefina Ludmer, comp., *Las culturas*

Los estudios sobre deporte y sociedad: ¿una asignatura pendiente? de fin de siglo en América Latina, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 1994, pp. 65-79.

45. Roberto González Echevarría, *The Pride of Havana...*, ob. cit.

46. Roberto González Echevarría, *La Gloria de Cuba. Historia del beisbol en la Isla*, Colibrí, Madrid, 2004.

47. Roberto González Echevarría, «Literatura, baile y beisbol...», ob. cit., p. 41.

48. Ibídem, p. 42.

49. He publicado sobre el tema algunos artículos y libros, cuyas ideas centrales están resumidas en *Beisbol y estilo. Las narrativas del beisbol en la cultura cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2004; *La letra en el diamante*, Editorial Capiro, Santa Clara, 2005 y *La esfera y el tiempo* (en proceso editorial).

50. Véase Félix Julio Alfonso López, «Juego (no tan) perfecto. El beisbol en la más reciente cuentística cubana», *El caimán barbudo*, a. 39, n. 333, La Habana, marzo-abril de 2006, pp. 8-9. (Fragmento del Prólogo a la antología *Los escribas en el estadio*).

© TEMAS, 2007

Deporte, género y diversidad cultural: explorando los nexos

Tracy Taylor

Profesora. Universidad Tecnológica de Sydney, Australia.

Kristine Toohey

Profesora. Universidad Griffith, Brisbane, Australia.

Este artículo resume un estudio sobre las relaciones y actitudes hacia el deporte en los casos de mujeres con distintos orígenes culturales y lingüísticos. Las nacidas en países no angloparlantes integran casi 15% de la población de Australia, y otro 22% tiene al menos uno de los padres nacido en un país no angloparlante.¹ Por tanto, estas subpoblaciones conforman una parte importante de la nación. Sin embargo, este grupo de mujeres se encuentra en gran desventaja en muchas áreas de la vida comunitaria y el bienestar, y exhibe bajos niveles de educación, empleo, ingresos y participación en actividades físicas.² En un reciente estudio nacional, el índice de participación en los deportes³ de las mujeres nacidas en países no angloparlantes fue de 7%, comparado con 20% para las mujeres nacidas en Australia.⁴

¿Por qué las mujeres de otros orígenes culturales y lingüísticos muestran bajos niveles de participación en los deportes? ¿Cuáles son sus percepciones sobre estos? ¿Cómo pueden los encargados del deporte ampliar las oportunidades de participación de las mujeres en estos casos? Estas fueron las preguntas claves de este estudio indagatorio de las experiencias y opiniones,

tanto de las mujeres de estas procedencias como de los responsables de las actividades deportivas.

Deporte y etnicidad

Como muchos otros países, Australia tiene una historia de apasionada participación en los deportes, que han sido parte importante en el desarrollo de la psiquis y el carácter de la nación.⁵ Tradicionalmente, se los ve como un medio donde todas las personas son tratadas con igualdad, sin importar su procedencia ni su estatus social.⁶ Sin embargo, recientemente estudiosos como Daryl Adair, Wray Vamplew y Jim McKay han rebatido el difundido mito del deporte igualitario en Australia.⁷ Al respecto, Colin Tatz, David Rowe y Geoff Lawrence han sugerido que el deporte es una institución más para mantener y perpetuar las ideologías dominantes y las estructuras de poder en la sociedad australiana.⁸

Además de su patrimonio deportivo, el país tiene una larga historia de inmigración y es actualmente una de las naciones más étnicamente diversas del mundo.⁹

Los inmigrantes han llevado con ellos sus tradiciones deportivas; algunos han podido ponerlas en práctica, otros no. Los deportes de origen anglo-céltico han florecido mucho más que los de los países no angloparlantes. Esta investigación está dirigida a ese último grupo.¹⁰ Dada la actual importancia de los problemas relacionados con la inmigración en Australia, y el lugar relevante que ocupa el deporte en la vida cultural, no deja de sorprender que pocos investigadores hayan abordado este tema. La mayoría de los estudios sobre deporte y etnicidad se han concentrado en la participación masculina, mientras que las discusiones sobre deporte y género reflejan solo las experiencias de las mujeres anglo-australianas. Por consiguiente, las actuales conceptualizaciones del deporte como un medio de formación cultural y de identidad en Australia resultan incompletas. Una comprensión más profunda del verdadero lugar del deporte en el contexto local, debe incluir la participación o no en los deportes de todos los sectores de la población.

Internacionalmente, el tema del deporte y las diferencias raciales ha sido objeto de estudio durante más de tres décadas.¹¹ Las investigaciones en esta área, abordan el problema de dos maneras. La primera teoría propone que ciertos grupos étnicos están limitados en sus opciones deportivas y recreativas por indicadores basados en la clase social, como los ingresos y el nivel educacional; la segunda sugiere que estos grupos étnicos escogen participar en ciertas actividades deportivas debido a sus tradiciones culturales y a sus características, como el idioma y la religión. En ambos enfoques subyace el concepto de que el deporte puede ser un medio de asimilación o de resistencia cultural.¹²

La mayoría de las investigaciones que pretenden determinar los patrones de participación deportiva se ha enfocado en la identificación de las diferencias entre grupos étnicos, y en la determinación del papel del deporte en el proceso de aculturación, examinando algunos particulares a partir de su composición étnica. En casos más concretos, el tema de la segregación racial en el deporte ha sido bastante estudiado.¹³ Hasta la fecha, las investigaciones sobre deporte y etnicidad se han emprendido mayormente en el Reino Unido y en los Estados Unidos, por lo que su aplicación en el contexto australiano ha sido limitada. Constituye una excepción el trabajo de Phillip Mosely y otros, encargado por el extinto Buró de Inmigración, Multiculturalismo e Investigación de Población.¹⁴ Sin embargo, debido a que Australia comparte muchas cosas desde el punto de vista cultural con estos países —por ejemplo, su ascendencia común y su anglocentrismo—, algunos de esos textos pueden utilizarse para guiar el estudio.

Los estudios sobre la participación de las minorías étnicas en los deportes examinan habitualmente las limitaciones que enfrentan estos subgrupos en su desenvolvimiento deportivo. Factores sociales, personales, ambientales y culturales se pueden combinar para influir en la motivación de una persona y en su habilidad para participar en un deporte, así como en el grado en el que esta persona se ve limitada en este proceso.¹⁵ Las restricciones pueden determinar o influir en las preferencias, restringiendo así la participación.¹⁶ Los estudiosos han intentado categorizar y organizar estas limitantes,¹⁷ pero casi siempre en un contexto anglo-céltico. Enfocadas en las experiencias de las mujeres, Karla Henderson y Deb Bialeschki argumentan que están siendo continuamente combatidas y negociadas, y que, como tales, son multifacéticas y dinámicas.¹⁸ Sin embargo, esta literatura no discute las complejas dimensiones de la etnicidad. Si bien incorpora elementos de la teoría de las limitaciones o restricciones, nuestro artículo no intenta categorizarlas o jerarquizarlas. Estas clasificaciones pueden producir generalizaciones que conducen a estereotipos que marginalizan a las minorías étnicas.

Otros textos relacionados con el deporte y la etnicidad han explorado la participación en los deportes desde diversas perspectivas y arrojado resultados contradictorios. Las diferencias en los niveles y tipos de participación han sido a veces atribuidas a circunstancias socioeconómicas,¹⁹ facilidades y programas poco apropiados,²⁰ o a discriminación, racismo e identidad cultural.²¹ Mientras algunos estudios han encontrado diferencias significativas en la participación de grupos étnicos,²² otros afirman que no son tan importantes.²³

Como consideración principal del impacto de la etnicidad, McPherson y otros han propuesto que el grado en que estas variables afectan la participación deportiva depende del nivel de asimilación del individuo o grupo en relación con la cultura dominante.²⁴ De acuerdo con esta propuesta, los grupos étnicos se colocan en un *continuum* de asimilación. Muchos quedan aislados y toman parte en actividades que solo conciernen a los miembros de un grupo. En el otro extremo, están los participantes de las minorías étnicas totalmente asimilados en lo estructural y cultural.

Otros ensayos han explorado los vínculos entre el deporte y la construcción y el mantenimiento de una identidad étnica. Por ejemplo, Jeremy MacClancy ha afirmado que el deporte ha contribuido al desarrollo del sentido de etnia en algunos grupos.²⁵ Y lo ilustra citando el papel distintivo que ha desempeñado el fútbol vasco en la construcción de una comunidad vasca nacionalista, lo mismo que el críquet en las Islas Trobriand y el beisbol en Japón. Más cercano a

nosotros, Jean Martin ha citado la importancia del fútbol y el baloncesto para los inmigrantes europeos en Australia después de la Segunda guerra mundial,²⁶ y Philip Mosely ha escrito sobre los clubes de fútbol como redes de apoyo a grupos étnicos minoritarios.²⁷

Quienes han sido directores de equipos deportivos, pueden citar fácilmente ejemplos que apoyan o rechazan las teorías mencionadas, lo cual sugiere que hay elementos reales en cada análisis. También que las interpretaciones generales sobre deporte y etnicidad no son siempre transferibles, por lo cual resulta necesario un análisis específico. El estudio de Scott Fleming sobre los jóvenes de las comunidades surasiáticas es un buen ejemplo de este tipo de investigación específica.²⁸ El autor encontró que los jóvenes surasiáticos eran estereotipados constantemente como que rehuían los deportes de contacto debido a su debilidad física, una creencia conducente a acciones que reforzaban ese esquema. Las conclusiones del estudio fueron, primero, que los jóvenes de origen surasiático no deseaban imitar los patrones de participación deportiva de la clase media blanca y, segundo, que las experiencias de discriminación y racismo —tanto a nivel personal como institucional— afectaron la igualdad de oportunidades. Las teorías, aproximaciones y estudios de caso citados sirven para ilustrar las complejidades inherentes al nexo entre etnicidad y deporte. La unicidad del tiempo y el lugar, así como la construcción social del deporte en distintas sociedades, denotan la necesidad de una investigación específica de situaciones para poder entender mejor la relación deporte-etnicidad en una comunidad concreta. Si a ello se añaden consideraciones de género a este ya complejo cuadro, entonces la investigación debe diseñarse de manera apropiada para incorporar esta nueva arista.

Mujeres, deporte y etnicidad

Los estudios relacionados con las mujeres y los deportes en Australia se han centrado, sobre todo, en las de origen angloaustraliano. Lois Bryson, Libby Darlison, Jim McKay, Marion Stell y Brian Stoddart, han examinado aspectos del género y la participación deportiva en el contexto australiano.²⁹ Sus conclusiones subrayan que, generalmente, las mujeres han estado en desventaja en cuanto a acceso y oportunidades. En sus textos, el deporte se presenta como un dominio propio de los hombres, lo cual refleja estructuras de poder en la sociedad y perpetúa la dominación masculina.

Pero el campo de la investigación específica sobre mujeres, deporte y etnicidad en el contexto australiano está aún en pañales. Daryl Adair y Wray Vamplew apuntan: «Por ejemplo, sabemos bien poco sobre el

impacto de la etnicidad en el deporte femenino».³⁰ Trabajos como los de Bottomley, y Taylor y Toohey refieren estas relaciones y pueden utilizarse como punto de partida para futuras indagaciones.³¹ Sin embargo, aún existe una fuerte dependencia a los estudios extranjeros para el desarrollo del conocimiento y la práctica del deporte en ese país. Como ya se comentó, su transferibilidad y su aplicación tienen limitaciones inherentes, debido a las circunstancias propias de cada escenario.

En otros trabajos se sugiere que las mujeres de las minorías étnicas pudieran tener ciertos requisitos culturales no del todo satisfechos por los encargados principales del servicio. Rohit Bhandari relacionó la poca participación deportiva de las mujeres asiáticas en el Reino Unido con las dificultades con el idioma y la vestimenta y recomendó actividades separadas como el medio más efectivo para solucionar estos problemas.³² Como complemento, C. David abogó por la utilización de círculos infantiles, la eliminación de los estereotipos raciales y la erradicación del acoso racial para lograr una mayor implicación de la mujer asiática en el deporte.³³ Por su parte, Benn investigó a un grupo de mujeres musulmanas de Inglaterra y encontró que muchas refieren experiencias escolares negativas con la Educación Física.³⁴ Estas mujeres se encontraban en una difícil situación pública y experimentaban sentimientos de culpa por transgredir sus costumbres religiosas. Sufrieron prejuicio religioso y racial, y no se les estimuló a integrarse al deporte.

Un estudio de Bob Carroll sobre la influencia de la religión en los deportes en el Reino Unido indicó que la participación deportiva de las mujeres musulmanas e hindúes era inversamente proporcional a la importancia de sus creencias religiosas.³⁵ Mientras más importante era la religión, menor era su participación. Estos hallazgos sugieren que si las mujeres se adhieren a requisitos culturales o religiosos —por ejemplo, que los hombres no estén presentes cuando ellas están practicando un deporte—, entonces los prerrequisitos para la participación se convierten en barreras para su desarrollo deportivo, a menos que los servicios e instalaciones puedan satisfacer estas necesidades. En un estudio sobre mujeres, etnicidad y deportes en Australia, hallamos que muchas musulmanas querían participar en los deportes, pero no podían, dada la escasez de instalaciones y de programas que cubrieran sus expectativas religiosas.³⁶

La literatura sobre este tema va emergiendo gradualmente. A medida que algunos trabajos más amplios sobre las mujeres y el deporte empieza a cobrar importancia también para las minorías, va saliendo a flote el reconocimiento de las diferencias, más que la alteridad o el silencio. Existe una creciente conciencia

Mientras las mujeres continúen llevando la carga más pesada de la casa y de los hijos, su tiempo y su reclamo legítimo a participar en los deportes serán limitados. Igualmente, mientras el deporte siga siendo exclusivo de la identidad masculina, persistirán las desigualdades en muchas facetas de la vida deportiva.

de que se necesita investigar más los diversos grupos de mujeres en una sociedad para entender mejor sus necesidades deportivas.

La indagación llevada a cabo en este artículo ha querido adentrarse en este vacío, a fin de mejorar el conocimiento sobre las opiniones, prácticas y requisitos deportivos de las mujeres de distintos orígenes lingüísticos y culturales en Australia. El propósito principal fue investigar las relaciones entre el deporte y las mujeres de distintos orígenes culturales; los objetivos, determinar los patrones de participación deportiva en estas mujeres, identificar las razones de su participación o no, y explorar sus actitudes y percepciones hacia el deporte.

La metodología escogida incorporó técnicas de investigación, cualitativas y cuantitativas. Los datos se recogieron en un cuestionario llenado por mujeres de distintos orígenes, entrevistas individuales y grupales; se confeccionó un cuestionario para los encargados deportivos, así como entrevistas para estos y para representantes comunitarios. Después de consultar con la Comisión de Asuntos Étnicos, se decidió que el estudio se enfocara en siete grupos étnicos. Los criterios de selección de la muestra se basaron en las mediciones de población de los grupos en el estado y en el tiempo de residencia en el país. Los siete grupos escogidos representan las poblaciones no angloparlantes más importantes de Nueva Gales del Sur, e incluyen tanto residentes antiguos (griegos e italianos) como recientes (vietnamitas). Las mujeres de origen chino, croata, griego, italiano, libanés, serbio y vietnamita integran la parte fundamental del estudio.

Los cuestionarios fueron distribuidos con la ayuda de instituciones deportivas estatales, escuelas, servicios en inglés para inmigrantes, servicios de salud, centros de salud comunitaria, centros vecinales, el Concilio de Comunidades Étnicas y asociaciones étnicas comunitarias. Las entrevistas se coordinaron a través de estas mismas organizaciones. El cuestionario solicitaba información acerca de las restricciones a las mujeres, los niveles y tipos de participación deportiva, los beneficios resultantes, y sus actitudes hacia el deporte, así como información demográfica. Las planillas estaban disponibles en los idiomas de estos siete grupos

y en inglés. Se utilizaron dos métodos principales para distribuirlos y recogerlos: uno fue enviarlos por correo a la organización determinada después de consultar con la administración, luego entregar el número necesario de cuestionarios en el idioma apropiado, acompañados de una carta con instrucciones y sobres con franqueos pagados para poder recibir la respuesta. El segundo procedimiento requirió asistentes de investigación que visitaron partidos y encuentros deportivos, así como reuniones femeninas en las que se entrevistaron a mujeres individualmente y se les pidió que completaran el cuestionario en uno de los idiomas, después de haber obtenido el permiso de las autoridades. Se entregó a los investigadores después de haber sido respondido.

El índice preciso de devolución del cuestionario es difícil de determinar porque algunas organizaciones los recibieron, pero no los distribuyeron a todos sus miembros. Debido a ello, el índice de devolución ha sido estimado en 70%. Otra de las limitaciones fue el bajo nivel de alfabetización. Muchas mujeres mayores no pudieron leerlo bien, ni siquiera en su lengua materna. En estos casos, fueron leídos y respondidos utilizando un intermediario. Los que fueron contestados en otros idiomas se tradujeron al inglés para el análisis de los datos.

En las entrevistas individuales y grupales, a las mujeres se les solicitó hablar de su participación deportiva, su percepción general de los deportes y del deporte femenino, las restricciones a su participación y los aspectos culturales relacionados con este tema. Las entrevistas grupales tuvieron sus limitaciones. Cuando muchas mujeres hablaban a la vez, solo se podía transcribir la que se escuchaba más alto. Además, en ocasiones se perdió el significado exacto de algunas frases durante el proceso de traducción. Hubo momentos en que los intérpretes decían las palabras del hablante en inglés, y fueron luego cuestionados por las organizaciones debido a su traducción incorrecta.

Además de dirigirse a las mujeres de diversos orígenes culturales, los cuestionarios fueron distribuidos también a organizaciones deportivas y comunitarias involucradas en el desarrollo y provisión de instalaciones, programas y políticas deportivas a nivel estatal. Se

encuestaron todas las oficinas regionales del Departamento de Deportes y Recreación, las asociaciones deportivas estatales, los consejos locales, así como varias organizaciones étnicas y centros de recursos para inmigrantes. La encuesta incluyó a los clubes juveniles y de jubilados para llegar a esos grupos específicos de edad; sin embargo, la información obtenida de instituciones más genéricas es también aplicable a estos grupos.

Las respuestas a los cuestionarios identificaron limitaciones de tiempo, no tener a nadie con quien ir, responsabilidades familiares, y falta de información como las barreras principales a su participación en los deportes. «La responsabilidad de los hijos es una de las limitaciones; también el tiempo. Yo creo que el tiempo es la mayor limitación, porque me parece que todo está disponible para las mujeres» (mujer griega entrevistada).

Fueron claras las diferencias en las respuestas de acuerdo con el país de origen. Las mujeres chinas comentaban frecuentemente que no tenían tiempo con tantos deberes familiares, que tenían problemas con el idioma y enfrentaban barreras de comunicación. «Nuestras familias están primero, esa es nuestra prioridad» (mujer de origen chino). Otras veían el deporte como algo inapropiado: «Mi papá decía: las damas no están para correr. Camina despacio como una mujer. El deporte es para chicos, no para chicas» (miembro de un grupo chino).

Las mujeres vietnamitas expresaron la necesidad de entrenadores y facilitadores que hablaran su idioma y de deportes socialmente aceptables. «Yo quería jugar baloncesto femenino, pero mi madre pensaba que era demasiado rudo y las faldas demasiado cortas» (miembro de un grupo vietnamita). Muchas mujeres libanesas también refirieron problemas de idioma y prejuicios familiares como limitaciones importantes. «Se suponía que fuéramos directo de la escuela para la casa, donde había mucho trabajo que hacer, los muchachos sí podían hacer lo que querían» (mujer libanesa). Si bien la religión no fue vista como un problema para estar activas, los requerimientos religiosos sí lo eran, debido a cuándo y dónde pueden tener lugar estas actividades. Las mujeres libanesas musulmanas apuntaron como una barrera importante los requerimientos culturales, según comentó una de sus representantes: «Las instalaciones religiosamente apropiadas son muy difíciles de hallar, y si existen son muy caras para que las podamos reservar y usar por nosotras mismas».

Aunque no se mencionó mucho, otra barrera fue la discriminación racial experimentada al practicar los deportes. «Me sentía discriminada, nos llamaban negras y asumían que no podíamos jugar; por eso nos íbamos a hacer otras cosas y evitábamos el deporte y la

Educación Física» (mujer de un grupo italiano). El problema de mostrar el cuerpo y los requerimientos del atuendo deportivo se identificó mayormente como un impedimento para participar en los deportes. Para muchas mujeres entrevistadas, la idea de tener que usar ropas ajustadas al cuerpo resultaba amenazadora. «Las ropas que hay que usar para hacer ejercicios simplemente no son para mí» (miembro de un grupo griego).

El papel de los padres en la limitación de la participación deportiva de los hijos, así como el desarrollo en estos de una actitud negativa hacia el deporte, apareció como otra de las razones para la inactividad física de estas mujeres. «De la manera en que fui criada, nunca pensé en practicar deportes, mi madre no lo hubiera aprobado» (mujer croata). «En mi casa mi padre no nos imaginaba practicando deportes. Había que estar en la casa cocinando y limpiando» (miembro de un grupo italiano). «Una vez que representé a Nueva Gales del Sur en softbol, me buscaron de un equipo profesional, los Medias Rojas, para que me les uniera. Cuando llegué a la casa y le conté a mi madre, por supuesto que la respuesta fue negativa» (mujer de un grupo griego). Varios encuestados comentaron que la comunidad alentaba muy poco a estas mujeres a participar en los deportes, sobre todo cuando su propia familia y/o cultura les conceden poco valor. En consecuencia, los organizadores deportivos se mostraron renuentes a gastar recursos en un área donde el potencial se consideraba limitado. Como indicó un encuestado, «no les ofrecemos programas especiales porque no vienen o los abandonan».

Los encuestados percibieron que la participación deportiva de muchas de estas mujeres estaba limitada por sus propias culturas. Por ejemplo, uno comentó que a algunas se les permite participar solo si su padre o esposo están presentes, o si milita en el mismo equipo de su esposo; varias organizaciones refirieron que las mujeres de las minorías étnicas veían limitada su asistencia los días de «solo mujeres» en que no estaban presentes los hombres. La filiación a prácticas y costumbres religiosas se mencionó como otra de las razones para la no participación. Otros identificaron entre las limitaciones la renuencia a participar en actividades con entrenadores masculinos, y que a las mujeres solas no se les permitía salir de noche.

De las organizaciones encuestadas, 21% expresó que las mujeres de procedencias culturales distintas veían la actividad deportiva como un atributo masculino, y que esa era la razón para los bajos niveles de participación en estos grupos. También que, en su opinión, las mujeres de origen no angloparlante eran más propensas que sus contrapartes angloaustralianas a creer que los

deportes hacen crecer los músculos, promueven la agresividad y, por tanto, son asunto de los hombres.

Solo 10% de las organizaciones afirmó haber puesto en práctica programas y estrategias específicos para atender las necesidades deportivas de estas mujeres. Las estrategias incluían grupos solo de mujeres, instrucción bilingüe, información impresa en otros idiomas, cuidado de niños en el lugar, empleo de personal calificado y organización de clubes y cursos étnicos especiales.

Cerrando el círculo

Se han subrayado las diferencias existentes entre las mujeres de diversas procedencias culturales y los responsables de centros deportivos respecto a sus percepciones y expectativas del deporte. Su inacción para resolver estas dimensiones conflictivas puede atribuirse parcialmente a limitaciones de recursos —presupuestos, personal e instalaciones—, a la carencia de incentivos —ganancia financiera— y a la ausencia de una solicitud expresa —grupos de presión para los servicios. Sin embargo, existe una demostrada falta de comprensión sobre las necesidades de estos grupos de mujeres, sustentada en una ausencia de información sobre las vías para superar las limitaciones de su participación deportiva. Esto, junto a la perspectiva asimilacionista de muchos proveedores deportivos, ha ocasionado que las mujeres de las minorías étnicas hayan optado por ajustarse a los programas deportivos existentes o quedarse fuera. Esta realidad es inconsistente con las numerosas políticas gubernamentales, que apoyan oficialmente una agenda de diversidad cultural en un país multiétnico.

La falta de comprensión y de conocimiento sobre las necesidades deportivas de las mujeres de distinto origen cultural y lingüístico resulta frustrante para ellas: constantemente experimentan barreras para su participación deportiva. Los organizadores deportivos deben cambiar o adaptar sus actuales métodos de operación y conocer más las necesidades de las mujeres de todas las minorías étnicas, no solo las de la cultura mayoritaria. Ello significa no aceptar las explicaciones sobre los bajos niveles de participación en los deportes, que culpen o patologicen a las culturas minoritarias. En su lugar, deben reconocer que las desigualdades estructurales constituyen la fuente del problema. Aceptarlo ayuda a situar los parámetros del debate fuera del marco cultural, y a concentrar la atención en problemas de fondo. Una comprensión del amplio contexto social en el que se insertan estas diferencias culturales, así como la valoración de otras culturas y

experiencias, pueden ayudar a mejorar las prácticas deportivas.

Hay una serie de iniciativas que pudieran tomar los responsables deportivos para hacer que sus programas sean más inclusivos. Los bajos niveles de educación determinan que muchas mujeres de diversas procedencias culturales y lingüísticas no puedan acceder a la información por los canales tradicionales. Para superar estas limitaciones, se necesita utilizar medios alternativos de promoción e información multilingües, además de estaciones étnicas de radio o el contacto directo con los grupos comunitarios. Dependiendo de las fuentes convencionales de promoción resulta inefectivo para llegar a estos participantes no tradicionales, como las mujeres incluidas en este estudio.

Los mensajes sobre el deporte que enfatizan sus beneficios sociales y de salud son más atractivos a este tipo de población, antes que la promoción del deporte como una actividad competitiva y agresiva. Los programas que subrayan este estilo de vida saludable han resultado exitosos y permitido que las mujeres combinen el ejercicio con las organizaciones comunitarias étnicas establecidas. «Sería bueno practicar deportes con quienes ya conoces, especialmente en los casos donde no hayan practicado deportes antes, por ejemplo, a través de las sociedades chinas. La gente va mucho allí, eso ayudaría a superar la timidez» (mujer chino-vietnamita).

Los ejemplos e imágenes de mujeres de las minorías étnicas participando en los deportes casi no existen en Australia. Hay unas pocas mujeres atletas de élite que pertenecen a estos grupos, pero casi no se les menciona en los medios. La promoción de estas atletas exitosas, junto con imágenes de «mujeres reales» de las minorías, debe implementarse para animar a más y más mujeres de estos grupos a que se enrolen en los deportes.

Las anteriores sugerencias ilustran solo algunos de los pasos que se pueden emprender para que se ofrezcan programas y servicios más inclusivos. Las estrategias particulares que pueden emplearse para disminuir las prácticas excluyentes y abrazar este grupo de mujeres dependerán de la naturaleza, la localización y las metas de los centros deportivos.

En Australia, la diversidad cultural va más allá del hecho de permitir que personas de varios grupos étnicos vivan en el país. Se trata de asegurar que el derecho a la calidad de vida esté disponible para todos, sin importar género, cultura o país de origen. Este artículo ha proporcionado evidencias de que a las mujeres de varios grupos étnicos minoritarios no se les han dado las mismas oportunidades de participación deportiva que a las de origen angloaustraliano. Las primeras se enfrentan a una comprensión limitada, acompañada de un deseo también limitado para satisfacer sus

necesidades específicas. Prácticas deportivas que constituyan un reto a este sistema de discriminación necesitan ser promulgadas. Conjuntamente con estas iniciativas, los dirigentes deportivos deben concebir e implementar políticas que ayuden a mitigar las problemáticas de identidades causadas por las actuales.

Las estructuras y los procesos deportivos pueden alentar y promover la participación específica cultural y de género. Si ocurriera tal reconstrucción, debe ser en conjunto con otros aspectos de la vida social en general. Si se quiere eliminar o al menos disminuir las limitaciones de género y racismo en el deporte, la naturaleza del trabajo, de los deberes familiares y de la recreación necesita reorganizarse. Mientras las mujeres continúen llevando la carga más pesada de la casa y de los hijos, su tiempo y su reclamo legítimo a participar en los deportes serán limitados. Igualmente, mientras el deporte siga siendo exclusivo de la identidad masculina, persistirán las desigualdades en muchas facetas de la vida deportiva. El deporte y la comunidad deportiva pueden comenzar nuevos caminos en un proceso de redefinición, mirando críticamente los procesos de construcción de agendas deportivas racistas y de género, y desafiando las actuales prácticas deportivas que perpetúan esas desigualdades.

En Australia, las mujeres de minorías culturales y lingüísticas tienen opiniones, experiencias y necesidades con respecto al deporte, que difieren de la mayoría. Esta particularidad requiere una mejor comprensión por parte de los responsables, para que sea incorporada a los programas y políticas del ramo. Debe haber también una aceptación de responsabilidad para una planificación deportiva que incluya a estos miembros de la comunidad, y no se culpe a sus culturas o sus prácticas religiosas por la poca participación. El deporte solo podrá incluir la diversidad cultural después de haber afrontado las realidades del prejuicio y la discriminación racial.

Una investigación específica es necesaria para entender mejor las cambiantes relaciones entre estas mujeres de distintos orígenes y el deporte. Ese ejercicio propone prácticas deportivas incluyentes y amplía las actuales perspectivas y métodos de trabajo de los centros deportivos. El deporte es una institución que puede facilitar cambios y respuestas positivas para las distintas comunidades étnicas. Las investigaciones futuras necesitarán explorar aún más las actuales inequidades y suministrar información sobre cómo tratar mejor este complejo asunto.

Traducción: Abdel Rassi.

Notas

1. Buró Australiano de Estadísticas, *Australian Yearbook*, Canberra, 1996.

2. Buró de Investigaciones sobre Inmigración, *The Social Characteristics of Immigration in Australia*, AGPS, Canberra, 1994.

3. La participación fue clasificada como la actuación en competencias deportivas formales, en los doce meses previos al estudio. El nivel o duración de la participación no fue medido.

4. Buró Australiano de Estadísticas, «Involvement in Sport Australia March 1993», *Catalogue no. 6285.0*, Canberra, 1994.

5. Richard Cashman, *Paradise of Sport: The Rise of Organised Sport in Australia*, Oxford University Press, Melbourne, 1995; Reet y Max Howell, *A History of Australian Sport*, Shakespeare Head Press, Drummoyne, Australia, 1987.

6. Brian Stoddart, *Saturday Afternoon Fever: Sport in the Australian Culture*, Angus & Robertson, Sydney, 1986.

7. Daryl Adair y Wray Vamplew, *Sport in Australian History*, Oxford University Press, Melbourne, 1997; Jim McKay, *No Pain, No Gain? Sport and the Australian Culture*, Harcourt Brace Jovanovich, Sydney, 1991.

8. Colin Tatz, *Obstacle Race: Aborigines in Sport*, University of New South Wales Press, Kensington, 1995; David Rowe y Geoff Lawrence, «Beyond National Sport Sociology, History and Postmodernity», *Sporting Tradition*, v. 12, n. 2, Sydney, 1996; Daryl Adair y Wray Vamplew, ob.cit.; Jim McKay, ob. cit.

9. Etnicidad se refiere a personas que comparten una historia, pertenencia a un país o región geográfica, idioma, religión y cultura comunes. Véase Gill Bottomley, M. de Lepervance y J. Martin, eds., *Intersections Gender/Class/Ethnicity*, Allen & Unwin, Sydney, 1991, p. 116.

10. Es bueno aclarar que este trabajo no incluye las experiencias de los pueblos aborígenes, cuya situación es única y bien diferente de la de los inmigrantes.

11. Myron Floyd, Jim Gramann y Rogelio Saenz, «Ethnic Factors and the Use of Public Outdoor Recreation Areas: the Case of Mexican Americans», *Leisure Sciences*, n. 15, Londres, 1993, pp. 83-98.

12. Ray Washburn, «Black Under-Participation in Wildland Recreation: Alternative Explanations», *Leisure Sciences*, v. 1, n. 3, Londres, 1978, pp. 175-89.

13. Merrill Melnick, «Maori Women and Positional Segregation in New Zealand Netball: Another Test of the Anglocentric Hypothesis», *Sociology of Sport Journal*, n. 13, Utrecht, Holanda, 1996, pp. 259-73.

14. Philip Mosely et al., eds., *Sporting Immigrants*, Walla Walla Press, Sydney, 1997.

15. Ed L. Jackson, Duane W. Crawford y Geoffrey Godbey, «Negotiation of Leisure Constraints», *Leisure Sciences*, n. 15, Londres, 1993, pp. 1-11.

16. Ed L. Jackson, «Trends in Leisure Preferences: Alternative Constraints-Related Explanations», *Journal of Applied Recreation Research*, v. 15, n. 3, Ontario, 1990, pp. 129-45.

17. Duane Crawford, Ed Jackson y Geoffrey Godbey, «A Hierarchical Model of Leisure Constraints», *Leisure Science*, n. 13, Londres, 1991, pp. 309-20; Geoffrey Godbey, «Non-Participation in Public Leisure Services: a Model», *Journal of Park and Recreation Administration*, n. 3, Champaign, IL, 1985, pp. 1-13; T. L. Goodale y P. A. Witt, «Recreation Non-Participation and Barriers to Leisure», en E.L. Jackson y T. L. Burton, eds., *Understanding Leisure and Recreation: Mapping the Past, Charting the Future*, Venture Publishing, Inc., Pennsylvania, 1989, pp. 421-49; L. A. Raymore et al., «Nature

- and Process of Leisure Constraints: An Empirical Test», *Leisure Sciences*, n. 15, Londres, 1993, pp. 99-113.
18. Karla A. Henderson y Deb Bialeschki, «Exploring an Expanded Model of Women's Leisure Constraints», *Journal of Applied Recreation Research*, n. 18, Ontario, 1993, pp. 229-52.
19. Patrick C. West, «Urban Region Parks and Black Minorities: Subculture, Marginality and Interracial Relations in Park Use in the Detroit Metro Area», *Leisure Sciences*, v. 11, n. 1, Londres, 1989, pp. 11-28.
20. J. Lindsay y R. Ogle, «Socioeconomic Patterns of Outdoor Recreation Use Near Urban Areas», *Journal of Leisure Research*, v. 4, n. 1, Champaigne, Illinois, 1977, pp. 19-24.
21. Myron Floyd y Jim Gramann, «Effects of Acculturation and Structural Assimilation in Resource Based Recreation: the Case of Mexican Americans», *Journal of Leisure Research*, v. 25, n. 1, Champaigne, Illinois, 1993, pp. 6-21; Ray Hutchinson, «Ethnicity and Urban Recreation: Whites, Blacks, and Hispanics in Chicago's Public Parks», *Journal of Leisure Research*, v. 16, n. 4, Champaigne, Illinois, 1987, pp. 344-49; Grant Jarvie, «There Ain't no Problem Here?», *Sport & Leisure*, Nueva York, 1991, pp. 20-1; Jeremy MacClancy, ed., *Sport, Identity and Ethnicity*, Oxford, Berg, 1996.
22. Rohit Bhandari, «Asian Action», *Sport & Leisure*, n. 25, Nueva York, 1991; Ben Carrington *et al.*, «Gender, Leisure and Sport: A Case Study of Young People of South African Descent», *Leisure Studies*, v. 6, n. 3, Melbourne, 1987, pp. 265-79; S. Dew, *Ethnic Involvement in Sport in Geelong 1945-1990*, Tesis de maestría, Deakin University, Melbourne, 1992; Steven Phillip, «Race and Leisure Constraints», *Leisure Sciences*, v. 17, n. 2, Londres, 1995, pp. 109-20.
23. Myron Floyd, Jim Gramann y Rogelio Sáenz, ob. cit.; S. Tangsujapoj, *Recreation Participation Patterns and Acculturation of Thai Immigrant Families in New York City*, Disertación para doctorado, Universidad de Nueva York, 1991.
24. Barry McPherson, James Curtis y John Loy, «Race, Ethnicity, and Sport», *The Social Significance of Sport, An Introduction to the Sociology of Sport*, Human Kinetics, Champaign IL, 1989, pp. 193-218.
25. Jeremy MacClancy, ob. cit.
26. Jean Martin, «Suburbia: Community and Network», en A. Davies y S. Ence, eds., *Australian Society: A Sociological Introduction*, Cheshire, Melbourne, 1972, pp. 301-39.
27. Philip Mosely, *Ethnic Involvement in Australian Soccer: A History 1950-1990*, Australian Sports Commission, Canberra, 1995.
28. Scott Fleming, «Home and Away»: *Sport and South Asian Male Youth*, Aldershot, Avebury, 1994.
29. Lois Bryson, «Challenges to Male Hegemony in Sport», en M. Messner y D. Sabo, eds., *Sport, Men, and the Gender Order: Critical Feminist Perspectives*, Human Kinetics, Champaign, 1990, pp. 173-84; Libby Darlison, «Equality», en Department of Sport, Recreation & Tourism and Australian Sports Commission, *Australian Sport: A Profile*, AGPS, Canberra, 1985, pp. 98-118, Jim McKay, ob. cit., Marion Stell, *Half the Race: a History of Australian Women in Sport*, Harper Collins, North Ryde, Australia, 1991; Brian Stoddart, ob. cit.
30. Daryl Adair y Wray Vamplew, ob. cit., p. 77.
31. Gill Bottomley, «Representing the "second generation": Subjects, Objects and Ways of Knowing», en Gill Bottomley, M. de Lepervance y J. Martin, eds., ob. cit., pp. 92-109; Tracy Taylor y Kristine Toohey, «Ethnic Barriers to Sports Participation», *Australian Parks and Recreation*, v. 31, n. 2, 1995, pp. 32-6.
32. Rohit Bhandari, ob. cit.
33. C. David, «Success in the Long Term», *Sport & Leisure*, ed. cit., p. 18.
34. Tansin Benn, «Muslim Women and Physical Education in Initial Teacher Training», *Sport, Education and Society*, a. 1, n. 1, Basingstoke, Gran Bretaña, 1996, pp. 5-21.
35. Bob Carroll, «Factors Influencing Ethnic Minority Groups' Participation in Sport», *European Physical Education Review*, v. 16, n. 1, Londres, 1993, pp. 55-66.
36. Tracy Taylor y Kristine Toohey, ob. cit.

Para una historia de los deportes en Cuba(1800-1899)

Carlos E. Reig Romero

Museólogo. Museo Casa Natal de Rubén Martínez Villena.

La multicultural inmigración española participante en el poblamiento de Cuba trae entre sus hábitos, tradiciones y costumbres, sus experiencias deportivas, las que con los años se integran a la naciente sociedad criolla, teniendo en cuenta los gustos, posibilidades y necesidades espirituales de las clases, estamentos y grupos sociales de cada localidad.

El gusto aristocrático por la caza, la natación, la esgrima, la equitación y el ajedrez, expresión tanto de elegancia y distinción como de poder en la sociedad feudal española, es imitado por las familias ricas de la Isla. Algunas de estas prácticas, relacionadas con la subsistencia, la defensa y el placer, se hacen, lentamente, ordinarias en otros estamentos y grupos sociales de la población blanca, y en menor grado en la negra liberta.

La influencia de la Iglesia católica se refleja en las fiestas religiosas tradicionales u ocasionales que, unidas con las de carácter civil, integran una significativa suma de días feriados. José Antonio Saco calculaba, a fines de la década de los años 20 del siglo XIX, que «además de los cincuenta y dos domingos del año, cuenta la Isla de Cuba gran número de días festivos, que reunidos a los primeros, absorben una cuarta parte del año».¹ En este

conjunto de festividades religiosas y civiles hay hombres que gustan mostrar su destreza, fuerza, energía, velocidad, resistencia, flexibilidad y combatividad en las diferentes porfías deportivas. Otros ejercicios físicos integran estas fiestas lúdicas: baile, palo encebado, la cucaña, tiro al blanco, carreras de sacas y corridas de toros, preferidas estas últimas por los españoles, las que comienzan en el siglo XVI.² Sin embargo, la construcción de una plaza permanente demorará hasta 1796, casi cincuenta años después de la primera que se levanta en España. Esta pionera del arte taurino en Cuba comparte el público con el teatro El Coliseo, el primero inaugurado en La Habana, el 20 de enero de 1775. En 1818, se construye otra plaza de toros en la calle Águila; le siguen la del Campo de Marte (1825-1836), la primera del poblado de Regla (1842-1855) y la de Belascoaín (1853-1897).³

Algunas de las actividades deportivas antes mencionadas se efectúan de manera espontánea y eventual, en lugares públicos, por distintos motivos: obra benéfica, rivalidad personal, apuestas, etc. Coexisten, además, las realizadas por inmigrantes de determinada región de España, poco populares entre

los naturales de otros pueblos españoles y entre los criollos. Tales son los casos de la pelota vasca y la lucha canaria. La primera es el único deporte con pelota que arriba a la Isla procedente de la metrópoli, traído por el pueblo vasco. El primer reporte de su existencia en Cuba data del 12 de diciembre de 1790, cuando un grupo de vascongados, vecinos de la capital y dedicados al comercio, trabajos de oficina o el ejército, deciden realizar un partido en el área de la Real Factoría. Su anuncio, publicado en *El Papel Periódico de La Habana*, a pocas semanas de salir su primer número, el 24 de octubre de 1790, finaliza con una décima, como antiguamente hacían los trovadores vascos al anunciar al público importantes partidos. El otro deporte, oriundo de las Islas Canarias, «uno de los símbolos principales de la cultura» de ese pueblo,⁴ es la llamada lucha canaria, practicada por los hombres de campo. No se ha encontrado reporte de la existencia de este tipo de lucha en Cuba hasta 1848,⁵ lo cual no invalida la posibilidad de que la inmigración canaria, la trajera desde el siglo XVIII, y realizara combates como diversión en algunas de las fiestas tradicionales de este pueblo, como por ejemplo el día de la Candelaria y de San Juan.

Completa este inventario deportivo el billar y los boliches. En el caso del primero, sin saberse si su procedencia es española o francesa, llega a popularizarse en la población blanca de toda la Isla en los primeros treinta años del siglo XIX. Se colocaron muchas mesas de billar en fondas, posadas, lugares de diversión y, en menor número, en instalaciones independientes. Hasta en «caseríos de 20 o 30 edificaciones, los registros censales podían señalar los servicios predominantes como la panadería, la tienda mixta, la posada y su billar, la valla de gallos y la iglesia, apenas sin estar acompañados de viviendas o familias estables».⁶ Saco considera el billar como muy difundido en toda Cuba y uno de los juegos que ocupa el tiempo de ocio de los hombres blancos, debido a las apuestas, lo que contribuye a la vagancia, mal de aquellos tiempos. Por ejemplo, en Sagua la Grande existían en 1837 dos billares y para 1840 habían aumentado a cinco. Santiago de Cuba contaba en 1814 con cuatro y en 1827 totalizaban veintiséis. En 1843 la capital tenía registrados cuatro en intramuros y diez en extramuros.⁷ El negocio de los billares es tan próspero, que se comienzan a instalar fábricas para construir las mesas. Jacobo de la Pezuela registra, en La Habana, 62 billares en 1862.⁸

El boliche, de procedencia española, no era tan popular como el billar, y tuvo una propagación lenta. Lugares de diversión pública —entre los que están El Tívoli y El Recreo de la Chorrera— lo ofrecen como una de las opciones de juegos. En 1843, existen dos en extramuros y veinte años después Pezuela reporta

catorce en La Habana. Algunos establecimientos instalan tanto billar como boliches.

En relación con las actividades deportivas de los negros esclavos, la información es muy pobre. El único reporte trata del «baile del maní», practicado por esclavos procedentes de Guinea y ubicados en las regiones de Matanzas y Las Villas. Era una mezcla de baile e intercambios de golpes entre dos hombres, y contaba con variados estilos: «maní limpio», «maní con grasa» (se engrasaban la cabeza, el tronco y los brazos con manteca de corajo para que los golpes resbalaran y perdieran efectividad), «a puño y muñeca limpia» y «con muñequera» (brazaletes con cabezas de clavos, púas de acero o piedras, en muñecas y antebrazos, para que los golpes fueran certeros) Lo realizaban entre ellos o en duelos —organizados por sus amos— contra las dotaciones de otros ingenios. Algunos esclavos obtuvieron su libertad al vencer en este baile de puños y hacer ganar a sus amos grandes sumas de dinero en las apuestas.⁹

Este panorama deportivo continúa, casi sin cambios, hasta los años 20 del siglo XIX. El deporte no participa del proceso de transformaciones que experimenta la sociedad colonial en casi todas sus esferas entre 1763 y 1820. A pesar del incremento del intercambio cultural con otros países, como resultado del auge comercial, no llegan a la Isla nuevas experiencias deportivas. Se mantienen las actividades vinculadas o no al complejo festivo lúdico, con carácter local, espontáneo, ocasional, sin reglamentos escritos; no hay entrenamientos sistemáticos, ni hombres que se dediquen al deporte como profesión. A excepción del billar y la plaza de toros, no existen locales dedicados a la práctica deportiva. En la casi totalidad de las actividades apuntadas predomina la exclusión de la raza negra, tanto liberta como esclava.

En el período del Despotismo Ilustrado (segunda mitad del siglo XVIII) se manifiesta en España cierta animación por el tema del mejoramiento físico de niños y jóvenes, con la inauguración de un instituto fundamentado en la revolucionaria pedagogía del suizo Juan E. Pestalozzi (1746-1827), que incluye los ejercicios físicos en la preparación de los educandos. Por este motivo, se le adjunta a esa institución un gimnasio con la guía de Francisco Amorós Ondeano (1767-1848). Este proyecto no sobrepasa el año 1808, a causa de los hechos políticos que culminan con la invasión napoleónica a España. La posibilidad de volver a darle vida al gimnasio no entra en las intenciones gubernamentales españolas. Sin embargo, los interesados en esta cuestión montan gimnasios en algunos colegios privados y fundan otros como instituciones independientes. Todas estas personas están influidas por lo que acontece en Francia, Inglaterra, Alemania, Suecia,

Dinamarca e Italia, países que poseen institutos, academias y gimnasios en los que se trabaja por el mejoramiento físico de la juventud. España queda a la zaga de este movimiento continental por el establecimiento de la Educación Física. No es de extrañar que esta actitud de la Corona española se refleje en sus colonias. Lo significativo, en el caso de Cuba, es la poca atención brindada, hasta 1839, por los más ilustres pensadores de la burguesía criolla, hombres muy bien informados en las diferentes corrientes del pensamiento mundial de su época, que debieron tener contacto con los escritos de los filósofos Thomas Eliot, John Milton, John Locke y Juan Jacobo Rousseau, y los pedagogos Pestalozzi y Guths Muths, propugnadores de la importancia de los ejercicios físicos. Preocupado e interesado por buscar un método pedagógico para la enseñanza primaria en Cuba, el obispo Juan José Díaz de Espada (1756-1832) aprovecha la invitación real cursada a las Sociedades Patrióticas de las colonias para visitar el Instituto pestalozziano, y envía a Madrid a su colaborador Juan Bernardo O'Gavan, profesor de filosofía del Seminario de San Carlos, con el objeto de que conozca las experiencias de aquella institución y poder implantarlas en Cuba. La permanencia de O'Gavan en ese lugar es interrumpida a los tres meses de su llegada por los hechos de 1808. A su regreso a La Habana, el 12 de diciembre de ese mismo año rinde informe de sus gestiones a la Real Sociedad Patriótica y considera el método pedagógico analítico «con prodigiosos efectos», pero al abordar los ejercicios físicos indicados a los alumnos, expresa:

Se hicieron algunas innovaciones en el mecanismo de los ejercicios; se agregaron ciertos juegos gimnásticos para desenvolver las facultades físicas de la juventud, al paso que se desarrollaban las intelectuales y morales, y como en su ejecución se violentaban demasiado los órganos delicados de los niños, resultaron algunas desgracias que sirvieron de motivo a los desafectos para desacreditar el instituto.¹⁰

Termina su informe expresando que «el proyecto de establecimiento en La Habana, aun cuando hubiese tenido mejor suerte en la metrópoli, presentaría siempre dificultades, acaso insuperables, en atención a los grandes fondos que serían necesarios para dotar el inmenso número de maestros.¹¹ De esta manera finaliza el primer acercamiento de la ilustración criolla al tema de la educación física. Casi diez años después, el 18 de octubre de 1817, Nicolás Ruiz Palomino, al participar en la convocatoria de la Sección de Educación de la Real Sociedad Patriótica —fundada en 1816 para modernizar la educación primaria—, retoma el tema de los ejercicios físicos en los niños y opina que se le debe permitir «entregarse al placer de la recreación a fin de favorecer su crecimiento y de fortificar su

constitución [...] sean excitados a emplear su tiempo en ejercicios tan útiles y saludables de que resultarán muy buenos efectos.¹² Sin embargo, al resumir los aspectos principales de su proyecto de reforma, no incluye la realización de ejercicios físicos por los niños. Coincidentemente, O'Gavan, rival político de Nicolás Ruiz, presidía la Comisión encargada de analizar y aprobar este proyecto; se opone a la propuesta y logra su desaprobación. Vuelve a abandonarse el tema de los ejercicios físicos en la educación primaria, y tendrán que transcurrir dos décadas para que resurja esta problemática entre los ilustres criollos blancos.

Otro aspecto importante relacionado con la situación de la actividad deportiva en España, y por tanto con su incidencia en Cuba, es lo alejada que se encuentra de lo que acontece en Inglaterra, desde la segunda mitad del siglo XVIII y, posteriormente, en el resto de Europa y en los Estados Unidos. Junto al desarrollo del capitalismo industrial aparecen los gérmenes del deporte moderno. La clase burguesa desea utilizar su tiempo de ocio y apostar su dinero en nuevos pasatiempos, entre los que están las manifestaciones deportivas que, durante un proceso de muchos años, se van diferenciando de las formas lúdicas tradicionales.

El deporte moderno demora en llegar a España, con respecto a otros países del continente, algunas décadas. Por ejemplo, la primera carrera de caballos en Madrid ocurre en 1830, «después de cincuenta años, por la influencia inglesa y francesa».¹³ Para el historiador J. Vicens Vives, la España de la primera mitad del siglo XIX no puede calificarse de deportiva.¹⁴

Evidentemente, el referente del deporte moderno para Cuba no podía ser España. A partir de la segunda mitad de los años 20 del siglo XIX aparecen en la Isla las primeras manifestaciones, de manera imperceptible y lenta, vinculadas a la inmigración europea, fundamentalmente francesa, incentivada desde 1817; el crecimiento del intercambio comercial al calor del decreto de 1818 que garantiza el libre comercio; la modernización de las ciudades; el incremento de los viajes desde y hacia los Estados Unidos gracias a los barcos de vapor; el surgimiento de nuevos gustos en el uso del tiempo de ocio en las poblaciones urbanas; el constante intercambio cultural con inmigrantes o visitantes de otras naciones; la llegada de compañías teatrales de otros países, entre las que están las ecuestre-gimnásticas, que ponen en contacto al público con buenos jinetes, equilibristas, acróbatas, trapevistas, levantadores de pesas, etc., incentivan la práctica de ejercicios físicos y crean una nueva variedad asimilada por un público en constante incremento.

La Habana es, para muchos, una tentadora oportunidad para probar suerte y dar a conocer

novedades que les reporten alguna ganancia. Entre estos buscavidas se encuentran floretistas italianos, franceses, norteamericanos y españoles que ofrecen asaltos públicos con la novedad de invitar a los espectadores y ofrecer dinero a quienes los lleguen a vencer. Es probable que la colonia francesa establecida en la capital contribuyera al gusto por los asaltos de esgrima y que, poco a poco fuera creando un público interesado en este entretenimiento.

El auge que toman estos asaltos hace pensar a algunos esgrimistas en la conveniencia de abrir un establecimiento dedicado a la enseñanza de este deporte. En los primeros días de enero de 1836, Juan Galletti, músico italiano, integrante de una compañía de ópera de temporada, decide establecerse en La Habana y fundar una Academia de Esgrima —la primera de que se tenga noticias—, con un horario que facilita la asistencia de jóvenes de la clase media y de familias criollas blancas adineradas. El Tívoli, para ponerse a tono, anuncia el 31 de ese mismo mes que ha contratado a un profesor de experiencia en colegios españoles para atender las solicitudes de aprendizaje de la esgrima.¹⁵ En una ocasión da a conocer la presencia de la tiradora madame Virginia Orioh, la primera mujer que realiza combates de esgrima en Cuba, aunque el uso de féminas en espectáculos deportivos constituyó un mecanismo utilizado en ocasiones para buscar un mayor público.

El ejemplo de Galletti fue seguido por otros profesores en la capital. La novedad de la Sala de Armas o Academia de Esgrima fue imitada en otras localidades. El francés Francois G. Bauge inaugura una Academia en Matanzas y Santiago de Cuba la imita. Algunos teatros alquilan sus áreas para las salas de esgrima y varios colegios comienzan a impartirles clases de este deporte a sus alumnos.

El primer torneo entre tiradores de varias salas ocurre en 1867, organizado por Galletti. Eran excluidos los integrantes de la pequeña y mediana burguesía de criollos negros y mulatos. De hecho, no se ha encontrado información sobre si estos llegaron a organizar alguna sala de armas para la práctica de la esgrima.

En 1839 sucede un hecho importante para la historia de la cultura cubana, no recogido por los que estudian el siglo XIX. El 21 de marzo, José Rafael de Castro y Bermúdez, joven trinitario con tres años de permanencia en el Gimnasio Normal Civil y Militar de París, quien ya había publicado el artículo «Gimnástica» con el objeto de promover la instalación de un gimnasio en La Habana,¹⁶ envía una Memoria al secretario de la Sección de Educación de la Real Sociedad Patriótica, Manuel González del Valle, solicitándole el apoyo para fundar una Escuela Gimnástica guiada por los preceptos y

experiencias de Francisco Amorós —padre de la gimnasia en Francia y creador de aparatos y ejercicios que llevaron su nombre por varios años—, con el objetivo de contribuir a formar una juventud más fornida, enérgica y saludable, factores que contribuyen a mejorar el rendimiento intelectual y el comportamiento moral. En las primeras líneas de su exposición, de Castro plantea que la educación en Cuba no se ocupa de la parte física y solo tiene «por objeto el cultivo de las facultades intelectuales, olvidándose robustecer el cuerpo y dejando en la completa inacción los órganos de los sentidos y la locomoción». Al explicar la función del gimnasio, expresa:

En estos establecimientos es donde únicamente pueden hallarse los instrumentos necesarios para ejercitar como es debido todos los miembros desarrollando las fuerzas, la agilidad, la destreza y las otras cualidades de que es susceptible la especie humana; en ellos es donde el médico puede hacer sus aplicaciones dirigiendo y modificando los movimientos musculares con el fin de crear algunas máquinas propias para corregir los defectos y vicios de la naturaleza [...] es bien seguro que alternando los ejercicios físicos con los trabajos intelectuales, se verían menos jóvenes debilitarse en los colegios, minar y algunas veces destruir para siempre una robustez que prometía salud muy duradera: por este medio se evita también el fastidio que necesariamente hace de la uniformidad de una vida de colegio.¹⁷

De Castro llamaba la atención sobre un asunto enterrado desde 1818 con el proyecto de Nicolás Ruiz Palomino. La gran mayoría de la ilustración cubana, constantemente preocupada y ocupada en candentes problemas políticos, económicos, sociales, literarios, estéticos y pedagógicos, no se percató de este asunto, con excepción de José de la Luz y Caballero quien se interesa por la implantación de ejercicios físicos desde la dirección del Colegio San Cristóbal de la Habana, conocido como Carraguao, en los años 1833-1836, al orientar a los estudiantes caminatas y ejercicios al aire libre.

Los contundentes argumentos de José Rafael de Castro obtienen un cambio de actitud de la Sociedad Patriótica y los criollos ilustres. A los pocos días, el 5 de abril, esta institución, gracias al informe presentado por Luz y Caballero, miembro de la Sección de Educación y decidido defensor de esta nueva y valiosa idea, autoriza a de Castro la preparación e inauguración del Primer Gimnasio Normal de Cuba, ubicado en Consulado y Virtudes. El júbilo y el entusiasmo que motivaron los preparativos y la arrancada del Gimnasio Normal se reflejan en el intercambio epistolar de algunos ilustres criollos, que valoran la trascendencia del suceso, subestimado por ellos hasta ese momento. José de la Luz y Caballero en carta a José L. Alfonso, marqués de Montelo, le trasmite su alborozo: «Gran noticia para Pepe. Tenemos Escuela Gimnástica o mejor dicho

proyecto de Escuela Gimnástica». ¹⁸ Domingo del Monte y su hijo fueron de los primeros que se inscribieron; el ilustre intelectual resultó elegido primer presidente del Gimnasio. El 15 de abril escribe a José L. Alfonso:

Hemos formado una escuela gimnástica entre 50 suscriptores a doblón de 4 mensual: dirigirá el gimnasio el joven Rafael de Castro, primo de Casal, yerno que fue de Zuasnabar, y hábil en el ramo, pues es discípulo muy aventajado del coronel Amorós: la flor y nata de nuestra juventud está suscrita: andando el tiempo se pondrá un picadero, una sala de esgrima y una escuela de natación modo que puedan concurrir al establecimiento hasta los niños de las escuelas primarias. El gobierno no ha tenido inconveniente en conceder el permiso. De aquí en adelante se mejorará la raza degenerada y raquíta de nuestros ahilados estudiantillos, que ya casi iba a parar en monos. ¹⁹

El despegue del Gimnasio Normal y la labor de José Rafael de Castro desencadenan la fundación de gimnasios en la capital y en otras ciudades, ²⁰ el inicio en colegios privados de las clases de ejercicios gimnásticos, primera manifestación de la Educación Física impartidas por jóvenes provenientes del Gimnasio Normal, en la mayoría de los colegios, ²¹ y la publicación de trabajos que versan sobre la importancia de la gimnasia y de la Educación Física. ²²

En su informe del 1º de diciembre de 1840, la Sección de Educación reconoce que habían olvidado la Educación Física, valora como satisfactorio lo que estaba ocurriendo en los colegios con maestros de ejercicios gimnásticos y recomienda que todos los institutos y colegios deben tener profesores de estos ejercicios. En un intercambio de opiniones sobre la importancia del Gimnasio Normal, Francisco Coimbra le comenta a Domingo del Monte, en carta de 30 de septiembre de 1840, que era «un edificio de tendencias más morales que físicas en nuestra Cuba», ²³ y en carta de 21 de noviembre, le expresa: «el gimnasio es la piedra fundamental de un gran edificio que se ha de levantar en la patria». ²⁴

La organización y quehacer del Gimnasio Normal da lugar a recelos y suspicacias en algunos de los políticos españoles que reflejan su inconformidad en artículos publicados en el periódico *El Noticioso y Lucero de la Habana*, en que llegan a expresar su preocupación por «la importancia en tiempo y espacio dedicado a la creación de un gimnasio» ²⁵ por figuras provenientes de la Sociedad Patriótica y la juventud criolla ilustrada. Desde mediados de 1840 varios criollos, entre ellos el propio Del Monte, José Silverio Jorrín, José L. Alfonso, Coimbra, Manuel José Carrillo y Andrés Valdés Herrera preparan un proyecto para construir un nuevo y más grande Gimnasio Normal, que implica una elevada inversión calculada en más de treinta mil pesos. Para poder enfrentar este hermoso proyecto, recurren a la

constitución de una sociedad anónima, práctica novedosa aplicada en la construcción del camino de hierro hasta Bejucal, y otras empresas. En febrero de 1842, dicha Sociedad Anónima solicita autorización para la construcción del gimnasio, y a mediados de 1843 entrega el proyecto de reglamento interno. Cuando le devuelven el reglamento se han mutilado algunos artículos y cambiado otros. Hay dos prohibiciones fundamentales: no pueden darse clases de esgrima ni matricularse jóvenes mayores de veinte años. ²⁶ Estas limitantes son la causa de que la Sociedad Anónima decidiera desistir del proyecto. Las autoridades no querían una institución donde acudiera la juventud criolla blanca a perfeccionarse físicamente, adquirir habilidades en el manejo de las armas y efectuar intercambios de ideas. El proyecto representaba un peligro político futuro: todos los ingredientes para una conspiración.

En la medida que avanza el siglo, continúa la tendencia a fundarse gimnasios, impartirse clases de ejercicios en colegios privados, publicarse trabajos en la prensa y editarse libros y folletos sobre este tema. En 1866, funcionan en la capital varios gimnasios. ²⁷ La idea es compartida por algunos trabajadores. El obrero de la imprenta del *Diario de la Marina*, Esteban Morell, vecino del barrio de Colón, solicita al gobierno permiso para inaugurar uno. ²⁸

Todas estas instalaciones eran centros de reunión de la juventud criolla, que aprovecha sanamente su tiempo libre, realiza un entrenamiento constante que la hace más vigorosa, y contribuye a que frecuente menos, en el tiempo de ocio, las casas de juego y otros lugares que corrompen el espíritu juvenil, la preocupación de José Antonio Saco en su citado estudio sobre la vagancia en Cuba. Sin embargo, Saco no consideró al gimnasio como una vía para combatirla.

Después de casi veinte de años de estar funcionando los gimnasios, el periódico *El Siglo* valora su aporte a la sociedad cubana: «afortunadamente de una generación a esta parte se advierte algún progreso en este particular, siendo incalculables los beneficios que está proporcionando a la juventud del país el establecimiento de los gimnasios [...] De aquellos establecimientos que vemos con placer generalizarse y adaptarse en los colegios, va saliendo una juventud vigorosa». ²⁹

Tanto los gimnasios como las salas de armas se fueron convirtiendo en lugares preferidos de sectores de la juventud criolla. A fines de los años 60, en estas dos instituciones se celebran no solamente competencias internas, sino llegan a organizarse torneos que incluyen a todos los de la capital. Jóvenes

miembros de estas instituciones se incorporan a la gesta libertadora de octubre de 1868.

El deporte se convertirá, lentamente, en uno de los pasatiempos preferidos de los criollos ricos y, posteriormente, del resto de la población. La furia del béisbol, a partir de 1878, reforzará esta tendencia que se fue creando en el gusto popular. En los gimnasios se comienzan a practicar deportes que daban sus primeros pasos, como el boxeo, el tiro y el levantamiento de pesas, hasta que adquieren su independencia en prácticas y competencias.

El Gimnasio Normal no tuvo la posibilidad de desarrollar el ramo de la natación. Sin embargo, empresarios y hombres de negocio vieron la posibilidad de obtener ganancias con su práctica en el mar o con la construcción de tanques, antecedentes de las futuras piscinas. La primera instalación, conocida como la Academia de Natación de Regla, fue inaugurada en julio de 1841. La actividad se consideraba «una diversión desconocida en La Habana»³⁰ y llegó a ser la más popular por aquellos años. Otras academias fueron inauguradas, y ofrecían el servicio de enseñar a nadar o el perfeccionamiento de este ejercicio.

Las exhibiciones de equitación organizadas por el Gimnasio Normal, que van reuniendo a un público numeroso, no pasan inadvertidas para algunos hombres de dinero, quienes deciden organizar una sociedad anónima para la construcción y administración de un hipódromo, idea respaldada por las familias ricas de la capital, que quieren imitar a la *high life* de Inglaterra y los Estados Unidos. Por esos años se identifica la palabra *sport* con las carreras de caballos y los *sportmen* con los dueños de caballos, jinetes y aun los que asistían a las carreras para efectuar fuertes apuestas. El 18 de septiembre de 1840, se reúne en la Sociedad Filarmónica la junta de accionistas para la constitución de un hipódromo.³¹

El proyecto se realiza y La Habana por un corto tiempo posee un hipódromo, orgullo de la burguesía capitalina. Años después, una crónica recuerda esos días en los que se

ejecutaron carreras capaces de dar envidia a la misma Albión, emporio del sport, madre de los gentlemen-riders [...] Quién habría de decir que aquella soberbia elipse que recorrieran con la velocidad del cometa tantos corceles de sangre pura [...] La Habana tiene la satisfacción de haber poseído todo el delirio del sport por un momento.³²

La construcción de otro hipódromo tendría que esperar más de treinta años. Al no contar la capital con uno, los aficionados a este espectáculo disfrutaban de la llegada de compañías ecuestre-gimnásticas, como la dirigida por el primer jinete de Francia, Francisco Aurillon, de temporada en el teatro Tacón en el verano de 1845.

Los teatros y circos de la capital y de otras ciudades le facilitan al público entrar en contacto con varias manifestaciones deportivas que iban popularizándose en los Estados Unidos y Europa. Tal es el caso de la lucha y el boxeo francés. De Nueva Orleans llega, en abril de 1848, Mr. Charles, luchador y boxeador. Casi todos los periódicos dan la noticia como una gran diversión que no se había visto en La Habana.³³ El 8 de abril realiza la primera exhibición de lucha y boxeo francés. Fueron varios los habaneros que aceptaron el reto de Mr. Charles en la lucha. En el boxeo, solamente tuvo dos contrincantes. Estas fueron las primeras exhibiciones en Cuba de estos dos deportes. Al percatarse de la aceptación del público, los promotores incluyen, en la primera parte del programa, la lucha canaria. Mr. Charles fue vencido por el isleño Vicente Marrero.³⁴

La actuación de Mr. Charles promovió la visita, al año siguiente, de luchadores y boxeadores de los Estados Unidos. Es posible que algunos franceses radicados en La Habana transmitieran la enseñanza del boxeo francés (*savatte*) en algunos gimnasios o en clases particulares. En cuanto al boxeo inglés (*boxing*), no se conoce de exhibiciones hasta fines del siglo XIX. Pero es posible que en los gimnasios se practicara como una manera de defensa personal. Todo parece indicar que el francés François Bauge, incansable promotor de salas de armas y de gimnasios en varias ciudades de Cuba, incursionó en la enseñanza del boxeo. *El Redactor*, de Santiago de Cuba, informa a sus lectores, el 6 de agosto de 1843, que Bauge, director del gimnasio en esa ciudad, «enseña a dar trompadas [...] vendrá pronto a La Habana [...] pues que nos enseñe a dar trompadas». No se ha encontrado ninguna otra información sobre Bauge, por lo que no se puede saber si realmente impartió clases de boxeo en la capital.

La carrera pedestre no tiene acogida en Cuba hasta la década de los 80 del XIX, mientras que en Europa y los Estados Unidos tiene aceptación popular. En La Habana, Amadeo Chaumont, profesor del gimnasio del Colegio Cubano, anuncia que organizará las prácticas de ese deporte, en el invierno de 1850, en las inmediaciones del Castillo del Príncipe, pero no se tienen reportes de su realización.

El tiro con pistola fue otro de los deportes que lentamente se practicara a partir de los años 40. Juan Galletti ofrece clases en su gimnasio y un área para su ejecución.³⁵ También hay empresarios que construyen campos de tiro con pistolas y escopetas en diferentes puntos de La Habana y en otras ciudades.

El ajedrez, que llega a Cuba en los primeros tiempos de la conquista española, se juega en todo el país, por diferentes grupos y estamentos sociales, preferentemente de la raza blanca. En 1860, Félix Sicre

La llegada de la «pelota americana» ocurre en los años 60, coincidente con el rápido apogeo popular que alcanza durante y después de la Guerra de Secesión en el vecino norteamericano, con énfasis en la naciente deportemania de los colegios y universidades de aquel país.

es declarado el primer campeón de Cuba, título que pierde en un match con el campeón español, Celso Golmayo.³⁶ El deporte ciencia es el más organizado de Cuba a fines de los años 60 del XIX. En 1861 se funda el Círculo de Ajedrez de La Habana³⁷ y en 1862 llega Murphy, campeón norteamericano, que realiza la primera partida a ciegas en Cuba.³⁸

Llama la atención que en el lento desarrollo del deporte en Cuba, fundamentalmente por gestiones y participación de criollos blancos, la Universidad de La Habana se mantiene al margen de este movimiento, todo lo contrario de lo que ocurre en los Estados Unidos, Inglaterra y Europa. El centro de altos estudios no participa en los empeños y actividades encaminadas al desarrollo físico de la juventud. Las autoridades universitarias no consideraban que el estudiante necesitara realizar ejercicios físicos como parte de su formación. Esta indiferencia por la educación física trae como reacción del estudiantado interesado en este asunto, el inscribirse en gimnasios, salas de esgrima, escuelas de natación y picaderos. Algunos llegan a brillar en una o varias de estas ramas, como Antonio Bachiller y Morales, Ignacio Agramonte, Rafael Morales (Moralitos) y Manuel Sanguily. Eran universitarios deportistas; pero no existía el deporte universitario, que demorará hasta 1903 para irrumpir en el escenario deportivo habanero, por iniciativa estudiantil y con apatía institucional por estas actividades entonces extra curriculares.

En la segunda mitad del siglo XIX ocurre un constante incremento del intercambio comercial y cultural entre los Estados Unidos y Cuba. Cada día es mayor el grupo de estadounidenses que visitan o se establecen en la Isla. Se fundan pequeñas colonias de norteamericanos en ciudades como La Habana, Matanzas, Cárdenas y Cienfuegos, las que transmiten elementos de su cultura en esos sitios. Por otra parte, aumenta la cifra de cubanos que engrosan las filas de estudiantes, inmigrantes, intelectuales, viajeros, marineros, etc., que visitan o viven en aquel país y entran en contacto con la cultura estadounidense. A través de estas dos vías se forja una visión de esa sociedad, que emerge «en el imaginario cubano de los Estados Unidos como un espacio privilegiado en que se desarrollaba vertiginosamente la modernidad como una de las opciones alternativas

frente a España».³⁹ Entre los elementos consustanciales de este imaginario se encuentran los deportes, y de ellos el béisbol es el que logra enraizarse con más fuerza y permanencia en la naciente cultura cubana, hasta llegar a convertirse, a la vuelta de cuatro décadas, en el deporte-espectáculo nacional, cuya gestación es concomitante con la formación de nuestra identidad nacional en los complejos y difíciles tiempos de las guerras independentistas.

Desde los primeros momentos de su existencia en Cuba, el béisbol está signado por el alejamiento e independencia de la tradición cultural y el poder colonial de España. Este deporte desempeña un destacado papel, olvidado por casi todos los estudios de la época, en el desarrollo del sentimiento de pertenencia a lo no español, para contribuir, por tanto, al fortalecimiento de la identidad cultural cubana, enfrascada en un permanente antagonismo con la dominación de la metrópoli española. Jugar béisbol era una expresión anticolonial, opuesta a la diversión «salvaje» y «bárbara» de las corridas de toros, símbolo del tenaz sentimiento español.

La llegada de la «pelota americana» ocurre en los años 60, coincidente con el rápido apogeo popular que alcanza durante y después de la Guerra de Secesión en el vecino norteamericano, con énfasis en la naciente deportemania de los colegios y universidades de aquel país.⁴⁰ Los primeros en jugarlo en la mayor isla del Caribe, de acuerdo con los testimonios recopilados, son jóvenes blancos criollos, miembros de familias burguesas habaneras y matanceras, cuyas primeras experiencias beisboleras transcurren en los terrenos de instituciones docentes norteamericanas, a las que fueron enviados por sus padres; al regresar a su patria traen consigo dichas vivencias y los implementos (pelotas y bates).

Es escasa la información localizada en relación con el desarrollo del béisbol en sus primeros diez años de existencia en el pacífico occidente cubano, en los momentos en que, desde el centro y hasta el oriente de Cuba, transcurre la primera contienda libertadora. El primer reporte de su práctica encontrado hasta hoy, es la crónica —publicada en el matancero *Aurora de Yumuri*, el 28 de diciembre de 1874, y reproducida días después en el capitalino *El Artista*— del partido

realizado el 27 de diciembre en los terrenos del Palmar de Junco, en la ciudad de Matanzas, entre los únicos dos equipos existentes en la Isla, según los datos brindados por la citada crónica: el Havana Base Ball Club y el Matanzas Base Ball Club, con victoria para los habaneros 51 carreras por 9.⁴¹ Esta lid no debe considerarse un juego oficial, como en ocasiones se expresa, ya que no corresponde a ningún campeonato organizado.

El silencio envolverá, otra vez, el acontecer del bisoño juego de pelota de la Isla por un lapso de casi un lustro. El 3 de diciembre de 1878, los lectores de *El Triunfo*, en la sección Gacetilla, se encuentran el siguiente comentario: «miembros de la sociedad de juego de pelota que en el Vedado se divierten los domingos y ejercitan los músculos en tan útil ejercicio, han tenido la amabilidad de nombrar socio honorario al que suscribe».⁴² Semanas después, a dos años de haberse creado la Liga Nacional de Clubes Profesionales de Pelota de los Estados Unidos, se anuncia la constitución de la primera Liga de Beisbol de Cuba, por representantes de los clubes capitalinos Havana Base Ball Club y Almendares Base Ball Club, de reciente creación. El Matanzas Base Ball Club, aunque no envía delegados, informa que aceptará las decisiones adoptadas. La Liga acuerda, el 22 de diciembre de 1878,⁴³ iniciar el primer «Championship de Base Ball de la Isla de Cuba» el domingo 29 del propio mes, para lo que se utilizarían varios terrenos: Palmar de Junco, de Matanzas; el que ocupaba el Club Havana en la barriada de El Vedado, en el área comprendida, aproximadamente, por las actuales calles B, C, D, 11 y Línea; y el del Club Almendares, ubicado en el Cerro «muy cerca del parque de Tulipán, entre las calles Falgueras y Vista Hermosa, al lado del paredón del colegio de Delgado, y no muy lejos de la zanja».⁴⁴

El desafío inaugural transcurre en los terrenos de Tulipán, entre el Havana y el Almendares, con triunfo del primero, 21 carreras por 20.⁴⁵ Los jóvenes peloteros y los espectadores inauguran, sin tener conciencia de la trascendencia histórica de lo ocurrido esa tarde, «una de las tradiciones más poderosas y orgánicas de la cultura nacional»⁴⁶ y, también, la apasionada controversia de los rojos habaneros y los azules almendaristas, que durará hasta el final del beisbol profesional en los primeros años del triunfo revolucionario de 1959.

Inusitado es el novedoso espectáculo para la concurrencia que asiste a los primeros juegos de la «pelota americana», al presenciar dos decenas de jóvenes⁴⁷ lidiar en un juego casi desconocido, complejo y rico en emociones brindadas, que exige de los peloteros adrenalina, inteligencia, velocidad, fuerza y habilidades, apoyados por la pasión de los fanáticos.

El primer campeonato, con un total de seis juegos y cuyo último partido se efectúa el 16 de febrero de 1879, despierta un apasionado interés por su práctica y por engrosar los grupos de fanáticos, tanto de mujeres como de hombres, que asisten a disfrutar de las emociones de cada desafío dominical. El debut no podía ser mejor. Posteriormente, en el uso del tiempo de ocio de los criollos este nuevo deporte espectáculo comienza a desplazar a la corrida de toros, además de contar con una programación de diferentes campeonatos, durante una gran parte del año. En ocasiones coincidían desafíos de un mismo torneo o de otros convocados por diferentes ligas, en varios terrenos ubicados en barrios distantes unos de otros. La asistencia numerosa de público demuestra la preferencia de los criollos de diferentes estratos sociales por este deporte.

El juego de pelota posee, también, la posibilidad de que el espectador —niño, joven, adulto— pueda a su vez, con pocos recursos, reproducir el espectáculo en su barrio o en otro terreno y adaptarlo a sus condiciones y gusto. Algunas variantes, en un proceso de metamorfosis, han llegado a la contemporaneidad en populares y callejeros juegos del «taco», las «cuatro esquinas», «el caminado», «a dos bases», etcétera.

A las pocas semanas de finalizar el primer campeonato surgen nuevas decenas beisboleras en diferentes barriadas de Matanzas y de La Habana, en las que se llegan a organizar torneos. Con el decursar de los años 80, el monopolio capitalino y matancero de este deporte-espectáculo desaparece, al ser organizada una centena de clubes de beisbol, y campeonatos en otros pueblos y ciudades. La onda expansiva de la fiebre del beisbol abarca casi todo el país, y una cifra aproximada de doscientos equipos organizados, lo que representa un factor de integración nacional.

En los primeros tiempos, este deporte lo practica y presencia la burguesía criolla blanca, que veía en él una actividad culta, civilizada, ejemplo de modernidad y buen gusto, pasatiempo eficaz para la higiene y salud de la juventud «sensata y bien educada que quiere desarrollar sus fuerzas corporales en proporción a las intelectuales [...] que sus campos [terrenos] no son el circo táurico o la valla de gallos».⁴⁸ El beisbol es un exclusivo entretenimiento para personas cultas, por lo que no es «diversión de gente baja o populacho, sino pasatiempo de jóvenes bien educados [...] y espectáculo favorecido por nuestras más distinguidas damas».⁴⁹

No obstante, no por mucho tiempo el beisbol fue una actividad exclusiva de las familias criollas blancas adineradas, como lo era, por ejemplo, la esgrima. Lentamente, la contaminación de la fiebre beisbolera llega a las barriadas menos distinguidas, en las que

habitan familias blancas, mulatas y negras humildes. Estas llenan terrenos, plazas, parques y calles para disfrutar de las emociones del novedoso juego: «Casi a todas horas del día, en cada placer del barrio, se puede encontrar una partida de muchachos de todos colores remedando otra de base ball». ⁵⁰ Algunos de estos humildes jóvenes se convirtieron en destacados jugadores, captados por equipos de primera, en los que adquirieron popularidad y llegaron a mejorar su estatus económico y social. Por citar un ejemplo, el doctor en medicina Juan Antiga Escobar, destacado fisiólogo cubano y el miembro de más edad del Grupo Minorista (1923-27), huérfano de padre, con varios hermanos, recibe retribuciones en dinero en diferentes decenas hasta que es captado para el Club Habana por Emilio Sabourín y del Villar, quien le entrega periódicamente en «gratificación, la cantidad de 80 a 100 pesos, más los regalos extras [...] cubriéndome todas mis necesidades y las de mi familia [...] hasta obtener mi título de médico, fecha en que dejé el beisbol». ⁵¹

En los primeros años, esta masa de aficionados se integra al público que asiste, gratuitamente, a presenciar los juegos dominicales de beisbol, detrás de las cercas o desde las gradas habilitadas para este fin, separados de las familias criollas blancas adineradas que, en unión de los socios de los clubes contendientes, son ubicados en las glorietas. La prensa se hace eco de la difusión de la práctica del beisbol por «negritos en todos los barrios y las calles». ⁵² En las primeras tres décadas del beisbol cubano, Alfredo Arcano es el primero de los contados peloteros negros que juegan en equipos de blancos, hecho que ocurre en 1886, al entrar, con dieciocho años, en el Club Fe Infantil. Dos años después debuta en el Habana, donde se mantiene por casi veinte temporadas. ⁵³ El caso de Arcano no es muy común. En el siglo XIX cubano, coexisten los campeonatos de blancos y de negros. Estos últimos tienen su inicio el 23 de junio de 1887, en los terrenos del Almendares, con la participación de los equipos Comercio (rojo) y Fraternidad (carmelita), que discuten un premio de quinientos pesos. ⁵⁴ Los torneos de clubes negros excluyen a peloteros blancos y son presenciados, principalmente, por personas de la raza negra, y se reproduce la selección del público sentado en la glorieta, como en el beisbol blanco.

La furia del juego de pelota es tan fuerte, que en la medida en «que el juego fue siendo comprendido por el pueblo, los niños abandonaron las bolas de cristal, papalotes y trompos, integrándose a los placeres del beisbol», ⁵⁵ hasta llegar a ocupar un lugar preferente en el mundo lúdico infantil y juvenil de los cubanos. Se logra además, en gran medida, eliminar la exclusión racial y social en los partidos de niños y jóvenes,

practicándose así una democracia no vista en la estructura de la sociedad colonial.

La aceptación por la sociedad criolla se refleja, por otro lado, en la popularización de muchos de sus términos, españolizados por el uso diario como: «pichear», «quechear», «ponchar», «batear», etc., y en expresiones relacionadas con la dinámica de este juego, extrapoladas a diferentes situaciones de la cotidianidad social e incorporadas al lenguaje popular como «coger fuera de base», «estar en tres y dos», «irse en blanco», etcétera.

El tema de la pelota es cada vez más recurrente en tertulias, pasillos y aulas de la Universidad de La Habana, institutos y colegios, lugares de recreación, parques, calles, reuniones informales de cualquier edad, centros laborables; entre escritores, filósofos, poetas, dramaturgos, músicos y caricaturistas; obras de teatro, poemas, composiciones musicales y caricaturas inspirados en el juego de pelota. Entre los que hablaron del beisbol están Julián del Casal, Wenceslao Gálvez, Enrique José Varona, Bonifacio Byrne, Ignacio Sarachaga, Rafael Montoro, Manuel S. Pichardo, Ricardo de la Torriente, Raimundo Valenzuela y Mazzorana. En diarios y revistas, los periodistas comienzan a publicar trabajos sobre este deporte. Algunas de estas publicaciones, como las revistas *El Fígaro* y *La Habana Elegante*, son órganos de prensa de una o de varias sociedades de beisbol. Importantes periódicos aumentan en sus páginas el espacio dedicado a la «pelota americana», tratada al principio en la Gacetilla y, posteriormente, en una sección independiente, lo que contribuye a difundir lo acontecido en el mundo del beisbol norteamericano y del cubano.

En el auge beisbolero participó un grupo de empresarios, entusiasmados por las posibilidades de incrementar su capital, los que a su vez, con sus acciones, contribuyen a expandir deporte. A este grupo pertenecen varios dueños de imprentas, dispuestos a satisfacer la demanda informativa despertada por el apogeo del beisbol, por lo que publican traducciones de las reglas de dicho deporte, o la Guía de Beisbol, con datos y estadísticas de la Liga Profesional de los Estados Unidos y de la Liga de Cuba, impresión de cartones para venderse en los propios terrenos y facilitar que el aficionado lleve los resultados de un desafío; reproducciones de volantes, retratos de equipos completos o de individualidades, de coplas, caricaturas, partituras de piezas musicales, convocatorias a torneos, banderitas de los diferentes clubes, etc.; edición de publicaciones especializadas en beisbol, entre las que están *Base Ball*, pionera de las revistas deportivas cuyo primer número sale a la calle el 2 de octubre de 1881, *El Pitcher*, *El Catcher*, *El Habanista*, *El Pelotero*, *El Sportman Habanero*, *El Score*, *El Sport*, la más importante

publicación deportiva del siglo XIX y otras más hasta casi una veintena. Tiendas, ferreterías, perfumerías, quincallas, sastrerías, fábricas de zapatos, estudios de fotografía, ofrecen un variado surtido de trajes, zapatos, pelotas, bates, gorras, guantillas, protectores, caretas, importados o producidos en la Isla, para satisfacer la demanda de los equipos organizados y de los aficionados. Inversionistas individuales o de sociedades anónimas controlan los terrenos, con sus respectivas glorietas, gradas y otras edificaciones, dispuestos a incrementar la recaudación por concepto de asistencia del público, tratan de elevar la calidad del espectáculo. Para esto buscan jóvenes peloteros de excelentes rendimientos a los que entregan dinero, lo que origina el deporte como medio de subsistencia y no —como era en las primeras temporadas—, un entretenimiento. El primer equipo del béisbol cubano profesional se constituyó en 1893 por la firma de tabacos El Águila de Oro.⁵⁶ Igualmente incrementan la cantidad de partidos en los campeonatos (la Liga de Béisbol de Cuba alargó la temporada hasta los meses de mayo y junio, con una programación de hasta cincuenta desafíos), se organizan partidos y series no incluidas en torneos oficiales; se anuncian por varias vías el espectáculo; se adquirirían peloteros de otros clubes mediante el ofrecimiento de dinero, acción que también contribuía a la profesionalización del deporte; se programaban otras actividades deportivas (carreras pedestres, de caballos o de velocípedos y de bicicletas) o de otro tipo (bailes) como parte del espectáculo; los dueños de medios de transporte colectivos urbanos ofrecían servicios especiales hasta las mismas entradas de los terrenos, mientras que los ferrocarriles ofrecían precios módicos y salidas especiales para transportar equipos y aficionados de una ciudad a otra; los propietarios de fábricas de perfumes, cigarros, etc., ponían el nombre de equipos de béisbol a sus productos.

En toda la historia de los deportes en Cuba no se reporta tan febril apasionamiento como el ocurrido con el béisbol. Es el único deporte-espectáculo cuya impronta ha penetrado por muchos de los resquicios de la sociedad criolla, por haberse difundido por casi todo el territorio y ser acogido con calor, como practicantes y espectadores, por una gran parte de las diferentes clases, grupos y estamentos sociales, tanto blancos como negros. Es indudable que este deporte tuvo la posibilidad de contribuir a una cultura de integración nacional.

No solamente llega de tierras norteamericanas la experiencia beisbolera. La burguesía criolla asume otras prácticas deportivas que llegan a estar de moda en el país vecino. Algunas logran imponerse en el gusto y la preferencia, de la *high life* criolla, que las consideran parte de su

patrimonio y sello identitario de elegancia y distinción, característico de su estatus, como el yatismo,⁵⁷ el *lawn tennis* (tenis de campo)⁵⁸ y el polo ecuestre,⁵⁹ los que exigen disponibilidad de recursos financieros y tiempo de ocio para su práctica. A pesar de ser introducidos en Cuba en los años 80 del siglo XIX, estos deportes no rebasan la frontera de la exclusividad social y serán símbolos de poder y riqueza hasta la llegada de la Revolución. También la burguesía asume otros deportes-espectáculos —de alcance popular en la sociedad norteamericana— a partir de fines de los años 70. Al principio de su arribo a la Isla son insertados como parte de sus actividades sociales, como el patinaje, los remos, la natación y el ciclismo, los que después llegan a tener cierta aceptación entre elementos de la mediana y pequeña burguesía y sectores humildes, pero no se integran al torrente deportivo popular con la fuerza del béisbol.

El fin de la primera guerra de independencia, en 1878, trae consigo cambios en todas las esferas de la sociedad colonial. La corona de España promulga «circulares, decretos, reales órdenes y leyes que pretendían crear un clima de distensión y dar la apariencia de que se concedían a la Isla todo tipo de libertades».⁶⁰ Surgen como expresión de lo discutido anteriormente: un significativo número de sociedades que responden a disímiles grupos sociales e intereses, entre ellas las de carácter deportivo⁶¹ en mayor número relacionadas con el béisbol, signadas, generalmente, con el término *club*, reflejo de la influencia norteamericana. Presentan formas de organización parecidas a las existentes en los Estados Unidos, cadenas trasmisoras e impulsoras de algunos de los deportes ya conocidos, y de los nuevos que arriban del norteamericano vecino en las tres últimas décadas de la centuria decimonónica. Entre las sociedades deportivas más importantes se encuentran el Club de Ajedrez de la Habana, Club de Esgrima de la Habana, Habana Yacht Club, Club Gimnástico de Prado y Club Biciclista de la Habana. No siempre la práctica y exhibición de los nuevos deportes importados de la cultura estadounidense son organizados y controlados por una sociedad establecida oficialmente, sino que sus promotores son empresarios o practicantes capaces de ofrecer clases para su conocimiento o para organizar competencias, como el caso del patinaje o el tenis.

Otra característica de las últimas tres décadas del siglo XIX es el papel de la mujer en algunos deportes. Además de asistir a las instalaciones deportivas, las mujeres son pioneras, junto a los hombres, en la práctica y competición del patinaje, el tenis y el ciclismo. En el deporte de los remos compiten ocasionalmente.

Al arribar el año 1895, el mundo deportivo en la Isla —con más accionar en la capital—, se caracteriza por las competencias establecidas o eventuales —en

algunas participan deportistas de otros países (ajedrez, ciclismo, pelota vasca y esgrima)— de un conjunto de deportes que ocupan, cada vez más, el tiempo libre de la población. Entre ellos están beisbol, esgrima, gimnasia, tiro, ajedrez, remos, natación, yatismo, tenis, pelota vasca, patinaje, ciclismo, polo ecuestre y carreras de caballos; además de exhibiciones ocasionales de lucha, levantamiento de pesas y boxeo.

La trama urbana se enriquece con las instalaciones deportivas construidas para hacer realidad los deportes al aire libre: terrenos de beisbol (algunos tienen anexadas en sus áreas campos de tiro, hipódromo, pista para carreras y velódromo), *ground* de tenis, hipódromos y muros para pelota vasca; locales techados utilizados como gimnasios, salas de esgrima y pistas de patinaje. También puede apuntarse que ciertos edificios de sociedades y algunos teatros se utilizaron para competencias de esgrima y ajedrez.

La guerra independentista iniciada en 1895, que llega a extenderse del oriente al occidente, afecta al quehacer del beisbol y de otros deportes. Durante el interregno interventor norteamericano (1° de enero de 1899-20 de mayo de 1902) se comienzan prácticas y exhibiciones públicas de varios deportes como el fútbol americano (intercolegial), boxeo,⁶² jai alai⁶³ y pin pon,⁶⁴ que constituyen algunas de las tantas novedades integradas a los presupuestos de «modernidad», «civilización» y «progreso» que caracterizaron el discurso de las autoridades de la primera ocupación militar norteamericana en Cuba. De estos deportes, el fútbol americano, el de mayor arraigo en la deportemania universitaria estadounidense y creador de héroes deportivos, es el más apreciado por algunos grupos de la juventud estudiantil habanera y, luego, de otras ciudades de la Isla. A los quince meses de haberse realizado la primera exhibición entre las tripulaciones de los barcos de guerra Iowa y Virginia,⁶⁵ jóvenes cubanos deciden competir con un equipo de soldados del séptimo Regimiento de Caballería del ejército de ocupación, con más experiencia, en un partido celebrado el 7 de abril de 1900 en el hipódromo de Buena Vista.⁶⁶ Estas exhibiciones y otras posibles, pero no recogidas por la prensa nacional, dejan la semilla que fertiliza en un grupo de jóvenes, varios universitarios, que deciden reiniciar las prácticas de este deporte a los pocos días del inicio del curso académico 1902-1903.

El boxeo se arraigó con cierta fuerza en los sectores populares de varios territorios de Cuba. Aunque no existen reportes en la prensa de improvisados carteles boxísticos, todo parece indicar que se realizaron y, a veces, provocaron desórdenes públicos que preocuparon al gobierno civil, que acuerda recomendar a los gobernadores provinciales no autorizar este espectáculo, orientación no cumplida, como lo demuestran los

combates realizados en el Teatro de Marianao por boxeadores norteamericanos —posiblemente miembros del ejército de ocupación— y cubanos.

Al finalizar el siglo XIX para la mayoría de la población urbana y rural de la Isla, tanto blanca como negra, adinerada o pobre, el deporte-espectáculo preferido era el beisbol. En determinados grupos sociales, de diferentes ciudades, varios deportes van conquistando un espacio entre las opciones culturales. Crece el número de sociedades que organizan su práctica y competición, las instalaciones dedicadas a estas actividades enriquecen la trama urbana y el deporte se va integrando a la cotidianidad social cubana.

Notas

1. José Antonio Saco, *La vagancia en Cuba*, Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1946, p. 53.
2. Véase Colectivo de autores, *Fiestas populares y tradicionales cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998; Virtudes Feliú, *Fiestas y tradiciones cubanas*, Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2003, p. 129; Juan Pérez Villarreal, *Oriente: biografía de una provincia*, Siglo XX, La Habana, 1960, p. 142.
3. Pablo Riaño San Marful, *Gallos y toros en Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2002.
4. José Hernández Moreno y otros, *Lucha canaria. Historia, estructura y técnica*, Viceconsejería de Acción Exterior de Relaciones Institucionales, Gobierno de Canarias, 2000, pp. 26-7.
5. «Remitido», *Faro Industrial de la Habana*, La Habana, a. VIII, n. 97, 3 de mayo de 1848, p. 2.
6. Carlos Venegas Fornias, *Cuba y sus pueblos: censos y mapas de los siglos XVIII y XIX*, Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2002, p. 103.
7. *Diario de Cuba*, La Habana, Suplemento, 1° de abril de 1843, p. 2.
8. Jacobo de la Pezuela, *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de la Isla de Cuba*, t. III, Imp. del Establecimiento de Mellado, Madrid, 1863, p. 348.
9. Datos brindados al autor por Luis Arévalo, el historiador de la lucha en Cuba, 1999.
10. «Aviso», *Papel Periódico de La Habana*, La Habana, 29 de diciembre de 1808. Reproducido en *Panorama histórico de la Educación Física II. Primer curso de especialización deportiva de periodismo*, s/e, s/f, pp. 2-3.
11. *Ibidem*, p. 3.
12. *Memoria de la Real Sociedad Económica de la Habana*, t. IV, a. II, n. 23, La Habana, julio-diciembre de 1818, p. 366.
13. J. Vicens Vives, *Historia de España y América*, t. IV, Vicens-Vives, Barcelona, 1961, p. 499.
14. *Ibidem*.
15. «Academia de Esgrima», *Diario de La Habana*, La Habana, 31 de octubre de 1838, p. 4.

16. «Gimnasia», *La Cartera Cubana*, La Habana, pp. 193-200.
17. «Escuela Gimnástica», *Memoria de la Sociedad Patriótica de la Habana*, t. 7, La Habana, 1839, pp. 415-7.
18. «Carta de José de la Luz y Caballero» (31 de marzo de 1839), Colección Manuscritos, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana.
19. «Carta de Domingo del Monte» (15 de abril de 1839), *Revista Biblioteca Nacional*, v. IV, a. II, nn. 1-6, La Habana, julio-diciembre de 1910, p. 100.
20. Matanzas (1840), Trinidad (1841), Puerto Príncipe (1842), Santiago de Cuba (1843), Remedios (1845).
21. Todos estos centros docentes, pioneros de la Educación Física en Cuba, realizaron al final de curso exhibiciones de ejercicios gimnásticos, con la asistencia de muchas personas
22. Manuel Valdés Miranda, «Gimnástica: voluntad de acción», *Diario de La Habana*, La Habana, 7 de noviembre de 1839, p. 2; «Gimnasio Normal Cubano», *Diario de La Habana*, La Habana, 18 de abril de 1841, p. 2; José de la Luz Hernández, «Gimnástica», *Diario de La Habana*, La Habana, 3 de enero de 1842, p. 2; 4 de enero de 1842, pp. 2-5; 5 de enero de 1842, pp. 2-5; 10 de enero de 1842, p. 2; 30 de enero de 1842, pp. 2-4; 31 de enero de 1842, p. 2; «Gimnástica», *Faro Industrial de La Habana*, La Habana, 29 de mayo de 1843, p. 4; Manuel Valdés Miranda, «Educación física, moral y religiosa antes del matrimonio», *Faro Industrial de La Habana*, La Habana, 11 de julio de 1843, p. 2; «Gimnástica», *La Prensa*, La Habana, 24 de enero de 1843, p. 3.
23. «Carta de Francisco P. Coimbra» (30 de septiembre de 1840), *Centón Epistolario*, t. IV, Academia de Historia de Cuba, La Habana, 1923, p. 184.
24. «Carta de Francisco P. Coimbra» (21 de noviembre de 1840), *Centón Epistolario*, ed. cit., p. 185.
25. Luis González Socarrás, *Reflexiones históricas sobre la Educación Física*, La Habana, 2001, p. 14 (inérito).
26. «Carta de Agustín Barón Horullas» (28 de septiembre de 1843), *Centón Epistolario*, ed. cit., p. 139.
27. Gimnasio Normal (Consulado y Virtudes), Gimnasio Cratógeno (Ánimas n. 168 entre Gervasio y Belascoaín), Gimnasio Médico Ortopédico (San José n. 48 esquina a Campanario, para ambos sexos), Gimnasio de Prado (para ambos sexos), Gimnasio de Guanabacoa (Cadenas n. 4 y medio, para ambos sexos), Gimnasio de Regla (calle Santuario), Gimnasio de Jesús del Monte y Gimnasio de la calle San Isidro. El primer gimnasta cubano que obtuvo un premio internacional fue Juan de Dios Figueroa, vencedor de la competencia programada en la Exposición Internacional de París, en 1857.
28. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Gobierno Superior Civil, Legajo 1353, n. 52906, 17 de enero de 1851.
29. *El Siglo*, La Habana, 15 de agosto de 1866, p. 2.
30. *Diario de La Habana*, La Habana, 8 de julio de 1841, p. 5.
31. *Ibidem*, 17 de septiembre de 1840, p. 4.
32. *La Prensa*, La Habana, 18 de septiembre de 1844, p. 3.
33. «Correos de La Habana: Mr Charles», *Avisador del Comercio*, n. 73, 2ª época, 8 de abril de 1848, p. 2, y «Noticias Locales: Boxeo», *Faro Industrial de la Habana*, a. VIII, n. 78, 9 de abril de 1848, p. 1.
34. Sobre los sucesos de la victoria del isleño y la huida de Mr. Charles, al tener conciencia de su derrota, se escribieron unas décimas que fueron publicadas por la imprenta de Torres y Carlota Milanés lo recoge en una carta enviada a uno de sus hermanos. «Notas Locales», *Faro Industrial de La Habana*, a. VIII, n. 108, 16 de mayo de 1848, p. 1.
35. «Tiro de pistola y Sala de Armas», *Diario de la Marina*, La Habana, 3 de enero de 1849, p. 4.
36. *LPV*, La Habana, 17 de enero de 1978, p. 33.
37. «Ajedrez», *El Moro Muza*, La Habana, a. 27, n. 216, 3 de marzo de 1861.
38. *El Siglo*, La Habana, 18 de octubre de 1862, p. 3.
39. Véase Luisa Campuzano, «Mirando al norte: viajeros cubanos a los Estados Unidos (1840-1900)», en Rafael Hernández (compilación, introducción y notas), *Mirar al Niágara. Huellas culturales entre Cuba y los Estados Unidos*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2000, p. 57.
40. Los dos primeros reportes de existencia del beisbol en Cuba, no avalados por documentos son: a) Testimonio realizado por Nemesio Guilló donde afirma que trajo de los Estados Unidos el primer bate y la primera pelota de beisbol en 1864 y que al principio se jugaba una especie de fongueo; b) la tradición oral matancera afirma que, en 1865, la tripulación de una goleta de los Estados Unidos, surta en el puerto de esa ciudad, juega beisbol con un grupo de obreros portuarios.
41. La crónica de *Aurora de Yumurí* es tomada de Martín Socarrás Martón, *Notas para la historia del beisbol en Cuba*, s/f, inédito, pp. 5-6. La crónica de *El Artista* utilizada para este trabajo es la reproducida en el libro de Wenceslao Galvez y Delmonte, *El Base Ball en Cuba. Historia de Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizados en el juego citado, ni de ninguna otra*, Imp. Mercantil de los herederos de Santiago Spencer, La Habana, 1889.
42. Gacetilla «Muy agradecido», *El Triunfo*, La Habana, 3 de diciembre de 1878, p. 3.
43. Gacetilla «Championship», *La Voz de Cuba*, 27 de diciembre de 1878, p. 3.
44. Wenceslao Gálvez y Delmonte, ob. cit., p. 68.
45. A pesar de estar identificado por la prensa el lugar donde ocurrió el primer juego del Campeonato — que es el primer juego oficial del beisbol cubano —, existe una tarja en los jardines del hospital materno-infantil América Arias, de Línea y G, El Vedado, en la que se dice que ahí se jugó el primer desafío del campeonato de 1878. No es hasta 1881 cuando el Havana Base Ball Club arrienda al gobierno municipal, por ocho años, ese terreno. Desde mediados de 1881 lo comienza a utilizar y el 17 de junio de 1882 se inaugura la glorieta.
46. Félix Julio Alfonso López, «Las narrativas del beisbol en la construcción del nacionalismo cubano (1880-1890)», en María del Pilar Díaz Castañón (compilación e introducción), *Perfiles de la nación*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, p. 126.
47. Aunque en el desafío del 27 de diciembre de 1874 eran nueve los integrantes de cada equipo, en el campeonato de 1878, y hasta los primeros años de la década de los 90, los equipos los integraban diez jugadores, por eso eran llamados «decenas». La posición número diez era el llamado «right-short», ubicado entre el short stop y la segunda base.

Carlos E. Reig Romero

48. «Ese es el camino», *El Triunfo*, La Habana, 25 de febrero de 1882, p. 3.

49. *El Triunfo*, La Habana, 4 de enero de 1881, p. 3.

50. «Base Ball», *El Triunfo*, La Habana, 22 de marzo de 1882, p. 3.

51. Juan Antiga, «Mi homenaje a Emilio Sabourín», *Alma Mater*, n. 5, 2ª época, La Habana, abril de 1929.

52. «Glorietas», *El Triunfo*, La Habana, 2 de julio de 1882, p. 3.

53. Severo Nieto, «Ficha de Alfredo Arcano», *Archivo del Beisbol Cubano*, (inédito).

54. *Ibidem*.

55. Wenceslao Gálvez y Delmonte, ob. cit., p. 20.

56. *Ibidem*, p. 79.

57. El primer reporte de una regata de yates corresponde al 16 de mayo de 1886. Para esa fecha ya hay diez *yachts* en la bahía de La Habana. La primera regata oficial, organizada por el Havana Yacht Club ocurre el 20 de mayo de 1887.

58. El primer terreno para jugar el tenis es construido en la residencia de los hermanos Francke, ubicada en Paseo, esquina a 7ª, El Vedado, en abril de 1888. Semanas después se construyen otros terrenos en El Vedado y en el Cerro. Es un deporte practicado al inicio por muchachas y, al poco tiempo, también lo juegan los varones, entre los que está el excelente músico cubano Ignacio Cervantes. El primer torneo se organiza en octubre de 1894.

59. El primer partido se celebra el 20 de octubre de 1883 en el Hipódromo de Mariano.

60. Véase María del Carmen Barcia Zequeira, *Una sociedad en crisis: La Habana finales del siglo XIX*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000, p. 79.

61. Desde 1878, basados en el artículo 13 de la Constitución de la Restauración Española de 1876, y hecha extensiva a Cuba y Puerto Rico por el Real Decreto del 7 de abril de 1881, comienzan a constituirse sociedades en Cuba. La Ley de Asociaciones es promulgada el 13 de junio de 1888. Según el estudio de la doctora

María del Carmen Barcia, entre 1878 y 1879 se inscriben en La Habana cerca de cuarenta sociedades deportivas, para ocupar el cuarto lugar del total de las inscritas, solo superadas por las gremiales, las de recreo y las de instrucción, recreo y socorro.

62. El primer cartel boxístico efectuado en Cuba de que se tenga noticias hasta hoy, ocurre el 18 de marzo de 1899, en el teatro Sauto de Matanzas, con un total de tres combates, con una duración de diez minutos cada uno. Los contrincantes eran soldados norteamericanos acantonados en ese territorio.

63. Jai alai (en vasco significa «fiesta alegre»). Nombre utilizado en Cuba para referirse a la cesta punta, modalidad de la pelota vasca. En Cuba llegó a través de las gestiones iniciadas en el ayuntamiento de La Habana, en abril de 1898, por uno de los hermanos toreros Mazzantini. Después de casi tres años de gestiones y ajetreos, en los que interviene el propio gobernador militar norteamericano Wood, se inaugura el 3 de marzo de 1901 el frontón ubicado en las calles Virtudes, Marqués González, Concordia y Lucena, que se le conoce como el Palacio de los Gritos. Constituyó uno de los grandes negocios deportivos, en el que había elevadas apuestas.

64. El pin pon, llamado años después tenis de mesa, llega a Cuba por el comerciante F. A. Baya, establecido en La Habana con una óptica y tienda de variados artículos, entre ellos los deportivos. Comienza a vender los implementos de este deporte, de moda en esos momentos en los Estados Unidos, en los primeros días de mayo de 1902.

65. *El Nuevo País*, La Habana, 6 de enero de 1899, p. 2.

66. Gaceta: «Partido de Foot Ball», *Diario de la Marina*, La Habana, 7 de abril de 1900, p. 2.

© TEMAS, 2007

Globalización y deporte: el fútbol brasileño como megaevento

Tarcyane Cajueiro Santos

Profesora. Universidad de São Paulo, Brasil.

El surgimiento de una sociedad global derivada de transformaciones radicales ocurridas en el mundo durante las últimas décadas, no impide una comprensión relativa de este fenómeno en marcha, la medida en que veamos en él cambios estructurales que inciden sobre nuestros comportamientos, valores, hábitos; en suma, sobre nuestra propia existencia.

Frente a un mundo donde la tecnología se convierte en su fuerza motriz, al organizar la vida de los hombres; cuando ocurre el paso de una economía de *high volume* a una de *high value*, la sociedad globalizada muestra con toda fuerza sus tentáculos, confiriendo otro sentido a las problemáticas nacional y cultural. La globalización aparece como un reordenamiento de fronteras de la economía, la sociedad y la cultura, «al poner a un lado este engranaje constructivo entre, de un lado, la política y el sistema jurídico y, del otro, la circulación económica y las tradiciones nacionales dentro de la frontera del Estado territorial».¹ Esto significa que otras perspectivas están siendo ideadas en la constelación posnacional. Se apunta aquí a la desterritorialización de prácticas culturales que otrora fueron consideradas nacionales, hacia un intercambio de comportamientos y hacia la

consolidación de una «cultura internacional popular», o sea, de producciones espirituales y materiales que ya son globales al nacer.²

En semejante escenario, lo que se pretende comprender es cómo la globalización se está delineando en la esfera cultural, específicamente en el fútbol, que a partir de los años 30 y los 40 fue incorporado como uno de los elementos de la nacionalidad brasileña³ y ha sido caracterizado por sus pensadores como portador de una identidad propia que lo distinguiría frente a otras naciones. En ese sentido, cabe preguntar si, frente a un mundo globalizado, este deporte ya perdió la identificación como el «alma nacional» o si esta persiste, «sirviendo» como producto cultural brasileño (si es que podemos llamarlo así) que, por bueno, es mundialmente exportado.

Con el advenimiento de las industrias culturales, «el modo de producción industrial aplicado al dominio de la cultura tiene la capacidad de impulsarla en el circuito mundial»,⁴ lo que presupone un complejo intercambio internacional de imágenes, productos y valores, independientemente de sus orígenes. En este aspecto, podemos repetirnos la pregunta que Renatp

Ortiz se hace: «Sabido que el proceso de desterritorialización es inmanente a la modernidad, ¿sería convincente establecer con tanta claridad esta oposición entre lo interno y lo externo?».⁵ Con la popularidad mundial del fútbol y con el proceso de mercantilización (los profesionales del deporte lo llaman profesionalismo) en la época de fragmentación de las fronteras, ¿cabe todavía pensar en el fútbol como una manifestación inmanente a la cultura brasileña?

Si, como enfatiza el propio Ortiz, la mundialización de la cultura se revela a través de lo cotidiano y expresa un mecanismo que reorienta la organización de las sociedades actuales, a través de la alimentación, el vestuario, los filmes, los supermercados, el fútbol puede también denotar esos cambios. En definitiva, su alcance planetario y su poder de penetración es tal, que todas las grandes compañías del mundo se vuelven hacia él.

Consideraciones sobre la historia del fútbol brasileño

En 1894 —considerado por la historiografía el año de su introducción oficial en Brasil—, el fútbol ya se había consolidado en Inglaterra como deporte, y perdido su carácter predominantemente elitista y universitario al penetrar en las capas obreras de este país. En esa época, venía conquistando adeptos en toda Europa, entre los países con los que Inglaterra mantenía relaciones comerciales.⁶

Su constitución como deporte estuvo estrechamente ligada, tanto en los países de Europa como en Brasil, a la industrialización y al surgimiento de las grandes ciudades. Este deporte, como una necesidad de aprovechamiento de las horas libres (por lo menos así se pensaba a principios del siglo xx), no puede desvincularse de las condiciones históricas que marcaron el fin del siglo xix y el inicio del xx.⁷ Al apenas practicarse oficialmente, por la élite, el fútbol se organizaba como una actividad de aficionados que solo se profesionalizaría en los años 30, lo cual sucede por su inmensa popularidad en Brasil a lo largo de la década de los años 10, y más en los años 20, en la medida en que las «peladas»⁸ se convertían en un ejercicio cada vez mayor, hasta llegar a formar equipos entre las capas más pobres.

Debido a las propias características del juego, el fútbol penetró en las demás capas de la población. Para jugarlo solo se necesitaba una pelota mediana, de papel o de goma, un local libre y cualquier cantidad de jugadores. Además, según algunos autores, fue a través de los equipos de los suburbios y de los clubes de las fábricas que el fútbol paulista conoció el proceso de democratización.

Muchos autores señalan que las empresas, especialmente las industrias, desempeñaron un papel importante en la propagación del fútbol en Brasil. El Athletic fue el primer club suburbano y menos elitizado del país. Fundado por los ingleses en 1904, la fábrica C.I.A. Progresso Industrial Ltda. —ubicada en un suburbio carioca— puso a su disposición un campo e importó el material necesario para la creación del equipo. Para los investigadores, este hecho representa el inicio de todo el proceso posterior de democratización del fútbol brasileño, a pesar de que se produjo más en virtud de una contingencia que de la intención de la directiva del club.⁹ El carácter democrático, que posibilitaba la incorporación de obreros al club, se debía a su tortuosa localización, que dificultaba el acceso de otros ingleses al barrio en cuestión.

Las fuentes utilizadas en esta investigación señalan a São Paulo y a Río de Janeiro, en las décadas de los años 20 y los 30, como los estados que se comportaron con una extrema competitividad desde el punto de vista futbolístico, en presencia de un fuerte regionalismo en el país. Con el fin de demostrar su fuerza, cada uno creó su propia federación nacional. Autores como Waldenyr Caldas dicen que la verdadera disputa del fútbol brasileño comienza en la creación, por un lado, de la Federación Brasileña de Fútbol por los paulistas el 25 de septiembre de 1915; y por el otro, de la Federación Brasileña de Deportes, fundada por los cariocas el 15 de noviembre del mismo año. Tales entidades se hicieron oficiales por reunir lo que había de más expresivo en los futbolistas cariocas y paulistas, que luchaban por obtener el derecho de representar oficialmente el fútbol brasileño en el exterior. Ello sería posible con el reconocimiento de la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA), que solo reconocería alguna asociación brasileña si hubiese en el país, la unificación del fútbol. Esto ocurrió el 18 de junio de 1916, con la fusión de las dos entidades en la Confederación Brasileña de Deportes (CBD) —para representar internacionalmente el fútbol nacional— lo cual dio fin al enfrentamiento político entre São Paulo y Río de Janeiro.¹⁰

A inicios de la década de los 20, el fútbol se consolidará como el deporte más popular de Brasil, y en los años 30 ya llenaba estadios, estimulaba la rivalidad entre los aficionados y creaba grandes ídolos. Era ya un fenómeno de masas, auxiliado por la prensa, que anunciaba y escribía acerca de las competencias, y por la radio que trasmitía los partidos. Según Robert Lavine, «la transición de la afición al profesionalismo fue ayudada sustancialmente por el crecimiento de la divulgación en la radio, a mediados de los años 30, así como por el periodismo popular que, en sus inicios,

acompañara el rápido surgimiento del fútbol como deporte nacional, antes de la Primera guerra mundial».¹¹

Hasta la oficialización del profesionalismo en el fútbol brasileño, en 1933, coexistían en Brasil las prácticas de aficionados y las profesionales. En São Paulo, la Asociación Pro Esporte e Aventura (APEA) y la Liga de los Aficionados al Fútbol (LAF), a pesar de permitir a los jugadores recibir salarios de sus clubes, defendían un fútbol practicado por personas que formaran parte de la alta sociedad. Las remuneraciones iban desde el ofrecimiento de regalos hasta un profesionalismo no declarado. En ese caso, a partir del momento en que la APEA decidió cobrar la entrada a los juegos se establecían en Brasil las bases del profesionalismo. El primero en asumir que ofrecería gratificaciones a los jugadores fue el Club de Regatas del Vasco de Gama, en 1923. El hecho es que en la década de los 20, con la diseminación del fútbol entre las clases populares, algunos jugadores negros, mestizos y pobres llegaron a los clubes de la primera división.¹² A través de las competencias internacionales y de la rivalidad entre los clubes para el reclutamiento de jugadores fuera del país, la presencia de jugadores negros y pobres que deseaban hacer del deporte su profesión se hace más visible, de modo que «la primera Copa del Mundo, la de 1930 en Uruguay, pone en movimiento una red internacional de fútbol que no va a dejar de crecer a lo largo del tiempo».¹³

Con la demanda, en la década del 30, de jugadores suramericanos para el fútbol europeo, en particular el italiano, hubo un éxodo de quienes se consideraban perjudicados por la «falsa afición». José Sergio Lopes nos cuenta que inmediatamente después de la primera Copa del Mundo, ganada por Uruguay, y considerando los preparativos de la segunda Copa en Italia, Mussolini decide estimular al fútbol italiano con la promesa de construir un estadio para el club que lograra convertirse en campeón nacional. Así, los clubes italianos comienzan a reclutar jugadores en Brasil, Argentina y Uruguay, lugares donde existían colonias italianas.

Waldenyr Caldas apunta que Getulio Vargas, al asumir la presidencia de Brasil en 1930, presentó un proyecto titulado «Programa de Reconstrucción Nacional», con el objetivo de la mejoría del país y que acabó repercutiendo beneficiosamente en el fútbol brasileño y en los atletas. El inciso 15 del programa, según el autor, fue de suma importancia para impedir que los dirigentes deportivos continuaran con su pretensión de mantener el fútbol aficionado. Fue este uno de los detonadores de la reglamentación del fútbol en 1933.¹⁴

La creciente popularidad y la consecuente insustentabilidad del fútbol aficionado hicieron que la CBD adoptase, con cierta resistencia, el profesionalismo alrededor de la década de los 30. Esta medida, al dar formalmente la condición de empleados a los atletas,

bajo la jurisdicción del Ministerio del Trabajo, forzó a la mayoría de los aficionados a salir de los clubes, ya sea porque no podían, o porque no querían competir con los asalariados, en gran medida provenientes de las clases bajas.¹⁵

Sin embargo, si hoy el fútbol es un negocio, en aquella época y hasta aproximadamente la década de los 50, el profesionalismo no se libró de los obstáculos ocasionados por los grandes clubes, en gran parte debido al color de los jugadores.

La democratización del fútbol brasileño fue lenta y reveladora de prejuicios. Solo en 1918, por gran presión de la prensa, la Confederación Brasileña de Deportes (después CBI, hoy CBF) autorizó el registro de negros en los clubes y entidades. En el umbral de los años 30, con la profesionalización, el negro ya era, en el deporte, sinónimo de estilo y sobre todo de calidad [...] De los traumas generados por las derrotas de 1950 y 1954 surgieron las políticas racistas en la selección brasileña. La primacía «primero el hombre, después el ídolo» promovería un proceso de «limpieza étnica» que impediría que el maestro Ziza —el mayor jugador de fútbol brasileño de su época— pasara el cetro a Pelé en Suecia en 1958. Falta de condiciones emocionales, inadaptación climática, ausencia de alma guerrera e inferioridad racial, tales fueron los alegatos para blanquear al fútbol.¹⁶

Para muchos, el año 1933 provocó la mayor revolución en las costumbres del juego. De acuerdo con Helen Júnior, en 1934, año en que fue discutida la Copa del Mundo en Italia, el fútbol brasileño estaba dividido. De un lado, los pocos que intentaban preservar el fútbol aficionado —una afición disfrazada, es verdad—; del otro, los que luchaban por la implantación oficial y general del profesionalismo, con los jugadores recibiendo salarios, gratificaciones, etc. La CBD, el órgano del fútbol brasileño afiliado a la FIFA, decidió tomar partido para salvar su participación en la Copa de Italia, y contrató a los jugadores que podrían formar nuestra selección.¹⁷

En la década de los 40, época de la Segunda guerra mundial, la atmósfera de intenso nacionalismo hizo insostenible la permanencia de tiendas, restaurantes, industrias y clubes que llevaban nombres extranjeros. En este contexto, la nacionalización del fútbol era necesaria. Así, el Germania se convirtió en Pinheiros, el Espéria pasó a denominarse Floresta y el Palestra Italia se convirtió, en 1942, en la Sociedad Deportiva Palmeras. El uso de un nombre extranjero y la ostentación de colores garibaldinos serían considerados una provocación por la opinión pública brasileña. El fin de la guerra inaugura un periodo donde el Estado comienza a controlar el deporte. Un ejemplo explicativo de este hecho es que la red de ligas, formada de modo disperso desde principios del siglo XX, es regulada por el Estado en 1941.¹⁸ A partir de entonces, el fútbol brasileño comienza a considerarse uno de los mejores

del mundo, y en esa coyuntura vive los años dorados. Grandes selecciones, grandes equipos. El Santos, de Pelé, Gilmar, Pepe, Zito y compañía sacan provecho pecuniario del bicampeonato mundial. Garrincha es la alegría de pueblo, que comparecía en masa al Maracanã para ver al Botafogo vibrar con los lances de aquel jugador de piernas torcidas, o con la elegancia de Didi y la categoría de Nilton Santos. Con tanto éxito dentro del campo y con el público en luna de miel con el fútbol, era prácticamente imposible que alguien reivindicara algún cambio en su estructura.¹⁹

El advenimiento de la televisión y su significativa introducción en los hogares brasileños en las décadas de los 60 y los 70 amplió el alcance del fútbol, que si ya era popular, se convirtió definitivamente en un fenómeno nacional. Y a pesar de que, por ley, los clubes tenían prohibido lucrar, pasaban fondos para la CBD, federaciones regionales, municipalidades y propagandistas, mostrando, de este modo, el poder que la penetración televisiva ya poseía en aquella época.²⁰

Por lo tanto, es en esos años, con el auge de la Copa del Mundo de 1970, que Brasil vive el sueño del «fútbol-arte».²¹ Para algunos adeptos de esta línea, no se necesitaban técnicos ni rigurosos esquemas tácticos, pues la improvisación, el placer, la individualidad y la relación entre la afición y el jugador serían características innatas del fútbol brasileño, que se opondría y sería superior al «fútbol-fuerza» de los europeos. En definitiva, con ese «toque de bola» Brasil se consagraría campeón en 1958, 1962 y 1970. No obstante, después de la derrota frente al «carrusel holandés», durante la Copa del Mundo de 1974,²² se ponen en duda los discursos y las prácticas que asociaban al fútbol con el arte y a sus jugadores con malabaristas y bailarines.

Tal vez no solo eso, sino también la consolidación del mercado de bienes culturales en Brasil²³ hayan sido condicionantes de la sustitución del romanticismo futbolístico por un fútbol basado en la táctica, la estrategia, la racionalidad y la fuerza de conjunto. En 1976, la condición de atleta profesional fue reglamentada por ley.

De acuerdo con José Carlos Brunoro y Antonio Afif, «por primera vez en la historia del fútbol brasileño, todos los jugadores profesionales tendrían carné de trabajo y los beneficios de la Consolidación de las Leyes del Trabajo (CLT), como vacaciones y Fondo de Garantía por el Tiempo de Servicio (FGTS). Esa ley, además, dio a los jugadores el derecho a poseer su propio contrato de vinculación exclusiva después de los 32 años de edad».²⁴ Según algunos autores, justamente en términos de profesionalismo, esta ley todavía deja mucho que desear.

Los años 80 parecen ser un momento de redefiniciones y nuevos contornos. Son representados

como el inicio de una nueva fase, a nivel nacional, con el movimiento *Derecho en línea recta desde este momento*, y, desde el punto de vista internacional, con el alza económica de Japón, el fin del comunismo en la entonces URSS y la ola de la redemocratización en América Latina. En la perspectiva de las tecnologías de comunicación, aparece el fax, las microcomputadoras, que se reducen a *laptops* acopladas a teléfonos celulares, y otras innovaciones que anunciaron «la era de la informática» de los años 90.

El fútbol no se queda a la zaga. La «democracia corinthiana» —considerada por muchos como un movimiento de cuño político—, cuya propuesta era un modelo democrático en el fútbol, trascendió los muros del Sport Club Corinthians Paulista para convertirse en ejemplo para otros clubes, como fue el caso del Club de Regatas Flamengo, que durante la campaña por las elecciones directas de 1984 apoyó a Tancredo Neves, y exhibió en los terrenos del estadio Maracanã banderolas alusivas a este candidato.

Según Waldenyr Caldas, la «democracia corinthiana» fue un movimiento bien pensado por sus creadores y líderes —Adilson Monteiro Alves, sociólogo, ex vicepresidente del Sport Club Corinthians Paulista y los jugadores Sócrates, Walter Casa-Grande Junior, Wladimir, Juninho, entre otros. A despecho de Biro-Biro y Leão, tuvo una adhesión casi masiva a su causa, no solo de los jugadores corinthianos, sino también de los pertenecientes a otros clubes y de los aficionados, organizados para continuar su proyecto democrático. «La “democracia corinthiana” eliminó, por lo menos en el departamento de fútbol, una estructura montada sobre bases autoritarias, arcaicas y paternalistas, cuyo resultado redundaba siempre en la falta de respeto al jugador profesional».²⁵

No obstante, según Caldas, la «democracia corinthiana» consiguió llegar más lejos, en la medida en que personas como Adilson Monteiro Alves, Sócrates y el periodista Juca Kfourri, elaboraron, en 1983, un documento titulado «Profesionalismo en el fútbol y la estructura actual». Este texto analizó la clientela y el autoritarismo practicado por los clubes y sus dirigentes, incluso después de la implantación del profesionalismo y cómo repercute en la actualidad, donde todavía vemos una estructura arcaica y precaria, principalmente cuando la comparamos con la europea actual.

Por consiguiente, si en Europa el patrocinio de los clubes por grandes empresas multinacionales ya estaba consolidado, lo que permitía a países de economía contenida, como España, por ejemplo, competir a nivel de igualdad con los ingleses, alemanes e italianos, en Brasil, hasta mediados de 1980, todavía estaba prohibido, por ley, que se anunciara un producto comercial en las camisetas de los clubes de fútbol.

La revolución en la comunicación hace que el fútbol sea pensado por muchos profesionales del área deportiva como un negocio en franca ascensión. Y como tal, disputa «consumidores» (aficionados) en un mercado cada vez más competitivo, compuesto por otras actividades relacionadas con el disfrute humano, tales como Internet, los juegos para microcomputadoras, la televisión, los shows, el teatro y el cine.

Según Alberto Helena Junior, esta prohibición existía porque

de un lado, aficionados y dirigentes de los grandes clubes consideraban un absurdo permitirse tal mácula. Por otro, los anunciantes temían que la asociación de su producto con determinado club provocaría el boicot inmediato de los aficionados de los clubes rivales.²⁶

Con todo, el hecho es que, a pesar de gran resistencia por parte de los gremios y de la afición, los clubes comenzaron a divulgar el nombre de empresas en sus camisetas, y el voleibol fue uno de los principales determinantes de esa medida, «pues fue el deporte que salió al frente en esa área, primero con Pirelli y, después, con el equipo de la Atlántica-Boa Vista. Un tiempo después, otros comenzaron a agregar el nombre de la empresa al equipo»,²⁷ generando recursos para este y para las empresas, en la medida en que pasaran a ganar espacio en los medios.

A través del éxito del voleibol, y del fútbol en las cercanías de la quiebra colectiva, con la exportación en grandes cantidades de jugadores famosos para engrosar las zafras del fútbol del mundo entero, además del vacío, por fuerza, de los estadios por campeonatos mal elaborados y debido al alto precio de las entradas, los dirigentes no vieron otro camino que el patrocinio. Así, «con la reglamentación del patrocinio en el fútbol y la excelente recuperación que propiciaba, las empresas comenzaron a notar la importancia de tener su marca destacada por los medios».²⁸ Como todo inicio es penoso, y teniendo en cuenta la antigua práctica administrativa de los dirigentes y la consecuente desorganización del fútbol brasileño, los clubes no estaban estructurados profesionalmente como las empresas para entrar en este mercado. Además, la tradición de los clubes interfiriendo en los patrocinios, de modo que las marcas de las compañías solo podrían ser usadas en las camisetas, acarrea una acción tímida de *marketing*.

La gran transformación en el fútbol en relación con el *marketing* deportivo ocurrió, según algunos autores como Brunoro, con el ingreso de la Parmalat —multinacional de la alimentación con sede en Italia—

en 1992, que firmó una exitosa cogestión con el Palmeira. La entrada de esta multinacional en el deporte fue para atender una estrategia de *marketing* que apuntaba, inicialmente, a mejorar su imagen institucional. Por experiencia propia, vivida en Europa, esa empresa ya sabía que el deporte es el mejor camino para atender a esas aspiraciones.

Las profundas transformaciones por las que pasara la sociedad requirieron mayores cambios en la legislación del fútbol. Una de las leyes de más impacto la elaboró, en 1993, Arthur Antunes Coimbra (Zico), al ocupar el cargo de Secretario de Deportes del gobierno federal. Más conocida como «Ley Zico», alertaba sobre posibilidad de crear de clubes-empresas en Brasil.

Otro gran acontecimiento en el mundo futbolístico brasileño fue la alteración de la ley del contrato de vinculación exclusiva de un atleta profesional a un club, realizada por el ministro de Deportes, Edson Arantes do Nascimento (Pelé).²⁹ Esta ley otorga a los jugadores el derecho de ser sus propios «dueños». Sin embargo, dada la «mentalidad de aficionados» de los dirigentes brasileños, muchos con cargos de representantes del Congreso Nacional, Pelé es presionado y obligado a alterar la idea original de su propuesta. Así, apenas adquirirían derecho a contratación, en 1997, los jugadores de 30 años o más (con 35 años los jugadores son considerados viejos); en 1998, los jugadores de 27 años; en 1999, los de 26 años, y, en el año 2000, todos los jugadores con 25 años cumplidos.

Exactamente un año después, en septiembre de 1997, la Casa Civil del gobierno federal entrega al Congreso el Proyecto Pelé, que tiene como puntos principales la transformación de los departamentos de fútbol de los clubes en empresas, el fin del contrato de vinculación exclusiva de jugadores en dos años, la posibilidad de crear empresas de servicios de arbitraje y la prohibición de la filiación de las ligas a las federaciones.

Como toda propuesta que apunta cambios, esta ley podrá ser posteriormente discutida y perfeccionada. No obstante, según muchos profesionales que actúan

en el área de los deportes, como periodistas, consultores, etc., la Ley Pelé proporcionará un gran avance en la era de las inversiones globalizadas. En su libro *Competência emocional: o caminho da vitória para equipes de futebol*, Suzy Fleury cita estudios realizados por el Ministerio Extraordinario de Deportes, que apuntan a la sensible mejoría del lucro en el deporte, pues con la aprobación de esta ley y su práctica, la presente movilización deportiva anual de 800 millones de dólares saltará a 2,5 mil millones de dólares en un período de cinco a seis años. Repercutirá igualmente en la creación de un millón de empleos, en la medida en que, con la definitiva profesionalización de los deportes brasileños habrá un mayor desarrollo en la industria, el comercio y los servicios.³⁰

A pesar de la significativa discontinuidad que el fútbol brasileño posee, Levine identifica cuatro fases en su historia: 1894-1904, cuando se mantuvo limitado a los clubes de inmigrantes extranjeros; 1905-1933, etapa del amateurismo, marcada por una fuerte divulgación y presión para mejorar el nivel del fútbol; 1933-1950, inicio del profesionalismo, y la fase posterior a 1950, con el reconocimiento internacional del fútbol brasileño.³¹ Por mi parte, veo otro aspecto: el fútbol como una inversión que apunta resultados; o sea, un deporte tratado a partir de una visión de mercado, con el apoyo en grande de patrocinadores y de los medios, además de la alta tecnología en terrenos, estadios, materiales deportivos, especialización de las funciones en el equipo, entre otros. Esta fase, a mi juicio, se inicia en la década de los 90 cuando —como se dijo— el Club Sociedade Deportiva Palmeiras firma un contrato con la Multinacional italiana Parmalat y se aprueba la «Ley Zico», en 1993. Hay una fuerte inclinación a pensar en el fútbol como un gran negocio y en los aficionados como consumidores.

En la época de la globalización, el fútbol es un *business* y, como tal, trasciende la nación de la cual forma parte. Lo prueba la intensa pérdida de importancia que los campeonatos regionales vienen sufriendo, de forma tal que algunos ya hablan de extinguirlos o por lo menos reducirlos en función de la preferencia que la afición ha mostrado por los torneos nacionales, por el hecho de estos darle acceso a los torneos internacionales, considerados los más importantes. Además, existen propuestas de unificación mundial del calendario futbolístico, apuntando hacia la internacionalización de este deporte, así como la creciente inserción de empresas multinacionales que, al controlar los principales equipos del país, pasan a tener un poder ilimitado para negociar contratos de televisión y publicidad.³²

Con la automatización industrial y la reducción de la jornada de trabajo, la tendencia es que las personas

tengan cada vez más tiempo para el descanso, principalmente en el área de deporte, donde habrá un mayor desarrollo. La revolución en las comunicaciones, reflejada en las inversiones empresariales, hace que el fútbol sea pensado por muchos profesionales del área deportiva como un negocio en franca ascensión. Y como tal, disputa «consumidores» (aficionados), en un mercado cada vez más competitivo, compuesto por otras actividades relacionadas con el disfrute humano, tales como Internet, los juegos para microcomputadoras, la televisión, los shows, el teatro y el cine.

La Copa del Mundo realizada en Francia en 1998 es un ejemplo expresivo de esta tendencia, no solo al presentarse como el marco del término de este siglo sino, sobre todo, porque consolida al fútbol como un megaevento; esto es, estamos viviendo una era que instituyó a este deporte como un negocio mundializado y rentable. El costo de la organización de un evento de este porte giró en torno a 330 millones de dólares, millones de personas en todo el planeta vieron por la televisión la decisión de la Copa.³³ Los partidos fueron transmitidos por cerca de 90 emisoras de televisión y 60 estaciones de radio en todo el mundo. Se previeron, en conjunto, hasta el encuentro final, 5 760 horas de satélite. El día 30 de junio ya habían sido utilizadas casi 8 000, aumentando la producción de *features* para responder a la gran audiencia.³⁴

Con quince países europeos, ocho americanos, cinco africanos y cuatro asiáticos, esta Copa, compuesta por 32 selecciones, no fue solo el evento más visto de todos los tiempos, sino también el más lucrativo. Ese hecho, complementado con la nueva apariencia de los jugadores de fútbol, ahora chicos-propaganda de innumerables productos, y astros millonarios (cuando tienen éxito) generó críticas por parte de muchos analistas, quienes interpretaron este campeonato —excepción hecha de Croacia, considerada la única selección con sentido de país— más como una disputa entre marcas de material deportivo, que propiamente entre naciones.

Desde los momentos que precedieron a la Copa del Mundo hubo una obstinada disputa entre las empresas fabricantes de material deportivo, como la norteamericana Reebok; las italianas Lotto y Umbro; la alemana Puma, Kappa, Aba Sport, Shamel y Asies, entre otras.³⁵ Con todo, debido a sus inversiones en los patrocinios de las selecciones, la alemana Adidas y la norteamericana Nike fueron las protagonistas de la competencia. La primera, productora oficial de la pelota usada en la Copa, suministró material deportivo para los equipos de Argentina, Alemania, Francia, Rumania y Yugoslavia, además del destinado a los árbitros. Nike, por su

parte, patrocinó a Brasil, Corea del Sur, Holanda, Italia y Nigeria.³⁶ Como en la economía, ya se presenta la globalización en el fútbol, cada vez más a través del intercambio de las selecciones, clubes y atletas en el mundo.

El desarrollo de este deporte se debe en la actualidad al lucro que sus patrocinadores y los medios sacan de él. El mercado deportivo, considerando las diversas modalidades, mueve alrededor de los 20 mil millones de dólares en todo el mundo. Nike, por ejemplo, obtuvo una ganancia de cerca de 6,5 mil millones de dólares en 1996, mediante sus ventas en todo el planeta, por lo que resultó líder de las marcas de material deportivo desde 1987, frente a Reebok y Adidas, que ganaron, en aquel año, 3,5 y 2,5 mil millones de dólares, respectivamente. Y solo para tener una idea de cómo el fútbol se convirtió en una ganancia significativa del mercado publicitario para los fabricantes de material deportivo, Nike firmó un contrato de exclusividad con la CBF por diez años, convirtiéndose así en la patrocinadora de la selección brasileña por una cifra estimada en 220 mil millones de dólares. A través de ese contrato, tiene el derecho de usar la imagen de la selección brasileña, lo que podrá rendir a las arcas de la CBF 400 millones de dólares si consideramos las ganancias provenientes de los *royalties* que recaen sobre la venta de los productos de la empresa.³⁷

De acuerdo con los especialistas en deporte, incluso recibiendo inversiones de empresas nacionales y extranjeras, los departamentos de fútbol de los clubes brasileños todavía presentan una estructura organizativa precaria. A pesar de ser el deporte más querido de Brasil y de su progreso indiscutible dentro del campo (sus jugadores son los mejores del mundo), el fútbol todavía está mal dirigido y pésimamente administrado, perjudicando no solo a los atletas y a los mismos clubes, sino también a los aficionados.

Con la creciente profesionalización, José Carlos Brunoro y Antonio Afif apuntan la necesidad de encarar al fútbol de forma seria y con una «administración racional», de modo que pueda ser planeada toda su estructura a mediano plazo. El espectáculo futbolístico supone condiciones idóneas como buenos terrenos, estadios que ofrezcan seguridad, confort, y algo más: «Necesitamos montar un calendario con fechas organizadas y rígidas para el campeonato nacional, los estatales e internacionales, la selección brasileña, las vacaciones y pre-temporadas, lo que pasa por la reducción del número de clubes».³⁸

Según esos autores, la falta de recursos de la mayoría de los clubes brasileños, en parte debido a

las dificultades económicas del país, y en parte al poco profesionalismo de sus dirigentes, puede resolverse con el apoyo de una empresa de consultoría. Esta, a través de profesionales de alto nivel, podrá diagnosticar rápidamente los problemas y proporcionar a los clubes condiciones para implantar modelos de administración más seguros y transparentes. De ese modo, las agencias de propaganda con interés en invertir en el fútbol, y el cuadro de asociados tendrán confianza en los clubes, lo que no sucede actualmente, pues muchas empresas todavía no ven con buenos ojos la estructura del fútbol en el país, dada una serie de hechos (cambios de tablas, aplazamiento de los juegos, escándalos, excursiones a deshoras, etc.) que acaban inhibiendo a las empresas en relación con el patrocinio.

En Brasil, por lo tanto, el fútbol todavía está gateando, principalmente si se compara con el europeo. Muchos cambios deberán ocurrir, sobre todo entre los atletas y los clubes, que tendrán que estar preparados para modificar ideas y actitudes. Dado el éxito ya alcanzado en algunos clubes europeos y brasileños, Brunoro y Afif indican algunas alternativas, tales como la alianza con grandes empresas que desean adaptar la filosofía del *marketing* deportivo para la divulgación institucional y la de sus productos, la transformación del fútbol en club-empresa, puesto que el equipo puede pasar a recibir recursos con la venta de acciones en la Bolsa de Valores, y la creación de socio-aficionado.³⁹

Si algunos consideran invencible y beneficiosa la transformación del fútbol en un gigantesco negocio, otros ven en ese camino el fin de un tiempo dorado donde el fútbol era jugado y visto con pasión. Debemos preguntarnos no solo el porqué de la invasión de las transnacionales en la esfera deportiva, sino también la causa de su repercusión actual. Con todo, más que un juicio valorativo cabe aquí la comprensión de ese fenómeno.

Es interesante pensar cómo el fútbol se inserta en la globalización de mercados, pues al ser uno de los deportes más populares del mundo, no queda inmune a las transformaciones que están ocurriendo. Si analizamos la literatura existente acerca del fútbol, veremos que se ha modificado. En la época en que el Estado-nación tenía un gran poder, las teorías de carácter nacionalistas fueron engendradas en torno a este deporte, unas veces enfocándolo como un elemento aglutinador y positivo para un país de etnia indecisa, y otras de modo negativo, como expresión de nuestro atraso y subdesarrollo. Si el fútbol se comenzó a incorporar como uno de los elementos de la nacionalidad brasileña, a partir de los años 30 y 40, no es hasta las décadas posteriores a los 50 que se consagra

definitivamente como deporte nacional y Brasil como la tierra del fútbol, gracias a las victorias de la selección brasileña en 1958, 1962 y 1970; al desarrollo del mercado cultural en el país; y a los proyectos nacionalistas de los gobiernos.⁴⁰ Actualmente, el fútbol se desprende cada vez más del nacionalismo y del regionalismo para alcanzar el mundo, y el profesionalismo, tan comentado por los medios, parece ser la nueva ideología o por lo menos la palabra de orden del día.

Dada la fuerte inversión en este deporte, podemos encontrar en él algunas características de la época actual como, por ejemplo, la preminencia de una nueva cultura. Ser aficionado es estar *in*; o sea, formar parte de un universo de valores, es estar «con antenas», conectado con el mundo. No es casual que el número de afiliados de las asociaciones organizadas de fútbol, en su mayoría jóvenes, esté creciendo tanto en las últimas décadas; tampoco que en torno al fútbol haya una gran disputa entre las empresas transnacionales. Estas grandes socializadoras están «fundando una nueva manera de “estar en el mundo”, estableciendo nuevos valores y legitimaciones».⁴¹ El deporte condensa a millones de personas que depositan en él una fuerte inversión emocional.

Las grandes corporaciones y los medios actúan como artífices mundiales de la cultura, son socializadores que suministran a los hombres referencias culturales para sus identidades. Finalmente, en una propaganda en la que aparece Ronaldinho consumiendo algo, emerge por detrás, entre otras cosas, la imagen del producto acoplada a un muchacho, casi un niño, exitoso atleta, uno de los mejores y más ricos del mundo. En esta, como en otras propagandas que nos rodean todo el tiempo, se están engendrando nuevos hábitos mundializados. Hábitos que ocultan un patrón, pues como dice Octavio Ianni: «Ninguna mercancía es inocente. Ella también es signo, símbolo, significado. Carga valor de uso, valor de cambio y mensaje. Puebla la imaginación de la audiencia, auditorio, público, multitud. Divierte, distrae, irrita, ilustra, ilusiona, fascina. Carga patrones e ideas, modos de ser, sentir e imaginar. Trabaja las mentes y los corazones, formando opiniones, ideas e ilusiones».⁴²

Traducción: Dominica Diez.

Notas

1. Jürgen Habermas, «Nos Limites do Estado», *Folha de São Paulo*, São Paulo, 18 de julio de 1999, p. 5.

2. Renato Ortiz, *Mundialização e Cultura*, Brasiliense, São Paulo, 1998.

3. Renato Ortiz, *A moderna tradição brasileira. Cultura brasileira e indústria cultural*, Brasiliense, São Paulo, 1990, p. 20.

4. Renato Ortiz, *Mundialização...*, ob. cit., p. 56.

5. *Ibidem*, p. 76.

6. Nos referimos al fútbol formalizado por The Football Association, una especie de CBF (Confederación Brasileña de Fútbol) inglesa, que dio forma definitiva al juego, muy a pesar de que sus reglas todavía sufrieron modificaciones.

7. De él forma parte un proceso complejo, denominado por Nobert Elias «civilizador». Al respecto, véase Nobert Elias, *O processo civilizador*, Zahar, Río de Janeiro, 1990.

8. Partidos espontáneos, realizados en campos improvisados o en la playa, jugados, generalmente con los pies descalzos, por jóvenes de todos los niveles sociales.

9. Véase Mário Filho, *O negro no futebol brasileiro*, Imãos Pongetti, Río de Janeiro, 1964; Anatol Rosenfeld, *Negro, macumba e futebol*, Perspectiva, São Paulo, 1993; Waldenyr Caldas, «Aspectos sociopolíticos do futebol brasileiro», *Revista USP*, n. 22, São Paulo, junio-agosto de 1994; *O pontapé inicial. Memória do futebol brasileiro (1894-1933)*, Ibrasa, São Paulo, 1990.

10. Este problema fue resuelto con la ayuda del embajador Lauro Muller, que actuó como mediador de un acuerdo entre los representantes deportivos de los dos estados. Véase José Carlos Brunoro y Antonio Afif, *Futebol 100% Profissional*, Gente, São Paulo, 1997; Waldenyr Caldas, *O pontapé inicial...*, ob. cit.

11. Robert Levine, «Esporte e sociedade: o caso do futebol brasileiro», en J. C. S. Meihy, org., *Futebol e cultura – colêctanea de estudos*, Imprensa Oficial do Estado, São Paulo, 1982, p. 29.

12. José Sergio Leite Lopes, «A vitória que incorporou a pelada», *Revista USP*, ed. cit., p. 70.

13. *Ídem*.

14. Waldenyr Caldas, «Aspectos sociopolíticos...», ob. cit., p. 45.

15. Robert Levine, ob. cit., p. 29.

16. Waldenyr Caldas, «Aspectos sociopolíticos...», ob. cit., p. 60.

17. Alberto Helena Jr., *Palmeiras a eterna academia*, DBA, São Paulo, 1996, p. 24.

18. José Sergio Leite Lopes y S. Maresca, «Amorte e a alegria do povo», *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, n. 20, 1992, p. 25.

19. José Carlos Brunoro y Antonio Afif, ob. cit., p. 18.

20. Robert Levine, ob. cit., p. 3.

21. Según Wilson Gil («O drama do “futebol-arte”: o debate sobre a seleção dos anos 70», *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, n. 25, a. 9, junio de 1994), el fútbol-arte, que va de 1930 a 1974, es considerado una visión del mundo que no se restringe al fútbol, pero se caracteriza por alcanzar nuestras propuestas más íntimas de nacionalidad, utopía social y ciudadanía.

22. Este esquema de juego, también conocido como «naranja mecánica» (sobrenombre que hace referencia al famoso filme de Stanley Kubrick), fue dirigido por el técnico Renus Michel, que pasó a la historia del fútbol mundial dada su filosofía táctica. Más que por los resultados, sobre los cuales se fundamenta el «fútbol fuerza», el equipo holandés presentó al mundo un estilo de juego diferente, cuya tónica residía en el movimiento constante de los atletas. Al cambiar seguidamente de posiciones, confundían a sus

- adversarios. Véase Rodrigo Bueno, *Folha de São Paulo*, São Paulo, 1998.
23. Según Renato Ortiz (*A moderna tradição...*, ob. cit.), las décadas de los 60 y los 70 se definen en Brasil por la consolidación de un mercado de bienes culturales, y por otra visión administrativa por parte del empresario brasileño.
24. José Carlos Brunoro y Antonio Afif, ob.cit., p.18.
25. *Ibíd*em, pp. 46-7.
26. Alberto Helena Jr., op. cit., p. 94.
27. José Carlos Brunoro y Antonio Afif, ob.cit., p. 33.
28. *Ídem*.
29. Para una lectura del Proyecto Pelé, así como de la legislación del fútbol brasileño como un todo, véase José Carlos Brunoro y Antonio Afif, ob.cit.
30. Suzy Fleury, *Competência emocional. O caminho da vitória para equipes de futebol*, Gente, São Paulo, 1998, p. 489.
31. Robert Levine, ob. cit., p. 23.
32. En el último campeonato brasileño, por ejemplo, el Corinthians fue el único integrante del Club de los Trece, la principal asociación de clubes de Brasil, que se negó a firmar con la empresa Internacional Sports Leisure (ISL) los derechos de transmisión de sus juegos para el exterior. La HMTF todavía pretende montar este año un canal de TV pagado para transmitir eventos deportivos en América Latina. La empresa también es socia de la agencia Traffic, que dirige la programación deportiva de la Bandeirantes. La poderosa ISL, por su parte, ajustó sociedad con el Flamengo y con el Grêmio. *Folha de São Paulo*, São Paulo, 9 de enero de 2000, p. 42.
33. Suzy Fleury, ob. cit.
34. *Folha de São Paulo*, São Paulo, 5 de julio de 1998.
35. Solo para tener un estimado de la importancia del *marketing* futbolístico revelado en esta Copa, Lotto patrocinó a Escocia, Inglaterra y Noruega; Reebok fue responsable de las selecciones de Colombia, Chile y Paraguay; Puma vistió a las selecciones de Austria, Bulgaria, Camerún, Irán, Marruecos y Túnez; Diadora proporcionó material a Bélgica; Kappa fue la abastecedora de material deportivo para Jamaica y África del Sur; Aba Sport patrocinó la selección de México; Hummel, la de Dinamarca; Shamel, la de Arabia Saudita y Asies, a Japón. (Datos tomados del periódico *Folha de São Paulo*, São Paulo, 2 de julio de 1998).
36. *Folha de São Paulo*, São Paulo, 7 de junio de 1998.
37. José Carlos Brunoro y Antonio Afif, ob.cit., p. 44.
38. *Ibíd*em, p. 22.
39. *Ibíd*em, p. 26.
40. Según Renato Ortiz (ob. cit.), los proyectos nacionalistas variarán a lo largo de la historia brasileña: racista al final del siglo XIX, modernista en los años 20, autoritario en el período de Getulio Vargas, desarrollista en los años 50, y a partir de 1964, con la dictadura militar y su ideología de Seguridad Nacional.
41. Renato Ortiz, *Mundialização...*, ob. cit., p. 33.
42. Octavio Ianni, *A sociedade global*, Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1992, pp. 48-9.

Balompíe: alternativa simbólica de los españoles en La Habana (1898-1935)

Santiago Prado Pérez de Peñamil

Documentalista e investigador. Instituto Cubano de Radio y Televisión.

La orden militar 187 del 10 de octubre de 1899, emitida por el gobierno interventor prohibiendo la lidia de toros en Cuba,¹ constituyó una contundente ofensiva en el campo de las actividades recreativo-deportivas contra las tradiciones hispanófilas, tildadas de bárbaras y decadentes. En las últimas décadas del siglo XIX, la influencia anglosajona venía imponiéndose en el seno de la sociedad cubana y se erigió en signo de modernidad y factor enriquecedor del nacionalismo cubano. El beisbol, en especial, reasumido por la élite y la población cubanas como propio, se enfrentaría a las manifestaciones públicas de la tradición torera hispana, en clara actitud de reto ante el retrógrado régimen colonial.²

Ante la asunción de patrones norteros en las postrimerías de la centuria, Manuel Curros Enríquez, escritor gallego asentado en Cuba, en un texto escrito años después (1908), expresó su frustración ante la presencia anglosajona en la Isla.

Apenas el vapor me condujo á América desde el extremo occidental de España, el 5 de marzo de 1894, tuve el presentimiento de que España había muerto para Cuba [...] en vez de jugar sus mozos al trompo, los bolos y la

pelota [se refiere a la pelota vasca S. P.], características de la raza ibérica, jugaban al lawn tennis, al críquet, al foot ball [se refiere al fútbol americano] y al base ball [...] He ahí por qué la popularidad del base ball me advirtió, que si no de un modo formal, virtualmente, al desembarcar en Cuba me encontraba en tierra extranjera [...] por eso la pérdida de la soberanía de España en Cuba no data de 1898.³

Los españoles residentes en la Isla, tras la derrota del 98, debieron reacomodar sus intereses con necesaria urgencia ante las nuevas perspectivas que les imponía el candente e imprevisto futuro. Las garantías proporcionadas por el Tratado de París, en cuanto a la conservación de sus propiedades y de la nacionalidad de origen, lograron inicialmente sosegarlos ante la embestida de la indignación cubana y la multitud de órdenes y leyes que afectaban sus inmensas y emblemáticas prerrogativas, detenidas durante la recién desaparecida colonia. Y ante el vacío dejado por la derrota, apelaron a la oportuna búsqueda de concordia con el interventor norteamericano y con el elemento cubano, invocando a ultranza en este caso, razones de raza y cultura, mientras readecuaban sus actitudes y expectativas ante la realidad impuesta.⁴

La paulatina recuperación del marasmo inicial les permitió articular una estrategia encaminada al reestablecimiento de patrones hispanófilos, en buena medida de corte regional, aprovechando los resquicios ofrecidos por las favorables condiciones económicas y el inicial y progresivo incremento de una inmigración privilegiada por la Sociedad de Hacendados de Cuba, los partidos políticos cubanos recién constituidos y, en especial, por los centros sociales de la comunidad hispana y sus respectivos líderes. Con el crecimiento acelerado de la economía en las dos décadas iniciales del siglo xx, los sectores productivos, bancarios y comerciales españoles lograron establecerse con relativa autonomía y crear una verdadera independencia de los centros de poder político.⁵ Las sociedades hispanas evidenciaron un rápido incremento, sustentadas en un interés permanente por alcanzar una creciente acumulación de representatividad en la sociedad y, por lo tanto, de un capital simbólico. Desde el comienzo de siglo aumentaron su riqueza y promovieron la inauguración sostenida de diversidad de edificaciones de disímiles características, tanto en los campos de la salud y la educación, como en el relativo a las sedes de sus propias asociaciones. Igualmente surgieron infinidad de sociedades comarcales de instrucción y recreo, dispuestas a consolidar la recreación como elemento esencial en la vida social de la Isla.

Todas ellas, junto a los grandes centros regionales, conmemoraron las fechas y acontecimientos que compulsaron y movilizaron a la masa hispana.⁶ Acontecimientos como los ineludibles días de la raza, el trescientos aniversario de la edición del *Quijote*, en 1905; y los sucesivos y relevantes sucesos como la colocación de la primera piedra del Centro Gallego y su posterior culminación; la inauguración de los respectivos y fastuosos edificios del Centro de Dependientes de La Habana, de La Lonja del Comercio y del Casino Español, entre otros, mostraron el rápido ascenso hispano en la ciudad. Otros elementos simbólicos extraordinarios lo constituyeron el arribo a puerto habanero del buque escuela español Nautilus, en 1908, y la visita, en 1910, del catedrático de la universidad de Oviedo Rafael Altamira, uno de los ideólogos del panhispanismo,⁷ esgrimido como expresión de apadrinamiento de la madre España a las ex colonias americanas.

Estas circunstancias redundarían en un dominio relativamente alto del elemento español en su vida espiritual a través de las sociedades, las fiestas, la influencia de la prensa de estirpe española y de un sin número de actividades de sello hispanófilo. Sin obviar, por supuesto, el estricto control laboral de los inmigrantes, ejercido prácticamente en todas las esferas económicas urbanas y una organización regida por una

inteligente política de neutralidad y abstencionismo político, obligada en muchas ocasiones por las propias circunstancias; construida, al decir del historiador Jorge Ibarra, al estilo de «un Estado dentro del Estado», con evidentes prerrogativas para mantener su estatus.⁸

Los antecedentes en el campo deportivo se enmarcan en el propio crecimiento asociativo y económico hispano y en la imperiosa necesidad de garantizar también el protagonismo en los espacios públicos y recreativos. Ya desde principios del siglo xx se destacó una ofensiva hispano-vasca cuando, en 1901, se inauguró una gran instalación de jai alai con fines industriales, con previstas apuestas públicas oficiales, concebida por iniciativa de un grupo de personalidades vascas enriquecidas en tierra cubana.⁹ Pero en lo referido al desenvolvimiento del *sport* y el recreo en las sociedades españolas, no es hasta unos años después cuando le dedicaron su interés, igual que a las giras y al baile.

Para esos años, los deportes de origen anglosajón habían copado el entusiasmo de la población con posibilidades económicas reales. Muchos españoles acaudalados, y especialmente sus hijos, acudían a practicarlos. Las diversas teorías acerca de los beneficios de la ejercitación física capitalizaron la aceptación de la población más culta o pudiente y se esgrimieron como elementos esenciales de la vida moderna, con énfasis en las sociedades y los predios escolares, particularmente los de la élite. Deportes como el tenis, el hand ball, el fútbol americano, las velas, los remos, el ciclismo, el voleibol, el baloncesto, el boxeo, la natación, el pin pon, el patinaje, el críquet, el atletismo moderno, amén del beisbol¹⁰ —convertido en deporte de multitudes—, acaparaban en mayor o menor medida la atención. En cambio, los intentos de restablecer las añoradas lidias de toros tropezaron siempre con fuertes oposiciones, si bien pequeños grupos intentaron realizarlas en fincas ubicadas en las afueras de La Habana.

Originalmente, también los centros y sociedades españolas exhibieron interés en el establecimiento de actividades recreativo-deportivas en los salones de juego, como billar, cartas, ajedrez, así como en las salas de armas, dedicadas a la esgrima; los gimnasios, los bolos y la lucha canaria, prácticamente todas de ascendencia hispana. Cuando el Centro de Dependientes de La Habana fundó el gimnasio más moderno de la ciudad, a fines de 1907, adelantaba una posición en pro del deporte y de sus beneficios para la salud, intentando estar a tono con las exigencias de los tiempos.

Unas semanas después de la inauguración del centro, Fernando Ortiz, admirado por los avances de las sociedades hispanas en los campos de la salud, la educación y el resto de las actividades sociales, escribió:

El recreo, asimismo, ha merecido más y más su atención, así en el nuevo Centro de Dependientes, alcanza este casi la pluralidad de sus aspectos (billares, cafés, baile, esgrima, gimnasio, etc.) y yo me permito augurar que con el auge que van tomando las giras campestres de carácter regional, no ha de tardar el día en que los centros españoles sean apoyo firme del sport al aire libre que hoy cunde entre las clases populares, en todo el mundo y en la misma España.¹¹

Dentro de esas circunstancias nació el balompié en Cuba, particularmente en La Habana. Su asiento directo en el país, por supuesto, no constituyó un atributo de los españoles, si bien emergieron algunas individualidades dentro del primer equipo conformado en la Isla: el Sport Club Hatuey. La oleada anglosajona también nos trajo el *foot ball*, castellanizado inicialmente en Cuba como en España, como balón pie. Se utilizó ese nombre desde que se publicaron los primeros decretos, antes de cualquier otro reglamento, por medio de los cuales se regiría la organización original del juego.¹² Algunos jóvenes cubanos, imbuidos de entusiasmo por esa influencia, propiciaron su práctica como otro nuevo elemento de modernidad. Es así que compulsaron, para iniciar los primeros topes oficiales, la formación de otro equipo, el Rovers Athletic Club, constituido en ese entonces por entusiastas ingleses radicados en La Habana en los diversos negocios y empresas de capital de su país.

De este originario movimiento, y por iniciativa de dos cubanos, surgió la Federación de Foot Ball Association de Cuba, a fines de 1911, encargada de garantizar el futuro del incipiente deporte. La original ofensiva cubana para detentar el privilegio de la introducción del balompié tomó visos de defensa de cubanía y, aún años después, se le concedía esa iniciativa: «No es cierto, como entonces se aseguraba, que el deporte había sido introducido por los ingleses en Cuba, fueron los representantes del Sport Club Hatuey, que surgió a la vida en 1907».¹³ En una culta revista de la época se reportaba —durante los primeros encuentros entre ambos equipos en el terreno Tívoli, de Palatino—, luego de tildar al Hatuey de «cubanísimo», el «empuje innegable del *team* que se honra llevando el nombre del primer rebelde que protestó en Cuba». Y añade:

El entretenido y noble sport, que es nuevo para nosotros, va adquiriendo adeptos rápidamente. El Foot Ball inglés o Balón Pie, como se le llama en España, se le considera como sport de altura. [...] Ya empiezan a formarse *teams* de Balón Pie en nuestra capital que responden al empeño de los clubes anteriormente nombrados, por introducir entre nosotros el bello deporte.¹⁴

Evidentemente, comenzaba un movimiento espontáneo que aglutinaba a los primeros aficionados en la práctica del balompié para devenir, apenas unos años después, espectáculo de multitudes.

Los españoles en el balompié de La Habana

La intervención hispana no se hizo esperar. A los primeros jugadores españoles que participaron en el Hatuey se les comenzaron a sumar nuevos aficionados de este deporte. Se jugaba balompié de modo espontáneo y, en muchas ocasiones, por el solo afán de practicarlo. Pero no solo a título personal, sino conformando sociedades y equipos, estrechamente vinculados a la defensa de la hispanidad. La reacción, observada en una perspectiva mayor, era lógica, en tanto las sociedades deportivas hispanas establecidas en Cuba comenzaron a reproducir, en cierto sentido, los patrones instituidos en tierra española, si bien el referente inglés, respecto a las reglas y a buena cantidad de vocablos propios de ese idioma, continuaría rigiendo la organización y disciplina del juego. No había transcurrido mucho tiempo desde la introducción del balompié en España. Hacia finales del siglo XIX, se conformaron los principales equipos en Huelva, Cataluña, Bilbao, Madrid y otras regiones del país.¹⁵ Y en la primera década del XX se consolidaban en todo el territorio nacional, en las zonas de mayor concentración de población urbana. La cercanía de España a Inglaterra, la existencia en su territorio de capital inglés en diversos negocios e inversiones y la asunción del balompié por otras naciones europeas, consolidaron la práctica en el país, al extremo de considerarlo, en un breve tiempo, un deporte de raigambre nacional.

En Cuba, el creciente auge de fabricantes y comerciantes, futuros promotores del desarrollo del fútbol, así como la saneada situación de sus sociedades y la llegada sucesiva de inmigrantes, algunos con facultades para el juego, crearon condiciones óptimas para apropiarse definitivamente del protagonismo. Por otro lado, el novedoso deporte, lejos de granjearse el gusto criollo, se convirtió muy rápidamente en elemento ajeno al interés de los cubanos, inmersos profundamente, entre otras cosas, en las lides beisboleras. En cambio, en los predios españoles de la Isla, a la clamorosa defensa de la hispanidad en varias esferas económicas y sociales se unía el deporte al aire libre en grande, como singular expresión de esa comunidad. Además, las teorías panhispanistas esgrimidas por Rafael Altamira en su visita influyeron evidentemente en el fortalecimiento del arsenal simbólico de la colonia española. Y, a todas luces, en los inmediatos años posteriores a su visita, favorecieron la consolidación de paradigmas hispanos y la formación de, al menos, un equipo con los presupuestos defendidos por él y otros fervientes teóricos. A fines de 1912, nació oficialmente el Club Deportivo Hispano América,¹⁶ que intentaba vincular ambas regiones, a pesar de predominar en su seno un raigal sentimiento español.

Surgía como sociedad independiente de los centros antes establecidos, como signo distintivo en el entorno social. El Club Euskera¹⁷ encabezó la relación de los equipos de índole regional. Aunque de relativa corta vida, propició y robusteció el ambiente hispano en los inicios. A fines de 1914 surgió el equipo que definiría la vocación española del balompié habanero. Originalmente reconocido durante breve tiempo por un nombre poco contagioso, se convocó a un concurso entre los asociados para nominarlo. Entre las bases se destacaba una cláusula indispensable: «cualquiera que fuera la denominación habría forzosamente de simbolizar algo que recordara la patria ausente».¹⁸ Nació así a la vida pública con el nombre de Iberia Foot Ball Club como definitivo paradigma de las aspiraciones hispanófilas de los españoles de Cuba. Sus distintivos de identidad estarían señalados, entre otros, por el alegórico león ibérico como símbolo de nobleza. Y en 1925, según el reglamento reformado en 1929, al distinguirse al club con el «título de real» por la monarquía española, agregó a su bandera y otras insignias, la emblemática corona del reino:

Esta sociedad fue fundada el veinticinco de diciembre del año 1914 con el nombre de «Iberia Foot Ball Club» y en virtud de haberle concedido su majestad el rey, Don Alfonso XIII, de España [...] el nombre y las insignias de la realeza, por decreto de 19 de octubre de 1925, se denomina actualmente «Real Iberia Foot Ball Club».¹⁹

La eferescencia alrededor del balompié se había extendido a diversos sitios del país, aunque indudablemente La Habana se convirtió en su reservorio esencial por la enorme concentración de españoles residentes en esta ciudad. A los equipos creados, que lidiaban desde sus comienzos en campeonatos de primera categoría, se les sumaron otros de igual calidad, para convertir los encuentros en hechos de considerable significación. En 1917 se sumaron dos fuertes *teams* a las escuadras conformadas y se auspiciaron campañas competitivas muy reñidas. Emergieron a la palestra pública la sociedad Fortuna Sport Club, dedicada a «fomentar y cultivar toda clase de deportes conocidos en el mundo deportivo»,²⁰ con una sección de balompié auspiciada por el elemento español, y el Olimpia Sporting Club, con similares características, aunque en sus objetivos predominara «proporcionar a sus socios los medios de jugar al Foot Ball»²¹ como deporte principal.

En el afianzamiento simbólico de ese deporte como máxima expresión de la autoafirmación hispana, sumado al auge natural del balompié en el país, se sumó un elemento detonador inédito en la proliferación de sociedades y clubes dedicados a esa disciplina: la sorpresa ocasionada por la obtención por España de la medalla de plata, en los juegos olímpicos en la ciudad

de Amsterdam en 1920, con un equipo que comenzaron a calificar en todo el mundo como la «furia española». A raíz de esa victoria, no quedó una sola aldea en la península donde no se expandiera el balompié y comenzara a restarle adeptos a la tradicional e hispanófila lidia de toros. A fines de los años 20, en entrevista realizada a un jugador español establecido en Cuba —gallego por más señas—, este explicaba la nueva situación creada en su tierra natal. Ante una pregunta acerca de sus comienzos en el fútbol, expresó:

Como todos los chicos de estas generaciones: en cuanto eché a andar. Antes, los muchachos, así que se veían sin bragas y fuera de la pollera se vestían de toreros y hacían capotes con el primer cortinón que caía en sus manos, ahora se hacen de balones y se chuta contra las narices del mismísimo cura párroco que nos echa el agua bendita en la coronilla.²²

El comienzo de la década de los 20 es testigo de la consolidación de la práctica del fútbol en La Habana. Surgen nuevos equipos de primera categoría en representación de sus respectivas regiones hispanas, inscritos legalmente en el registro de asociaciones. En la campaña de 1922-23 y, durante algunas más, se enfrentarían ocho equipos de innegable calidad, todos de raigambre española, con la excepción del Rovers, ya casi en su campaña final. El Hatuey languidecía y se mantuvo en precario hasta eclipsarse definitivamente en esos años. Aparecían incluidos en la nómina los recién creados Catalunya Sport Club, Canarias Sport Club y el Juventud Asturiana. Breve tiempo después, se le sumaron el Vigo Sport Club, el Deportivo Centro Gallego, el Tenerife, el Baleares y, por apenas una campaña, el Deportivo Asturias. En la segunda categoría se reiteraban muchos de los nombres de los equipos mayores, pero surgieron otros que jamás jugaron en la élite, conformados por empleados españoles, asiduos a ese deporte, aunque, por supuesto, en la mayoría de los casos, defendiendo la camiseta de España o de una de sus regiones. Se agregaron a los nombres tradicionales, el España, el Celta, el Menorquín, el Juventud Deportiva Castellana, el Club Gijonés, el Cantabria, el Juventud Montañesa, el Centro Vasco, el Club Galicia y otros, imitando nombres de equipos de reconocido prestigio en tierra ibérica.²³

Hacia la mitad de la década se vigorizó el movimiento futbolístico; en 1926 llegaron a coexistir cuarenta equipos. Fueron tiempos de verdadera eclosión futbolística, a partir de lo cual surgieron y desarrollaron sus iniciativas las principales organizaciones locales: la Federación Occidental de Football Association (FOFA) y la Federación de Foot Ball de La Habana, y además, el Colegio de Árbitros, auspiciado por la FOFA y creado por un célebre profesional español. En esta época, se hizo efectiva la

La progresiva ausencia de jugadores hispanos dentro de algunos equipos comenzó a suplirse con rapidez con cubanos, generalmente de las capas humildes y de todas las procedencias raciales. La conciencia nacionalista, exacerbada con consignas, exigía la integración del cubano a las más disímiles actividades sociales.

adscripción a la Federación Internacional de Foot Ball Association (FIFA). Instantes de verdadera interrelación con España, de donde provenía la mayoría de los jugadores de primera línea en medio del ambiente deportivo, serían las visitas a La Habana de algunos de los más famosos equipos españoles como el Deportivo Español, el Barcelona y el Real Madrid, así como el Galicia Sporting Club, de Nueva York y el imbatible equipo uruguayo Nacional de Montevideo, a la sazón campeón olímpico, contratados para efectuar topes con los equipos más castizos de la ciudad. A los campeonatos anuales se sumaba la permanente discusión de trofeos, en algunos casos aportados por sociedades hispanas específicas, firmas comerciales, o a título personal por figuras del comercio y la política, siempre a la caza de estables clientelas. Entre las decenas de trofeos discutidos, las copas España, Beneficencia gallega, Carta Blanca, González Byass, Hispano o la suntuosa Omega, donada por el gallego Jesús Patiño, representante de los relojes de esa marca en el país, evidenciaban un ostentoso testimonio del devenir deportivo de la ciudad.

La intrínseca necesidad de efectuar los juegos al aire libre obligó a los gestores del balompié a crear las condiciones idóneas para ello en disímiles sitios de la ciudad. Lanzaron una ofensiva que les permitió usufructuar terrenos oficiales o grandes solares yermos, utilizados hasta esos instantes casi exclusivamente por el privilegiado beisbol. Desde muy temprano, los equipos existentes contaron con terrenos pertinentes para sus respectivas prácticas y enfrentamientos. Emplearon, entre otros, el antiguo terreno de Ciénaga, el Tívoli, la Bien Aparecida, Cuatro Caminos, Tres Palmas y el primitivo estadio de La Polar para dirimir competencias de segunda categoría o para prácticas cotidianas. Desde fines de 1911, en medio de la disputa por la primera Copa de fútbol, accedieron al paradigmático Almendares Park —asiento de los grandes eventos beisboleros y emblema de cubanía—, en franco forcejeo por agenciarse legitimación y protagonismo. En lo adelante, hasta casi su definitiva extinción física, la instalación se convertiría en la sede principal de los

encuentros de balompié en estrecha convivencia y sigilosa competencia con el beisbol. Incluso, al decir de testigos de la época, en los últimos años útiles de ese estadio se evidenció un aumento sustancial de la cantidad de público asiduo a este deporte en relación con la del beisbol. Un testigo presencial afirmaba años después: «Durante la temporada de 1911-12 se jugó por vez primera en los históricos terrenos de Almendares Park, en donde con el andar del tiempo, ¡quién lo iba a decir!, el balompié destronó al base ball».²⁴ Pero no conformes con lo obtenido, se lanzó una acelerada ofensiva para hacerse de terrenos propios y, luego de un frustrado intento matizado por conflictos intersociedades, el Deportivo Hispano América construyó el estadio Campo Armada,²⁵ a principios de 1928, para auspiciar, en exclusiva, las largas campañas de ese deporte. Y aunque se continuó jugando por un tiempo en el Almendares Park, desde la apertura del estadio Cerveza Tropical, y especialmente con la reaparición modernizada del nuevo Cerveza Polar, aumentaron en extremo las expectativas de ampliar el espectro de posibilidades para la práctica del deporte. Solo conociendo que en ese instante los propietarios de los nuevos terrenos eran españoles, se entiende la inusitada presencia del balompié en esos predios urbanos. Y aunque también se crearon para la práctica del beisbol y este, incluso, llegaría más tarde a retomar el protagonismo en los terrenos de La Tropical, la solidaridad y el agradecimiento de los propietarios de los terrenos a sus compatriotas privilegió el rumbo inicial del balompié.

Por otro lado, la presencia de un abundante público con posibilidades económicas reales, ávido de asistir los domingos a las justas deportivas, constituyó en buena medida la razón del éxito. Propietarios de terrenos, promotores de sociedades y enriquecidos patrocinadores actuaron en función de estimular y satisfacer las crecientes expectativas de esa gran masa de españoles, pendientes siempre del triunfo de su equipo favorito. Ya desde 1918, la emisión de la Ley de Cierre²⁶ permitió a todos los empleados del comercio disponer de, al menos, las tardes de los

domingos para satisfacer sus necesidades recreativas. A las giras y romerías se incorporó el balompié como un elemento aglutinante y componente esencial de la comunidad hispana en la Isla. Con él se perfeccionaba el mecanismo de plena autonomía social, perseguido por los más prominentes ideólogos, a través del estricto control en los servicios laborales, sanitarios, educativos y recreativos y, dentro de estos últimos, el dominio de los espacios públicos urbanos. Se incorporaban así como significativos lugares de sociabilidad y revitalizaban con su influencia el resto de los espacios públicos. La confluencia de multitudes²⁷ en las gradas, lanzando consignas en defensa de sus respectivos equipos, incrementó los lazos de paisanaje. La amplia cobertura de la prensa deportiva —en proporción relativamente alta de origen español—, alentó un movimiento social de resonancia y devino tema obligado en improvisadas peñas de fanáticos en bodegas, bares, fábricas, oficinas o en los diversos almacenes de la urbe.

De singular modo lo describe Jorge Mañach en una de sus magistrales estampas de la ciudad, cuando sintetiza los temas prioritarios de los miles de chavales hispanos en las rutinarias noches habaneras, sentados en la puerta del almacén, «en taburetes dialécticos, oblicuos contra las jambas saturadas de football y de política regional. Asturias *versus* Galicia. Marruecos. Servicio obligatorio. Las estrecheces de la quinta».²⁸ Otro testimonio del ambiente castizo lo ofrece un jugador gallego. Ante la pregunta de si deseaba regresar al Deportivo de su región de origen, respondió tajante: «No. Y cambiaría todos mis recuerdos del Deportivo de allá, poniendo toda mi alma en la defensa del Deportivo Habanero. Al fin y al cabo, los dos hacen la misma bandera: Galicia».²⁹

La participación predominante de jugadores hispanos patentizaba la casi total supremacía española en la estructura deportiva creada en esos tiempos. La nómina de jugadores de los grandes equipos atestiguaba la presencia de figuras de cierta relevancia en el contexto regional español, atraídas por las campañas habaneras. Ellos se erigieron en héroes de los inmigrantes, quienes seguían con fervor sus carreras deportivas, y se convirtieron en paradigma de éxito inmediato dentro del contexto capitalino. Así como se celebraba la fama de los beisbolistas criollos, se aclamaba también la de los ídolos del balompié. Muchos de sus nombres y fotos participaban de la atmósfera de la ciudad, en ocasiones anunciando productos de diversas procedencias fabriles, tal como se hace en la actualidad. La asistencia a los espacios públicos del balompié encauzó igualmente las ansias juveniles de miles de chavales, dislocados dentro de la ciudad durante sus jornadas de asueto. De ese modo, evitaban posibles

inconvenientes o comportamientos inadecuados dentro del contexto social. Es sintomática una carta del secretario de la administración del gobierno provincial a la directiva de la Federación Occidental de Foot Ball Association después de la solución de uno de los tantos conflictos dirimidos entre las instituciones del balompié. Luego del saludo inicial y de ensalzar la prominencia adquirida por el *foot ball* a nivel internacional, opinaba de su instauración en La Habana:

Esa nueva modalidad de los deportes agrupó en su derredor grandes núcleos de jóvenes, *en su mayoría españoles*, empleados en casas de comercio o dedicados a otras ocupaciones, alejándolos en sus ratos desocupados de entretenimientos menos provechosos, de pasatiempos no siempre honestos o de diversiones poco convenientes.³⁰

Al extenderse en consideraciones acerca de la política del gobierno, en mesurado tono y evidente conveniencia, exhortó prudentemente a los organizadores del balompié en la ciudad a la necesaria conciliación y a acatar en todo momento la disciplina social:

Nuestra joven República no podía permanecer indiferente a los estímulos de esas corrientes de simpatías que de hace algún tiempo se manifestaban en favor de dicho sport, y hace ya varios años se organizaron Asociaciones y Clubes en los que jóvenes animosos y decididos constituyeron equipos de diversas categorías, que se disputaban premios por ellos entusiastamente organizados [...] y lógico es que quienes lo practiquen conserven a través de los tiempos y de todas sus vicisitudes sus nobles características, ya que ellas contribuyen de manera eficiente al mejoramiento de las costumbres de los ciudadanos y de la sociedad.³¹

Indiscutiblemente, el balompié devino un elemento estratégico de control social, tanto para el gobierno como para la jerarquía hispana al volcar las energías de la comunidad juvenil en las contiendas deportivas. Jorge Mañach, en ensayo escrito en 1931, pero publicado años después, penetraría con sagacidad en el comportamiento hispano en relación con sus realidades, pretensiones y anhelos sociales.

Advenido esto que llamamos República, el español se sintió, por natural pudor y discreción, obligado a abstenerse de todo interés en los destinos nacionales. Su instinto político pugnaz buscó entonces desahogo en las luchas de los centros regionales [...] El deporte vino a aliviar a los «centros» de esa irritación interior. El espíritu de bandería se desplazó del salón de actos a la cancha, de las «juntas» a los partidos [...] He aquí, pues, cómo la cancha viene a ser un símbolo de algo que a los cubanos nos interesa enormemente —el absentismo español. Si los centros regionales han medrado entre nosotros como han medrado, *si el balompié absorbe todos los entusiasmos e iniciativas que absorbe*, es porque en esas actividades se concentra, al margen de la vida cubana, del interés cubano, una energía que no hemos sabido incorporar a la integración de la República [...] El resultado es [...] un factor enorme de población afín que tiene casi todos los derechos y casi ningún deber: un caudal de iniciativas y entusiasmos que, desviados de las necesidades cívicas de

un país en formación, tiene que desahogarse en jiras y rivalidades balompédicas.³²

Pero el protagonismo exhibido durante la década de los 20 por los españoles en las canchas de este deporte comenzaría a decaer apenas comenzada la década de los 30 por disímiles razones históricas. Un soterrado y pugnaz impulso cubano se dejaba entrever en las contiendas y con el tiempo se convertiría en elemento de relativa consideración.

Hacia la cubanización

Ya desde mediados de los años 20 algunos jóvenes nacidos en la Isla, vinculados desde su infancia a varios de los focos balompédicos de la ciudad, pudieron acceder a equipos constituidos —en particular a los de segunda categoría. Su presencia en este deporte se hacía prácticamente inevitable debido a la necesidad de los *teams* de mantener en su nómina a jugadores de cierta calidad. No obstante, mientras las sociedades pudieron sostenerse con jugadores de origen hispano, sus directivos prescindieron de la participación cubana, excepto, por supuesto, en los contados casos de algunos hijos de españoles estrechamente vinculados a las actividades laborales y sociales de sus padres. También, inicialmente, se mantuvo una cierta reticencia por parte de los cubanos, a las prácticas del balompié absortos en la práctica del beisbol. La minoría decidida a jugarlo sufrió, cuando menos, las burlas del resto de los jóvenes nacionales.

Las propias huestes hispanas, imposibilitadas de copar sus equipos con compatriotas, incentivaron —no siempre con éxito— la participación de niños dispuestos a defender las banderas de sus respectivas instituciones en los campeonatos de esa categoría y en las de otras jerarquías superiores.

En ese contexto, desde la segunda mitad de los años 20, la progresiva ausencia de jugadores hispanos dentro de algunos equipos comenzó a suplirse con rapidez con cubanos, generalmente de las capas humildes y de todas las procedencias raciales, para evitar el colapso de los equipos. Por otro lado, la conciencia nacionalista, exacerbada con consignas, exigía la integración del cubano a las más disímiles actividades sociales. Un importante hecho precipitaría esa ofensiva en el campo balompédico: la celebración en La Habana de los II Juegos Centroamericanos, en 1930. Ante esa realidad, se propició un movimiento nacionalista promotor de la conformación de un equipo netamente cubano, con reales condiciones de representar al país. Y con relativa antelación comenzó a vislumbrarse esa posibilidad. Surgieron entonces los primeros ecos en defensa del cubano como

protagonista del balompié, con suficiente potencial para afrontar dicho deporte.

En 1929, varios cubanos incluidos excepcionalmente en las nóminas de los grandes equipos hispanos, aún rezumaban cierto escepticismo respecto a la participación cubana en el evento. Ante la interrogante de por qué no arraigaba el balompié en el pueblo cubano, un jugador del patio entrevistado en esa época, opinaba:

¡Qué ha de ser! Lo único que puede llamar la atención y atraerlo: la formación del equipo nacional. Debemos reconocer que no es tan absurda la actitud de indiferencia del público criollo con el fútbol. ¿Qué puede interesarles a los cubanos un espectáculo cuya cartelera anuncia: Juventud Asturiana vs. Centro Gallego?; o este otro: Cataluña vs. Iberia.

Aunque acotaba a continuación: «Sin embargo, en uno de esos clubes, en el Iberia, existen excelentes jugadores cubanos. Y en todos los demás se ha iniciado el “acriollamiento” de las filas balompédicas». ³³ Otro jugador, ante similar pregunta y aún con incertidumbre, adujo:

Porque los directores hacen poco o nada. Hay materiales para hacer una selección formidable, tal vez imbatible. ¿Por qué no se hace? [...] Con una propaganda adecuada los cubanos irían [al estadio] aunque no fuera más que por curiosidad. Y lo principal es esto: traerlos al estadio. De lo demás se encargará el propio deporte. Su belleza, su emoción y su ciencia hacen aficionado al que una vez fue espectador, y «fanático», al que llega a aficionarse.

En relación con las cualidades exhibidas por el elemento criollo, agregaba: «extraordinarias. Es instintivo, ágil, resistente y propenso a todas las disciplinas que el juego exige». ³⁴

Para entender las emociones de la época, es necesario citar en extenso al periodista de *El Herald de Cuba*, Miguel Pascual, el mayor defensor de la cubanía en esos instantes, cuando a principios de los 30, en prólogo a su libro, expresó:

El futbolismo ha llegado un poco tarde a Cuba, pero por eso no deja de ser menor la pujanza y brillantez que lo acompañan. Los jóvenes cubanos cuentan con facultades más que apropiadas para practicarlo ventajosamente. Su vivacidad, su instintiva forma de concebir las luchas deportivas, su ligereza y el valor indudable que los distingue ha de proporcionarles muchos días de gloria. ³⁵

Reconoce la influencia hispana en una sencilla pincelada: «Por aquí pasó el gran Ricardo Zamora al frente de sus huestes “españolistas” y dejó enseñanzas que se han sabido aprovechar». No obstante, pregunta y responde eufórico: «¿Es propiamente cubano el fútbol que aquí se practica? Claro que sí. El aspecto más interesante es ese. Algunos clubes van cubanizándose en una proporción muy parecida al desenvolvimiento y progreso operado en él». Comenta que cuatro años antes hubiera sido imposible pensar en un equipo local:

Hace ese mismo tiempo, los cuatro años señalados arriba, hubiera sido una quimera intentar la formación de un equipo cubano. Sin embargo, ahí tenemos como en estos Juegos Deportivos Centro Americanos [...] no solo tenemos un *team* de jugadores cubanos, sino se le indica como indiscutible favorito.

Y se extiende en un aspecto importante: «tampoco antes era posible un espectador cubano, un aficionado cubano en los estadios en que se estuviera practicando balompié». Reconoce que ni siquiera los agentes de la autoridad toleraban el juego cuando prestaban sus servicios en los partidos. «El panorama ha cambiado totalmente. Existen en la actualidad aficionados que se apasionan tanto o más con el balompié que con un *match* de boxeo o un gran juego de beisbol». Y en su afán de hacer del balompié deporte eminentemente criollo, insiste en cubanizar al resto de los jugadores extranjeros asentados en el país. «Además de que Cuba tiene jugadores notables, puede considerarse como suyos a no pocos extranjeros que se hicieron aquí, que aprendieron y se destacaron aquí, que viven aquí».³⁶

El acelerado intento de cubanizar el balompié coincidió con las nuevas condiciones aportadas por los tiempos. La categórica victoria de la selección cubana en los Juegos Centroamericanos, al menos, confirmaba los argumentos. El resultado incidió en la euforia nacionalista y en el interés de algunos por hacer prevalecer la influencia cubana en los destinos del balompié. Meses antes de la victoria, había surgido el equipo Deportivo Puentes Grandes, en reto a los establecidos, y como muestra de la voluntad de protagonismo cubano. De acuerdo con su reglamento, sus colores insignias, azul, blanco y rojo, los de la bandera cubana, denotaban su procedencia.³⁷ Inmediatamente se lanzaron al terreno. «Y el primer trofeo que conquistaron en la “manigua” fue la Copa Concepción Arenal»,³⁸ un premio, paradójicamente, de raigambre hispana. No obstante, debido a la reticente oposición de las grandes sociedades españolas de balompié, el Puentes Grandes no pudo acceder, hasta el año 1939, a la primera categoría.

Desde los convulsos primeros años 30, agudizada la crisis económica, con la política y social, la estampida española se patentizaba con mayor rigor. Una buena cantidad de jugadores estrellas buscaron nuevos horizontes en España y en otros países latinos. Hacia la mitad de la década, las nóminas de los tradicionales equipos hispanos solo mostraban algunas individualidades de ese origen, dispersas en el panorama balompédico. Sin embargo, a pesar de los tiempos, las directivas de esas sociedades continuaron ejerciendo el control del deporte, como lo hicieron en la mejor de sus épocas, y los trofeos disputados siguieron aludiendo a las

emblemáticas instituciones hispanas o a algunos de sus líderes. Los poderosos clubes de ese origen continuaron campeando con sus nombres y sus seguidores; entre otras razones porque el público, en su inmensa mayoría, continuó siendo de los españoles residentes en La Habana, dispuestos a seguir rememorando su terruño, siquiera a través de los legendarios nombres de los equipos españoles. Durante la guerra civil, arribaron algunos jugadores de España, pero representaron una insignificante minoría dentro del concierto balompédico. La época de oro del balompié puramente español en Cuba había desaparecido para siempre.

Notas

1. Pablo Riaño San Marful, *Gallos y toros en Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2000, p. 83. El autor quiere agradecer la asistencia del español radicado en Cuba Constantino Díaz Luces, sin el que hubiera sido imposible la redacción de este trabajo; también a Mercedes Cueto, por su documentación y ayuda.
2. Véase Félix Julio Alfonso, *Beisbol y estilo. Las narrativas del beisbol en la cultura cubana*, Colección Pinos Nuevos, Letras Cubanas, La Habana, 2004, pp. 13-50.
3. Manuel Curros Enríquez, «Introducción», en Ramón S. Mendoza et al., *El base ball en Cuba y América*, Imprenta Comas y López, La Habana, 1908, pp. 3-5.
4. Véase Marial Iglesias, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana. Cuba. 1898-1902*, Ediciones Unión, La Habana, 2003.
5. Véase Jorge Ibarra, *Cuba 1898-1902. Partidos políticos y clases sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
6. Véase María del Carmen Barcia, «Un modelo de emigración «favorecida». El traslado masivo de españoles a Cuba», *Catauro*, a. 3, n. 4, La Habana, 2001, pp. 36-59.
7. Para entender la incidencia del panhispanismo en Cuba, véase Ana Cairo, «Contra el panhispanismo. De José Martí a Fernando Ortiz», *Temas*, n. 12-13, La Habana, octubre de 1997-marzo de 1998, pp. 96-106.
8. Jorge Ibarra, ob. cit., p. 183.
9. Antonio Méndez Núñez, *La pelota vasca en Cuba. Su evolución hasta 1930*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1990, pp. 15-23.
10. Carlos E. Reig, *YMCA. Memorias Deportivas. 1905-1910*, Departamento de Comunicaciones, Consejo Latinoamericano de Iglesias, Imprenta Hojas y Signos, Quito, 2003.
11. Fernando Ortiz, «Cultura de Ultramar», *Cuba y América*, a. 9, v. XXV, n. 9, La Habana, enero de 1907, p. 3. Para comprender los criterios de Fernando Ortiz respecto a los españoles de Cuba y, sobre todo, su posición antes y después de la visita de Rafael Altamira, véase Ricardo Quiza, «Fernando Ortiz, los intelectuales y el dilema del nacionalismo en la República», *Temas*, n. 22-23, octubre-diciembre de 2000, pp. 46-54.
12. Pedro Fernández («Peter»), *Algo de historia del balompié en Cuba*, Atalaya S. A., La Habana, 1949, p. 11.
13. *Ibidem*, p. 12.

Santiago Prado Pérez de Peñamil

14. L. R. Lamult, «Balón-Pié», *Tiempo*, a. 15, v. XXXV, n. 10, La Habana, 10 de febrero de 1912, p. 14.

15. «Fútbol», *Diccionario Enciclopédico Espasa*, t. 6, Espasa-Calpe S.A., Madrid, 1985, p. 631.

16. Archivo Nacional, *Fondo Asociaciones*, Legajo 1153, Expediente 24148, La Habana, p. 1.

17. Pedro Fernández («Peter»), ob. cit., p. 18.

18. *Ibidem*, p. 25.

19. Archivo Nacional, *Fondo Asociaciones*, Legajo 382, Expediente 11524, La Habana, p. 29.

20. *Ibidem*, Legajo 1090, Expediente 22862, La Habana, pp. 1-2.

21. *Ibidem*, Legajo 390, Expediente 11690, La Habana, p. 1.

22. «Entrevista a Manuel Pérez», en Miguel Pascual («Back»), *Los ases del futbolismo cubano. Cómo viven y cómo juegan*, Imprenta P. Fernández C. A., La Habana, 1930, p. 116.

23. Pedro Fernández (Peter), ob. cit., pp. 47-8.

24. *Ibidem*, p. 17.

25. Nombrado así en homenaje al presidente de la directiva de la sociedad Deportivo Hispano América, Rafael Armada, en los instantes de la inauguración del estadio. Armada era propietario de una fábrica de chocolates de marca homónima.

26. León Primelles, «Ley de cierre», *Crónica cubana. 1915-1918*, Editorial Lex, La Habana, 1955, p. 504.

27. A los efectos de comprobar la cantidad de españoles radicados en Cuba, consultar censos de 1919 y 1931. En 1919 existían, solo en el municipio de La Habana, 66 768 (p. 338). Y en 1931, la cifra ascendía a 90 729 (p. 212). Suficientes cantidades para auspiciar

eventos económicamente rentables y garantizar la pretendida hegemonía hispana.

28. Jorge Mañach, «Muralla», *Estampas de San Cristóbal*, Ediciones Ateneo, La Habana, 2000, p. 67.

29. «Agustín Rojo», en Miguel Pascual, ob. cit., p. 148.

30. Archivo Nacional, *Fondo Asociaciones*, «FOFA», Legajo 343, Expediente 10186, La Habana, p. 52.

31. *Ibidem*, pp. 52-3.

32. Jorge Mañach, «Incorporación del español», *Pasado vigente*, Editorial Trópico, La Habana, 1939. pp. 134-5. (El énfasis es mío. S. P.)

33. «Ramón Caveda», en Miguel Pascual, ob. cit., p. 343.

34. «Ricardo Más», en Miguel Pascual, ob. cit., pp. 184-5.

35. Miguel Pascual, «Prólogo», en Miguel Pascual, ob. cit., pp. 5-6.

36. *Ibidem*, p. 6.

37. Archivo Nacional, *Fondo Asociaciones*, Legajo 442, Expediente 14771, p. 2.

38. Pedro Fernández («Peter»), ob. cit., p. 93.

© TEMAS, 2007

Deporte y televisión: más de medio siglo de matrimonio

Carlos Alberto González García

Periodista. Televisión Cubana.

El deporte puede considerarse uno de los fenómenos sociales y culturales más importantes del mundo actual, con una presencia cada vez mayor en los medios de comunicación, en especial en la televisión.

El maridaje entre deporte y televisión, para muchos calificado como «matrimonio de intereses», se concertó prácticamente desde el nacimiento de esta última como medio de comunicación masiva, y hoy atraviesa por un momento de feliz «luna de miel», pues el deporte es un segmento priorizado y cada vez más amplio en la programación de muchas cadenas televisivas en todos los confines del planeta.

Como tendencia mundial, las transmisiones de grandes eventos deportivos están entre los programas que mayores índices de audiencia logran dentro de las amplias parrillas de programación, sin contar la existencia de un apreciable número de canales de TV por cable de perfil exclusivamente deportivo —un ejemplo elocuente es ESPN con sus diferentes sucursales—, incluyendo una variante muy de moda: el llamado *pay per view*.

Eventos como los Juegos olímpicos o la Copa mundial de fútbol son prácticamente capaces de

paralizar al mundo. Los magazines, noticiarios, programas de entrevistas, de análisis, documentales y grandes reportajes relacionados con ellos son innumerables, al igual que las noticias referidas al tema, que ocupan un puesto importante dentro de los espacios informativos no exclusivos del deporte.

En los últimos años, es creciente también la preferencia de muchas empresas por la temática deportiva en los diseños de sus estrategias televisivas de publicidad y promoción. La propia esencia del deporte, la lucha por la victoria en una competición, resulta ideal para el logro de excelentes resultados en el campo publicitario.

Los investigadores coinciden en que, aun cuando la historia de la relación deporte-comunicación sobrepasa varios siglos de vida, por cuanto su embrión puede encontrarse en la descripción de los Juegos funerarios realizada por Homero en *La Ilíada*, o en las *Olimpicas* de Píndaro, que se remontan al siglo V y IV antes de nuestra era,¹ su gran salto se produce en la pasada centuria con la aparición de la televisión.

Lógicamente, para que este medio llegara a ocupar el lugar que ostenta fue necesario un largo proceso

histórico, que comenzó mucho antes de que ella apareciera dentro de la comunicación de masas. Las experiencias positivas que lograron, primero la prensa, y luego la radio en su relación con el deporte, cimentaron lo que, con sus superiores posibilidades, lograría la TV después.

Es cierto que, por la primogenitura que le correspondió en la historia, la gran iniciadora de la parcela deportiva en la comunicación de masas fue la prensa, a partir de la importancia cada vez mayor del deporte desde la segunda mitad del siglo XIX, con la consiguiente proliferación de competiciones profesionales y el movimiento de enormes cantidades de dinero. Los propietarios de los periódicos empezaron a darse cuenta del interés que despertaba esa actividad entre los ciudadanos y, por lo tanto, del filón económico que representaba.

Cuando la radio comienza a generalizarse como servicio público y ocupa su lugar dentro del entonces cambiante panorama de los medios de comunicación, también se interesa por el deporte, como consecuencia del positivo resultado que la difusión de este había tenido en la prensa. El interés va creciendo, una vez que el desarrollo tecnológico hace posible transmitir los eventos en directo.

Las transmisiones radiales de combates de boxeo, partidos de béisbol, carreras de caballos, entre otros deportes, despertaron un gran temor entre los propietarios de los periódicos, que creyeron que perderían sus clientes y, por lo tanto, disminuirían sus ventas.

Sin embargo, después del susto inicial la prensa logró combatir las supuestas ventajas del nuevo medio con mejoras en la calidad de su información y en la tecnología para ganar en inmediatez, y así se logró una complementación entre ambos. Cuando todo parecía otra vez en calma, irrumpe la televisión, esa «caja mágica» capaz de llevar a los hogares los noticiarios que hasta entonces había que ir a presenciar a las salas cinematográficas, o trasladar hasta la casa, con imagen y sonido, las más disímiles competiciones. El nuevo invento provocó otro revuelo y condicionó, indudablemente, el gran salto de la temática deportiva en los medios a nivel de transmisiones e información.

En agosto de 1936, con motivo de los XI Juegos olímpicos celebrados en Berlín, tienen lugar las primeras experiencias de televisión en directo para una gran competencia deportiva. Las firmas alemanas Telefunken y Fernseh trasmiten, en vivo, 72 horas del desarrollo de algunas pruebas del programa de aquella justa estival, aunque las transmisiones se redujeron a un circuito cerrado. Unas 150 000 personas en Berlín y Leipzig recibieron la señal en salas especiales —llamadas «oficinas públicas de televisión»— creadas con esa intención.

Antes, en 1932, se había realizado otra experiencia de transmisión televisiva deportiva, la del *derby* hípico de Epsom, en el Reino Unido, y en 1939 en los Estados Unidos se lleva a las pantallas de los limitados receptores existentes entonces las incidencias de un partido de béisbol.

Doce años después de la gran experiencia de Berlín, en los XIV Juegos olímpicos, con sede en Londres, 80 000 televisores en la capital británica recibieron, entre el 27 de julio y el 14 de agosto de 1948, imágenes y sonido de las competencias. La importancia creciente de la televisión se pondría de manifiesto en 1956, en los VII Juegos olímpicos de invierno, celebrados en la ciudad italiana de Cortina d'Ampezzo, y en las pruebas de hípica de los XVI Juegos de verano.²

En Roma, sede de la siguiente cita multideportiva estival de 1960, se avanza un paso importante, al llevarse a cabo la que ha sido considerada la primera cobertura continuada de televisión en unos Juegos olímpicos. Ya en la decimotercera versión, que tiene lugar en Tokio en octubre de 1964 —recordada como los «Juegos de la TV»—, las competencias son transmitidas por primera vez a todo el mundo por medio del satélite geostacionario Syncom 3. Durante la justa fueron difundidas, en colores, las ceremonias de apertura y cierre, así como las competencias de lucha, voleibol, gimnasia y judo. Se calcula que el partido final del torneo femenino de voleibol entre Japón y la Unión Soviética tuvo un récord de audiencia histórica: 95% de los televidentes nipones.

Otro escalón se sube en 1968 cuando las transmisiones de los XIX Juegos, desde Ciudad de México, se realizan por primera vez totalmente en directo y en colores. En Seúl 1988 ya el evento olímpico es cubierto con televisión de alta definición. En Barcelona, cuatro años después, se usó el primer equipo digital y el disco audiovisual, mientras en la cita invernal de Nagano, en 1998, se llevó a cabo la primera experiencia de *web casting*, es decir televisión-internet.

Según han anunciado los máximos responsables de la Radio Televisión Olímpica, la próxima edición estival, que tendrá lugar en la capital china en el año 2008, será la primera transmitida totalmente por televisión digital de alta definición, además de que se aplicarán nuevas tecnologías virtuales a las imágenes de algunos deportes.

Deporte y televisión en el siglo XXI

Comenzado el siglo XXI, el deporte se ha afianzado como uno de los ingredientes más importantes entre los varios propósitos asumidos por la televisión, con presencia cada vez mayor tanto en las cadenas monotemáticas especializadas como en las generales.

Para el destacado profesor e investigador del Centro de Estudios Olímpicos de la Universidad Autónoma de Barcelona, Miquel de Moragas,

hasta los años setenta el deporte mantuvo una cierta autonomía respecto de los *mass media*. Estos influían en el deporte de la misma manera que podían hacerlo sobre otras instituciones sociales, como la economía, la política o la cultura. Pero estas influencias cambiaron radicalmente cuando los medios desbordaron el ámbito de la información sobre el deporte para empezar a ser protagonistas ellos mismos del deporte con las transmisiones en directo. Desde este momento, los *mass media* no solo fueron intérpretes o informadores de las actividades deportivas, sino que se convirtieron en auténticos coautores.³

Las constantes mejoras tecnológicas en las transmisiones deportivas han proporcionado al televidente, cada vez más, ser partícipe de primera fila de todas las interioridades de la competición, vivir la experiencia del deportista casi en primera persona, lo que certifica en buena medida la garantía de altos índices de teleaudiencia y, por lo tanto, explica que el tiempo dedicado al deporte en la mayoría de las cadenas de las más disímiles latitudes se ha multiplicado en los últimos años.

El mayor porcentaje de las transmisiones se realiza en directo, ya que es precisamente la inmediatez una de las esencias de la emoción del deporte. Las emisiones en diferido suelen deberse, en casi todos los casos, a cuestiones de derechos o a diferencias horarias con los escenarios de los eventos. Se habla de que la televisión ha provocado hoy un proceso de selección de los públicos, haciendo cada vez más exclusiva la presencia en los estadios de los más jóvenes, mientras que los mayores, en una tendencia creciente, prefieren seguir las incidencias de las competencias por la pequeña pantalla desde sus casas.

Algunos datos resultan elocuentes. En España, por ejemplo, el deporte ha llegado a ocupar cerca del 10% del tiempo total de la televisión por cable.

La Copa mundial de Fútbol en los Estados Unidos (1994) fue seguida en todo el orbe por 3 120 millones de telespectadores y en la de Japón-Corea 2002 se manejó la cifra de 4 000 millones. Los estimados para los Juegos olímpicos han ido creciendo también. En la cita de Los Angeles 1984 se calcularon 2 500 millones de telespectadores; en Seúl 88, 3 000 millones; en Barcelona 92, 3 500 millones, y a la de Atenas 2004 se le estimó una audiencia mundial de 3 900 millones de televidentes. Para la final de la Champions League del fútbol europeo de 2006 entre el Barcelona y el Arsenal inglés, todas las principales cadenas españolas desplazaron a sus mejores profesionales y medios hacia la sede del partido, el estadio Saint-Denis de París y

obtuvieron una audiencia de 300 millones de espectadores en todo el mundo.

Los principales torneos de tenis, tales como las fases finales de la Copa Davis o los Grand Slam —Roland Garros, Flushing Meadows, Wimbledon y el Abierto de Australia— son otros que en las últimas décadas han presentado datos de teleaudiencia muy regulares y significativos.

La influencia que ejerce el deporte sobre la televisión va más allá de afectar los diseños de las programaciones o los índices de audiencia. Hoy tiene una marcada incidencia incluso en la indetenible carrera por el desarrollo de la tecnología y en el reconocimiento y aumento del prestigio de las cadenas, envueltas en una feroz competencia entre ellas.

Especialmente en el terreno del fútbol se llevan a cabo transacciones increíbles para obtener derechos de transmisión, y batallas campales entre empresas para adquirirlos. El Real Madrid y el grupo Mediapro firmaron un millonario contrato que asciende a los 1 100 millones de euros para la cesión de los derechos audiovisuales del afamado club desde 2006 hasta 2013, arrebatándose los a Sogecable, su titular hasta entonces.

En Gran Bretaña, el principal operador por cable y satélite del país, BSkyB, pagó en agosto de 2003, 1 790 millones de dólares por mantener hasta 2007 los derechos de transmisión en vivo de la Liga Premier del fútbol inglés.

Los Juegos Olímpicos constituyen el caso paradigmático por lo que significan en el calendario competitivo internacional. Para poder lograr los ambiciosos y espectaculares planes de transmisiones que permitan cubrir las expectativas de las millonarias audiencias, las empresas televisivas requieren desplegar hacia las sedes mayor cantidad de personal y recursos tecnológicos, por lo que el número de acreditaciones ha crecido espectacularmente en los últimos años.

En los Juegos de Barcelona 1992, considerados como los que marcaron el gran despegue comunicativo y mediático, el número de periodistas y personal técnico acreditado solo de los medios audiovisuales, ascendió a 6 600, número que ha sido superior en ediciones posteriores. Para que se tenga una idea de la magnitud del salto que se ha producido en este sentido, recordemos que la cita de Roma, en 1960, había sido cubierta en su totalidad por 1 442 periodistas, la mayoría de la prensa escrita.

Hoy en día las emisoras televisivas invierten también cantidades estratosféricas —que igualmente se han venido multiplicando— para conseguir los derechos de transmisión de los Juegos, inversiones que después se recuperan y se convierten en multimillonarias ganancias.

En una televisión como la cubana, se impone una gran responsabilidad para mantener la justa distancia con respecto al triunfalismo exagerado, el desmedido dramatismo por la derrota, el desprecio o denigración hacia los perdedores, o el llamado «vedettismo» de los atletas, manifestaciones muy usadas en busca de la espectacularidad, pero que no responden a los principios que se propone Cuba como sociedad.

Por ejemplo, la CBS pagó 50 000 dólares por la difusión, en 1960, de los Juegos Olímpicos de invierno de Squaw Valley, en los Estados Unidos, y 38 años después desembolsó 75 veces más —37,5 millones— por los juegos de Nagano 1998. Por su parte, la NBC pagó 225 millones de dólares por los derechos de los Juegos de verano de Los Ángeles, en 1984; 302,1 millones por los de Seúl 88 y 401 millones por los de Barcelona 92.⁴ Para los de Sydney 2000, la cifra se elevó a 1 332 millones y 738 millones por los de invierno de Salt Lake City 2002. En Atenas 2004, la inversión llegó a 1 498 millones, mientras que para la venidera edición de Beijing 2008 se desembolsaron 1 715 millones.⁵

El contrato por los derechos de transmisión para los Estados Unidos de los XXI Juegos Olímpicos de invierno de Vancouver 2010 y los XXX de verano de Londres 2012 ya fue negociado a favor de la NBC y General Electric por un paquete total de 2 001 billones de dólares. Los derechos de TV de ambos eventos para 51 países de Europa, excepto Italia, fueron ratificados igualmente a la Unión de Televisión Europea (EBU) por un valor de 614 millones de euros.⁶

Resultó muy comentado que la NBC estuvo a punto de arruinarse durante los Juegos olímpicos de Barcelona —de los cuales tenía los derechos exclusivos para los Estados Unidos—, pues los índices de audiencia, debido a las diferencias horarias, no fueron los esperados. Este inconveniente, uno de los principales obstáculos que se interponen en las transmisiones de eventos intercontinentales, ha obligado a las cadenas incluso a negociar los horarios de algunas pruebas de los programas de competencia, tal como ocurrió con la carrera de los cien metros en los Juegos de Seúl 88, que se disputó a las 9 de la mañana para que coincidiera con momentos de mayor audiencia potencial en los Estados Unidos y Europa.

La influencia que ejerce actualmente la televisión sobre el deporte se hizo más evidente a partir de los años 90 del pasado siglo, cuando se manifestó un marcado crecimiento en este proceso de adaptación de los calendarios y horarios de las grandes

competiciones deportivas a las necesidades de la programación de las televisoras.

La modificación de los reglamentos de diversas disciplinas en función de los intereses televisivos, la popularización de algunas de ellas en latitudes de las que no son originarias y la conversión de los estadios en verdaderos estudios de televisión, son otras demostraciones de que en la relación deporte-TV la influencia se manifiesta, cada día más, en ambos sentidos.

Con respecto al cambio de las reglas de los deportes y las adaptaciones de los implementos y los vestuarios de los competidores dictados por las necesidades de la televisión, sobran ejemplos. En el fútbol americano desde principios de la década de los 70 empezaron a cambiarse, en función de la pantalla, desde la división de los tiempos, hasta las dimensiones del campo o el tipo de penalizaciones. En el baloncesto profesional norteamericano se exigieron más tiempos técnicos para tener mayor cantidad de espacios de publicidad. En el tiro con arco se sustituyó, para las competiciones olímpicas, el dilatado sistema de vuelta FITA por la más atractiva competencia en que se van eliminando los arqueros en duelos por parejas. El tenis estableció el llamado *tie break* para reducir la duración de los partidos. El voleibol implantó el sistema de *rally point*, donde todas las acciones valen y se introdujo el balón azul y amarillo, mucho más colorido. El judo aprobó el uso del kimono azul para uno de los contendientes, la esgrima, las máscaras transparentes, y el fútbol convirtió en obligatorio el cambio de camisetas durante el partido para mejorar la imagen visual. En los clavados se creó el evento sincronizado, muy atractivo para la televisión y que constituye un ejemplo claro de cómo la espectacularidad de las imágenes televisivas se ha convertido en un factor decisivo en el establecimiento de los niveles de aceptación de los diferentes deportes por parte del público.

Uno de los casos representativos de lo que puede significar hoy la transmisión de un evento deportivo es el conocido *Superbowl*, la final del campeonato de fútbol americano, que constituye cada año el principal fenómeno televisivo de los Estados Unidos⁷ y uno de

Deporte y TV en Cuba

los mayores del mundo, con una audiencia que se ha calculado en unos ochocientos millones de personas en centenares de países. El *Superbowl* no es solo deporte: es una jornada de unas tres horas de gran espectáculo concebido para su emisión televisiva, que incluye, por ejemplo, actuaciones de figuras de primera línea dentro del panorama musical, en los tiempos de descanso.

Se afirma que muchas de las grandes innovaciones técnicas de la televisión actual nacieron en el Superbowl; por ejemplo la «repetición de la jugada» o la implantación del llamado efecto «matrix», en el que la cámara gira alrededor de una imagen congelada en el tiempo.

Tecnológicamente, en sentido general, los grandes eventos deportivos de los últimos años han hecho gala de los más extraordinarios adelantos, impensados hace solo unas décadas. Los recordados Juegos de Barcelona 92 marcaron un momento de consolidación en esta dirección, tanto en las esferas de la informática, la electrónica como en las telecomunicaciones

La Copa mundial de fútbol de 2002 exhibió una señal digital de altísima calidad, más comprimida y de mejor definición, con un moderno y legible diseño gráfico que mejoró artísticamente la imagen televisiva. En el caso específico de los Juegos olímpicos podemos hacernos una idea del inmenso operativo tecnológico que ellos suponen. Mencionemos, por ejemplo, que solamente para la cobertura de las pruebas de atletismo de la cita de Barcelona se destinaron 46 cámaras, mientras en la gimnasia, otro de los deportes de privilegio en una competición múltiple, fueron utilizadas 34. Un despliegue de tecnología verdaderamente espectacular, que se ha repetido o ampliado en las ediciones siguientes de la cita estival.

La historia ha demostrado que la cobertura televisiva de los grandes acontecimientos deportivos ha servido a lo largo de los últimos años como laboratorio de ensayo de nuevas tecnologías audiovisuales, así como de plataforma de lanzamiento al conocimiento público de estos avances. Hoy no se conciben las transmisiones deportivas sin un sofisticado alarde tecnológico puesto en función de la realización, que incluye la colocación de microcámaras en los puntos más sorprendentes, tales como el centro de la diana del tiro con arco, la parte posterior del tablero transparente de baloncesto, la net de voleibol o la varilla del salto de altura; también en la proa de las embarcaciones de remo, la careta del receptor de beisbol o las almohadillas para apreciar el corrido de los jugadores o, de forma completamente cenital sobre los pabellones en los que se realizan las diversas competencias, incluido el estadio de atletismo, donde incluso se puede apreciar la trayectoria en el aire de la jabalina, el disco o el martillo.

En Cuba, el vínculo entre deporte y televisión no difiere de lo ocurrido en el resto del mundo. La historia oficial sitúa la aparición de la TV en nuestro país a partir del 24 de octubre de 1950, cuando los receptores ubicados en Mazón y San Miguel —sede de Unión Radio, propiedad de Gaspar Pumarejo— recibieron la señal desde una parábola instalada en el Palacio Presidencial, desde donde el entonces presidente de la República, Carlos Prío Socarrás, realizó la alocución que dejaba inaugurada CMUR-TV, Canal 4.⁸

Oficialmente, se considera que el día 30 de septiembre, a la semana siguiente de haberse inaugurado el canal, se transmitió el primer juego de beisbol por TV, desde el Gran Stadium del Cerro, hoy Latinoamericano. Sin embargo, se conoce que antes de la fecha de apertura oficial, mientras se realizaban, desde el propio estadio, prácticas de los camarógrafos y ajustes del enlace entre la unidad y los estudios centrales, se sacó al aire la señal del juego de pelota que allí se efectuaba, lo que pudiera considerarse el primer programa transmitido por la televisión cubana y el primer control remoto realizado.⁹ Después, las transmisiones de este deporte se establecerían como parte de la oferta habitual del nuevo medio. El 18 de diciembre de 1950, Goar Mestre inaugura el segundo canal que ve la luz en el país, la CMQ Televisión, Canal 6. En aquella primera, la pelota pasó a ser un plato fuerte dentro de la programación. Hubo ocasiones en que los dos canales difundían la pelota, alternando los días o simultáneamente.

El 27 de mayo de 1951, siete meses después de haberse inaugurado la TV en Cuba, se hacen las primeras pruebas para efectuar transmisiones de fútbol, durante un encuentro entre los equipos Marianao e Iberia, del campeonato profesional cubano. La semana siguiente CMQ-TV, Canal 6 lanzaba la señal de un partido entre los equipos Centro Gallego y Marianao y a partir de entonces todos los programas dominicales del torneo fueron televisados, hasta la última fecha de esa temporada.¹⁰

Durante aquellos primeros años de nuestra TV resultaron también muy populares los carteles de la llamada lucha pancracio, los cuales alcanzaron una gran teleaudiencia. La «Amenaza Roja» —junto a otros luchadores salidos del gimnasio de los hermanos Becerra en La Habana Vieja— se convirtió en atracción de muchos de los televidentes cubanos de la época.

En el año 1953 se realiza la primera transmisión deportiva por televisión desde el exterior, cuando la CMQ-TV concerta los juegos de la Serie Mundial de beisbol, de las Grandes Ligas de los Estados Unidos entre los Yankees de Nueva York y los Dodgers de Brooklyn.

Eddy Martín, maestro de periodistas y comentaristas deportivos cubanos, contaba que para lograr aquella gran novedad se requirió de un bien planeado aparato organizativo, dadas las limitadas posibilidades tecnológicas del momento. El juego se grababa en la Florida. Al terminar la mitad del encuentro, un avión DC-3 de Cubana de Aviación traía los kinescopios hacia La Habana. El proceso de revelado se llevaba a cabo durante la travesía. A la llegada al país, un vehículo los trasladaba hacia los estudios y allí los narradores hacían la descripción en la medida en que el encuentro salía al aire. El DC-3 regresaba a la Florida, recogía la segunda parte del juego y se repetía la operación.

El 30 de septiembre de 1954 nuestra naciente televisión se ve envuelta en una hazaña sin antecedentes en la historia de las telecomunicaciones modernas, que está igualmente vinculada con la historia del deporte. Ese día se trasmite, de forma directa, el juego entre los Gigantes de Nueva York y los Indios de Cleveland, perteneciente también a una Serie mundial de las Grandes Ligas del béisbol norteamericano, en lo que constituye un antecedente de las comunicaciones televisivas por satélite. Logra hacerse por un sistema llamado Estratovisión, con equipos de transmisión y recepción instalados en un avión DC-3, que volaba a tres kilómetros de altura y ochenta kilómetros de las costas cubanas y describía círculos de quince kilómetros de diámetro en forma de ocho. La estación teletransmisora de Miami dirigía la señal de audio y video hacia el avión y este mediante un pequeño receptor-trasmisor la lanzaba hacia la torre de televisión de La Cumbre, en Matanzas, y de ahí se enviaba hacia La Habana. De este modo, Cuba lograba materializar un éxito tecnológico que sobrepasaba las fronteras de lo que se hacía en materia televisiva por aquellos años.

En 1957, en ocasión de la Serie mundial entre los Bravos de Milwaukee y los Yankees de Nueva York, ya se puede hacer la transmisión directa, pues al instalarse una parábola en Guanabo se había inaugurado el llamado Troposcar o Troposférico, que recibía la señal directamente desde la Florida. El Troposférico se utilizaba también para enviar una vez por semana la señal de los carteles de boxeo desde el Madison Square Garden, de Nueva York.¹¹

El primer evento deportivo multidisciplinario televisado en Cuba se realiza en octubre de 1975 durante los VII Juegos Panamericanos de México. La señal salía del Distrito Federal por microondas a través de todo el territorio mexicano hasta Austin, en Texas, de allí hacia la Florida y de esta a Guanabo, por la vía del troposférico. En julio del año siguiente se transmiten los XXI Juegos Olímpicos desde la ciudad canadiense de Montreal utilizando la vía satélite para la señal de video, mientras el audio se recibía por vía telefónica;¹² y en el

verano de 1978, durante la decimotercera edición de los Juegos Centroamericanos y del Caribe de esos certámenes, celebrada en la ciudad colombiana de Medellín, se transmitieron algunos encuentros de béisbol, así como jornadas de los torneos de boxeo y atletismo, entre otros deportes, aprovechando las escasas posibilidades técnicas que ofreció la televisión local, pues solo existía una estación terrena, ubicada en Bogotá, por lo que las señales de video viajaban hasta la capital por la única vía de microondas con que se contaba y ello impedía la realización de servicios unilaterales.

Los Juegos Olímpicos de Moscú, en 1980, marcaron un récord para aquel momento en la difusión de grandes eventos deportivos en nuestro país, pues a partir de las amplias relaciones con la entonces Unión Soviética y la existencia, desde un año antes, de la estación terrena Caribe, para recepciones satelitales, se logra una amplia cobertura de la mayoría de las disciplinas, sobre todo en las que intervenían los atletas cubanos.

Sin embargo, las dos últimas experiencias olímpicas, Sydney 2000 y Atenas 2004, han superado todo lo realizado anteriormente y representado verdaderos hitos en las transmisiones deportivas hacia Cuba, al arrendarse, en ambos casos, espacios de satélite las 24 horas del día, durante la duración total de los Juegos.

Deporte, espectáculo y TV

El deporte como práctica social exhibe hoy en día, a escala mundial, varios niveles que los estudiosos han tratado de resumir en diferentes categorías. Así, se habla de *deporte de praxis*, *de rendimiento de masas*, *minoritarios* y *deporte-espectáculo*, entre otros. Muchas veces las distintas clasificaciones no coinciden totalmente, pero queda claro que hay una diferencia entre la práctica deportiva realizada por sano placer, o en busca del mejoramiento de la salud, y la que se emprende con fines competitivos, en la cual lo que se busca es el mejor rendimiento para vencer a un adversario.

La competencia es una de las características esenciales en las que se desarrolla el *deporte de rendimiento*. La práctica deportiva se hace a modo de confrontación con otras personas o con uno mismo, en un afán de superación de los resultados individuales. Este tipo de práctica se desarrolla mediante un sistema planificado, articulado y controlado por federaciones deportivas o clubes, con una concepción científica del entrenamiento y una amplia infraestructura paralela de médicos, psicólogos, científicos, etc., que complementan el trabajo de atletas y entrenadores.

Santiago Romero Granados, profesor de la Universidad de Sevilla, expresa:

Uno de los rasgos que define el rendimiento es la institucionalización, es decir, el deporte está oficializado, sobre todo el deporte de alta competición, que llega a ser razón de Estado o de multinacionales; de ahí que reciba fuertes influencias sociales, políticas y económicas, siendo utilizado en muchos casos como indicador de desarrollo y exponente de identidad de países.¹³

Como consecuencia de los nuevos conceptos que se manejan sobre la actividad deportiva, el crecimiento cada vez mayor de las grandes competiciones, la multiplicada y a veces aberrante comercialización, y el fortalecimiento de los organismos deportivos internacionales y las federaciones, que continuamente perfilan y amplían sus calendarios competitivos en función de sus intereses, cada vez más ocurre el emparentamiento entre *deporte de rendimiento* y *deporte-espectáculo*.

De acuerdo con un concepto amplio, el *deporte-espectáculo* es aquel capaz de despertar un elevado interés en la sociedad y en los medios de comunicación, y de congrega a miles de espectadores. Dicho en otras palabras, se trata del deporte con objetivos de rendimiento que por su impacto visual, su atractivo, atrae a las personas.

Por lo tanto, toda modalidad deportiva desarrollada a su más alto nivel, potencialmente puede convertirse en *deporte-espectáculo*, aunque dadas las condiciones en que se desenvuelve en el mundo de hoy, algunos teóricos hablan de que este se manifiesta cuando la actividad mercantil se convierte en el eje central que estimula su desarrollo, cuando la actividad deportiva está articulada como producto de consumo.

Visto así, el concepto de *deporte espectáculo* pudiera parecer contradictorio con un modelo social como el cubano, que precisamente preconiza una concepción totalmente opuesta, como fuente de bienestar, de mejoramiento de la calidad de vida de la población; y el alto rendimiento como un subproducto de la práctica deportiva masiva, en tanto expresión de desarrollo social, como vía de mostrar las potencialidades de los atletas y de dar prestigio al país, no como fuente de comercialización, de profesionalización. La clave está, entonces, en hacer compatibles todos los fines de la actividad deportiva, para lo cual resulta imprescindible el concurso de los medios y especialmente de la televisión.

En la sociedad cubana, la televisión tiene muy claras sus funciones: educar, informar, entretener y movilizar a la población, y el deporte —aun el de alto rendimiento—, es vía ideal para lograr estos propósitos. Por lo tanto, el matrimonio entre deporte y TV también es válido en el contexto cubano, al igual que el concepto de *deporte-espectáculo*, aunque, por supuesto, con una connotación diferente a la de otros modelos sociales y

en correspondencia con diferentes intereses en los medios de comunicación.

La interpretación válida de los conceptos de *deporte-espectáculo* y *espectáculo televisivo* que se requiere en nuestro contexto social debe basarse en eventos deportivos de alto nivel competitivo, concebidos como verdaderos espectáculos de disfrute para la afición, a partir de una adecuada estructura organizativa, utilización de vestuario e implementos de calidad, en escenarios adecuados, confortables y atractivos; y, a la par, una transmisión televisiva concebida igualmente como un producto artístico de alto nivel, encaminada a difundir la excelencia deportiva de nuestros atletas, a entretener sanamente, educar y aumentar los conocimientos y niveles informativos de la población, y a desarrollar sus gustos estéticos.

Deseo detenerme en la concepción del *espectáculo deportivo televisivo*. En sentido general, la clave del éxito en la realización contemporánea de la televisión es la dramaturgia, que no se limita a la realización de obras dramáticas, sino está presente lo mismo en una simple entrevista, un reportaje, un espacio noticioso, y por supuesto, en un evento deportivo.

Según expertos, la dramaturgia pudiera entenderse como

la aplicación de la técnica para elaborar un guión o esquema narrativo capaz de establecer un balance adecuado a la atención del espectador, de jugar con los puntos de máxima concentración emocional y con los de relajamiento total, que le facilite seguir la trama o secuencia lógica de lo que se comunica y, sobre todo, con un mínimo de digresión del espectador para lograr un máximo de efectividad.¹⁴

La elaboración de un programa de televisión se rige, en sentido general, por criterios relativos a la motivación del sujeto, al tema de que se trate, a la forma de narrar el contenido, los recursos expresivos y otros.

Todos estos elementos teóricos, probados desde hace mucho tiempo, ratifican que la televisión deja muy poco margen a la improvisación y que para aspirar a convertir el *espectáculo deportivo* en un verdadero *espectáculo televisivo* de antemano tienen que estar pensados todos los elementos que influirán en él, incluyendo una valoración de las características de la audiencia para la que se pretende trabajar.

Si todo esto se logra, se está en condiciones de realizar un producto de calidad. Si no se tienen en cuenta estas premisas, ni aun con el mayor talento del mundo se puede aspirar a un producto totalmente acabado.

Según los teóricos estadounidenses, los que más han desarrollado estudios acerca de lo que ellos denominan el *show* televisivo, uno de los patrones más importantes para que este pueda lograrse es que la narración se realice con la misma estructura dramática de la ficción, con presentación, nudo y desenlace. Bajo este concepto

—que igualmente consideramos válido para la TV cubana—, cada día se debe trabajar con mayor fuerza en los noticieros y espacios de comentarios, y también en las transmisiones de grandes eventos deportivos.

Por eso son comunes los llamados *pre-games*, los necesarios momentos «antes del juego», en los que se expone toda la información previa para «atrapar» al televidente: datos estadísticos que creen expectativas acerca de la competencia que se va a desarrollar, elementos históricos que enriquezcan, entrevistas previas, etc. Luego, el desarrollo del evento en sí, no solo dependiendo del soporte tecnológico, sino concibiendo la transmisión con una alta concepción artística, con hincapié en el reflejo de la parte humana del atleta, la expresión de sus sentimientos, tanto del triunfador como del perdedor. En este sentido, un aspecto muy trabajado con éxito últimamente por las grandes cadenas es la explotación de las reacciones y sentimientos de personas allegadas al deportista, ya sean entrenadores o familiares.

Lo que podríamos llamar el desenlace está marcado por la utilización de testimonios de los protagonistas, repercusión del triunfo alcanzado o de la actuación deportiva en cuestión, así como repeticiones de los momentos cumbres de la competencia, en los que predominarán los primeros planos, las reiteraciones en cámara lenta y, en sentido general, un depurado trabajo artístico que puede incluir, con similar importancia, la banda sonora.

El propósito de poner en pantalla un espectáculo de calidad dependerá en gran medida, lógicamente, del talento de los realizadores, pero las rutinas de trabajo, sobre todo en cuanto a la utilización de los recursos técnicos, se facilitan por los libros de estilo previamente fijados por las Federaciones de cada deporte o por el Comité Olímpico Internacional —en el caso de los Juegos olímpicos— en coordinación con las televisoras encargadas de las transmisiones. Se han establecido determinados parámetros; por ejemplo, en cuanto a la ubicación de las cámaras y la distribución estratégica de todo el soporte técnico, el tamaño y duración de los planos en situaciones previsibles, en casos como la llegada a la meta de los corredores en las pruebas de pista, o de los nadadores en la piscina, o en determinadas acciones repetibles en los diferentes deportes de conjunto.

Por supuesto, no existe un modelo de realización único para todos los deportes; cada uno requiere de patrones propios, encaminados a lograr la mejor visión posible, de acuerdo con las características de cada competición. Las premisas comunes que tener en cuenta serían la claridad, la sencillez y los altos valores estéticos en la puesta en pantalla y, sobre todo, la búsqueda de la espectacularidad.

Las televisoras comerciales ponen en práctica todo lo anterior con el único objetivo de «vender», en la feroz competencia en que desarrollan su trabajo. Pero es innegable que desde el punto de vista televisivo pueden lograrse productos de excelente factura e influencia probada en la teleaudiencia.

Algunos autores han considerado que no existe algo más realista que las transmisiones de eventos deportivos. Estas se conciben como un relato que tiene un protagonista individual o colectivo —cuando se trata de equipos—, cuyo objetivo es alcanzar el triunfo. Alrededor de esa lucha contra todos los obstáculos se teje el diseño de la transmisión. El espectador podrá identificarse con sus ídolos y, a través de ellos, con conceptos o valores como el honor, el orgullo, el coraje, la superación personal, etcétera.

En una televisión como la cubana, se impone una gran responsabilidad para mantener la justa distancia con respecto al triunfalismo exagerado, el desmedido dramatismo por la derrota, el desprecio o denigración hacia los perdedores, o el llamado «vedettismo» de los atletas, manifestaciones muy usadas en busca de la espectacularidad, pero que no responden a los principios que se propone Cuba como sociedad.

Deporte, televisión e identidad cultural

Para nadie es un secreto que en el universo globalizado en que vivimos hoy, el deporte es también parte inevitable de la lucha ideológica entre las grandes potencias que controlan las transnacionales de la información y la comunicación, y los países que se esmeran por mantener su identidad nacional en medio de tantas presiones.

Los medios transnacionales de comunicación constituyen una infraestructura orgánica del sistema de dominación e instrumentos idóneos para imponer modas y proponer paradigmas que reafirman y consolidan los valores de la clase dominante, además de constituir vehículos de transculturación, ideales para el robo de talentos desde los países más pobres hacia las grandes potencias. En ese sentido, el deporte es materia prima ideal, por lo cual es evidente que detrás de una transmisión televisiva deportiva hay mucho más que la mera divulgación de un simple juego inocente, desprovisto de conexiones con el resto del quehacer humano.

El deporte marcha a la par con la problemática social, política y económica del entorno en que se desarrolla. A nadie le cabe duda de su importancia cada vez mayor, en su relación trascendente con otras esferas de la vida y como vehículo ideal de actualización de las

necesidades de identificación de los distintos grupos sociales y, en última instancia, de las naciones.

Debemos partir de dos conceptos esenciales. Primero, el deporte es parte de la cultura de un país, entendida esta en su sentido más amplio, como un agregado histórico con la función dinámica de perpetuar valores y abrir camino a la creación y producción de nuevos conocimientos desde posiciones autónomas. Y segundo, los medios de comunicación en general, y muy especialmente la televisión, no solo difunden los valores y los usos sociales del deporte, sino los transforman al intervenir cada vez más en el proceso de socialización de los individuos, mediante la construcción de referentes socioculturales y la trasmisión de maneras de pensar. Por ello, en el caso cubano, es evidente la importancia que debe concedérsele a la divulgación del deporte y a la información que este genera en el mantenimiento de la identidad nacional, en la conservación de valores históricos, patrióticos y culturales, así como en el reconocimiento colectivo de los innegables logros en materia de desarrollo e igualdad social. La lucha ideológica presente desde el cambio radical emprendido con el triunfo de la Revolución el primero de enero de 1959 no ha terminado; por el contrario, se ha agudizado a raíz del desmoronamiento del campo socialista y la resistencia de Cuba por mantener valores esenciales de su modelo social.

En consecuencia, el papel desempeñado en décadas anteriores por los medios de comunicación, y muy especialmente la TV, en la educación político-ideológica, cultural, científico-técnica, moral y estética de las masas, en el fortalecimiento de los valores culturales propios y en la satisfacción de sus necesidades espirituales y de recreación, se mantiene con mayor vigencia que nunca.

En todos esos objetivos, el deporte debe tener máxima prioridad, porque Cuba es un país con gran tradición deportiva, con un pueblo que lo sigue y conoce y, además, por la altísima calidad y prestigio alcanzados por el movimiento deportivo cubano en el ámbito internacional, uno de los palpables ejemplos del crecimiento del país en materia social.

Reto inmenso saber extraer, en su justa medida, todas las posibilidades comunicativas que tiene esta noble popular actividad para el logro de estos fines.

La importancia del deporte en los medios, en primera instancia en la televisión, debe ser valorada en su total magnitud. Porque, como hemos analizado, no están expresando simples resultados de una competición deportiva, desprovistos de otro tipo de significación. Según sea el caso, puede haber también un enriquecimiento con elementos de orden histórico, científico, económico, o con las más disímiles expresiones de diferentes manifestaciones culturales.

Cómo reportar o transmitir una competencia deportiva en una ciudad determinada sin referirse de alguna manera a las características del entorno urbanístico del lugar, su población, costumbres, clima, diferencia horaria, ubicación geográfica exacta o con respecto a otro punto de referencia conocido, o algún acontecimiento o personalidad histórica relevante del sitio en cuestión. O cómo no reflejar en los reportes informativos o narraciones las interioridades del entrenamiento deportivo, con toda su carga científica multidisciplinaria; el uso creciente de nuevos descubrimientos y herramientas tecnológicas al servicio de la actividad deportiva; sobre el equipamiento de cada disciplina y sus características técnicas; el cronometraje y sus particularidades; o acerca de los derechos de televisión o la tecnología aplicada a las transmisiones de determinado evento.

La expresión adecuada y elegante a la hora de hablar, con un vocabulario amplio y preciso, y con la pronunciación correcta, en otro idioma, del nombre de un deportista o un lugar, enriquecen la cobertura o la descripción, aporta conocimiento y contribuye no solo a la información, sino también a la educación del receptor del mensaje y, en última instancia, al logro de un espectáculo televisivo con el sentido integral que se aspira.

La real importancia y carácter universal del deporte en la televisión como fenómeno comunicativo, es un tema que todavía tiene mucho camino por recorrer. Se impone beber de la experiencia internacional en el terreno de las transmisiones deportivas. Es una opción necesitada de seguir ampliándose para lograr puestas en pantalla de alta calidad estética, adaptadas a nuestros intereses comunicativos, aun cuando no contemos con todos los recursos tecnológicos. De hecho, el reto está en explotar adecuadamente lo que tenemos y derrochar talento, en aras de reflejar mediante un verdadero espectáculo los valores de nuestro deporte y nuestro modelo social.

Notas

1. Antonio Alcoba López, periodista, profesor Titular de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid y autor de diversos libros dedicados a la temática deportiva, considera que el periodismo deportivo es posiblemente una de las áreas informativo-comunicativas más antiguas de la humanidad. Al respecto, refiere que en la Biblia ya hay referencia a gestas relacionadas con el deporte como la victoria de David sobre Goliat gracias a su habilidad con el manejo de la honda, y que en todas las civilizaciones el deporte ha sido parte importante de sus culturas. Alcoba propone que la descripción de los Juegos funerarios realizada por Homero en *La Ilíada* puede ser considerada como la primera crónica deportiva, y que Píndaro, con sus *Olimpicas*, puede ser calificado como el segundo informador deportivo de la historia. Véase Antonio Alcoba

Carlos Alberto González García

López, *Cómo hacer periodismo deportivo*, Editorial Paraninfo, Madrid, 1993; *Periodismo deportivo*, Editorial Síntesis, Madrid, 2005.

2. Se realizaron en Estocolmo al no poder garantizar los organizadores de Melbourne todos los requerimientos sanitarios para este deporte. Según estimaciones, seis millones de europeos pudieron ver ambos certámenes, en sus hogares o sitios públicos.

3. Miquel de Moragas, «Televisión, deporte y movimiento olímpico: las próximas etapas de una sinergia» Centre d'Estudis Olímpics, UAB, Barcelona, http://olympicstudies.uab.es/pdf/wp027_spa.pdf, consultado el 12 de febrero de 2003.

4. Las cifras fueron tomadas de Guía del Comité Organizador Barcelona 92, Barcelona, 1991.

5. Datos tomados del diario económico online *Deporte y negocios*, disponible en www.deporteynegocios.com

6. Datos publicados en el sitio oficial del COI, www.olympic.org, 2004.

7. Nueve de los diez programas de televisión más vistos en toda la historia en los Estados Unidos son las transmisiones del *Superbowl*. La edición XXXVI, celebrada en el año 2003, alcanzó los 131,7 millones de espectadores estadounidenses, suponiendo un hito para la cadena Fox, aunque el récord absoluto lo ostenta la edición de 1999 con un *rating* del 53,5, que equivale a unos 140 millones de espectadores. (Información tomada de <http://recursos.cnice.mec.es>).

8. Los primeros equipos instalados fueron de la marca RCA-Víctor, con cinco kilowatts de potencia, desechos tecnológicos de una empresa televisiva de Carolina del Norte que habían llegado a Cuba en agosto de 1950 en un avión de National Airlines. El montaje se había efectuado desde el día 15 del propio mes, bajo la dirección

del ingeniero W. C. Cothron, supervisor de la marca, y en septiembre había arribado por barco, procedente de Filadelfia, la unidad de control remoto.

9. Erick Kaupp, destacado director y participante de los días iniciales de nuestra televisión, contaba que el ingeniero Cothron, que estaba en el máster, sacó «al aire» sin previo aviso la señal del juego y espontáneamente la noticia se divulgó entre las personas que ya tenían televisores, lo que, por supuesto, se convirtió de inmediato en un verdadero suceso.

10. Eddy Martín Sánchez, *Memorias a los setenta y...*, Ediciones SI-MAR, La Habana, 2004, p. 209.

11. *Ibidem*, p. 208.

12. *Ibidem*, p. 205.

13. Santiago Romero Granados, «Deporte rendimiento, espectáculo y patrocinio», en Joaquín Marín Montín, coord., *Comunicación y deporte. Nuevas perspectivas de análisis*, Comunicación Social, ediciones y publicaciones, Sevilla, 2005, p. 202.

14. Vicente González Castro, *Vídeo*, Editorial Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1987, p. 115.

© TEMAS, 2007

Hacia Beijing 2008

Denia García Ronda

Ensayista y escritora. Subdirectora de Temas.

Después de setenta y seis años de que el primer atleta chino participara en unos Juegos Olímpicos, la ciudad de Beijing —escollida por otras seis ciudades— se prepara para protagonizar el mayor espectáculo deportivo mundial, que tendrá efecto en el verano de 2008. La capital de la República Popular China, con más de quince millones de habitantes y una larga historia cultural reconocida mundialmente, vive un momento de gran actividad económica, constructiva, organizativa, social, a fin de estar lista para acoger sus próximos Juegos Olímpicos. Las actividades artísticas no están exceptuadas de esa preparación. Sobre esto, y en especial sobre la relación deporte-cultura, Temas conversó con el Consejero Cultural de la Embajada de China en Cuba, señor Zheng Kejun, a quien agradecemos su amable cooperación.

Denia García Ronda: *La ciudad de Beijing, capital de la República Popular China fue seleccionada, por una amplia mayoría de votos, para ser la sede de los próximos Juegos Olímpicos del año 2008. Generalmente, las ciudades que han sido sedes de ese acontecimiento se transforman en alguna medida, tanto en cuanto a nuevas edificaciones e infraestructuras que cambian el perfil de las ciudades, como en sus relaciones con el resto del mundo, desde los puntos de vista turístico, cultural, social,*

etc. Además del éxito de los Juegos o el número de medallas que pueda obtener la delegación china, ¿qué esperan ustedes de estos Juegos Olímpicos? ¿Qué significa para la cultura y la sociedad chinas que el país sea anfitrión de este acontecimiento mundial?

Zheng Kejun: Nosotros consideramos que los Juegos Olímpicos de 2008 son una excelente oportunidad para presentar al mundo la ciudad de Beijing, su historia, sus monumentos, y también la elevada calidad espiritual de sus pobladores. Una de nuestras metas es promover el intercambio y la integración de la cultura de la nación china con las extranjeras. Eso facilitará la comprensión sobre la nuestra. En los últimos años, el Ministerio de Cultura de China ha asumido con gran fuerza la tarea de presentar la fisonomía cultural china y la imagen actual del país a todo el mundo, ya que en muchos países las personas quieren a China, conocen el país, pero con un concepto no tan completo. Aprecian su historia, sus costumbres, incluso tienen conocimientos de la vida cotidiana, de su medicina y su pensamiento tradicionales; pero saben poco de la China actual. Queremos que todo el mundo conozca la China contemporánea, una China amistosa, cordial con toda

la humanidad. Consideramos estos Juegos Olímpicos como una oportunidad de profundizar en la comprensión, la amistad, la confianza entre todas las naciones, y al mismo tiempo como una ocasión propicia para presentar a los demás nuestra vida, nuestros conceptos, nuestras ideas. Esta es una tarea no solamente de la alcaldía de Beijing, sino de toda la nación. Queremos que se conozca, sobre todo, la alta calidad espiritual de los chinos, porque China ha logrado su desarrollo solamente en los últimos 30 años; pero su modernización industrial, comercial, científica, tecnológica, tiene como antecedente la voluntad, las acciones y los conceptos de la población. Entonces queremos aprovechar esta oportunidad para manifestar esas cualidades del pueblo chino en la actualidad.

D. G. R.: *¿Cómo se relacionan esos propósitos con la identidad cultural china?*

Z. K.: Esa identidad está muy presente y es lo principal que queremos mostrar. Como diplomático cultural, sé que explicar la China actual mediante charlas, mediante palabras, no es tan efectivo como invitar a todos los visitantes a ver, con sus propios ojos, la realidad china. Eso es muy diferente. En 2008 vendrán miles de participantes extranjeros: deportistas, espectadores, periodistas, que no solo quieren ver los juegos, las competencias, sino también recorrer las calles, las ciudades, hablar con las personas, percibir esa identidad, esa cultura. Eso también está entre nuestros propósitos. Claro que, del mismo modo, queremos usar esta ocasión para profundizar nuestro conocimiento sobre la cultura occidental, las tradiciones internacionales, porque las Olimpiadas son un patrimonio mundial.

D. G. R.: *Además de Beijing, hay varias ciudades involucradas en estos Juegos Olímpicos. ¿Todas comparten esos propósitos?*

Z. K.: Sí, por supuesto. Aunque Beijing es la sede principal, otras ciudades participarán, como Qingdao que acogerá las competencias marítimas, y además Hong Kong, Shanghai, Tianjin, Shenyang y Qinhuangdao. Todas están listas para recibir a los visitantes e intercambiar con ellos.

D. G. R.: *La República Popular China es reconocida por su capacidad de organización de eventos deportivos de gran magnitud y espectáculos culturales masivos, de gran valor artístico. En esta ocasión, el mundo está expectante sobre lo que hará esta vez su país, con motivo de ser sede de los Juegos Olímpicos de 2008, teniendo en cuenta su milenaria tradición cultural y la modernización que ha mostrado en las últimas décadas ¿Cómo valora usted la relación deporte-cultura artística en su país en estos momentos? ¿Cómo cree que está asumiendo el pueblo chino*

esta oportunidad de mostrar su arte en un acontecimiento de la importancia de los Juegos Olímpicos?

Z. K.: El pueblo chino tiene mucho interés en saber todo lo relacionado con las Olimpiadas. Y pienso que ya sabe que no se trata solamente de competencias deportivas, sino también de intercambio de culturas; y quiere demostrar sus habilidades artísticas, literarias; por ejemplo, los alumnos de las escuelas primarias y secundarias están realizando concursos de artículos, ensayos, pintura, canciones, en relación con los temas específicos de las Olimpiadas.

La alcaldía de Beijing y el Ministerio de Cultura están ya preparando los espectáculos artísticos que se desarrollarán en el marco de los Juegos, sobre todo en la inauguración y la clausura. Pero ellos pensaron en que hubiera un festival olímpico previo a la celebración de ese acontecimiento. De hecho, ya empezaron estos eventos culturales, que con la cercanía de la fecha de la celebración se intensifican a cada momento. Y se organizan no solamente en los escenarios de los teatros, sino también en los espacios públicos de la ciudad; en parques, incluso en los grandes almacenes y en otros lugares donde puedan manifestarse las capacidades culturales del pueblo chino.

Por otra parte, el comité organizador de los Juegos Olímpicos 2008 está convocando a un concurso mundial para la canción tema de estos Juegos. Creo que en el segundo semestre de este año saldrá el ganador. Las Olimpiadas de 2008 son el tema central para motivar al pueblo a presentar, mostrar y explotar sus capacidades innovadoras, sus conocimientos o habilidades artísticas. Ello, repito, no es un asunto solo de la ciudad de Beijing, sino de toda China.

D. G. R.: *Por supuesto, los Juegos Olímpicos ponen en juego muchas cosas en la sociedad del país sede. Por ejemplo, lo relacionado con el espacio público, la organización urbanística de las ciudades. De acuerdo con las grandes transformaciones que se han manifestado en la economía y la sociedad chinas, ¿en qué medida cree usted que los Juegos Olímpicos impacten el escenario social y urbanístico de las ciudades involucradas en estos Juegos? ¿Cómo se han preparado Beijing y las otras ciudades chinas para ese acontecimiento?*

Z. K.: Las edificaciones que se han construido, o se están construyendo en Beijing con motivo de las Olimpiadas han transformado bastante la imagen de la ciudad, pero lo más importante es lo que se refiere a la protección del medio ambiente, porque desde que China obtuvo el derecho a organizar los Juegos Olímpicos, y desde que se inició su planificación, la ciudad y el país han trabajado bajo la premisa de realizar unas olimpiadas verdes; eso significa tomar medidas

en la planificación y construcción de las instalaciones olímpicas y el establecimiento de un sistema de garantías con estrictas normas de protección ecológica. Eso es muy importante. En Beijing han disminuido los espacios vacíos; estos se han transformado en áreas de césped, con arboledas y jardines. Sobre todo en las zonas suburbanas periféricas se han sembrado muchos árboles, e incluso la alcaldía de Beijing invierte recursos para la protección ambiental de las provincias que la rodean. Beijing está rodeada por la provincia de Xopei. Su contaminación puede afectar no solamente a esta provincia sino a otras, y especialmente a Beijing, por lo que hay una planificación del país para mejorar el medio ambiente alrededor de la ciudad.

También se ha disminuido las polvaredas seculares que llegan desde el norte. Por el viento de Siberia, el polvo y la arena del desierto de Mongolia llega hasta el sur, no solo a Beijing, sino a Korea, y a Japón.

D. G. R.: *¿Y cómo han podido disminuirlo?*

Z. K.: Primeramente sembrando bosques que sirven de cortinas rompevientos, y también transformando las fuentes de agua, las zonas donde nacen los ríos. Por otra parte, Beijing y todas las ciudades de China están en una etapa culminante de construcciones urbanísticas, rascacielos, edificios altos de apartamentos. China está ahora dentro de una verdadera fiebre constructiva, y las obras producen, como efecto secundario, mucho polvo que afecta la salud de los habitantes. Hubo que tomar medidas para aplacar ese polvo; hay normas que exigen cubrir las obras o algo así para que no se difumine por toda la ciudad esa cantidad de polvo. Esto es muy importante para el desarrollo sostenible. Y esas medidas se están aplicando en las construcciones para los Juegos Olímpicos.

D. G. R.: *¿Eso lo asume el Estado chino? ¿No hay inversión extranjera para esas construcciones?*

Z. K.: No, no hay ninguna inversión extranjera en ese sentido. Pero hay una instalación en la que el Estado no es el inversionista. Se llama Agua Cúbica y es para las competencias de natación. Es muy grande, de forma cúbica, cuyas paredes, de color azul, semejan estar formadas por burbujas de agua, para dar la impresión del mar. Va a resultar muy bella. Tenemos suficiente dinero para construir todas las instalaciones, pero queremos ofrecer la oportunidad de participación a los chinos de ultramar, permitiéndoles financiar Agua Cúbica. Porque los Juegos Olímpicos de 2008 no es un asunto exclusivo de la población de Beijing o de las otras ciudades de la China continental, sino también de

los que viven en las zonas de Taiwán, Macao y Hong Kong, y de todos los chinos de ultramar también. Muchos de ellos tienen interés en contribuir con algo, participar de alguna manera en los Juegos Olímpicos de 2008. Se les ha ofrecido esta instalación para que sean ellos los inversionistas. Se dice que este será el mejor gimnasio de natación de todo el mundo.

D. G. R.: *¿Dónde se construye?*

Z. K.: En Beijing. En una zona que se llama Parque Olímpico, que es el principal espacio de la ciudad para varias competencias, preparado hace ya varios años. Usted sabe que no pudimos obtener la sede de los Juegos Olímpicos de 2000. Para las de 2004, cuando fue seleccionada Atenas, nosotros no aspiramos, pero ya estábamos preparándonos para una Olimpiada, que fue concedida en 2001.

D. G. R.: *¿Qué opinión tiene de las otras instalaciones?*

Z. K.: Las instalaciones son muy buenas y no tenemos ninguna dificultad para que estén listas en 2008. Quiero decir algo en relación con esto. Para algunos países, la dificultad es la escasez de recursos financieros para la construcción de las instalaciones; para otros es al revés, no tienen problemas para construirlas, pero sí para definir su uso después de los juegos. Esto también ha estado contemplado dentro de la planificación de los Juegos Olímpicos en China. Incluso, el país hubiera podido terminar las instalaciones antes de este año, pero no queremos precipitarnos, para que estén nuevas cuando empiecen los Juegos, y para que sean suficientemente fuertes y eficientes, porque después se dedicarán a los deportes del pueblo y otros eventos culturales y deportivos. No queremos limitar estas inversiones financieras, estas grandes instalaciones deportivas, solo para los Juegos Olímpicos.

D.G.R.: *Como es conocido, el olimpismo apostó, en sus orígenes y hasta hace relativamente poco tiempo, por el deporte aficionado. Sin embargo, las Federaciones de distintos deportes y algunos Comités Olímpicos, propusieron y lograron que se aceptara el profesionalismo en muchos eventos deportivos internacionales, en especial en los Juegos Olímpicos. China, como otros países socialistas, ha jerarquizado históricamente el concepto del deporte como un derecho de todos sus ciudadanos, y ha apostado por su carácter formativo y recreativo. ¿Cómo ve usted la relación deporte profesional-deporte aficionado en las competiciones internacionales? ¿Cómo valora la participación popular en la cultura física y los distintos deportes en su país?*

Z. K.: Es una buena pregunta, porque sabemos que las Olimpiadas fueron escenarios para los deportes

Los Juegos Olímpicos de 2008 son importantes no solamente [...] por el mejoramiento de la fisonomía de las ciudades, sino por el impulso a las medidas para proteger el medioambiente y por ser una ocasión para renovar nuestra capacidad innovadora, tecnológica y científica.

de aficionados, no había profesionalismo en ellas; pero, por otra parte, también es cierto que los Juegos Olímpicos son la mejor ocasión de demostrar lo máximo de las capacidades físicas humanas. Y, en muchos casos, el deporte profesional tiene superioridad para esa demostración, y puede impulsar el desarrollo del deporte aficionado. En ese sentido, el profesionalismo deportivo tiene ventajas. Pero, realmente, las Olimpiadas fueron concebidas como un encuentro recreativo cultural entre los pueblos, desde la antigüedad. Eso es lo esencial del concepto olímpico, de la filosofía inicial del olimpismo. Creo que es algo complejo, sobre lo que hay que reflexionar.

La alcaldía de Beijing, como organizadora y anfitriona de los Juegos Olímpicos de 2008 ha variado su punto de vista en el proceso de la preparación. Al comienzo, después de lograr el derecho de su organización, su ambición era realizar los juegos más importantes, más complejos, más impactantes de todos los realizados, pero en el proceso fueron cambiando de idea hacia el propósito de jerarquizar la calidad ecológica y cultural de la ciudad. Ya no tiene tanta preocupación, como al principio, por lograr muchas medallas, exhibir la potencialidad de China en los deportes, estimular la competencia profesional. Ahora se guía por una idea más amplia: aprovechar la ocasión para elevar el nivel del deporte aficionado del pueblo. Creo que esto pudiera colaborar a la solución del conflicto entre el deporte profesional y el aficionado.

En la competencia, todo el mundo quiere ser el primero y los profesionales en esto, como dije antes, tienen más ventajas; pero ahora los municipios (distritos) de Beijing han incrementado la organización de competencias no solamente de deportistas reconocidos, sino entre los atletas aficionados, de diferentes instituciones. Cada distrito organiza competencias internas todos los años. El Ministerio de Cultura, que se ubica en el distrito oriental, participa en estas competiciones. Yo participé en una de salto sin impulso. Y quedé en tercer lugar.

D. G. R.: *¿Esto se produce solamente en los distritos de Beijing? ¿Qué posición tiene el Estado chino en cuanto a la promoción del deporte aficionado masivo en la actualidad?*

Z. K.: En toda China se estimula la práctica del deporte. El movimiento se llama Deporte Nacional Masivo. Porque el deporte no solo ayuda a la salud física, sino también a la mental, al buen ánimo y a la relación entre las personas. Las autoridades de distintas ciudades y provincias están trabajando con mucho ímpetu para garantizar que hasta en cada aldea haya gimnasios y canchas, mesas de ping pong y otras instalaciones deportivas. Los Juegos Olímpicos van a estimular mucho estos proyectos.

D. G. R.: *China tiene reconocimientos universales en algunos deportes, por ejemplo en la gimnasia, en el ping pong, en los deportes de combate, y otros. ¿Cómo funciona en China el proceso entre la masividad deportiva y la selección de atletas de alto rendimiento?*

Z. K.: Hay muchas escuelas de deportes en China que son para los aficionados a las distintas disciplinas. De ahí se seleccionan aquellos alumnos con talento específico para un determinado deporte, a fin de que sigan perfeccionando sus cualidades. En realidad, los deportistas que ganan medallas en eventos internacionales son muy pocos comparados con los que practican deportes en el país, pero estos son la cantera de donde nacen los campeones.

D. G. R.: *Quiero terminar esta entrevista con una pregunta que atañe directamente a mi país. Como usted seguramente conoce, el Comité Olímpico Internacional decidió eliminar el beisbol de los Juegos Olímpicos, a partir de 2012. Ese deporte forma parte de la identidad cultural de Cuba y también de otros países que están luchando porque se reconsidere esa decisión, si no para 2012, al menos para las siguientes convocatorias. ¿Podría decirme su criterio sobre esto? ¿Conoce usted la posición del Comité Olímpico Chino al respecto?*

Z. K.: Sé que Cuba es uno de los países más fuertes en el beisbol. He visto por TV algunos partidos; son muy llamativos y gustan mucho al público. China se ha destacado sobre todo en el softball femenino. El equipo chino logró el segundo lugar en los Juegos Olímpicos de Atlanta. Yo no conozco muy bien esos deportes, pero sí sé que Cuba es uno de los grandes países en el beisbol, junto con Japón y otros países.

La eliminación del béisbol de los Juegos Olímpicos será también una pérdida para China. Ya en 2008 no se competirá en *softball* femenino, solamente quedarán los partidos de hombres, que se eliminarán en 2012. O sea, Beijing será la última oportunidad para el beisbol y el *softball*, si no se revierte esa decisión.

No conozco exactamente la actitud del Comité Olímpico Chino respecto a esto, pero igual que se ha eliminado el *softball* femenino desde 2008, creo que, lamentablemente, la decisión sobre el beisbol ya es un hecho.

D. G. R.: *Creo que tiene que ver con los compromisos con los medios, especialmente con la televisión. Creen que la pelota no es suficientemente rentable en este sentido. Argumentan que no en todos los países se juega beisbol, que los juegos son muy largos, las reglas muy complejas, que resulta imposible adecuarlo a los requerimientos de las transmisiones, como ha pasado, por ejemplo, con el voleibol, el boxeo, y otros deportes. En definitiva que no es muy «vendible».*

Z. K.: Creo que no es solamente la intervención de la televisión, sino de las grandes compañías patrocinadoras, que son las que contratan los espacios comerciales en la televisión. Naturalmente que los Juegos Olímpicos y los campeonatos mundiales son acontecimientos que cada vez resultan más caros, se necesita mucho dinero para realizarlos. Su organización pasa por gastos de viajes internacionales, recibimientos, desarrollo de los partidos, hospedaje, alimentación, contratación de personal, premios. Entonces se necesitan patrocinadores comerciales que tienen sus propias opiniones e intereses, y por supuesto influyen en todas estas decisiones. Por otra parte, creo que el evento se ha expandido demasiado. Esto representa un peligro para las pequeñas y medianas ciudades, e incluso países, que cada día tienen menos posibilidades de organizarlo, porque carecen de capacidad financiera. Esto es un problema, porque las Olimpiadas son un patrimonio de la humanidad. Entonces, disminuir el volumen es un tema que debe tratar el Comité Olímpico Internacional.

En el caso de los próximos Juegos Olímpicos, es destacable el interés de participación de las empresas chinas como patrocinadoras, porque hasta hoy día esas empresas están en el umbral de la expansión de sus producciones y sus negocios, y sus directivos ven la oportunidad de incrementar la influencia de sus marcas en el país y en el mundo. Por eso participan en el patrocinio de los Juegos Olímpicos. Es una buena ocasión para ellos. Muchas empresas chinas compiten con las multinacionales para ser patrocinadoras. Y esto es positivo, porque es una de las formas de activar la economía nacional.

D. G. R.: *Además de la construcción de estadios y otras edificaciones, ¿a cuáles áreas se dedican esas inversiones?*

Z. K.: Las inversiones no se limitan a las construcciones deportivas y habitacionales, sino también al mejoramiento del transporte, al equipamiento para las facilidades informáticas, de televisión, móviles, abastecimiento de comidas, servicios para la prensa, laboratorios, tecnologías de medición de las competencias, etc.

Pero los Juegos Olímpicos de 2008 son importantes no solamente por esto y por el mejoramiento de la fisonomía de las ciudades, sino por el impulso a las medidas para proteger el medioambiente y por ser una ocasión para renovar nuestra capacidad innovadora, tecnológica y científica.

Lo que más esperamos es promover el espíritu olímpico en la población china, el concepto de recursos humanos, de participación de la sociedad. Queremos un patrimonio olímpico, no solo para 2008, sino para el futuro.

Otra jugada de riesgo: deporte y literatura en Cuba

José Antonio Michelena

Investigador. Instituto de Literatura y Lingüística.

La apropiación literaria del hecho deportivo se pierde en el tiempo aunque se cite a Homero en los inicios. Sabemos que la oralidad antecede a la literatura escrita y que las hazañas de los atletas eran cantadas por los bardos antes de ser fijadas por la letra. Que otros como Virgilio, Píndaro, los más altos poetas de su época, escribieran sobre los espectáculos deportivos, dota a la pareja deporte y literatura de un pasado ilustre. Mucho se ha repetido que todas las guerras ocurren en Troya, resaltando el carácter modélico de aquellas luchas reflejadas en *La Iliada*. En el canto vigesimotercero de ese libro se cuentan los juegos en honor a Patroclo, y puede percatarse su plena vigencia. Los consejos que da Néstor a su hijo Antíloco antes de la carrera, sintetizan toda la sabiduría que transmiten los entrenadores a los deportistas.

Históricamente, los romanos heredaron de los griegos el estadio y lo convirtieron en el circo —para las carreras de cuadrigas— y el anfiteatro —para las luchas de gladiadores y otras competencias. Aquí estaba ya el espectáculo con todos sus componentes: el estadio, los atletas y el público. Poder expresar las emociones y pasiones que se experimentan en el terreno

de las competencias, conjugar los elementos de esta tríada, a la vez que intentar comprender las relaciones que se establecen entre este campo y el resto (la sociedad, la civilización, etc.) ha sido la tarea que se han planteado los escritores.

Deportes en la literatura cubana

La literatura cubana no ofrece —como lo hacen, por ejemplo, las letras de Sudamérica— una copiosa producción en su vocación deportiva. No obstante, basta observar la muestra que ofrecemos de los textos existentes, para saber que el deporte tiene una presencia digna en nuestra escritura artística desde el siglo XIX.

Por circunstancias diversas, el béisbol, el boxeo y el ajedrez, tres deportes disímiles, son los que más han atraído a los escritores cubanos, lo cual no es por azar. El béisbol, nuestro deporte nacional, llegó a Cuba en el siglo XIX procedente de los Estados Unidos, y cobró tanta fuerza que llegaría a integrarse a nuestra identidad. El rechazo de que fuera objeto por parte de las autoridades coloniales convirtió su práctica en

demostración patriótica. Súmese a ello la calidad del beisbol cubano, probada a lo largo de la pasada centuria. El boxeo, a su vez, también cuenta con un legendario historial, tanto en los campeonatos profesionales —donde han descollado figuras de talla universal— como en los torneos aficionados en los que han reinado nuestros púgiles en las dos últimas décadas. En cuanto al ajedrez, se trata de un juego que incita a la fabulación por la atracción que ejercen sus componentes: el tiempo, las figuras, las estrategias, el combate, su propia leyenda. No menos importante es el hecho de que José Raúl Capablanca, uno de los mayores genios ajedrecísticos en la historia de este deporte, puso a la Isla en el mapa mundial del juego ciencia desde 1921.

Boxeo

La crónica es un género periodístico; pero ejercida por la pluma de José Martí, es literatura. Del Maestro, la antología *Cuentos de boxeo* recoge el texto «Una pelea de premio».¹ Narra el Apóstol el combate que sostuvieron «el gigante de Troya» y «el mozo de Boston», en la ciudad de Mississippi, en las cercanías de Nueva Orleans, en 1882. Con la agudeza y visión que lo distinguieron como escritor, pensador y político, Martí somete a escrutinio los pormenores de la contienda y entrega un retrato descarnado no solo del combate, sino también de todo lo que lo circunda: su reflejo en la prensa, entre los apostadores, en los negocios, en la población. No es para nada un rostro amable el que nos enseña, porque, según dice, «vuela la pluma, como ala, cuando ha de narrar cosas grandiosas; y va pesadamente, como ahora, cuando ha de dar cuenta de cosas brutales, vacías de hermosura y de nobleza».²

Es notable el diálogo que establece con Martí, a través del tiempo, un cuento que asume forma de crónica —a caballo entre ambos géneros— escrito por Mirta Yáñez, alrededor de un siglo más tarde. Treinta y tres años después de la porfía entre aquellos gladiadores, narrada por el Apóstol, otros dos púgiles norteamericanos, Jack Johnson y Jess Willard, se enfrentaron en La Habana, el 5 de abril de 1915. La escritora habanera reconstruyó el combate en el cuento «Yo soy Jack Johnson»,³ y al leerlo «asistimos» al escenario del Oriental Park junto con las treinta mil personas que presenciaban el match, según las palabras de Yáñez. Al igual que en el texto martiano, se dibuja el contexto social que rodea la lucha boxística, a la cual acude hasta el mismo presidente de la joven república. El texto no solo reseña la vida de Johnson y el motivo real de la pelea —más allá de la discusión por el campeonato de los pesos completos—, sino da cabida

a exposiciones y valoraciones sociopolíticas. A diferencia de la crónica martiana, más ajustada a la realidad, la ficcionalización de Yáñez hace de Jack Johnson un personaje y sitúa el conflicto en su drama por ser un campeón negro y tener una mujer blanca, un reto para la alta sociedad habanera, que lo condena a perder su corona para poder regresar a su país.

La visión del boxeo que prima en los textos de los narradores cubanos es la de un rudo espectáculo comercial, muchas veces fraudulento. El conflicto del relato se puede establecer a partir de la quiebra del pacto tramposo, como sucede en «El gran golpe», de Samuel Feijóo,⁴ o en la tozudez del boxeador por continuar un combate que lo lleva a la muerte, como acontece en «El último golpe», de José M. Carballido Rey⁵ y en «La última pelea de Tonka Walkán», de Félix Luis Pérez.⁶

El pugilismo casi siempre sale muy mal parado en esos textos, porque prevalecen los intereses de los promotores interesados en el dinero que puedan recaudar. Los boxeadores, agobiados por necesidades financieras o encandilados por la fortuna, son víctimas de un mecanismo que los desangra. El combate entonces deviene símbolo de una desigualdad social en la que el boxeador es, de antemano, el perdedor.

El cuento de Feijóo es una historia de sabor costumbrista, acaso escuchada por él en sus continuos viajes por los pueblos de Las Villas. Tiene un argumento simple: en una pelea arreglada, el boxeador que debe perder se enamora y hace lo contrario: la gana. Está contado con la gracia que imprimía a sus relatos el poeta, narrador e investigador villareño. Por su parte, el de Carballido muestra la cara más oscura del pugilismo, una trama de crueldad e inconciencia que mucho explotó el cine norteamericano en la década de los 40 del siglo xx. Los actantes son el promotor inescrupuloso, el boxeador pobre e ingenuo, el contrario bruto y sádico, el público enardecido, salvaje, y un entorno social que hace todo eso posible. Está narrado en retrospectiva con profusión de detalles y cierto abuso de los elementos sociológicos.

Una compleja trama en la que están entretreídos el boxeo y las peleas de gallos dan vida al cuento de Félix Luis Pérez, quien utiliza el recurso técnico de las cajas chinas: la historia principal está contenida en otras que se van abriendo al lector. Aunque llegue a molestar el abuso de los gerundios y la intención moralizante, resulta atractivo el paralelismo entre la valla y el ring, entre golpes y espelazos. Es un cuento que puede aparecer igualmente en una selección temática sobre peleas de gallos, un «deporte» prohibido en la actualidad, pero de larga data en la Isla.

Otros contenidos, más abarcadores, animan los poemas de Nicolás Guillén y de Roberto Friol, aunque persiste la visión del boxeador como instrumento de

lucro. Dice Guillén en «Pequeña oda a un negro boxeador cubano»: ⁷

*...ese mismo Broadway,
es el que estira su hocico con una enorme lengua húmeda,
para lamer glotonamente
toda la sangre de nuestro cañaveral.*

Aquí el púgil es la fuerza del músculo que apenas sabe algo más que tirar golpes («En realidad acaso no necesitas otra cosa./ porque como seguramente pensarás./ ya tienes tu lugar»). Pero él puede también dignificar la negritud, la identidad de su raza: «lucirse negro mientras aplaude el bulvar./ y frente a la envidia de los blancos/ hablar en negro de verdad».

De igual forma se repite la imagen del boxeo como feroz medio de sobrevivencia en el poema de Roberto Friol al propio Kid Chocolate: «Golpear el hambre./ El jab./ Golpear el hombre./ El jab, el jab». ⁸ En los versos de Friol, el pugilista golpea no solo contra el hambre, sino también por un encuentro consigo mismo aunque el precio es demasiado alto:

*¿A quién golpeas?
¿Entre quiénes te abres paso?
¿A quién has de derribar
para ser tú?
Ese rostro y el otro,
¿es el mismo?
Ese jab y ese book,
¿toda la vida?
¿Cuántos,
para encontrar un Rey?
¿Cuántos
de vida rota,
[...]
Cuántos
de súbito morir
Cuántos
para llegar a tí?*

Pero Chocolate es (en este poema), además, la leyenda que ha recorrido el mundo y se lleva prendida en la memoria, aunque solo se haya visto fugazmente y se conozca a través de los periódicos o en las anécdotas que lo amplifican. Y cuando ya no era el campeón boxístico continuó siendo «como una verdad de la patria», un orgullo identitario que se prolonga en el universo: «Veo a París/ a través de tus ojos;/ a Madrid,/ en tu prístina sonrisa;/ a Nueva York,/ en el adiós de tu mano./ Veo/ tantas cosas en tu estar/ (Veo a Cuba/ en tu no doblegarte)».

Nicolás Guillén eleva a la dimensión de héroes venerables a los boxeadores en el poema «Deportes», ⁹ donde, significativamente, se unen el boxeo, el ajedrez y el beisbol; y las figuras de Kid Charol, Black Bill y Kid Chocolate, junto al ajedrecista Capablanca y el pelotero José de la Caridad Méndez, entremezclados con los campeones boxísticos de otras latitudes —Johnson, Wills, Carpentier y Sam Langford—

encarnan, a un tiempo, la gloria, y además, el orgullo de la cubanía:

*Junto a los yanquis y el francés,
los míos, mis campeones
de amargos puños y sólidos pies,
son sus iguales, son
como espejos que el tiempo no empaña,
mástiles músculos donde también ondea
nuestra bandera al fúlgido y álgido viento que sopla en la montaña.*

Guillén sitúa, a estos campeones del deporte, al mismo nivel que sus escritores venerados, los encumbra en el más alto pedestal:

*Amé a Rubén Darío,
es cierto,
con sus violentas rosas
sobre todas las cosas.
Él fue mi rey, mi sol.
Pero allá en los más alto de mi sueño
un sitio puro y verde guardé siempre
para Méndez, el púcher —mi otro dueño.
No me miréis con esos ojos.
¿Me permitís que ponga,
junto al metal del héroe
y la palma del mártir,
me permitís que ponga
estos nombres sin pólvora y sin sangre?*

Beisbol

Cualquier intento de comprender el ser y sentir del cubano, pasa, necesariamente, por entender nuestra relación con el beisbol. En un texto publicado en *La Discusión*, el 28 de noviembre de 1889, Julián del Casal, reseñando un folleto nombrado *El baseball en Cuba*, dice que, al leer este librito,

el espíritu del lector se inicia en los secretos del complicado juego de pelota; conoce su origen, su desarrollo y sus consecuencias, comprende las causas de su popularidad y se promete ir al primer desafío. El entusiasmo de los jóvenes que se escapan de las aulas para *ir a la práctica*; las figuras de los jugadores, ya sean del bando azul, ya sean del bando rojo; las desavenencias entre los partidarios de distintos *clubes*; el efecto que produce la concurrencia que asiste al espectáculo; las mil peripecias del juego; los gestos y chillidos de las turbas apiñadas en los escaños; los comentarios que se hacen al terminar la fiesta, en las calles y en los cafés; todo está muy bien presentado. ¹⁰

Aunque no tenemos noticia de que Casal haya ido a mezclarse con «las turbas apiñadas en los escaños» para presenciar un juego de pelota, el hecho de que un autor de su relieve haya escrito, tan tempranamente, sobre el tema es excelente para ilustrar los nexos entre el béisbol y la literatura.

Casi veinticinco años después, el 16 de febrero de 1914, el periodista y narrador Miguel Ángel de la Torre publica en la revista *La Novela Cubana* el cuento «El

La épica casi no ha estado presente en la literatura cubana de las dos últimas décadas. La posmodernidad no la favorece. El tratamiento a los héroes del deporte ahora sería diferente, pero igualmente ellos se merecen un lugar en la literatura.

orgullo de la familia»,¹¹ que muestra la importancia que tenían, ya en esa época, los peloteros. A diferencia de las penurias con que son presentados los boxeadores, el pelotero de este cuento se convierte en un triunfador, un individuo capaz de traer la prosperidad económica a su familia merced a su éxito como jugador del club Almendares.

El cuento está dividido en cinco partes, pero es en la cuarta donde el tema de la pelota absorbe el relato; este adquiere gran fluidez y puede ser tomado como un modelo de cuento deportivo. En él están todos los elementos que dan lugar al espectáculo de un deporte colectivo: es decir, la descripción del estadio con todos sus atributos; los fanáticos, los apostadores, los peloteros, las jugadas, los comentarios, las especulaciones, las críticas, los abucheos; y está el momento cumbre cuando el héroe del juego —y del cuento— produce el jonrón decisivo, al que sigue la vuelta al cuadro y el agasajo de sus compañeros y del público; y, finalmente, la marcha victoriosa: «Y fue un paseo triunfal a través del hormigueo rumoroso y alegre de los coches, automóviles, tranvías y gente de a pie encauzados entre los árboles de la calzada de Carlos III hacia la ciudad, bajo la gloria luminosa de aquella tarde de domingo».

El estadio es el sitio de peregrinación de los fanáticos a los deportes colectivos. Para los brasileños, la meca es el Maracanã; para los mexicanos, el Azteca, recintos colosales donde se adora al dios fútbol. Los estadios de beisbol son menos gigantescos, pero con todos los atributos para el culto a nuestra pasión. Puede llamarse Fenway Park, Ebbets Field, Yankee Stadium, Latinoamericano, Capitán San Luis o Guillermon Moncada, porque, a su escala, cada estadio de pelota es todos los estadios, es un universo donde rigen leyes. Así lo entendió el personaje que centra el conflicto del cuento «El estadio», del escritor Arturo Arango.¹² Primero comenzó a leer esas leyes en los sonidos, los silencios, el ritmo de todo lo que circunda a un partido; después fue tomando posesión de mayores elementos hasta llegar a la totalidad; y más tarde entendió las relaciones de ese todo. En ese punto, ya podía intuir lo que sucedería en cada juego. Entonces, creyéndose un dios, quiso alterar las leyes y cambiar el destino de la competencia. Su conducta lo convierte en un personaje de dimensión trágica. El propio Arango tiene un cuento anterior, «En la línea de tercera», perteneciente a su

primer libro publicado,¹³ donde desde el mismo título la pelota ocupa un espacio importante, pero es en «El estadio» donde logra una contribución trascendente.

El personaje del cuento «La pared»,¹⁴ de Leonardo Padura, es el caso opuesto al de «El estadio». Si este último quiso gobernar el destino de un universo, aquel ha estado a merced de los acontecimientos, no ha sido capaz de controlar su vida y es un perdedor que ha dejado escapar sus más caros sueños, uno de los cuales era ser pelotero. Ser un gran pelotero es también la obsesión de Andrés, protagonista de *Fiebre de caballos*,¹⁵ la novela con la que Padura ingresa en el género. En ella, el beisbol es un asunto central en el plano ideotemático, y además de las constantes referencias a lo largo del libro, hay una suerte de cuento insertado que narra los pormenores de un partido. El relato de ese desafío es justamente el puente hacia la culminación de la novela. Un narrador en tercera, muy cercano al personaje protagónico, sigue todas las acciones con pleno dominio de los secretos de este deporte.

El beisbol será un tópico en la tetralogía de este autor, «Las cuatro estaciones»,¹⁶ en la cual Andrés sigue apareciendo, ya no como protagonista, sino como parte del grupo de amigos de Mario Conde, devotos del rock sinfónico y del equipo Industriales. El episodio contado en *Fiebre de caballos*, que puso fin a las ilusiones de Andrés como pelotero, está sembrado en la biografía del grupo y es revisitado en momentos de recuento y balance. En el ciclo novelístico también habrá otros partidos, ahora con Conde como pelotero en su paso por el preuniversitario y la universidad. Además de lo narrado en el terreno de las acciones, el beisbol se siente muy dentro del sustrato espiritual de este ciclo novelístico. Mencionarlo, en ocasiones, es desatar uno de los sentimientos que alimentan estas novelas: la nostalgia.

También para el poeta Emilio García Montiel la pelota aporta significados similares a los que encuentra Padura. «En un stadium no se juega el destino de un país, pero sí su nostalgia./ O más bien la nostalgia de esta ciudad podrida./ Remendada con boleros y con tristes anuncios que ya no significan nada».¹⁷ García Montiel había mostrado su interés por el beisbol desde el título mismo de su primer poemario, *Squeeze play*,¹⁸ término que nombra una jugada de riesgo en este deporte. Precisamente, el poema que abre el cuaderno

utiliza esa nominación para indicar las acciones de su generación para tratar de forzar el juego de la vida en otra dirección, con la mejor de las intenciones: «...pero allá o aquí, los que forzamos el juego/ aún tenemos las monedas en el aire/ y podemos jurar que nunca han sido falsas».¹⁹

En la misma sección del libro *El encanto perdido de la fidelidad* donde aparece «Los stadiums», el autor hace otra jugada de riesgo: llevar a la poesía, mediante un texto de finísimo lirismo, en homenaje a Rey Vicente Anglada, el tema del traidor y el héroe, a propósito de la sanción que sufriera el estelar pelotero. El poema es un ejemplo brillante del tratamiento metafórico de asuntos supuestamente alejados de la literatura. La traición de Judas a Jesús le sirve de referente: «Doce o treinta y seis: ¿a qué dios pertenecen las jugadas?/ ¿A qué dios suplicar no ser héroes ni traidores?», (el número que llevaba el jugador en el uniforme se contrasta con la cifra de apóstoles). El significado del poema trasciende el caso Anglada, la circunstancia temporal y el deporte mismo: «Alguna vez estos silencios ya no tendrán sentido./ Alguna vez sobre mis ojos el temor se hará inútil./ Sé que habrá un día —un día de inocencia— en que no me será dado decir más...».²⁰

Una de las ficcionalizaciones más singulares que se han hecho del beisbol es la que hiciera José Lezama Lima en el bloque número 3 de «Sucesiva o las coordenadas habaneras» al relatar de forma ucrónica un juego de pelota: «Hay nueve hombres en acecho de la bola de cristal irrompible que vuela por un cuadrado verderol. Esa pequeña esfera representa la unión del mundo griego con el mundo cristiano, la esfera aristotélica y la esfera que se ve en muchos cuadros de pintores bizantinos en manos del Niño Divino. Los nueve hombres en acecho, después de saborear una droga de Cuculcán, unirán sus destinos a la caída y ruptura de la esfera simbólica».²¹

Como sucede en el sistema poético lezamiano, el relato está construido por una cadena de símbolos donde la esfera volante ocupa el sitio de privilegio. Pero hay otro símbolo tan importante como ese: el nueve. Conocido el encanto que ejercía la numerología, la cábala y el conteo pitagórico en el autor de *Paradiso*, necesariamente tiene que haber sentido fascinación por la relevancia del nueve en el beisbol: nueve son los jugadores; nueve los innings de un juego, así como tres strikes son un out, y tres outs el final de una entrada (3x3=9). Más aún, tres son las bases que debe recorrer el jugador antes de llegar al *home* para hacer carrera. Tres son también los jugadores que custodian los jardines: izquierdo, central y derecho. Es imposible que el protagonismo de este número en el beisbol no haya hechizado a Lezama. Agréguese el contraste entre el tres, el número de la armonía y el nueve, el de la

fragilidad de las cosas humanas, el número de Sagitario (signo zodiacal de Lezama). Esta crónica narra, más que un simple juego, un combate que vuela sobre el tiempo y las culturas, así como vuela la esfera más allá del cuadrado verderol.

El alucinado personaje-narrador del cuento «Elíjanme», de Virgilio Piñera,²² necesitado de expresar su desesperación, entra al estadio del Cerro porque le parece el escenario justo: «No iba por la pelota; no digo que me disguste un partido de *baseball*, pero si me colé esa noche estrellada de octubre fue con otro propósito. Quería gritar, tenía necesidad absoluta de ponerme a dar grandes gritos. ¿Cómo hacerlo parado en la calle [...] Por eso me fui al *stadium*». Penetra en medio de un momento climático, expectante, del juego: «Las bases estaban llenas y el *pitcher* del Cienfuegos suda tinta con situación tan comprometida. Empecé a acumular gritos en el pecho. El hombre que estaba al bate, después de haber dejado pasar dos *strikes*, imprimió terrible impulso a sus brazos y dio un batazo alineado que, desdichadamente, resultó *fouls*. Entonces se produce un choque entre el mundo interior, alienado, del personaje, y el otro universo, también alienado, de los jugadores y fanáticos, porque, en ese instante, el hombre lanza un grito de «¡ay!» a destiempo que se proyecta contra el silencio del estadio.

La atmósfera del absurdo se hace mayor, en tanto que el personaje desafía a la multitud, la lógica y las leyes del juego. Para el símil de la caída que el narrador viene manejando (se representa a sí mismo como un alpinista), mientras en el estadio hay *otra* realidad: «dos fanáticos y hasta los propios jugadores salieron de golpe del mundo brillante y cálido del juego para entrar al mío opaco y helado del descenso». Por breves instantes, el personaje, en su caída, realizó una inversión del orden, arrastró consigo el juego mismo: «Vi que todos se tambaleaban como si la tierra les faltase bajo los pies, en tanto que el *pitcher* apretaba convulsamente la bola en su mano como si esta quisiera caer hasta el fondo de la tierra». Interviene entonces un actante que permanece al margen, el árbitro, quien ordena al *pitcher* integrarse nuevamente al *juego*. El lanzador quiere hacerlo, pero está aún atrapado en la otra fuerza: «Este, metido aún en mi mundo, arremolinó lánguidamente su brazo y se dispuso a lanzar, pero yo, con miles de gritos en el pecho, veloces y apremiantes, lancé un torrente de ellos que, viniendo a dar en la bola, la hicieron rodar floja y vertical por el campo». Como en su desafío el personaje que grita ha traspasado el límite, es sacado del estadio, un universo necesitado de volver a su orden, al equilibrio del juego.

Si nos hemos detenido en un cuento cuyo núcleo temático no es el beisbol, sino que este interviene

marginalmente, es porque ejemplifica muy bien el mundo particular que impera dentro de un espacio deportivo, el cual *envuelve* por igual a quienes lo ejecutan y a quienes lo observan. En el transcurso de ese juego, introducidos en él, todos somos actores de una trama que, mientras dura, nos sustrae, nos aísla en «el mundo brillante y cálido del juego», según Piñera. Resulta interesante que ese cuento, inédito durante casi cincuenta años, está fechado en 1957, coincidiendo con la efervescente rivalidad entre los equipos Habana y Cienfuegos. En la temporada de 1956 el lanzador norteamericano «Vinagre» Mizel, actuando por el Habana, estableció una nueva marca de ponchados, pero el Cienfuegos, apoyado en los brazos de Camilo Pascual y Pedro Ramos, ganó el campeonato. Es justamente un partido entre esos dos conjuntos el que aparece en el cuento.

Si en el relato de Virgilio Piñera, el mundo del béisbol choca y anula al del personaje narrador, en *Penumbra en el noveno cuarto*, de Amado del Pino,²³ el béisbol —metáfora de la vida— es asimilado, integrado en otro espacio y otra realidad, dentro del juego teatral. Es harto conocido que el habla del cubano está llena de términos beisboleros utilizados con mucha frecuencia en la fraseología popular. El dramaturgo se vale de ese recurso lingüístico en la construcción de su obra. Pero en ella el béisbol no está solamente en el plano lingüístico, sino que participa en todos los otros planos de expresión y de significado. En cierto sentido, esta obra solo puede disfrutarse plenamente si se conoce este deporte y su fraseología; mas aún si el lector (o espectador) es capaz de reconocer a los peloteros (reales) que están detrás de los personajes que intervienen en los juegos intertextuales construidos por el autor. Un pitcher con todas las trazas de su referente real acude a una posada para pasar unas horas con su amante y es identificado por un admirador que trabaja en el sitio. Desde las primeras líneas de diálogo, se manifiesta el juego lingüístico, la ambigüedad, el doble sentido que mezcla no solo la fraseología beisbolera, sino también la jerga marginal. Aquí lo lúdico es un componente esencial. El fanático mezcla su destino con la pareja, quienes, asimismo, son atraídos por el *juego* del fanático, verdadero impulsor de las situaciones.

Otro fanático es, igualmente, quien narra en «El día que perdió José Ibar», de Francisco García González, un cuento de franca construcción posmoderna, donde el béisbol no ocupa todo el espacio, sino que es un elemento más —aunque importante— en la composición de acciones y personajes. Decimos composición porque el texto tiene un fuerte componente plástico. Entre las hilarantes acciones del relato —el humor es la marca identitaria más fuerte del autor—, los personajes posan

desnudos para una foto. El relato está narrado como una suerte de performance con un manejo muy libre del tiempo, el espacio, los personajes y las acciones. El personaje narrador está obsesionado con un partido de béisbol donde el lanzador José Ibar puede arribar a una importante marca. Lo más interesante del cuento es la manera en que el narrador-personaje entra y sale de los diferentes espacios e interactúa en ellos. Como interesante es también su reflexión:

Como tantas otras veces me dolió admitir que era un fanático del béisbol. De los perdidos. De esos a los que un triunfo de su equipo los ponen eufóricos y con deseos de fornicar; y en su lugar, una derrota les deja un zumbido en la cabeza, sin ganas de comer, mirando que la mujer que tiene al lado es poco apetecible y no importa que los traicione o lo que sea. Estaba enfermo. Pero, ¿para qué si no son los deportes?²⁴

El poeta Roberto Fernández Retamar, en su poema «Pío tai»,²⁵ rinde homenaje a las glorias de la pelota cubana y tiende un puente entre ellas y los grandes artistas, con lo que establece implícitamente un paralelo entre su poema y el de Guillén, mencionado en el apartado sobre el boxeo. Mientras que el autor de *Motivos de son* dice «Héroes también, titanes./ Sus peleas fueron como claros poemas», Retamar llama bateadores de 400 a Joyce, Mayacovski, Strawinski, Picasso y Klee.

Ajedrez

Una posible partida entre Vladimir I. Lenin y Tristán Tzara en el café Terasse de Zurich, en un momento muy especial, el año 1916, cuando el padre del dadaísmo y el líder de los bolcheviques estaban a punto de entrar en la Historia, es el pretexto de Luis Rogelio Noguera para elaborar su poema P4R, «donde, apenas sin conocerse,/ concentrados por encima del futuro, la vocación,/ la guerra, el orden tambaleante del universo,/ el bolchevique y el dadaísta,/ [...] movieron caballos, obispos, torres, reyes».²⁶

Ese texto es el referente más claro del poema «Peón cuatro dama», de Ramón Fernández-Larrea,²⁷ de mayor riqueza en su fabulación y estructura. Aquí también «juegan» Lenin y Tzara, pero en lugar de hacerlo en Zurich lo hacen en La Habana Vieja, acompañados de Fischer, Capablanca, Lasker; además de Carlos Marx, Federico Capdevila, Walt Whitman, Miguel Matamoros, el Padre Las Casas, Jacques Prevert, François Villon, William Shakespeare, el mariscal Tito, Antonio Maceo, Carlos Fonseca, Brindis de Salas, Bob Dylan, Benny Moré y John Lennon, todos jugando en el mismo tablero de la historia, la sociedad, el país. Tanto en el texto de Noguera como en el de Fernández-Larrea

hay una intención sociológica, mejor expresada por el último, más coherente con el espíritu del dadaísmo de mezclar libremente elementos disímiles.

Ronaldo Menéndez, en su cuento-ensayo «El jugador (prolegómenos para una lectura del sentido)»,²⁸ hace una indagación filosófica sobre el ajedrez, especulando sobre las significaciones de este juego y recorre varias teorías. En la primera, el hombre está obligado a jugar y las fichas son los seres del paradigma. El principal atractivo del juego sería su ser obligatorio. El tablero es un campo de batalla. La segunda especula en ecuaciones sobre las dimensiones espaciales de ese campo de batalla y acerca de la relación tiempo-jugador. La tercera se centra en la materia de piezas y jugadores, las estrategias y combinaciones. En la cuarta, se pregunta sobre la finalidad del juego. La quinta versa sobre el aspecto legal y su incidencia en las reglas establecidas para controlar el orden del proceso. La expresión conclusiva de la sexta se expande en lo relativo de si el juego es igual a la vida donde el hombre sería igual al jugador, pero sin confirmarlo, y cerrando el acertijo con el aserto de que cada pieza es un jugador, los Maestros son igualmente piezas y jugadores, y el juego es eterno.

Medio siglo antes, Pablo de la Torriente Brau escribió un relato («Caballo dos dama») narrado en primera persona por un personaje que establece comparaciones parecidas:

Inevitablemente ponía siempre a mi presencia el asombroso parecido que hay entre una partida de ajedrez y la vida del hombre sobre el tablero del mundo. [...] Yo me sentía Dios ante el tablero y me ponía a tramar la vida y la muerte de unos personajes que se llamaban el Rey, la Reina, las Torres, los Alfiles, y los Peones. Así, en mi papel de Dios fue como adquirí el sentido de la responsabilidad y al darme cuenta, comparando la simplicidad del tablero de ajedrez al lado del tablero del mundo, y reconociendo mi impotencia para determinar desde la primera jugada el resultado de una partida, que, o el Destino, que al cabo rige la vida de los hombres, es una fuerza más poderosa, que el Creador (hipótesis a la que mi pobreza mental de humano me lanza), o este es un asombroso jugador de vidas que desde los comienzos del mundo sabe cuál va a ser el final del drama humano y la suerte reservada a cada protagonista y a cada partiquino.²⁹

Perdido en ambiguas meditaciones, ante una decisión capital (jugaba ante el campeón mundial), el jugador de Pablo de la Torriente optó por la prudencia, por la falta de riesgo que guía a los cobardes y mediocres y dejó escapar una oportunidad única tablero de por medio, así como dejó escapar otras oportunidades que lo sumieron en una existencia infeliz, por no arriesgarse en la partida de la vida. El texto de Pablo, por su tono y mensaje, es una sátira de los que no se arriesgan, de los que nunca ganan.

Eliseo Diego le hace un espacio al ajedrez en su libro *Noticias de la quimera*. A su manera, «El rey» es un

relato que se despliega ante el lector como una peripecia entre la memoria y el sueño. Los personajes, el espacio, las situaciones, se van nominando con términos ajedrecísticos: «a poco cruzaban entre sembrados geométricos, de distintos tonos de verde y ocre, por los que vagaban al azar unos peones, bien negros bajo sus anchos sombreros de paja».³⁰ La narración transita hacia un final de partida en la que el Maestro es, de antemano, el perdedor, ante el poder de la Dama y el Rey. Construido en el linaje ficcional de Diego, el cuento se disfruta por la manera armoniosa en que se dibuja el desarrollo dramático, por la forma en que el juego y sus atributos se ofrecen como una imagen posible o una pesadilla de la memoria.

Habitando la misma estética que «Sucesiva o coordenadas habaneras», José Lezama Lima escribe «Alfonso X el Sabio y Capablanca». No pocas coincidencias encontramos entre este texto y el relativo al beisbol, por su lenguaje cifrado, su gusto por las alegorías, las lógicas afinidades que imantan el discurso del escritor, donde la imagen nos devuelve a cada paso la palabra refundada. Pero si en aquel podíamos sentir la secuencia narrativa de la crónica, en este lo anecdótico toma mil caminos distintos, aunque el centro de los disparos serán siempre el monarca escritor, el genio antillano y el ajedrez. Trenza el autor de *Enemigo rumor* la evolución del juego ciencia, sus múltiples leyendas y las aportaciones de sus personajes, nominados al inicio de modo genérico: el inventor y el rey; y destaca «en el uno, el afán de romper el círculo, lo indefinido. En el cetrado mayor, el bastón de la unidad y la vigilancia de trigos y puertas». Cruza con ellos los reinos dilatados del Tiempo y cae por gravedad en la consumación de sus destinos cruzados, resumiendo: «Cómo no subrayar ese encuentro entre Alfonso X el Sabio y Capablanca, a través de la palabra miliunochesca que se reintegra y se restituye, en su decisión por llevar el cuadrado a elipse; la elipse a una progresión en la infinitud. En fin, una infinitud convertida en causalidad de los monstruos de seda y novedad».³¹

Por su parte, Excilia Saldaña, en el poema «Jaque mate», hace una puesta en escena a partir del momento posterior a esa jugada definitiva: le asigna papeles a las diferentes piezas, humanizando la caída del rey, envolviendo ese instante en un tono de dramática solemnidad: «¿Qué luto esconde esta paz del tablero? / ¡Silencio: / El rey ha muerto!».³²

Nicolás Guillén, en su poema «Deportes», citado antes, alude al carácter filosófico del ajedrez donde —dice— cada figura es una interrogación; pero el texto es, sobre todo, un homenaje a Capablanca, a quien proyecta como una metáfora de Cuba. En tono elegíaco, el poeta dialoga con interlocutores que preguntan por el genio a los que él contesta con imágenes de la Isla

—Tú, que vienes de Cuba, ¿no has visto a Capablanca?
(Yo respondo que Cuba
se hunde en los ríos como un cocodrilo verde).

Capablanca es un embajador de la nación en todos los continentes; su reinado ha trascendido el tablero. Su figura es un mito.

*Así pues Capablanca
no está en su trono, sino que anda,
camina, ejerce su gobierno
en las calles del mundo.*

Un lugar en la literatura

La presencia de Casal, Martí, Guillén, Lezama, Diego, Piñera, avala el tratamiento del tema deportivo en la literatura cubana.³³ Nos gustaría que su presencia fuera mayor, pero una línea temática no puede crecer más que por la voluntad de los escritores. Claro que la cantidad de atletas cubanos excepcionales y las hazañas que estos han protagonizado, sobre todo en el béisbol y el boxeo, son una enorme reserva de asuntos para las letras. No por gusto, de nueve peloteros latinoamericanos en el Salón de la Fama del béisbol en Cooperstown, cuatro son cubanos: Martín Dihigo, Cristóbal Torriente, José de la Caridad Méndez y Atanasio «Tany» Pérez.

Las últimas promociones de narradores le están abriendo espacio al deporte en su producción,³⁴ lógica consecuencia de la apertura temática que acontece en la ficción hispanoamericana en los últimos años, como bien señala el ensayista peruano Fernando Aínsa.³⁵ Y serán, seguramente, los más jóvenes escritores, quienes sitúen en el sitio que les corresponde a tantísimos atletas cubanos que desde las primeras décadas del siglo pasado hicieron brillar su estrella fuera de Cuba sin que por eso fueran menos cubanos. Así como no podemos prescindir —donde quiera que hayan fijado su residencia— de las aportaciones a la cultura artístico-literaria de renombrados poetas, narradores, ensayistas, músicos, bailarines, coreógrafos, pintores, dramaturgos, cineastas, tampoco debemos renunciar a un historial deportivo ilustre que comienza con Armando Marsans, Rafael Almeida, Kid Tunero; pasa por Orestes Miñoso, Camilo Pascual, Miguel Cuéllar, Kid Gavilán, Benny Paret, José «Mantequilla» Nápoles, Ultimino Ramos; se prolonga en Luis Tiant, «Tany» Pérez, Tony Oliva, y llega hasta Liván y Orlando «El Duque» Hernández.³⁶ Si, como hemos visto más atrás, Capablanca, Méndez y Kid Chocolate trascendieron a las letras desde las primeras décadas de la pasada centuria, otros, como Miñoso en los 50, disfrutaron de la alta popularidad que da la música: «Cuando Miñoso batea de verdad, la bola baila hasta el cha-cha-chá». Sin embargo, el mítico jardinero del Marianao y los Medias Blancas, tan querido

en Chicago que le hicieron hasta una estatua y cuyo número fue retirado como solo se hace con los grandes, hoy en día tal vez sea un desconocido en su natal pueblo de Perico.

La épica casi no ha estado presente en la literatura cubana de las dos últimas décadas. La posmodernidad no la favorece. El tratamiento a los héroes del deporte ahora sería diferente, pero igualmente ellos se merecen un lugar en la literatura. Es cierto que la biografía como género no es cultivada con amplitud entre nosotros y que algunos libros dedicados a grandes figuras son, sobre todo, periodismo y estadísticas, también necesarios. Quién le puede quitar mérito a los volúmenes que dedicara a Conrado Marrero y José de la Caridad Méndez ese brillante historiador deportivo que fue Severo Nieto. Pero Méndez, Torriente, Dihigo, Luque, Eustaquio «Bombín» Pedroso... siguen esperando por el artífice que los visite en la eternidad y los traiga a vivir entre nosotros para conocerlos mejor, para disfrutar nuevamente de sus proezas y hazañas.

Notas

1. José Martí, «Una pelea de premio», en *Cuentos de boxeo*, t. 2, Arte y Literatura, La Habana, 1981, pp. 261-8.
2. *Ibidem*, p. 261.
3. Mirta Yáñez, «Yo soy Jack Johnson», en *Cuentos de boxeo*, t. 1, ob. cit., pp. 412-30.
4. Samuel Feijóo, «El gran golpe», en *Cuentos de boxeo*, t. 2, ob. cit., pp. 319-27.
5. José M. Carballido Rey, «El último golpe», en *Cuentos de boxeo*, t. 2, ob. cit., pp. 328-39.
6. Félix Luis Pérez, «La última pelea de Tonka Walkán», en Senel Paz, comp., *Los muchachos se divierten*, Casa Editora Abril, La Habana, 1989, pp. 169-80.
7. Nicolás Guillén, «Pequeña oda a un negro boxeador cubano», en *Obra poética (Sóngoro cosongo)*, t. 1, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972, pp. 118-20.
8. Roberto Friol, «Poemas a Kid Chocolate», en Edgar Montiel, comp., *Hombres en juego. El deporte en las letras*, Gente Nueva, La Habana, 1998, pp. 113-4.
9. Nicolás Guillén, «Deportes», en *Obra poética*, t. 2, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, pp. 10-3.
10. Julián del Casal, «El béisbol en Cuba», *Prosa*, t. 2, Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 15-7.
11. Miguel Ángel de la Torre, «La gloria de la familia», *Prosas variadas*, Universidad de La Habana, La Habana, 1966, pp. 179-212.
12. Arturo Arango, «El estadio», *La vida es una semana*, Ediciones Unión, La Habana, 1990.
13. Arturo Arango, «En la línea de tercera», *Salir al mundo*, Letras Cubanas, La Habana, 1981.

José Antonio Michelena

14. Leonardo Padura, «La pared», *La puerta de Alcalá y otras cacerías*, Ediciones Unión, La Habana, 2000.
15. Leonardo Padura, *Fiebre de caballos*, Ediciones Unión, La Habana, 1988.
16. Nos referimos a *Pasado perfecto* (1991), *Vientos de cuaresma* (1994), *Máscaras* (1997) y *Paisaje de otoño* (1998).
17. Emilio García Montiel, «Los stadiums», *El encanto perdido de la fidelidad*, Letras Cubanas, La Habana, 1991, p. 42.
18. Emilio García Montiel, *Squeeze play*, Universidad de La Habana, La Habana, 1986.
19. Ídem.
20. Emilio García Montiel, «Un día de inocencia», *El encanto perdido de la fidelidad*, ob. cit., pp. 44-5.
21. José Lezama Lima, «Sucesiva o las coordenadas habaneras», *Tratados en La Habana*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1958, pp. 21-2.
22. Virgilio Piñera, «Elíjanme», *Cuentos completos*, Letras Cubanas, La Habana, 2004, pp. 493-99.
23. Amado del Pino, *Penumbra en el noveno cuarto*, Ediciones Unión, La Habana, 2004.
24. Francisco García González, «El día que perdió José Ibar», *¿Qué quieren las mujeres?*, Unicornio, La Habana, 2003, pp. 128-46.
25. Roberto Fernández Retamar, «Pío tai», *Poesía reunida*, Ediciones Unión, La Habana, 1966, pp. 300-1.
26. Luis Rogelio Noguerras, «P4R», *Nada del otro mundo*, Letras Cubanas, La Habana, 1988, pp. 69-71.
27. Ramón Fernández-Larrea, «Peón Cuatro Dama», *El libro de los salmos feroces*, Ediciones Extramuros, La Habana, 1994, pp. 29-32.
28. Ronaldo Menéndez, «El jugador», en Salvador Redonet, comp., *El ánfora del diablo*, Ediciones Extramuros, La Habana, 1997, pp. 29-36.
29. Pablo de la Torriente Brau, «Caballo dos dama», *Aventuras del soldado desconocido cubano*, Arte y Literatura, La Habana, 1977.
30. Eliseo Diego, «El rey», *Noticias de la quimera*, UNEAC, La Habana, 1975, pp. 47-55.
31. José Lezama Lima, «Alfonso X el Sabio y Capablanca», *Tratados en La Habana*, ob. cit., pp. 131-4.
32. Excilia Saldaña, «Jaque Mate», *Hombres en juego. El deporte en las letras*, ob. cit., p. 69.
33. No incluimos a Carpentier en el artículo, pero él también se ocupó del deporte, tanto en la ficción como en otros textos.
34. A punto de concluir este artículo, el narrador habanero Francisco García me dio a conocer varios cuentos de una selección que preparó sobre la temática beisbolera, donde esto se puede constatar.
35. F. Aínsa, «Héroes y antihéroes del deporte y la ficción», *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*, Arte y Literatura, La Habana, 2002, pp. 203-24.
36. No mencionamos a los boxeadores cubanos que ahora mismo son estelares en el boxeo profesional porque la información de que disponemos es limitada.

© TEMAS, 2007

Controversia

¿Una sociedad del conocimiento?

Carlos Delgado
Bruno Henríquez
José Lázaro Hernández
Pedro Luis Sotolongo
Rafael Hernández

Rafael Hernández (*moderador*): Cuando pensamos en este tema para una de las sesiones de *Último Jueves*, y se lo comenté a un intelectual amigo, él me dijo: «¿Sociedad del conocimiento? Ese es un tema sosó». Sin embargo, este supuesto no-tópico ha concitado el interés de diversas disciplinas en los últimos años. Así que para darle entrada al panel, quisiera pedirles que explicaran el significado de la expresión *sociedad del conocimiento*. Empecemos por Bruno.

Bruno Henríquez: Yo no soy filósofo, sino un físico que trabaja con las cosas más pedestres de nuestra sociedad. Pero voy a tratar de comentar esta cuestión. Se supone que la sociedad tiene un desarrollo que le permite adquirir cada vez más conocimiento, que pone en práctica para poder enfrentarse al medio que la rodea, tanto desde el punto de vista social como natural, y que resulta cada vez más complejo. Sin embargo, en el mundo del conocimiento hay algunas limitaciones. Muchas veces se confunde cultura con arte, y se deja fuera la ciencia. Al hacerlo, se tiende a excluir toda forma de conocer o de aprender a través del razonamiento. Dicho en otros términos, a menudo a nivel popular se rechaza la matemática y el pensamiento científico. Por ejemplo, si uno le pregunta a alguien en la calle cuál es su grupo sanguíneo, muy pocos lo saben, a pesar de que es un conocimiento muy importante para la vida. Sin embargo, todo el mundo sabe cuál es su signo zodiacal. Ahí enfrentamos una dicotomía en el plano del conocimiento.

El conocimiento también conduce a otras instancias, como por ejemplo, las políticas. Qué vamos a hacer como sociedad, hacia dónde nos dirigimos. La respuesta a esta pregunta no es la misma en situaciones de crisis, que en circunstancias normales de la vida cotidiana. En la situación de crisis de una temporada ciclónica, el

conocimiento intuitivo o tradicional que todos tenemos no basta, sino se requiere recurrir a los especialistas, porque está en peligro la vida, la economía, y nos enfrentamos a una situación límite. Ante situaciones límites, el concepto de «sociedad del conocimiento» permite enfatizar el papel de este para enfrentar y sobrepasar las crisis. Mientras que en circunstancias normales el conocimiento se diluye, y a veces hasta se menosprecia.

José Lázaro Hernández: Sobre la sociedad y sobre el conocimiento se han pronunciado una serie de escuelas y corrientes de pensamiento. Lo primero que habría que subrayar es el rasgo distintivo actual, diferente a otras etapas anteriores, en la condición social del conocimiento. A lo largo de la historia, ciertos grupos humanos —incluyendo sacerdotes, filósofos, y otros— han sido depositarios del conocimiento, y en determinados momentos se han arrogado el derecho de validar que «este es el conocimiento verdadero» o «este es el conocimiento útil». Hoy la situación tiende a cambiar profundamente.

La sociedad del conocimiento es un campo de diversas interpretaciones. Para algunos, solo se ha alcanzado parcialmente; para otros, es un referente, una aspiración; y para otros más, estamos en ella plenamente, y por tanto reflexionar al respecto sería hacerlo sobre la sociedad en que se vive, con todas las múltiples variantes y complejidades que esto supone. Es también plantearse qué sociedad del conocimiento nos es relevante a nuestras necesidades, intereses y fines. En la literatura al respecto, los autores incluyen desde las teorías de la sociedad postindustrial —como Daniel Bell—, cuando ya se abordaba la problemática de una sociedad del conocimiento como paradigma, en la cual ha pasado a ser un activo desde el punto de vista económico, un referente importante en los elementos de la movilidad social, en la categorización tanto de individuos como de determinados grupos humanos, y además influye sobre las estructuras sociales y los comportamientos. La cuestión del conocimiento no se reduce aquí a aprender determinada materia, sino se plantea como *aprender a aprender*.

Otro rasgo característico es la velocidad del cambio, impuesto constantemente en la sociedad contemporánea. Pero ello requiere establecer matices, a nivel macro, meso y micro. Es decir, si bien estamos entrando en una era de sociedad del conocimiento a nivel macro de globalización, subsisten muchas regiones, grupos humanos, asentamientos, que no calificarían como pertenecientes a esa sociedad del conocimiento.

Habría que analizar también las relaciones entre política y conocimiento. Tradicionalmente, el conocimiento se ha asociado con progreso, desarrollo, crecimiento. Sin embargo, no existen muchos estudios que valoren la relación entre las dimensiones del desarrollo y las del conocimiento. Los cruces matriciales que se requieren para establecer estas correlaciones no están totalmente disponibles. Actualmente coexisten diferentes modelos de desarrollo en el mundo que de una forma u otra apuestan al conocimiento como factor decisivo, lo que no necesariamente desde la misma lógica, unos privilegian intereses de dominación, otros una lógica de emancipación

Y, por último, sería interesante también reflexionar sobre el individuo en esa sociedad del conocimiento: cómo cambia, qué elementos nuevos tiene que adquirir, en qué se diferencia del individuo anterior en cuanto a su proceso de aprendizaje. Hay escritos que hablan de las competencias individuales y laborales en la sociedad del conocimiento, así como de las redes sociales. No se trata solo de que el conocimiento pase a ser algo importante, sino de que la ciencia, la tecnología, el conocimiento, impactan sobre la sociedad en grados que no tenían antes. Y viceversa, la sociedad influye sobre la ciencia, la tecnología, el conocimiento.

Rafael Hernández: Sotolongo, ¿qué significa una sociedad del conocimiento?

Pedro Luis Sotolongo: Ojalá yo supiera la respuesta. Este tema es como una hidra de cien cabezas, y de lo que se trata es de ir capturando algunas de esas cabezas, sin pretender —por lo menos yo— que hemos cazado el animal completo.

Sociedad del conocimiento apunta a que el conocimiento está adquiriendo una preponderancia cualitativamente nueva con respecto al papel que antes desempeñaba. Lázaro señalaba ahora que la propia sociedad en la cual el conocimiento está adquiriendo esta preponderancia incide sobre su naturaleza. Existe una especie de consenso mínimo al respecto, pero ahí es donde empiezan los problemas.

El primero: ¿qué conocimiento? Existe el conocimiento científico, pero hay otros que no lo son. El conocimiento es un tipo de saber, entre otros.

Un segundo problema: el conocimiento o el saber están mutando. Qué tipo de saber o de conocimiento estamos teniendo en mente. En estos momentos, ese conocimiento científico —la ciencia— que tanto entronizó la modernidad, está experimentando una mutación en su estatus. Su hegemonía está siendo cuestionada; el lugar central en que la modernidad erigió a la ciencia en desmedro de otros tipos de saberes —saberes que el positivismo sentó más de una vez en el banquillo de los acusados—, se cuestiona cada vez más. Las bases epistemológicas del saber científico, sus límites propiamente dichos, están repensándose. Al terminar el siglo xx, nos hemos dado cuenta de todo lo que nos ha traído de bueno la ciencia y la tecnología, así como todo lo malo. Ya no somos en absoluto ingenuos al respecto, reconocemos sus beneficios, no queremos renunciar a ellos, por supuesto; pero hemos perdido la inocencia respecto a la ciencia y la tecnología: Hiroshima, Nagasaki, las mutaciones genéticas desfavorables al hombre, las dependencias técnicas de ciertas capacidades intelectuales, aunque potencian su capacidad intelectual, lo sitúan en dependencia de ciertos medios técnicos. Todas estas son problemáticas abiertas.

La sociedad del conocimiento, en el saber, es como el comunismo en la teoría política: un ideal del que se habla y que nadie sabe cuándo, dónde o cómo llegará; pero que en la medida que se construya de manera positiva, puede llevar a cosas buenas, y si no, puede resultar perjudicial. Si lo que se tiene en mente es la sociedad del conocimiento basada en el aumento cuantitativo de los medios de comunicación, su rapidez e inmediatez; si se identifica la sociedad del conocimiento y la de la información, se puede caer en una concepción extremadamente reduccionista. Esta visión la colocaría mayoritariamente en manos de las élites de los países desarrollados, y, en menor medida, en las del Tercer mundo.

Si se trata del conocimiento concebido con sus bases epistemológicas clásicas, modernas, sin cuestionar su estatus, puede resultar una sociedad muy negativa, porque remite al ideal clásico de racionalidad moderna, totalmente en crisis. Sería aspirar a seguir insuflándole a un modelo de conocimiento declinante. Si, por el contrario, fuera un conocimiento repensado desde los cuestionamientos que la postmodernidad le está haciendo al ideal clásico de racionalidad, nos ayudaría a reinterpretarlo todo. Yo me pronuncio más bien —y lo sitúo como plato de debate en la tarde de hoy— por una sociedad del nuevo conocimiento, mutante, cuestionado y en construcción en estos momentos, abierto totalmente.

Carlos Delgado: Difiero un poco de mi amigo Sotolongo. En primer lugar, la sociedad del conocimiento es un término cuya importancia política responde al énfasis de instituciones como la UNESCO para convocar a una determinada búsqueda en la conformación internacional de esa sociedad. Este asunto se convierte

más bien en un terreno de lucha y confrontación sobre cómo entenderla —en lo cual sí coincido totalmente con Sotolongo.

De una parte, es un concepto que responde a ciertas realidades; y de otra, a ciertos deseos. En cuanto a las realidades, enumeraría el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones. Su desarrollo ha posibilitado que en el siglo xx la ciencia haya pasado también a ser patrimonio de la comunicación inmediata entre millones de personas. Considerando esa realidad, la sociedad del conocimiento no resulta una invención, pues ya no es aquella sociedad industrial donde la gente se comunicaba entre sí a través de un tercero —el periódico, el libro— sino una donde las personas pueden comunicarse entre sí directamente, a pesar de estar separadas por millones de kilómetros y barreras idiomáticas, gracias a ciertos mecanismos del ciberespacio. Esos elementos tecnológicos nos permiten hablar de una realidad, y no solo de una virtualidad, de la sociedad del conocimiento.

Pero además, la ciencia en el siglo xx ha traído un resultado —a veces inadvertido, pero espectacular— respecto a la vida cotidiana de las personas, que cambió de una manera radical, material y espiritualmente. Nuestra existencia está llena de artefactos provenientes de la ciencia y de la tecnología, y que convierten en un extraño a una persona de los años 50. De no existir la barrera temporal, Napoleón Bonaparte y Alejandro de Macedonia podrían haberse sentado a conversar sobre cómo dirigir la caballería en un combate. Pero un general de la Primera guerra mundial tiene muy poco que conversar con un general de la Segunda, porque ya la tecnología se transformó, así como la forma de hacer la guerra. Lo mismo pasa entre dos amas de casa en un lapso de veinte años, o incluso que vivan simultáneamente, pero en dos regiones con distintos niveles de desarrollo en el mundo actual. Ahí se presenta la heterogeneidad de que se hablaba respecto a una sociedad del conocimiento desigualmente distribuida en todas partes. Aunque sí se trata de un fenómeno global, con influencias incluso allí donde sus efectos positivos puede que no se observen, sino solo los negativos. Aquí aparece el problema del involucramiento en la sociedad del conocimiento desde un ángulo marginal, sin alternativa de participación real.

En un segundo momento significativo, se trata de la subversión espiritual de esa vida cotidiana por la ciencia. El hombre común del siglo xx, y sobre todo en su segunda mitad, es diferente al de épocas anteriores. Antes, el hombre común era conservador, tenía recelos ante el cambio. La ciencia, la comunicación y la comercialización en el siglo xx han conllevado que el hombre común sienta un constante apetito por el cambio, ya no lo rechaza. No me atrevería a calificar este rasgo de totalmente positivo —aunque tiene un aspecto positivo del cual voy a hablar. Pero no lo es del todo, porque ese hombre común, con un apetito por el cambio, ha dejado de prever sus consecuencias. Las épocas anteriores se caracterizaron por componentes de tradicionalidad y conservadurismo, que incluían la conservación de las formas de vida. En el siglo xx, se asistió a una sistemática destrucción de formas de vida anteriores, aniquiladas por el propio hombre, tratando de asimilarse a otras formas de vida que se pudieron encauzar en los cánones de dominación.

Pero yo diría que hay un elemento positivo en esa subversión espiritual. El hombre común se activó. Ese hombre —como decía Sotolongo— no es un ingenuo que solo participa de los resultados del conocimiento; ya no es meramente, como se decía antes, el destinatario del bienestar que la ciencia provee. Este hombre también se siente en el derecho de participar en la toma de decisiones, y está reclamando una nueva forma política y ética de participación. En eso consiste también la revolución del saber que había mencionado Sotolongo. Se está produciendo una ruptura en la cual el hombre común está reclamando un nuevo

espacio para la moralidad y para la política, que sea suyo. Antes, una ética profesional era suficiente; hoy no, porque «el otro» le reclama al profesional su lugar para decidir. Pongamos, por ejemplo, una relación bien conocida para cualquiera de nosotros: la existente entre un médico y un paciente. En épocas anteriores, bastaba la vocación de servicio del médico y la ética de ese servicio. Hoy no es suficiente que el médico le sugiera a un paciente que quien tiene la relación de conocimiento y poder es él —el profesional— y el que tiene que tomar la decisión. Ya eso resulta inaceptable. ¿Por qué? Porque el conocimiento se ha involucrado en la vida cotidiana de las personas; aunque no sea de una manera homogénea o pareja, ni igual en todos los lugares. En esa medida, estamos en una real sociedad del conocimiento.

Otra perspectiva de cambio tiene que ver con los instrumentos de trabajo. Nuestros instrumentos cambiaron; además de que literalmente tragamos conocimiento en los alimentos que consumimos, respiramos conocimiento aunque sea en forma de dióxido de carbono y las demás cosas que emiten los automóviles. Hasta en nuestros huesos está el conocimiento, porque si no hubieran explotado las bombas atómicas no tuviéramos la composición química que tenemos en nuestros huesos hoy, con ciertos elementos pesados. Ese conocimiento está incorporado a nuestro ser físico, incluyendo los instrumentos de trabajo, de una manera activa. Cuando uno utiliza un correo electrónico, no ocurre solo la comunicación entre las personas a que uno se dirige, sino que esa comunicación está atravesada por una relación de poder y de conocimiento, que es parte del instrumento. Sus mensajes pueden ser más fácilmente monitoreados, y se puede rastrear una palabra que aparezca en un flujo de información, una secuencia cualquiera de palabras. Esos instrumentos tienen un carácter diferente con el conocimiento incorporado en ellos.

La última perspectiva que voy a mencionar es la del deseo. La perspectiva de deseo se coloca más allá de la idea de la sociedad de la información que Sotolongo criticaba. La sociedad de la información es un concepto demasiado estrecho, porque la información nos satura, y puede carecer totalmente de pertinencia. Al hablar de una sociedad del conocimiento estaríamos refiriéndonos a un entorno donde pueden ser incluidos elementos de diversidad y creatividad cultural y humana. Y por eso no la veo solo como un ideal, una aspiración, sino como una realidad, aunque esta sea heterogénea, desigual.

Rafael Hernández: Sotolongo, y sobre todo ahora Carlos, han entrado ya de cierta manera en mi segunda pregunta. Cuando el discurso filosófico, teórico o científico, dice «el hombre», casi nunca está queriendo decir «todos los hombres». Si entendemos las diferencias inherentes a distintos niveles de desarrollo, ¿cómo estos afectan a una sociedad del conocimiento? De manera general, esa diferencia existiría en relación con cualquier fenómeno de la sociedad humana. De hecho, siempre han existido sociedades más atrasadas tecnológicamente, países más pobres. Ahora bien, en el caso de estos últimos, donde la ciencia y la tecnología no tienen el papel que poseen en el Primer mundo para incidir tanto en el desarrollo económico como en la vida cotidiana de los seres humanos, ¿aun en esos países tiene sentido la cuestión de una sociedad del conocimiento? ¿En qué se diferencia de la del Occidente desarrollado? ¿De qué sociedad y de qué conocimiento podría hablarse para estos otros países?

José Lázaro Hernández: Antes de responder, es necesario partir de que cuando hablamos de conocimiento nos referimos tanto a resultados como a procesos. Por tanto, estamos admitiendo —o al menos yo lo admito así— que es una variable social. El conocimiento no flota sobre la sociedad ni la iguala, pues más conocimiento no significa eliminar elementos de pobreza o de injusticia. Sin caer en explicaciones externalistas, ese conocimiento se mueve con la misma dinámica de la sociedad;

por tanto, hay factores económicos, políticos, sociales que la condicionan. Si el conocimiento es una variable social, está mediado por elementos como la política social, la científica, la económica, por los valores y las tradiciones que condicionan su expresión. Por ejemplo, lo que se ha llamado choque de civilizaciones, se deriva de la imposición de conocimientos europeos sobre los del Tercer mundo. Cuando tuvo lugar el choque de culturas entre Europa y América, existían ciudades mayas que poseían sistemas de saneamiento, de suministro de agua, superiores a los de las europeas, en las que proliferaba la insalubridad y las enfermedades. Por consiguiente, el problema del conocimiento no es solo el de mayor o más nuevo conocimiento, sino el de más significativo para determinados procesos sociales, tanto en términos de crecimiento como de desarrollo.

Si partimos de estas premisas —que podríamos discutir—, veríamos que sociedades desiguales dan lugar a procesos de apropiación y desarrollo del conocimiento también desiguales; o sea, que este se genera, se introduce, se asimila, se divulga e impacta dentro de determinadas condiciones sociales diferenciadas. De ahí que, cuando comparamos regiones, grupos sociales, asentamientos o territorios, enseguida surge la cuestión de la desigualdad.

Traje conmigo uno de los estudios más avanzados en su época acerca de lo que podía hacer el Tercer mundo, el *Informe de la Comisión Sur*. En esa época, ya se planteaba que el recurso fundamental con que contaban esos países era, precisamente, el del desarrollo de sus recursos humanos, de sus conocimientos. Algunos de sus capítulos plantean, en efecto, que hay que apostarle al conocimiento. Ahora bien, si no se controlan determinados elementos mediadores, más conocimiento no transforma por sí mismo una sociedad; solo se trata de una variable más, de un factor dinamizador, un vector. Como bien decían los otros panelistas, al conocimiento hay que agregarle valor, significado, realizaciones.

Hablamos de sociedad de la información. Pero todos sabemos que hay regiones completas donde la concentración de los soportes de información —teléfono, cable, redes— está accesible solo para una pequeña parte de la sociedad. El conocimiento implica no solo a los macroelementos, a los grupos sociales, sino la vida cotidiana de las personas.

Bruno Henríquez: Hay dos aspectos que inciden en esta cuestión. Uno es la globalización y otro el de las tendencias predominantes o las modas.

Con la globalización, la sociedad del conocimiento y todos sus instrumentos disponibles han permitido que se conozca de todo en todas direcciones. Aunque haya algunas áreas que están más favorecidas y pueden utilizar mejor y más rápido, e incluso interpretar de cierta forma la información, y otras lo pueden hacer en menor grado, todo el mundo —debido a la globalización— ha sido afectado por el cambio.

En cuanto a la moda, esta ha hecho que se tome como modelo o paradigma una sociedad determinada, la que ha sido capaz de dominar toda la tecnología, y por tanto se supone que tenga el conocimiento y lo puede aplicar por encima de las demás —guía que supuestamente debemos asumir. Muchas élites intelectuales de países del Tercer mundo tratan de copiar los modelos de pensamiento y de conocimiento en general, de los países del Primer mundo. El hecho de que nosotros estemos en el Tercer mundo, más cerca de la naturaleza, no quiere decir que defendamos mejor, por ejemplo, el medio ambiente, a pesar de conocerlo completamente; ni tampoco que los intelectuales de las sociedades más tecnificadas sean los que ignoran más la necesidad de conservarlo.

Retomando una idea que mencionaba antes, la sociedad del conocimiento puede traducirse en importar los modelos de los países desarrollados a los subdesarrollados.

Por ejemplo, el problema energético cubano tiene ahí su origen. En lugar de desarrollar la energía renovable a gran escala, copiamos los modelos de energía centralizada de los países desarrollados, que tienen grandes consumos. Una razón para las construcciones acristaladas es la necesidad del uso de las computadoras; estas deben estar en aire acondicionado. Pero la seguridad informática plantea que no se debe ver hacia fuera, es decir, el centro de cálculo no debe verse desde el exterior, entonces hay que poner una cortina. Instalar un vidrio y una cortina no tiene nada que ver con nuestro clima; estamos copiando modelos de otros lugares, porque todo el conocimiento que hay acerca del uso de estos elementos de la información que sustentan el conocimiento proviene de otras latitudes. A lo mejor la computadora estaba mejor en un ranchón con un techo de guano, y la información la podemos manejar igual y utilizarla en función de lo que necesitamos nosotros.

La globalización nos trae la moda de ciertas tendencias. Pongo un ejemplo de sus efectos sobre la sociedad y la cultura. Cuando se le construyó un acueducto a una aldea en un lugar de África, al mismo tiempo que se introdujo un progreso técnico, se quebró un circuito social y cultural: la muchacha iba a buscar el agua al río y allí conocía a los muchachos. De manera que hubo que construir una fuente en el centro de la aldea, donde entonces iban a buscar el agua para beber, para que se mantuviera esta relación. Es decir, que no es solo el conocimiento, sino todo el problema de la cultura que hay detrás y de cómo se le asimila.

El conocimiento ha tenido siempre —como nos decía Sotolongo— muchas facetas. Saltan más a la vista el saber científico, el filosófico, el artístico, los que se destacan inmediatamente. Pero hay mucho más saberes. Por ejemplo, todos los conocimientos de las culturas orientales acerca del cuerpo, las relaciones entre las personas y demás elementos, nos han llegado con la globalización, y los hemos podido asimilar por las ventajas que traen. Pero hay otros que no se pueden imponer porque no vienen directamente, de primera mano, sino que poseen una forma más compleja de darnos un beneficio, y muchas veces se pierden.

La influencia de la globalización en esta sociedad del conocimiento nos hace a menudo tender a la pérdida de nuestra identidad. Debemos tratar de reidentificarnos a nosotros mismos en nuestra relación con ese mundo, para no borrar nuestra identidad, sino para ayudarnos a redefinirla y a ampliarla mucho más. Este es uno de los aspectos a considerar, sobre todo cuando la gran oleada de imposición de otros conocimientos, otros saberes, dentro de otras civilizaciones, se instaure por encima de nuestra propia cultura.

Rafael Hernández: ¿Podría derivarse de lo que tú estás diciendo en el sentido de que cada sociedad generaría su propio modo de sociedad del conocimiento?

Bruno Henríquez: Sí.

Pedro Luis Sotolongo: Sobre tu pregunta, Rafael, me parece que el saber, el conocimiento tiene en principio un indudable potencial emancipador. Por ejemplo, alguien puede afirmar: «El ciudadano que viva peor hoy, está mejor que el que mejor vivía hace doscientos años, en el sentido de confort cotidiano, de las posibilidades de comunicaciones, transporte, etc.». Sin embargo, hay dos grandes diferencias a considerar en esta comparación. La primera es que hace dos siglos no existían los recursos para que todo el mundo viviera decorosamente, y hoy sí. La segunda es que la inmensa mayoría de los africanos, los asiáticos y muchos latinoamericanos, no tenían ni idea de cómo se vivía en otros lares. Hoy cada vez más gente sabe cómo se vive, cuán mejor o peor, en otros lugares. De manera que si, en principio, mientras más informado se está, mayor es el potencial emancipador, por pobre que uno sea, por atrasado que sea el país de cada cual, entonces la sociedad

del conocimiento —en la medida que vaya haciéndose real—, tiene un potencial emancipador tremendo, pues ese conocimiento motiva naturalmente la rebeldía.

Ahora bien, así ocurre en principio; pero cuando bajamos a la tierra, como se ha dicho, el tema del saber y del conocimiento está indisolublemente ligado al poder —y eso desde Foucault es casi una verdad de Perogrullo. No podemos hablar del saber, sino de conformaciones, constelaciones de saber-poder. Las estructuras de poder imperantes hoy en día, excepto muy pequeñas excepciones, tratan de afianzar el *status quo* de las grandes desigualdades, incluso en la esfera de la información y las comunicaciones, donde se está ampliando la brecha entre las mayorías sin acceso a la comunicación, la información, Internet, y las minorías con acceso a ellas. A nivel de la realidad, el saber no existe solo, sino imbricado en las estructuras del saber-poder, mediadas por los condicionamientos de clase, género, raza, etnias; por las realidades políticas, nacionales e internacionales de las diferentes regiones. En la medida en que esas contradicciones y confrontaciones del saber-poder se solucionen a favor de los intereses de la mayoría de esos pueblos, pueden abrirse espacios que tengan realmente sentido para esos países, para avanzar en el camino de la sociedad del conocimiento; y en la medida que no sea así, seguirán abriéndose las brechas. Yo también comparto la idea de que cada país irá accediendo —o no— a su sociedad de conocimiento.

Rafael Hernández: Carlos, ¿tú coincides con esos comentarios?

Carlos Delgado: Estamos de acuerdo en que la naturaleza del conocimiento y su función social han cambiado. Pero hay algo más. Antes dije que el conocimiento está en nuestros huesos; con esa imagen intentaba expresar que está incorporado materialmente—es decir, también económicamente— a la estructura de la dinámica social. Hoy se está construyendo una sociedad del conocimiento donde este resulta básicamente un bien privado: se patenta el conocimiento del código genético y el de otras culturas, por parte de las grandes compañías, para convertirlo en un producto y venderlo.

En el siglo XIX, la sociedad no funcionaba sin conocimiento, por supuesto; de otra manera, no habría sido inventada la máquina de vapor, ni las grandes industrias. La diferencia hoy radica en la toma de conciencia acerca del lugar del conocimiento al nivel del hombre común, lo que motiva una convocatoria cada vez más amplia acerca de su carácter como bien público. En la médula del debate actual sobre este tema se encuentra el problema de cómo convertir el conocimiento en un bien público — sin que este quiera decir necesariamente propiedad estatal— para que funcione al servicio de una sociedad. Aunque una sociedad mundial del conocimiento resulta bastante difícil, y hasta utópica, dada la falta de homogeneidad, existe una lucha ya emprendida también en esa dirección.

Estoy de acuerdo con algunas ideas discutidas. Hay relaciones de dominación, centros de poder que acumulan ese conocimiento, lo privatizan. Sin embargo, el conocimiento y la tecnología son una oportunidad como alternativa emancipadora —decía Sotolongo— para los países menos desarrollados, pues ofrecen también la posibilidad de que la voz alternativa se pueda escuchar por un mayor número de personas. Además de la radio, que antes fue una especie de utopía, ahora tenemos Internet. Resulta mucho más fácil hoy hacer funcionar medios alternativos, con una mayor efectividad y para llegar a mayor número de personas.

Ahora bien, para que esta resulte ser realmente una oportunidad aprovechable para los países del sur, que les permita llegar a un desarrollo sustentable, se precisan dos premisas: el aprendizaje permanente y la reforma de la educación. Se requiere que los países del sur puedan estar en condiciones de aprovechar esta oportunidad

para crear estas premisas. No me gusta usar la expresión «formación de los recursos humanos», porque los humanos no somos un recurso, como se suele afirmar frecuentemente. Se trata de formar una cultura y una ciudadanía capaces de funcionar en esa sociedad del conocimiento.

Tanto se han revolucionado las relaciones sociales, la tecnología, la propia ciencia, que —por ejemplo— cuando un empresario gana la opción para realizar una gran inversión, que le podría proveer un poder monopolístico extraordinario como poseedor de la tecnología y de un campo abierto para vender, puede ocurrir que, en un período muy corto de tiempo, aparezca un nuevo conocimiento que hace su inversión ineficiente, pues otro que dispone de menos recursos posee una fórmula más avanzada, que no se está aprovechando todavía. Un ejemplo de la vida cotidiana es el llamado refrigerador ecológico. El que suele comercializarse con esa etiqueta no es tal, realmente, porque los gases que utiliza tienen efecto invernadero, aunque no afecten la capa de ozono. Sin embargo, el verdadero *green freeze* se logró con una mezcla conocida desde los años 20, de metano y propano, que en esa época era explosiva, pero bastó un pequeño cambio en el conocimiento para que dejara de ser peligrosa. Ese nuevo conocimiento ya estaba circulando y era imposible patentarlo, de manera que las grandes inversiones para cambiar la tecnología estaban en desventaja relativa frente a este avance. Lo que ocurre es que todavía existen intereses económicos poderosos para aplastar ese nuevo conocimiento y hacer que la vida funcione en los términos convenientes para las relaciones de dominación. El dilema de las energías renovables y el petróleo, que Bruno conoce mejor que todos nosotros, consiste en que si las externalidades del petróleo entraran dentro de los costos de producción de las empresas —los costos de las guerras del petróleo, los derrames— este sería el combustible más caro del mundo y la energía solar sería baratísima. Hoy resulta más cara porque, según se argumenta, hay que invertir en tecnologías.

Respecto al nuevo contrato social de que se hablaba, quiero poner sobre el tapete una pregunta. En la historia reciente de la sociedad del conocimiento, la brecha tecnológica ha ido aumentando, el conocimiento se ha convertido en un factor de cambio que no puede ignorarse en ningún país o región. Ahora bien: ¿cómo vamos a realizar esa utopía? La respuesta no está en el conocimiento, sino en otros factores de carácter político.

Rafael Hernández: Doy la palabra ahora a los asistentes.

Patricia Arenas: A la pregunta que Rafael hacía sobre la diversidad de desarrollo de los países, quiero agregarle otra, también dirigida al panel: ¿cómo juega la diversidad de género y de ocupaciones respecto al conocimiento, así como la heterogeneidad de las clases sociales?

Aunque se habla mucho del conocimiento y su proliferación, siguen siendo bajos los niveles de las interacciones personales en este nuevo contexto. ¿Cómo el conocimiento afecta las relaciones entre las personas, y cómo estas se pueden convertir en un conocimiento y una experiencia que ayude a vivir y a moverse de una manera distinta?

La tercera pregunta: ¿cuál es el contenido ideológico del concepto sociedad del conocimiento, de dónde surgió esta terminología, qué se propone? Aunque se habla de las posibilidades que las voces alternativas representan, ¿cómo quedan estas frente a las que ostentan el poder?

Arnaldo Coro: Quería hablar sobre la UNESCO y el programa *Information For All*, que circula en inglés porque es el idioma prevaleciente en todos los procesos de comunicación, y está teniendo un efecto absolutamente devastador sobre las culturas nacionales, e incluso ha producido la muerte de numerosas lenguas. Observo que

el programa no se llama *Knowledge For All*, o sea, *Conocimiento para todos*, sino solo *información*. El conocimiento que se adquiere, precisamente, es lo que puede proteger respecto a determinados modelos. La asimilación de las nuevas tecnologías nos ha llevado a utilizar computadoras como si fueran máquinas de escribir, muchísimo más costosas y de las que tenemos en el país —según cifra oficial— alrededor de 200 800. Si las pudiéramos utilizar en función del desarrollo, lo íbamos a acelerar muchísimo.

El otro aspecto es el de los procesos de toma de decisiones. ¿Conocimiento para qué? Es necesario asimilar los conocimientos sobre la dirección científica de la sociedad, la planificación, la vida cotidiana. La asimilación del conocimiento ayudaría de forma extraordinaria a aprender a dirigirse uno mismo.

Por último, quiero decir que espacios de reflexión como este ayudan a conocernos a nosotros mismos mejor, en la medida en que estamos obligados a ser los actores del cambio.

Elizabeth Dore: Vengo de la Universidad de Southampton, en Inglaterra. Quiero decir que en esa sociedad del conocimiento hay algunos espacios alternativos, pero son muy estrechos. Ese debate no pone en primer plano que el conocimiento es propiedad privada en la mayoría de los países desarrollados y en los subdesarrollados también. Y no se reconoce que cada vez más todos esos sitios de Yahoo, o de Google, son propiedad privada para hacer y vender cosas.

Victor Santiago: ¿A qué se refiere exactamente la sociedad del conocimiento? ¿A una donde el conocimiento sea patrimonio de superespecialistas en diferentes ramas o a otra donde cada cual tenga acceso al conocimiento y pueda, haciendo uso de él, adaptarse y utilizar mejor su medio? Tenemos cada vez acceso a información pura —no a conocimiento—, así como a especialistas que nos ayudan a interpretarla pero que no nos dejan hacerlo a nosotros mismos. ¿La sociedad del conocimiento contemplaría el acceso de todos al conocimiento que le puede ser útil a cada uno para vivir mejor?

Rafael Hernández: Antes de pasarle la palabra al panel, voy a hacer una última pregunta. En Cuba, ¿es esperable que, a partir del desarrollo educacional y de la prioridad otorgada a la ciencia, florezca una sociedad del conocimiento? ¿Qué factores o problemas se presentan para esto?

José Lázaro Hernández: En cuanto a los factores que favorecen una sociedad del conocimiento, el primero es que están vivos y produciendo ciencia una mayor cantidad de científicos y técnicos que los que ha tenido la humanidad en toda su historia. Si sumamos ingenieros, médicos, profesionales, científicos, profesores universitarios, tenemos una cantidad enorme de talentos humanos, disponibles para el desarrollo de una sociedad del conocimiento. En términos cualitativos, en Cuba esos talentos humanos resultan demandados y reconocidos. Existe una voluntad política de potenciarlos como parte de un proceso de reconstrucción económica y social y de construcción de nuestro socialismo. Hoy, la descentralización de la educación superior, en lo que se ha llamado la municipalización de la Universidad, hace coincidir a distintos profesores en un mismo centro universitario municipal, de manera que el talento humano y las capacidades se distribuyen en los diferentes territorios. Incluso cuando se cierran industrias obsoletas que absorbían la mayor parte de la fuerza de trabajo, se sigue produciendo y reproduciendo la vida a partir de determinadas adaptaciones de las capacidades instaladas.

En cuanto a los elementos que limitan o lastran el avance hacia una sociedad del conocimiento, lo primero es que la relación entre inversión y resultados resulta

todavía ineficiente. No hay una correspondencia proporcional entre el volumen dedicado a la formación de talentos, especialistas, investigaciones, servicios científico-técnicos, de una parte, y de producción de conocimiento endógeno que pueda llegar hasta el servicio o el producto terminados, de otra.

Un segundo factor limitante es la descoordinación en el sistema de ciencia e innovación tecnológica. En 2005, hubo dos mil ochocientos veintidós proyectos reconocidos y registrados, sin contar los de la educación superior. Tenemos una cantidad de centros de documentación que se han ido articulando de manera ramal, por ejemplo, Infomed. Pero faltan elementos de coordinación no solo en cuanto a la clásica extensión universitaria, sino al vínculo con el desarrollo, incluyendo en este las especificidades globales, regionales, nacionales, ramales y locales; en una articulación a partir de que son diferentes espacios a considerar en un todo.

Otro problema, que es bastante conocido desde hace mucho tiempo, es que aun cuando desde los años 60 estamos apostando a construir un país de hombres de ciencia, de hombres de pensamiento, la reflexión sobre ese proceso no ha sido suficiente. Ha faltado análisis institucional, no solo académico o individual, sobre la conducción de los procesos de ciencia y tecnología, y sobre cómo avanzar en este campo.

El último es el del financiamiento. Ciertamente, Cuba es uno de los pocos países de América Latina que desde hace mucho tiempo ha cumplido con el porcentaje del presupuesto que recomienda la ONU o la UNESCO para hacer progresar la ciencia. Sin embargo, en esto no podemos competir con los países del Primer mundo en el número absoluto de sus inversiones. Ahora bien, en determinados proyectos de desarrollo social local, se ha logrado potenciar el aporte del financiamiento gracias a la voluntad política de los actores, tanto formales como informales, al papel de los gobiernos locales y de los pobladores del lugar, así como al conocimiento existente. En esos proyectos, el vector desarrollo se aceleró enormemente. Es decir, la sociedad del conocimiento no requiere necesariamente establecerse de golpe, a un mismo nivel, en todo el país, sino que hay lugares, nichos, que pudieran potenciarse de manera más ventajosa.

Bruno Henríquez: Respecto al tema que tocó Patricia sobre el género y las clases menos favorecidas, es necesario colocarse en una sociedad concreta para poder analizarlo. Por ejemplo, en Cuba, los profesionales recibimos comparativamente menos ingresos que otros trabajadores; por ejemplo, un investigador tiene un salario igual que un basurero y menor que un policía. Lo primero que produce esta desproporción salarial es un éxodo del potencial humano calificado hacia otros empleos, sea camarero en un crucero, portero de un hotel o empleado en una embajada, para poder ganar lo que necesita para comprarse una computadora o un carro legalmente. Es el caso del personaje de la película *Perfecto amor equivocado*, de Gerardo Chijona, donde el protagonista, un novelista, tiene que escribir letras para números de salsa con el fin de salir adelante.

En cuanto al impacto social del conocimiento en nuestro país, puedo poner el ejemplo de una comunidad campesina carente de electricidad, a la que se le llevó un médico de la familia, así como electricidad mediante unos paneles fotovoltaicos, gracias a un proyecto de colaboración que hicimos en CUBASOLAR. Ocho años más tarde, el coeficiente de inteligencia de los niños había aumentado significativamente desde niveles inferiores a la media hasta niveles por encima del ciento por ciento. En cuanto a las relaciones de género en la comunidad, la edad promedio de una mujer en su primer parto era de trece años, antes de que se introdujeran los cambios; ocho años después era de diecinueve. También había cambiado el uso del lenguaje, la forma de hablar, el vocabulario —fundamentalmente

entre los niños— había aumentado. Los médicos contaban que las personas no caminaban arrastrando los pies y mirando hacia el suelo, como ocurría cuando ellos llegaron allí.

Pedro Luis Sotolongo: Si uno considera lo que Carlos enfatiza, Cuba constituye una sociedad del conocimiento, en la medida en que tenemos incorporado socialmente, como él dice, el conocimiento. Si se considera lo que yo enfatizo, se diría que no la hay, como no la hay en ninguna parte del mundo todavía. Ahora bien, si analizamos a Cuba en relación con otros países del Tercer mundo, es cierto que se han ido creando una serie de condiciones más favorables que propician un avance hacia ese modelo.

Por otra parte, la medida de ese desarrollo no consiste en tener computadoras, como decía Arnaldo Coro, ni mucho menos utilizarlas como máquinas de escribir, sino organizar todo eso en redes. Desde el enfoque de la complejidad —y yo dirijo una cátedra que se dedica a este tema—, se trata de comprender el mundo como una red de redes. Y ahí tenemos una debilidad bajo ciertas condiciones: el modelo de nuestra sociedad socialista es más bien vertical que en redes, condicionado como ha estado por nuestra historia reciente. Esa organización social solo es aconsejable en condiciones de guerra, de resistencia sostenida y/o en los ejércitos (y en ellos, ni siquiera en las condiciones irregulares de «guerra-de-todo-el-pueblo», como sería la nuestra, dada nuestra concepción militar estratégica y el poderío bélico de nuestro adversario histórico). La complejidad conduce a comprender que lo creativo de la vida, como en el mundo y en la naturaleza, emerge de abajo hacia arriba. En la sociedad, lo que emerge de abajo hacia arriba se produce en redes articuladas, que conforman los barrios, las comunidades, el venero de toda sociedad. Aunque algunas medidas estatales, de arriba hacia abajo, dieron buen resultado en los años 90, el factor que permitió sobrevivir a la sociedad cubana, en buena medida, fueron las redes barriales y comunitarias. La lección de esa etapa es que debemos ir a una organización cualitativamente superior a la que tenemos, pero en red, y articularla en la base de la sociedad. Nuestros éxitos han tenido como denominador común su origen en la base, en la comunidad, en el barrio, con recursos que se potencian por las posibilidades institucionales, estatales. Cuando estos recursos se ponen en manos de los propios involucrados, estos se convierten en los agentes del cambio social, capaces de generar sus propias soluciones —lo que nos resulta difícil lograr por el diseño vertical del modelo. En la sociedad tiene que haber instancias directoras, pero está cambiando la noción de lo que significa dirigir, que no es controlarlo todo o diseñarlo de arriba hacia abajo, sino propiciar que emerjan la conectividad, las retroalimentaciones, la creatividad, de abajo para arriba, y las conexiones entre ellas. Está brillantemente expuesto en un libro reciente de Pablo González Casanova, *Las nuevas ciencias y las humanidades: de la academia a la política*, que nos hace ver cómo tenemos que analizarlo todo en el sentido de las redes sociales.

Carlos Delgado: La sociedad mundial está avanzando hacia una sociedad del conocimiento a pasos muy rápidos desde mediados de la década de los 70, cuando la revolución científico-técnica entró en la etapa de involucrar tecnología, sociedad y producción en un mismo proceso. Esa sociedad se está construyendo sobre la base del conocimiento como un bien privado, problema detectado incluso por la UNESCO. Esta plantea que una sociedad del conocimiento debe ser multilingüe, multicultural, de libre expresión y circulación de las ideas. No hay nada que genere mayor fetichismo de libre circulación de las ideas que Internet, porque uno puede comunicarme libremente con otra persona en el mundo con quien tiene un interés

común. Sin embargo, cuando uno busca algo en Internet lo hace a través de un buscador, que representa un poder comercial y que prioriza al que pagó. Se trata de un fetichismo de libertad, aunque sí existe una relación de libertad real. La conversión de esa relación en un bien público —como decía una de las participantes— es un fenómeno de lucha por los espacios. Y Cuba no está al margen de esa situación, tenemos ventajas y desventajas. Pero las primeras no se reducen al nivel de educación, ni las segundas a factores económicos.

Estamos por delante respecto a otros muchos países como sociedad, pues comprendemos el conocimiento como un bien público. Por eso la aparición de los maestros particulares que les repasan a los estudiantes resultó tan chocante para muchos cuando esta práctica comenzó; de la misma manera que un estudiante cubano no entiende que un libro sea un objeto individual, sino que se debe compartir colectivamente.

Ahora bien, existen desventajas. Una tiene que ver con las decisiones políticas, que aunque suelen favorecer el conocimiento, el desarrollo científico y tecnológico, presentan elementos de verticalidad, difíciles de compatibilizar con la dinámica de la sociedad del conocimiento. Por otra parte, cuando orientamos socialmente la asimilación de las nuevas tecnologías de una manera colectiva y soslayamos la apropiación individual, entramos en una disonancia entre lo legal y lo legítimo. Los individuos con acceso a estas nuevas formas de comunicación, que enfatizan el aspecto individual, se encuentran dentro de una legalidad que prioriza las formas colectivas. En otras palabras, no acceden fácilmente a poder comprar su computadora, tener acceso privado a Internet, a su correo electrónico. Como resultado, si bien en una sociedad con nuestro desarrollo cultural hay cabida al interés legítimo de disponer de medios y accesos individuales a las necesidades de cada uno, a veces las opciones individuales accesibles no son legales. Al mismo tiempo, no se puede obviar la presencia del bloqueo y la hostilidad de los Estados Unidos, que dificultan la disponibilidad de este acceso electrónico para todos, tanto a nivel colectivo como individual.

José Lázaro Hernández: Es decir, el conocimiento también conlleva riesgos reales. Por ejemplo, el conocimiento científico de la existencia de petróleo cerca de nuestras costas representa una oportunidad, pero al mismo tiempo nos convierte en un objetivo estratégico.

Carlos Delgado: Efectivamente. Y esa situación contribuye a una debilidad muy grande en la base material, particularmente en la infraestructura de comunicaciones, que todavía es muy débil, sobre todo en términos tecnológicos. En Cuba existe desarrollo tecnológico del Primer mundo, en diversas esferas que no se limitan a pequeños islotes dentro de la sociedad cubana. La posibilidad de que este potencial se convierta en resultados tangibles en la esfera económica —no solo en sectores priorizados como la biotecnología— depende de políticas y de toma de decisiones, que son el punto crítico para lograr este desarrollo.

Rafael Hernández: Pensando en la socialización del conocimiento y en ciertas formas de este que no están asociadas a la tecnología, sino todo lo contrario, se me ocurre que, gracias a la crisis de los 90, el sistema médico cubano llegó a asimilar la medicina verde, y se ha abierto a la incorporación de otros saberes que antes fueron soslayados por las fórmulas occidentales establecidas de la ciencia. Esto significaría que los saberes médicos, en cierto sentido, se han diversificado y democratizado. ¿Será así?

Bruno Henríquez: Entre los modelos científicos que habían sido menospreciados está el de la llamada medicina informática, así como el de la homeopatía, que no

actúa fisiológicamente. Este tipo de medicina trabaja precisamente con el conocimiento —la información, la vibración, el color o el olor— y se diluye, de forma que no actúa de manera directa como la medicina alopática, la establecida entre nosotros, sino basada en la información sobre el comportamiento correcto de la armonía. Por cierto, dentro de la física se había trabajado con este principio, que no está al margen de la explicación de la ciencia contemporánea.

Pedro Luis Sotolongo: En toda época hay un terreno que todavía no incluye las ciencias constituidas, sino saberes de otro tipo. El problema aparece cuando establecemos una frontera rígida entre lo que llamamos conocimiento científico y lo que calificamos de superchería.

Por otra parte, es necesario tener cuidado con creer que esa sociedad del conocimiento nos va a llevar algún día a una sociedad perfectamente racional en todos los sentidos. Los hombres y las mujeres no somos solamente seres racionales. En nuestra sociedad hemos pecado de cierto exceso de racionalidad, hemos teorizado mucho la ideología, pero no hemos conceptualizado el deseo, la pasión. Hay un déficit de cultura psicoanalítica en Cuba —sin caer en algunos excesos del psicoanálisis— y de corrientes que han tributado a la comprensión del hombre como ser deseante. Yo me pronuncio por una razón apasionada y una pasión razonada.

Patricias Arenas: Estoy acuerdo con Sotolongo en cuanto a la necesidad del establecimiento de las redes y de cómo estas crecen y se componen sin que haya relaciones de verticalidad. El conocimiento se puede socializar de una manera diferente a como estamos acostumbrados en la clase, en la academia, en todas partes.

Arnaldo Coro: Tenemos que aprender a mantener toda una serie de conocimientos tradicionales a los que la gente está acostumbrada, en paralelo con los desarrollos más avanzados, para evitar muchos de los problemas que enfrentamos.

Bruno Henríquez: Para completar lo que dice Coro, hay un lema que tienen los ingenieros: «si funciona, no lo toques».

Rafael Hernández: Quiero agradecer a todos los panelistas por el excelente abordaje de un tema complejo y que a veces se trata de una manera abstracta, poco crítica o excesivamente ideologizada. Y a ustedes por acompañarnos en estas dos horas de debate.

Participantes

Carlos Delgado. Profesor. Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Bruno Henríquez. Investigador. Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA).

José Lázaro Hernández. Director del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas. CITMA.

Pedro Luis Sotolongo. Investigador titular. Instituto de Filosofía. CITMA.

Rafael Hernández. Politólogo. Director de la revista Temas.

El enclave étnico y la economía internacional

Luis René Fernández Tabío

Investigador. Centro de Estudios sobre Estados Unidos (CESEU). Universidad de La Habana.

Desde las dos últimas décadas del siglo pasado, y en parte debido al énfasis otorgado a la llamada globalización, el tema de las comunidades étnicas de inmigrantes en los países desarrollados en general, y en los Estados Unidos en particular, ha ido adquiriendo renovada importancia como objeto de estudio de las ciencias sociales. Desde disciplinas como la antropología, la ciencia política, la sociología y la historia, se han abordado problemas como la composición sociodemográfica de esas comunidades, su distribución territorial, su conducta política, su participación en los procesos electorales, sus actitudes hacia el país de origen, las manifestaciones de asimilación o resistencia cultural, los rasgos de identidad nacional, sus características sociopsicológicas, su filiación partidista, su nivel de vida y su comportamiento como fuerza de trabajo.

Sin embargo, desde el ángulo de la economía, los estudios sobre las comunidades de inmigrantes se han concentrado principalmente en su función como mercado laboral alternativo y en su impacto en el desarrollo de la economía de destino de los inmigrantes.¹ Aunque no se ha postulado el aislamiento de su entorno económico internacional, se advierte que pocas

investigaciones se han enfocado en el análisis de la influencia de las comunidades étnicas² sobre la evolución de las relaciones económicas externas, más allá de la creciente significación de las remesas monetarias para los principales países emisores de estas comunidades de emigrados.

Respecto al término «comunidad cubana», debe advertirse que desde la perspectiva de algunos sociólogos la formación y desarrollo de asentamientos de cubanos en otros países —principalmente en los Estados Unidos— han sido denominados de modo convencional «con el discutible término de comunidad cubana en el exterior»³ y debido a las diversidades socioculturales, algunos autores se inclinan por el término «asentamientos cubanos en el exterior». Asumimos como sinónimos los términos «asentamientos», «comunidades», «concentraciones humanas», en tanto aquí interesan las implicaciones de tales agrupaciones para las relaciones económicas. Por ejemplo, la importancia de las comunidades étnicas para las relaciones económicas internacionales se acrecienta cuando se conocen los obstáculos allanados precisamente por su papel como agentes intermediarios,

catalizadores de confianza y comunicación, en tanto las tendencias de la globalización, por más abarcadoras que parezcan, no dejan de constituir expresiones del proceso incompleto e imperfecto de formación de un nuevo marco institucional, donde las comunidades étnicas desempeñan su función en esas imperfecciones del mercado.

A partir de los años 90 del pasado siglo, se publicaron algunos ensayos sobre la problemática de las comunidades étnicas en la economía internacional que reconocían su papel en el comercio para vencer barreras informales, facilitar la información acerca de las oportunidades de negocios a través del desarrollo de empresas, instituciones y redes étnicas. Entre estos, cabe señalar el de David Gould (1994) Keith Head y John Reis (1998),⁴ así como los de James Rauch (2001) y Rauch y Trindade (2002).⁵ Se considera que estas comunidades de inmigrantes facilitan cierto tipo de flujos monetarios, comercio, e incluso algunas inversiones. Los referidos estudios son, por lo general, de carácter empírico y se apoyan en procedimientos econométricos. Asimismo, otros han prestado gran atención al aporte de las remesas monetarias a los países de origen de las grandes comunidades étnicas en los países desarrollados, y entre estas las generadas en los Estados Unidos hacia países de América Latina y el Caribe.⁶

En este artículo se presentarán diversos enfoques que desde distintas perspectivas y campos de estudio, contribuyen a explicar el aporte de las concentraciones de comunidades étnicas en las relaciones económicas internacionales, y en particular en el comercio internacional. Por otra parte, se analiza la teoría del llamado enclave étnico, aplicada a la comunidad cubana, concentrada principalmente en la ciudad de Miami, algunos elementos aportados por los estudios sobre las ciudades globales, los nuevos enfoques sobre la geografía económica y la literatura sobre los agrupamientos industriales (*clusters*) y su posible significación para este asunto. Por último, se discutirá el enfoque de la llamada migración transnacional como una de las aproximaciones empleadas más recientemente para dejar constancia de la contribución de las comunidades de inmigrantes a las relaciones internacionales.

El enclave étnico y sus antecedentes

El concepto de enclave étnico se ha desarrollado en el ámbito de la sociología y no debe identificarse con el empleo que ha tenido el término «enclave económico» en otros campos, asociado a las teorías del desarrollo. En determinados momentos históricos, como en África durante la colonización, o más

recientemente en países en desarrollo y en transición,⁷ se ha utilizado para referir el establecimiento de enclaves económicos, creados principalmente por empresas transnacionales, entidades relativamente aisladas de la economía del país o del Estado donde se localizan, fuertemente vinculadas a los circuitos de la economía mundial mediante una serie de encadenamientos productivos favorecedores de su inserción competitiva.

El enclave económico se identifica como un sector cuya conexión con la economía interna es muy limitada. Con la excepción del trabajo suministrado localmente, tanto los bienes y servicios producidos como sus beneficios, se exportan. Por esa razón se considera que no contribuye suficientemente al desarrollo de otros sectores de la economía interna, y de ahí su limitado aporte al desarrollo.⁸

A diferencia del enfoque precedente, cuando se alude al enclave cubano-americano de Miami, se altera completamente el contenido del concepto porque se trata de una comunidad social de un origen étnico determinado, formada por un proceso migratorio e inserta en una economía capitalista altamente desarrollada que se caracteriza por la amplitud y la profundidad de las relaciones monetario-mercantiles y financieras en sus más variadas formas.

La función del enclave étnico en el plano de las relaciones económicas internacionales no constituye el problema científico planteado por la tesis sociológica del enclave étnico. Autores como Antonio Jorge y Jorge Salazar-Carrillo⁹ consideran que, en su mayor parte, estos estudios se concentran en aspectos microeconómicos del fenómeno de la migración, enfatizando lo narrativo y descriptivo, en lugar de lo general, abstracto y analítico. Desde esta perspectiva, el tema no ha tenido un tratamiento teórico relevante para la economía, ni para las relaciones económicas internacionales.

La comprensión del enclave étnico surge del análisis de los asentamientos migratorios. En particular, este concepto busca representar una de las estrategias posibles de adaptación de los inmigrantes dentro de la sociedad de destino —en este caso, los Estados Unidos. Al concentrarse en un área geográfica, un flujo migratorio puede crear, a partir de determinadas condiciones específicas, una estructura socioeconómica que reproduce ciertos elementos característicos de la sociedad de origen, pero adaptándolos a las nuevas condiciones e integrándose, en cierta medida, a ellas. Económicamente, un inmigrante puede incorporarse a la fuerza de trabajo —la posibilidad más frecuente— y en determinadas circunstancias logra crear su propio empleo, vía que le permite una más exitosa inserción en la sociedad de destino, y obtener mayores niveles de ingreso.

En otras palabras, la hipótesis sociológica del enclave étnico supone que esas estructuras socioeconómicas permiten una inserción favorable en la fuerza de trabajo. Se espera un ascenso económico de los nuevos inmigrantes, una vez beneficiados por el enclave étnico.

No obstante, como sugieren las evidencias empíricas estudiadas, no todas las concentraciones de inmigrantes en los Estados Unidos han creado estructuras que pudieran denominarse enclaves étnicos. Estos pueden definirse, por el momento, como concentraciones o agrupaciones étnicas de inmigrantes en un espacio geográfico relativamente reducido. Tales concentraciones fundan un conjunto de instituciones sociales, religiosas, culturales, profesionales y económicas con rasgos y peculiaridades importados de su nación de origen, pero preparados para servir de enlace o vínculo eficiente con la sociedad de destino.

En definitiva, la existencia y permanencia de un conjunto de instituciones —y entre ellas las que sirven directamente al funcionamiento del mercado, como las llamadas redes sociales o redes étnicas—, no solo facilitan las relaciones de la comunidad étnica y su inserción en la sociedad receptora en los planos familiar, social y cultural, sino también están muy bien dotadas para viabilizar las relaciones económicas entre la sociedad de origen y la sociedad de destino.

Se ha reconocido que estas estructuras socioeconómicas permiten absorber nuevos inmigrantes como fuerza de trabajo y favorecer su adaptación y ascenso social, al quedar establecido un entorno institucional étnico suficientemente completo como para permitir a los miembros de ese grupo obtener los principales bienes y servicios dentro de ese ámbito sociocultural. Desde el punto de vista económico, un enclave étnico puede considerarse un mercado —así son reconocidos por los estudios de mercado— debido a que las preferencias de cada grupo, su disposición relativa a consumir o invertir el ingreso disponible, se distinguen en algún grado del conjunto de la sociedad, e incluso de los diferentes grupos étnicos entre sí.

No siempre, ni en todas partes, se observa que una concentración de inmigrantes de una etnia específica establece una estructura socioeconómica que consiga identificarse con un enclave étnico. Ello induce a buscar las condiciones necesarias para el establecimiento de estos espacios. En el caso de los cubanos, se han registrados diversos procesos de adaptación de esas comunidades en los Estados Unidos. Es cierto que el lugar principal de concentración de los cubanos es Miami, pero existen otras comunidades o asentamientos importantes que deben ser tenidos en cuenta, no solo por sus magnitudes relativas y los diferentes patrones de adaptación, sino también porque, como se verá más

adelante, las concentraciones étnicas de cierto grado son las únicas capaces de impulsar las relaciones económicas internacionales.

Jorge Duany favorece un enfoque general sobre los distintos patrones de asentamiento de los cubanos en los Estados Unidos; advierte que no se puede generalizar la experiencia de Miami. La comunidad cubano-americana de Miami, aun siendo la más importante por la alta proporción de población de origen cubano allí concentrada, no representa todas las formas de existencia de las comunidades cubanas en los Estados Unidos. Según datos del censo de 1990, la población cubana en Miami alcanzaba las 561 868 personas, 53,3% del total de cubanos residentes en ese país en aquel momento. Considera que los cubanos habían creado en Miami una comunidad «institucionalmente completa [enclave étnico, L.R.F.T.] que provee una alternativa al mercado secundario de trabajo, así como a la cultura típica de Estados Unidos»; en cambio en West New York-Union City, una «comunidad étnica ha facilitado su ajuste a la nueva sociedad», mientras que en Puerto Rico la «minoría intermediaria cubana muestra signos de creciente asimilación a través del “inter-maridaje” y la interpenetración cultural».¹⁰

Se aprecian, al menos, tres tipos de patrones de existencia de las agrupaciones de inmigrantes de origen cubano dentro de los Estados Unidos; a saber, el enclave étnico, la comunidad étnica y la minoría intermediaria.¹¹ Por su mayor concentración, el enclave de Miami ha servido como centro del exilio cubano y, por lo tanto, ha desempeñado la función de metrópoli respecto al resto de las concentraciones o agrupaciones de inmigrantes cubanos y sus descendientes en los Estados Unidos.

Existen interpretaciones que atribuyen al enclave cubano de Miami una función decisiva en el éxito económico no solo de la comunidad cubano-americana radicada allí, sino en el nuevo papel asignado a Miami en el reordenamiento de las relaciones económicas y financieras internacionales de los Estados Unidos, particularmente con países de América Latina y el Caribe; de ahí su trascendencia.

No obstante, la nueva función asignada a la ciudad en sus relaciones externas no ha sido desarrollada de manera sistemática, ni existen pruebas concluyentes respecto a distintas interpretaciones sobre el papel de la comunidad cubana en la transformación de Miami en un centro económico financiero dominante para las relaciones de los Estados Unidos con el Caribe y América Latina. De una parte, se hallan referencias que parecen apoyar la significación de los cubanos en dicho proceso; de otra, existen interpretaciones centradas en las nuevas condiciones del proceso de acumulación

capitalista y en particular de la llamada globalización, e incluso en la combinación de estos y otros factores.

Guillermo Grenier y Lisandro Pérez señalan que

la existencia del enclave cubano desempeñó una función pivote en el éxito económico de la comunidad cubano-americana y en la transformación del perfil económico de Miami. Frecuentemente los cubanos encabezaban las compañías de importación y exportación, los bancos que financiaban las transacciones y las pequeñas compañías de transporte y servicios que permitieron emigrar bienes y servicios.¹²

La comunidad cubana en Miami constituye, desde esta perspectiva, una estructura socioeconómica significativa para el análisis de las relaciones económicas internacionales de esa ciudad, sobre todo con los países de América Latina y el Caribe. Como de aquí se deriva, el concepto inicial del enclave étnico se ha aplicado en un sentido bastante amplio y no se refería exclusivamente a la noción de aislamiento de la economía interna en que se establecía. Sin embargo, aunque se esbozaba, tampoco se desarrollaba su función de vínculo con la economía global, pues los enfoques se dirigían al problema del desarrollo interno de esas concentraciones de inmigrantes. El problema central era su inserción en el mercado de trabajo; en ese marco, el debate sobre el concepto sociológico de enclave étnico se concentró en las posibilidades brindadas por este a la inserción de los nuevos inmigrantes en la economía local.

La idea del enclave étnico surgió asociada, principalmente, a las opciones que enfrentaba un nuevo inmigrante en el mercado de trabajo. Se trataba de ofrecer una explicación al relativo éxito evidenciado por los cubanos al desplegar, en un corto período, una red de negocios concentrada en un área geográfica determinada y con un crecimiento notable basado en relaciones interétnicas, en que, a diferencia de lo supuesto por otros enfoques, el enclave étnico brindaba una opción de trabajo remunerativa y con posibilidades de desarrollo dentro de una empresa poseída por un miembro del mismo grupo étnico. En estas aproximaciones se dejaban a un lado otros factores explicativos de la formación del enclave cubano-americano, como la asistencia preferencial brindada a estos inmigrantes por el gobierno estadounidense, la decisión más trascendente fue el Programa de Refugiados Cubanos, lanzado en febrero de 1961 y por el cual se llegó a gastar hasta cien millones de dólares anuales.¹³

La teoría sociológica sobre el enclave suponía un mercado de trabajo segmentado y postulaba la existencia de una especie de sector económico, representado por el enclave étnico, en condiciones de ofrecer empleo de forma semejante a las del sector primario de la economía. Los resultados del sector

empresarial de la comunidad cubano-americana radicada en Miami evidenciaban la posibilidad de aislar, de algún modo, a los miembros del grupo étnico de las consecuencias negativas que tendría el nuevo inmigrante al enfrentar un mercado de trabajo segmentado, en el que usualmente los recién llegados debían emplearse, en correspondencia con la teoría del mercado dual, en sectores secundarios de trabajo, en pequeñas firmas periféricas, donde sus posibilidades de desarrollo y progreso se verían limitadas.

El entonces nuevo enfoque sobre el enclave étnico desarrollado por Kenneth L. Wilson y Alejandro Portes en 1980¹⁴ planteaba como alternativa el enclave, para explicar lo que parecía ser un resultado anómalo: los relativamente favorables indicadores socioeconómicos observados en la comunidad de cubanos concentrada en el Sur de la Florida, al compararse con otros grupos de inmigrantes. A partir de ahí, se ofrecieron diversas interpretaciones sobre el beneficio reportado por el enclave étnico para los nuevos inmigrantes. Lisandro Pérez¹⁵ consideraba que los inmigrantes incorporados al enclave pudieran no encontrar desde un inicio una mayor remuneración por el trabajo, pero que estas estructuras étnicas, supuestamente, ofrecían redes informales favorecedoras del proceso de adquisición de nuevas habilidades y, en general, beneficiaban la inserción en una pendiente ascendente de desarrollo socioeconómico, comportamiento no típico del sector periférico al que supuestamente debían incorporarse, de manera mayoritaria, los nuevos inmigrantes.

Desde esta perspectiva, la función económica del enclave étnico, al servir de base para la inserción de nuevos inmigrantes, cumple un primer paso para el establecimiento de relaciones económicas internacionales entre el país de origen y destino, que luego se expresará en otras variables económicas: flujos monetarios y comerciales.

Enclave étnico y espíritu empresarial

Uno de los enfoques iniciales de la sociología sobre los inmigrantes partía de lo que se conoce como «la hipótesis de la asimilación». Los inmigrantes llegaban con los componentes étnicos de la sociedad de origen y el reto enfrentado consistía en el ritmo y la forma como se producía la asimilación de la identidad y los valores esenciales característicos del grupo cultural dominante en la sociedad de destino.

Esta aproximación resultó inútil en el momento en que se pretendió explicar las concentraciones espaciales de inmigrantes y el significado que tenía la creación de una serie de instituciones sociales, culturales, políticas y económicas que de alguna manera ofrecían resistencia

a esa llamada asimilación de los distintos grupos minoritarios.¹⁶ Había que establecer un modelo que explicara los resultados alcanzados. La formación de distintos negocios a cargo de las diversas comunidades étnicas lograba modificar el entorno que encontraría en lo sucesivo cada nuevo inmigrante.

La asimilación no permitía comprender la persistencia de las comunidades étnicas, debido tanto a la preservación de sus elementos culturales característicos como a la continua incorporación de nuevos inmigrantes del país de origen, atraídos por las condiciones propicias creadas por los grupos precedentes. Más que elementos comunes entre los latinos, se encontraba una heterogeneidad en el comportamiento de los principales indicadores socioeconómicos que presentaban los distintos grupos de inmigrantes latinoamericanos.¹⁷

En vista de que no todos los inmigrantes parecían evidenciar la misma propensión al empleo por cuenta propia, ni el mismo grado de disposición empresarial, se buscaron diversas explicaciones a los resultados apreciados en la práctica. El espíritu empresarial de una minoría étnica se expresaba en la inclinación demostrada a formar sus propias entidades económicas, en muchos casos microempresas, basadas en el autoempleo y el trabajo familiar. La proporción de empresas poseídas por inmigrantes sobre el total de inmigrados de cada minoría étnica brindaba un indicador para medir esa tendencia.

Una respuesta de los teóricos a la diferencia observada en la propensión empresarial se buscó en los distintos patrones culturales y los valores propios de las diversas minorías étnicas.¹⁸ Esta parecía ser la razón por la que algunos grupos de inmigrantes estarían más dotados para formar nuevas empresas y negocios a su llegada a los Estados Unidos, mientras otros se incorporaban en mayor proporción como fuerza de trabajo.

Sin embargo, este tipo de enfoque étnico-cultural no lograba revelar diferencias observadas entre grupos que tenían en común los mismos patrones religiosos y antecedentes culturales; tampoco ofrecía explicación para el caso contrario, es decir, cómo podía entenderse que formaciones de enclaves integrados por miembros de agrupaciones de inmigrantes que no tenían en común este aspecto —como los chinos y los cubanos—, manifestaban una inclinación semejante a los negocios.

Tampoco se apreciaba una relación consistente entre el patrón de adaptación a la sociedad de destino y el origen étnico. La estrategia de ajuste variaba de un asentamiento a otro para una misma comunidad étnica. Ello condujo a los especialistas a buscar las causas que podrían explicar el comportamiento diferenciado de

estos grupos en su propia percepción sobre el carácter temporal o definitivo de su residencia en la sociedad de destino. Se suponía que la temporalidad impulsaba distintas actitudes y mecanismos de adaptación.

Pero dado que también existían derivaciones contradictorias basadas en ese supuesto de diferentes percepciones sobre la temporalidad de la presencia inmigrante dentro de la sociedad receptora, este argumento tampoco reflejaba convenientemente la realidad. Parece estar bien comprobado que los cubanos no tenían expectativas de regresar a su país después de la crisis de octubre de 1962 y, sin embargo, demostraban una notable propensión empresarial. En cambio, los mexicanos podían caracterizarse mejor con un patrón migratorio de retorno y no manifestaban tan alto porcentaje de inclinación empresarial.

De forma semejante a lo descrito para los patrones étnico-culturales, también se presentaron propuestas basadas en el grado de discriminación que enfrentaban dentro de la sociedad estadounidense; pero las consecuencias eran parciales (en el mejor de los casos) debido a que se observaban resultados favorables sobre el desarrollo económico en comunidades étnicas de diverso origen étnico-cultural, como en el caso de ciertas comunidades chinas y cubanas.

Después, al calor del auge de los enfoques ideológicos de la política, se han presentado interpretaciones de varios especialistas preocupados por la creciente participación de inmigrantes de origen latino, sobre todo mexicanos, y la resistencia a la asimilación expresada por los asentamientos, comunidades o agrupamientos espaciales de los hispanos dentro de la sociedad estadounidense como un desafío étnico cultural a los valores principales que hasta el presente han definido la identidad nacional del país,¹⁹ una perspectiva criticada por su esencialismo y, en última instancia, por su racismo.

Por tanto, las concentraciones espaciales de inmigrantes que encontraban dificultad para incorporarse al sector primario de empleo y a la vez tenían una elevada tasa de creación de negocios en las ciudades donde se agrupaban, parecían indicar un patrón de integración socioeconómico y cultural distinto que desafiaba las predicciones de asimilación presentadas por algunos teóricos de la sociología. La resistencia a la asimilación de los asentamientos étnicos se debía, en buena medida, a que estos agrupamientos poblacionales de origen étnico común brindaban la posibilidad de realizar la mayor parte de las relaciones sociales en un contexto dominado, o con mayoritaria participación de miembros de su propio origen que comparten el idioma, las preferencias culturales y los valores de la cultura hispana y, más específicamente cubana o mexicana, según el caso.

Para atender ese fenómeno, se apeló también a la teoría del enclave étnico.²⁰ A finales de los años 80 del pasado siglo, esta teoría se sometió a revisión y resultó objeto de una gran controversia, no solo debido a las características que definen el enclave, sino a las pruebas realizadas para validar esas hipótesis. En 1992, Suzanne Model trató de probar la hipótesis del enclave basada en el diferencial de ingresos de los inmigrados participantes respecto a los no incorporados a esta estructura socioeconómica. Encontró en una muestra de varones chinos en Oakland, San Francisco y cubanos en Miami, que la economía étnica no producía ventajas ni desventajas significativas, al menos en lo referido a la determinación de los ingresos.²¹

Un trabajo de Leif Jensen y Alejandro Portes, de 1989,²² fue corregido por sus propios autores tres años después y se sometió a un debate con Jimmi Sanders y Victor Nee²³ con el propósito de solucionar las discrepancias respecto al llamado enclave económico. El resultado fue difuso. Jensen y Portes reconocieron la falta de robustez de las hipótesis que antes habían elaborado, aceptando que el efecto neto del enclave sobre la calidad del empleo —positivo o negativo— no era suficientemente fuerte. Parte del problema se basaba, supuestamente, en la calidad de los datos y la definición operacional de reconocer a los participantes en el enclave económico a partir de trabajar o vivir en el área definida.

En ese debate, Sanders y Nee, partiendo de la misma información, comprobaban una desventaja en el enclave para sus empleados, no para los empresarios. En general, la discusión respecto al enclave económico étnico y las pruebas que pudieran sustentar ese beneficio relativo en los ingresos de los miembros de la comunidad allí insertados, no ha sido concluyente.

No obstante, las investigaciones sobre el enclave étnico cubano-americano, más allá de su connotación teórica para las ciencias sociales y la sociología en particular, tienen la virtud de llamar la atención sobre el rápido crecimiento de los negocios de una minoría étnica representada por los inmigrantes de un país determinado, que tienden a concentrarse en un área geográfica específica, como ha sido el caso de los cubanos establecidos en la ciudad de Miami.

Respecto a las comunidades étnicas, existen elementos que se sostienen con independencia de la validez de la hipótesis sociológica del enclave étnico. La economía configurada por los negocios étnicos concentrados en determinadas ciudades de los Estados Unidos era, y es, un fenómeno real, registrado por los censos económicos de ese país, al menos en lo que respecta al crecimiento superior de la economía local y de la cantidad de empresas pertenecientes a esa minoría y sus ingresos.

Para el caso de los cubanos en los Estados Unidos, entre los principales elementos que distinguen su enclave en Miami podrían mencionarse los siguientes:

- Una rápida concentración de los cubanos y sus descendientes en esa ciudad del sur de la Florida,²⁴ que a pesar del programa de reasentamiento, crearon una masa crítica —cabría decir una concentración étnica— que, a la larga, contribuyó al fortalecimiento de una comunidad cubano-americana. No sería ocioso presentar algunos datos que ilustren ese proceso de ascenso. «En 1976, la población de origen hispano en el Condado Dade (Miami) fue estimada en 488 500, 33% del total. Cerca de 82% de esa población era cubana».²⁵ Los que retornaron desde otras regiones de los Estados Unidos eran portadores de experiencias y en algunos casos habían acumulado capital para iniciar su propia empresa.
- El rápido crecimiento de los negocios de las minorías cubano-americanas en proporción al número de inmigrantes evidenciaba un comportamiento relevante, al menos en un primer momento.
- Por último —y lo más trascendente—, las minorías étnicas cubano-americanas y su expresión empresarial han contribuido a la reinserción económica de Miami, tanto dentro de la economía de los Estados Unidos como a escala global, modificando su patrón de crecimiento económico y lugar en la división del trabajo.

Desde esta perspectiva económica, afincada en una visión regional y geográfica de las relaciones económicas internacionales, se identifica a la comunidad cubano-americana radicada en Miami, tanto a la fuerza de trabajo como a empresarios y propietarios de empresas, como una de las fuentes promotoras del nuevo diseño de esa ciudad del sur de la Florida como centro comercial y financiero en las relaciones económicas de los Estados Unidos con los países latinoamericanos y caribeños, si bien existen distintas interpretaciones sobre la contribución específica del factor migratorio a este proceso, que también se apoya en las peculiaridades de la acumulación capitalista en ese país y, a escala global, en el marco de la globalización.

Comunidades étnicas transnacionales y el despliegue de una ciudad global

Derivada de la tendencia a la globalización de la economía —entendida como la nueva fase de expansión e internacionalización de las relaciones capitalistas y, en particular, de la formación del mercado mundial de capital— se ha desplegado una literatura sobre las

funciones que asumen ciertas ciudades globales en el sistema de relaciones económicas internacionales.²⁶

La complejidad de los problemas de la economía internacional se profundiza como consecuencia tanto de los desarrollos de las fuerzas productivas y los avances tecnológicos —relacionados sobre todo con la informática y las telecomunicaciones—, como de sus modificaciones del marco institucional donde se despliegan estas relaciones. La desregulación de los mercados financieros nacionales y la liberalización de los flujos internacionales de capital han contribuido, de conjunto, a un crecimiento exponencial de los mercados de capital, rasgo objeto de numerosos análisis e interpretaciones por constituir, probablemente, una de las más claras expresiones de la globalización de la economía.

Esta tendencia fue impulsada por los criterios neoliberales de política económica que emergieron como fuerza dominante en la economía desde finales de los años 70. Sin embargo, la desregulación de las economías nacionales —en lo que respecta a los movimientos de capitales, información y servicios—, no fue acompañada en los países centrales por una liberalización de los controles a los movimientos migratorios y al libre flujo del factor trabajo en el eje Sur-Norte de las relaciones internacionales, de lo cual se deriva un rasgo importante del funcionamiento de la economía mundial actual.

Los países al sur de los Estados Unidos fueron impulsados gradualmente durante el proceso de ajuste y estabilización de sus economías asociados a la llamada crisis de la deuda externa en América Latina (a partir de 1982) a un proceso unilateral de apertura de la economía, básicamente, a la reducción de las barreras no arancelarias y arancelarias al comercio y a la apertura al flujo de capital. Se realizó un importante proceso de privatización de empresas públicas bastante profundo y se estimuló la inversión de capital extranjero, impulsándose una institucionalización de esos cambios mediante los llamados acuerdos de libre comercio.

No obstante, aunque la tendencia general se inclinó a favor de la mayor posibilidad en el movimiento de los factores productivos, no cabe duda de que el factor trabajo, el capital humano, enfrentó mayores restricciones, incluso en los procesos formales de integración económica —como en el caso del Tratado de Libre Comercio de América del Norte— o en el marco de las negociaciones del Acuerdo de Libre Comercio de las Américas, sobre todo cuando se trata de relaciones entre el Norte desarrollado y el Sur periférico.

La literatura revisada no define cuáles serían las causas de la especialización de las ciudades dentro de la división del trabajo de la economía global contemporánea, si bien se consigue clasificar las ciudades globales de acuerdo con la significación de la economía del país en que se

inserta y, dentro de estas, la jerarquía de la función asignada a escala global. Desde este enfoque, Miami puede clasificarse como una ciudad secundaria del país centro del capitalismo mundial, y en tanto el análisis se restrinja a los países de América Latina y el Caribe, su papel alcanza una mayor significación.²⁷

En el problema examinado, es pertinente reconocer los factores históricos o de otra índole que contribuyeron a otorgarle nuevas funciones a algunas ciudades dentro del sistema capitalista global. El caso de Miami lo examinaría Saskia Sassen al identificar el nuevo papel de las ciudades globales en la economía mundial²⁸ y discernir en qué medida este resultado se deriva del aporte de la comunidad cubana concentrada allí, o si se trata de un nuevo complejo de negocios que responde a las demandas creadas por el proceso de globalización.

Desde finales de los años 80 Miami posee la cuarta mayor concentración de oficinas bancarias extranjeras en los Estados Unidos, solo superada por Nueva York, Los Ángeles y Chicago. Es un centro de las comunicaciones y del transporte desde los Estados Unidos hacia el Caribe y América Latina, y en tal calidad ha venido compitiendo por ser la sede del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Importantes corporaciones transnacionales han trasladado sus oficinas centrales de otras ciudades de la Unión a Miami. Muchas empresas extranjeras han ubicado oficinas allí. Por sus funciones dentro de la economía global, Miami se puede considerar una plataforma para los negocios internacionales, pero concentrada en su región sur en condición de centro para la administración y el control a distancia para transacciones en América Latina y el Caribe de firmas interesadas en esta subregión.

De acuerdo con la interpretación de Sassen sobre las causas que determinaron la nueva función global de la ciudad,²⁹ se reconoce la existencia de elementos que trascienden tanto a la dinámica de la formación del enclave cubano como a la expansión del mercado de América Latina y el Caribe; es decir, se considera al enclave como condición importante, pero no suficiente para explicar el nuevo lugar de Miami en la economía internacional.

Al tratar de interpretar los factores determinantes de esa nueva función otorgada por el capitalismo global a esta ciudad, se considera que si bien «el crecimiento del enclave cubano apoya la internacionalización de la ciudad, al crear una fuente de administración bilingüe y habilidades empresariales en los negocios internacionales, estos recursos le dan a la ciudad una ventaja en la competencia por el comercio con América Latina». No obstante, la forma particular de globalización evidenciada en Miami es el resultado de un conjunto de factores, entre los que despunta el enorme crecimiento, en niveles absolutos, de la inversión

extranjera en América Latina, la «creciente complejidad que esas transacciones involucran y las tendencias mundiales de las firmas de todo el mundo de operar globalmente». El desarrollo de Miami como ciudad global se beneficia del enclave, pero la dinámica se deriva en esencia del proceso de globalización.³⁰

Según ha sustentado Ramón Grosfoguel, en la nueva conformación de la ciudad se entrelazan explicaciones desde la perspectiva de la lógica de la acumulación capitalista —el enfoque más frecuente— con elementos aportados por la dinámica geopolítica que condicionan el desarrollo de una ciudad mundial, por su función de centro del sistema de relaciones con el Caribe y con América Latina.³¹ La diferencia entre estas dos visiones del problema consiste en el lugar subordinado que se le puede otorgar a la dinámica de acumulación capitalista global, o a la dinámica geopolítica que contribuyó a la formación de ese enclave.

La creciente importancia de las comunidades latinas en los Estados Unidos y el ascenso de la globalización, en su más amplio sentido, han llamado la atención sobre el fenómeno migratorio en su aspecto transnacional, un flujo y reflujo que de alguna manera permite enlazar las comunidades étnicas en los países de destino con los de procedencia.

El planteamiento global respecto a las migraciones y sus asentamientos ha encontrado diversas expresiones no solo de la transculturación —en el sentido que lo expresaba el sabio cubano Fernando Ortiz, con énfasis en aspectos culturales—, sino que se le ha incorporado el tema de las remesas migratorias como un importante vínculo económico de las comunidades étnicas con sus países de origen. Este asunto se ha analizado en las experiencias de México, República Dominicana, Cuba —a pesar de las restricciones planteadas por la política de bloqueo económico a esta última— y otros países de Caribe.³²

Aunque no ha sido postulado explícitamente, las comunidades étnicas latinas, debido a su dimensión transnacional, pueden no solo crear vínculos económicos importantes mediante el envío de remesas monetarias, sino también contribuir a la expansión del comercio.

La llamada economía fronteriza, redes corporativas y agrupamientos industriales

El efecto de las redes establecidas entre las firmas, empresas económicas o corporaciones, entre las que interactúan miembros de comunidades afines, tiende a establecer un conjunto de relaciones de cooperación entre firmas económicamente dependientes para lograr ventajas sobre sus competidores.³³ Estas formas de

organización no cancelan o sustituyen al mercado; pero ante el insuficiente desarrollo de alguna de las partes involucradas u otras limitaciones de las estructuras formales de información y comunicación en que se sustentan las relaciones económicas, brindan suficiente flexibilidad y estabilidad como para explicar el crecimiento del mercado en magnitudes que no pueden ser reveladas por las teorías convencionales del comercio. Las redes empresariales conformadas sobre estas bases se benefician de compartir conocimientos sobre el funcionamiento de ambos mercados, su mejor forma de acceso, ofrecida a partir de un aval cultural-étnico que expande las posibilidades de la comunicación. Ello conlleva a un ahorro en los costos de transacción, que no podrían realizarse en ausencia de estas redes transfronterizas. Eventualmente, estas condiciones especiales promueven, mediante un efecto recíproco, la expansión de las demandas y las ofertas a ambos lados de la frontera.

Estos efectos son relevantes sobre todo en contextos inestables, como los que han caracterizado a las economías de América Latina, sobre todo durante los años 80, pero también para los llamados procesos de transición de las economías de Europa del Este hacia el capitalismo y su mayor inserción en las relaciones económicas con Europa occidental.

La organización de relaciones económicas intra-étnicas, o entre partes fronterizas o cercanas geográficamente, pero con componentes étnico-culturales muy afines en su composición inicial y desarrollo reciente, puede favorecer las transacciones económicas en condiciones de imperfección del mercado. Aun cuando se pueda considerar bastante eficiente en su funcionamiento, permite vencer o reducir los riesgos y las incertidumbres del entorno económico mediante el establecimiento de un clima de confianza entre las partes.

Enfocadas desde una perspectiva económica, las comunidades étnicas representan una forma de coordinación de los recursos de las empresas y, por lo tanto, facilitan o promueven el intercambio fronterizo. Si dentro de un mismo espacio económico sin fronteras esta función puede ser importante, sin dudas lo es mucho más cuando se trata de vencer obstáculos no formales en las relaciones económicas entre dos países cuyas culturas dominantes poseen patrones diferenciados y en ocasiones conflictivos o antagónicos en algunos de sus rasgos.

En los modelos de agrupamientos, también llamados *clusters* industriales, se parte del supuesto simplificador de que el factor trabajo es inmóvil internacionalmente. En realidad, aunque se mantienen notables restricciones al movimiento del factor trabajo, el cambio en el equilibrio económico inicial se deriva,

precisamente, de transformaciones políticas o fronterizas radicales, crisis socioeconómicas profundas (guerras, procesos revolucionarios), a partir de los cuales se provoca una avalancha o estampida de inmigrantes, como la asociada a la expansión territorial de los Estados Unidos para el caso mexicano, la intervención norteamericana en la guerra contra España, en 1898, para el caso de Puerto Rico, el triunfo de la Revolución cubana en 1959, la guerra en Centroamérica, la violencia en Colombia, o la crisis económica más reciente en República Dominicana.

El rápido ascenso del flujo migratorio durante un período determinado hacia países centrales está vinculado a problemas en las naciones subdesarrolladas, como los ocasionados por conflictos sociales u otro tipo de evento natural catastrófico de gran magnitud que, de algún modo, impide el retorno o lo obstaculiza, así como grandes crisis económicas estructurales.

El análisis teórico de Masahisa Fujita y Paul Krugman, mediante la modelación de la economía, inspirado en los esfuerzos de renovación de la geografía económica, bajo el supuesto de dos industrias y dos países simétricos, ha confirmado el resultado de que las dos industrias operarían en ambos países, una vez que los costos del transporte fueran suficientemente altos.³⁴

Según este modelo, la diferencia de la aglomeración industrial entre la situación de Europa y los Estados Unidos parece explicarse por los mayores costos de facto existentes entre las fronteras europeas, que bloquean la constitución de una agrupación industrial única de tamaño continental. Por lo tanto, este modelo ofrece una perspectiva sobre los resultados de los procesos de integración económica entre países o regiones en las cuales la reducción de barreras aduaneras debe conducir a una reorganización geográfica de la economía.

Por analogía, el anterior resultado podría aplicarse a los costos de transacción en un sentido más amplio, y la aglomeración se produciría para tomar ventaja de bajos salarios, costos de alimentos y las redes de comunicación. La configuración determinada en cada caso dependerá de las funciones de producción para el empleo de los factores en las dos industrias.³⁵

Aunque este modelo no explica qué determina la división actual de industrias entre países, la ubicación de una particular podría estar sujeta a cierta fricción o resistencia al cambio. Si una economía experimenta un choque adverso de carácter temporal, causante de la pérdida de industrias que emigran o se trasladan a otro país, no existe un mecanismo para hacerlas regresar una vez que el efecto ha sido revertido, a menos que los costos de transporte y transacción sean muy bajos.

La teoría sobre la especialización regional se apoya en el perfeccionamiento de modelos matemáticos de gran elaboración y complejidad. Su argumentación se

ha presentado en los siguientes términos: la disminución del costo de transporte podría hacer menos apropiado un patrón de especialización, pero la presencia de una estructura económica crea un efecto estabilizador. Las firmas no desean moverse de la región por los vínculos que perderían. Entonces, existe una contradicción entre las causas circulares que sostienen la actual estructura y la presión por los cambios que promueven la caída en los costos de transporte. ¿Cómo se resuelve? ¿Cuál sería la contribución de las comunidades étnicas en la dinámica de las relaciones económicas internacionales de los estados de la Unión americana para sus relaciones con los países de América Latina y el Caribe?

Si se supone que las comunidades étnicas contribuyen a reducir los costos de transacción con sus países de origen, entonces constituirían un factor importante para explicar una parte de los flujos comerciales. Dado que el mercado no está perfectamente estructurado en un contexto neoclásico (aun aceptando el éxito de la creciente liberalización del comercio y el establecimiento del Área de Libre Comercio de las Américas), no cabe duda de que las comunidades étnicas concentradas en determinados estados constituyen un dato favorable para las exportaciones desde esas regiones hacia los respectivos países de América Latina, y representan un aporte a la economía norteamericana nada despreciable en situaciones de crisis o débil crecimiento económico.

No menos importante resulta la intuición brindada por la teoría de los llamados *clusters*. Esta reconoce la importancia de las relaciones de redes encontradas entre compañías y comunidades.³⁶ Dado el enfoque de Michael E. Porter, encaminado a buscar las múltiples fuentes y teorías generadoras de la competitividad de las empresas como un aspecto fundamental, la teoría de los agrupamientos ofrecería un respaldo al enfoque aquí aplicado, en tanto las comunidades étnicas de los países subdesarrollados —asentadas y agrupadas en ciudades y Estados de países centrales— constituyen, precisamente, una contribución a la expansión de los flujos comerciales.

Según Porter, «la teoría del *cluster* extiende más allá la noción de capital social, mediante la exploración de los mecanismos a través de los cuales las relaciones de redes [entre ellas las establecidas por las comunidades étnicas, L.R.F.T.], dentro de una ubicación geográfica determinada produce beneficios para una firma particular». ³⁷ Este autor reconoce que la teoría tiene una dimensión hacia el exterior. Existen *clusters* con una importante participación en el mercado doméstico dentro de un área geográfica y una mayoritaria parte de actividad económica orientada hacia fuera —por ejemplo, exportaciones hacia otras localidades e inversiones en otras a cargo de la firma local, que

podrían haber sido impulsadas (en parte al menos) por la contribución de las comunidades étnicas.³⁸

Esta teoría, aunque no detalla la arista del problema analizado en este artículo, sí refiere de manera muy detallada la significación de las redes sociales, su concentración geográfica y su contribución a la competitividad de las empresas y, por lo tanto, a las exportaciones mediante el fortalecimiento de la confianza, la permeabilidad organizacional, fortalecida mediante la interacción entre *clusters* que elevan la productividad, alientan la innovación y redundan en la creación de nuevos negocios.

Por su carácter de síntesis de múltiples teorías, la teoría de los *clusters* económicos brinda la posibilidad de enlazar diversos aportes establecidos por un tipo particular de redes, basada en la formación de comunidades étnicas y el enfoque de las ciudades globales dentro de las que se insertan.

En resumen, puede decirse, a partir de los anteriores elementos, que distintos enfoques y teorías parecen contribuir, en una perspectiva multidisciplinaria, a la idea central de este ensayo: la concentración de las comunidades étnicas en ciertas localidades (ciudades, provincias, estados) de países desarrollados y el despliegue de redes étnicas con una dimensión transnacional aportan confianza e información a los agrupamientos industriales (*clusters*), promoviendo encadenamientos productivos y de servicios, así como relaciones económicas con sus países de origen. Probablemente la forma más visible de estos vínculos en los últimos años ha sido los flujos de capital en forma de remesas monetarias, pero no es la única. Como se ha dicho, el agrupamiento de las comunidades étnicas contribuye también al comercio, al evidenciar complementariedades, facilitar acceso a diversas instituciones comerciales y empresas, develar demandas no conocidas y, en definitiva, reducir los costos asociados a la transacción comercial, generando todo un subsistema de relaciones económicas internacionales.

Notas

1. Wayne A. Cornelius, «The Structural Embeddedness of Demand for Mexican Immigrant Labor: New Evidence from California», en Marcelo M. Suárez Orozco, ed., *Crossings. Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspectives*, Harvard University Press, Cambridge, 1998, pp. 115-44; George J. Borjas, «The Economics of Immigration», *Journal of Economic Literature*, v. XXXII, Pittsburgh, diciembre de 1994, pp. 1667-717.

2. En este artículo se aplicará una aproximación teórica al concepto de comunidad étnica de carácter operacional, para referirse a cierta concentración de población de un origen étnico común, proveniente o descendiente de países de la llamada periferia, cuya presencia en las naciones del centro es significativa y que conserva rasgos culturales, idioma, costumbres, conocimientos del país de origen,

que facilitan la comunicación y contribuyen, a través de redes étnicas, a reducir los costos de transacción del comercio y a la identificación y realización de relaciones económicas de carácter transnacional.

3. Jorge Hernández, «La cultura política del exilio cubano: entre la intolerancia y el diálogo», Julio Busquets, coord., *Cuba sociedad y trabajo*, Ed. Adjuntament de Barberá del Vallès y la Fundació Comaposada, Barcelona, 2000, p. 169.

4. David M. Gould, «Immigrant Links to the Home Country: Empirical Implications for U.S. Bilateral Trade Flows», *The Review of Economic Statistics*, v. LXXVI, n. 2, Nueva York, mayo de 1994, pp. 302-16; Keith Head y John Ries, «Immigration and Trade Creation: Econometric Evidence from Canada», *Journal of International Economics*, a. 31, n. 1, Wisconsin, 1998, pp. 47-62.

5. James E. Rauch, «Business and Social Networks in International Trade», *Journal of Economic Literature*, Boston, diciembre de 2001, pp. 1177-203; James E. Rauch y Vitor Trindade, «Ethnic Chinese Networks in International Trade», *Review of Economics and Statistics*, a. 84, n. 1, Nueva York, febrero de 2002, pp. 116-30.

6. Deborah Walter Meyers, *Migrant Remittances to Latin America: Reviewing the Literature*, The Tomás Rivera Policy Institute Working Paper, Washington DC, 3 de diciembre de 1999, <http://www.iadialog.org/meyers.html>

7. Benjamín Bastida, «La inversión extranjera en los países de Europa central y oriental», *Información Comercial Española*, n. 738, Madrid, febrero de 1995, p. 116.

8. El beneficio a la economía local estaría limitado, básicamente, a los ingresos de los trabajadores.

9. Antonio Jorge y Jorge Salazar-Carrillo, «The Contribution of Cuban Exiles to the Florida Economy», en Antonio Jorge, Jaime Suchlicki y Adolfo Leyva de Varona, eds., *Cuban Exiles in Florida: Their Presence and Contribution*, University of Miami Press, Miami, 1991.

10. Jorge Duany, «Cuban Communities in the United States: Migration Waves, Settlement Patterns and Socioeconomic Diversity», *PDLC*, n. 11, 1990, su autor identifica el término «comunidad étnica» con aquella agrupación de inmigrantes inclinada a la adaptación a la sociedad de destino, y no al sentido de conexión entre sociedad de origen y destino.

11. Se considera que los grupos intermediarios «clásicos» —identificados con los judíos en Europa— tienen un mayor dominio de los idiomas extranjeros y manejo de las relaciones internacionales que los miembros de la sociedad receptora. Estas capacidades los hacen atractivos para las élites locales y por ello se considera que la comunidad cubana en Puerto Rico asume esa función intermediaria. Véase Jorge Duany, ob. cit., p. 16.

12. Guillermo J. Grenier y Lisandro Pérez, «Cubans», en Elliot Robert Barkan, ed., *A Nation of Peoples. A Sourcebook on America's Multicultural Heritage*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1999, pp. 138-55.

13. Jesús Arboleya, *La contrarrevolución cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000, p. 202.

14. Kenneth L. Wilson y Alejandro Portes, «Immigrant Enclave: An Analysis of the Labor Market Experience of Cubans in Miami», *American Journal of Sociology*, v. 86, n. 2, Chicago, pp. 295-319.

15. Lisandro Pérez, «Cuban Miami», en Guillermo J. Grenier y Alex Stepick III, eds., *Miami Now! Immigration, Ethnicity, and Social Change*, University Press of Florida, Gainesville, 1992.

16. El término «minoría» se aplica en el sentido que se le otorga en la estadística estadounidense, para agrupar a los negros, indios (curiosamente los únicos habitantes autóctonos de esos territorios) y los hispanos, a veces también denominados latinos. Este último grupo, a su vez, se subdivide por los países de origen de esas minorías étnicas, en su mayoría inmigrantes nacidos en el exterior, *foreign born*, a los que habría que sumar sus descendientes. Algunas minorías no surgieron como resultado de la inmigración solamente, sino de un desplazamiento de la frontera al sur como secuela de la expansión territorial de los Estados Unidos. Tal es el caso de los méxico-americanos y chicanos.
17. Véase Alejandro Portes y Cynthia Truelove, «El sentido de la diversidad: recientes investigaciones sobre las minorías hispanas en los Estados Unidos», en Rodolfo Cortina y Alberto Moncada, eds., *Hispanos en los Estados Unidos*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1988, pp. 27-58.
18. Alejandro Portes y Ruben G. Rumbaut, *Immigrant America. A Portrait*, University of California Press, Berkeley, 1990, pp. 67-93.
19. Véase Samuel P. Huntington, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Simon & Shuster, Nueva York, 2004.
20. Kenneth L. Wilson y Alejandro Portes, ob. cit.
21. Suzanne Model, «The Ethnic Economy: Cubans and Chinese Reconsidered», *Sociological Quarterly*, v. 33, n. 1, University of California Press, 1992, pp. 63-82.
22. Alejandro Portes y Leif Jensen, «The Enclave and the Entrants: Patterns of Ethnic Enterprise in Miami before and after Mariel», *American Sociological Review*, v. 54, n. 6, Washington DC, diciembre de 1989, pp. 929-49.
23. Jimmy Sanders y Victor Nee, «Problems in Resolving the Enclave Economy Debate (Comment on Portes and Jensen, ASR, December 1989)», *American Sociological Review*, v. 57, n. 3, Washington DC, junio de 1992, pp. 415-7.
24. Aunque no es el objetivo explicar las causas de la formación del enclave de Miami, son bien conocidas las condiciones particulares favorecedoras de su formación, tanto por su composición socioeconómica privilegiada —sobre todo de las primeras oleadas— como por las condiciones especiales ofrecidas por el país receptor, parte de sus instrumentos de política encaminados a derrocar al Gobierno Revolucionario. El núcleo precursor del enclave estuvo constituido por las clases dominantes desplazadas del poder político y económico —la alta burguesía urbana, los terratenientes, comerciantes y profesionales—, con una experiencia y una dotación de capital que la diferenciaba del resto de los flujos migratorios principales, tanto de los mexicanos como de los puertorriqueños.
25. Kenneth L. Wilson y Alejandro Portes, ob. cit., p. 304.
26. Saskia Sassen, *The Global City. New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1991.
27. John Friedmann, «The World City Hypothesis», en Paul L. Kox y Peter J. Taylor, eds., *World Cities in a World-System*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, p. 320.
28. Saskia Sassen, ob. cit., y «The Development of Global City Functions: The case of Miami», *Cities in the World Economy*, Pine Forge Press, Thousand Oaks, California, 1994, pp. 78-82.
29. *Ibidem*, p. 82.
30. *Idem*.
31. Ramón Grosfoguel, «Global Logic's in the Caribbean City System: The Case of Miami», en Paul L. Knox y Peter J. Taylor, eds., ob. cit., pp. 156-69.
32. Véase Jorge Duany, «Redes, remesas y paladares: la diáspora cubana desde la perspectiva transnacional», *Tercera Conferencia de Estudios Cubanos y Cubano-americanos*, Universidad Internacional de la Florida, Miami, 19-21 de octubre de 2000.
33. Katja Gerling y Klaus-Dieter Schmidt, «Emerging East-West Corporate Networks in Central European Border Regions: Some Theoretical Arguments and Stylized Facts», en *Integrating the Enterprise Sphere of Central European Countries in Transition into European Corporate Structures*, Grup d'Anàlisi de Transició Econòmica / ACE, Project N° 95 P-2003-R.Barcelona, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2003, pp. 259-83.
34. Masahisa Fujita, Paul Krugman y Anthonie J. Venables, *The Spatial Economy: Cities, Regions, and International Trade*, The MIT Press, Cambridge, 2000, p. 290.
35. *Ibidem*, p. 297.
36. Michael E. Porter, «Clusters and Competition. New Agendas for Companies, Governments, and Institutions», *On Competition*, Harvard Business School Publishing, Boston, 1998, pp. 225-7.
37. *Ibidem*, p. 226.
38. *Ibidem*, p. 227.

La socialdemocracia europea en el gobierno: ¿izquierda o derecha?

Daniel Rafuls Pineda

Profesor. Universidad de La Habana.

Tradicionalmente, la socialdemocracia europea ha sido considerada uno de los pilares básicos sobre los que se ha desarrollado la historia política del llamado viejo continente y la actividad revolucionaria del movimiento de izquierda a nivel internacional. Sin embargo, esta corriente política, que en sus orígenes constituyó un proyecto de transformación social contrapuesto al capitalismo del siglo XIX, durante los últimos años ha transitado por una serie de vicisitudes que, para muchos, cuestionan definitivamente su condición de ser, en toda la extensión de la palabra, una fuerza de izquierda.

En los momentos actuales, un análisis medianamente profundo de este tipo de cuestionamiento —que no deja de tener un fundamento objetivo en tanto se sustenta en la inestabilidad de la política interna y externa de esa fuerza cuando ha asumido los respectivos gobiernos nacionales—, parece ir más allá de una simple valoración de coyuntura y puede responder a causas de carácter estructural y funcional del sistema político que ha condicionado su propia existencia. Con el objetivo de responder la pregunta que encabeza este artículo, es necesario recordar el contexto social donde

se ha desarrollado el movimiento socialdemócrata, determinar qué se ha considerado tradicionalmente como derecha o izquierda en política, y cómo estos términos pueden conceptualizarse hoy.

La izquierda y la derecha: sentidos y contraposiciones

Mucho se ha escrito sobre los términos derecha e izquierda, pero aún antes de pertenecer al mundo político, esta pareja de contrarios ya formaba parte de la experiencia cotidiana de los hombres y era objeto de investigación antropológica. A comienzos del siglo pasado, el sociólogo Robert Hertz fue el primero en realizar estudios científicos sobre esta pareja simbólica. Afirmaba que «al lado derecho se le atribuyen los honores, las denominaciones adulatorias, las prerrogativas: actúa, ordena, toma. Al contrario, el izquierdo es despreciado y reducido al rol de humilde auxiliar: no puede hacer nada solo; ayuda, apuntala, tiene».¹ Christopher R. Hallpike, por ejemplo, establece dos series simétricas de atributos aplicables a la pareja

de conceptos derecha e izquierda. Al lado derecho se asocian los siguientes: superior, sagrado, varón, claro, vida, sol, alto y noble; al izquierdo: inferior, secular, hembra, oscuro, muerte, luna, bajo y plebeyo.² Estas aseveraciones las confirma el mundo bíblico. La mano derecha es el símbolo de la potencia de Dios, que se ilustra a través de las grandes acciones de su diestra. Con ella golpea al enemigo y libera a su pueblo. Según algunos versículos, cuando el Mesías, sentado a la diestra de Dios, viniera a juzgar como rey a todo el universo, colocaría a su derecha a los benditos por el Padre y a su izquierda a los malvados. En este sentido, dentro del cristianismo la derecha y la izquierda, por ser conceptos polares, también llegan a ser imágenes del bien y del mal. Esa religión supone que si los habitantes de Nínive «no saben distinguir entre la mano derecha y la mano izquierda», es porque no conocen la diferencia entre lo justo y lo injusto.³

Desde hace unos doscientos años, a los términos derecha-izquierda se han sumado conceptos como pasado-futuro, privado-público, capital-trabajo, autoridad-libertad, lo cual concuerda con la mayor parte de la literatura etnográfica: la oposición binaria entre derecha e izquierda se concibe como parte de una genérica capacidad humana de clasificar al mundo que nos rodea y de derivar el sentido de las cosas en relación con sus contrarios. Queda abierta así la cuestión de si en los orígenes de esta oposición está un conflicto neurológico o un problema de condicionamiento cultural.⁴

No obstante esta tradicional bien marcada diferenciación de campos, donde la izquierda lleva siempre la parte más oscura, hoy se dice que los conceptos de izquierda y derecha —al menos en su acepción política— han caído en una franca confusión de referentes. Y esto porque para hacerse aceptables a los sectores que antes habían excluido, tanto la izquierda tradicional como la derecha histórica han variado sus discursos. Mientras los líderes de la primera se esfuerzan por captar a los representantes de los niveles medios y altos del electorado, los de la segunda lavan sus textos en una especie de populismo para ganar adeptos entre las capas más pobres y excluidas. Hoy, cualquier persona con determinado nivel de sensibilidad política puede observar que los discursos se están traspolando y que en muchos casos se hace muy difícil poder discernir quién queda a la diestra de quién. En lo político, esta confusión parece no ser coyuntural, y tiene su explicación en la propia historia. Ella muestra que algunos programas de gobierno europeos, llamados de derecha o de izquierda, durante los siglos XX y XXI, han evolucionado casi siempre de manera muy confusa. Ni una ni otra tendencia logra dotarse de contenidos

pragmáticos continuos, relativamente estables y esencialmente diferentes unos de otros.

Cuestionando las diferencias

En el viejo continente, mientras que desde el siglo XIX la izquierda abogaba por la ruptura de las barreras nacionales para asentar internacionalmente el socialismo, la derecha defendió posiciones nacionalistas hasta la Segunda guerra mundial. Algunos años después, contrariamente a la lógica de aquellos tiempos, una zona de la izquierda europea intenta salvar lo que, por suerte, queda de los Estados nacionales. Los sectores de derecha considerados tradicionales abogaron por la superación del Estado nacional, creando la Unión Europea (UE). Pero esa organización multinacional, fundada en 1993 como consecuencia del Tratado de Maastricht, desde sus inicios fue apoyada también por los partidos socialdemócratas. El demócrata cristiano alemán de tendencia conservadora Helmut Kohl, fue uno de los principales promotores de las iniciativas en favor de la unidad de ese continente, y ese mismo papel lo desempeñó el socialista francés François Mitterrand, representante de la llamada izquierda moderada europea. El gobierno español, encabezado por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), fue otro de los doce miembros que firmaron el nacimiento de la Unión.

El proceso de gestación de la UE —que comenzó a materializarse desde 1951, con la creación de la Comunidad Económica del Carbón y el Acero, y sobre todo a partir de 1957, con la fundación de la Comunidad Económica Europea (CEE)— estuvo aupado desde sus propios orígenes tanto por los partidos de la llamada derecha histórica como por otros considerados de la izquierda tradicional. No fueron pocas las acciones que por esos años emprendieron el Partido Democrático Liberal alemán (FDP), el Partido Demócrata Cristiano italiano o el Partido Laborista de los Países Bajos para alcanzar esa unidad. Sin embargo, si bien estos aspectos ayudan a esclarecer el grado de compenetración práctica que ha existido, en algunos momentos de la historia, entre la socialdemocracia y los partidos conservadores europeos, resulta conveniente recordar también otros que contribuirían a matizar aún más su evolución.

La llamada ayuda europea a los países subdesarrollados

Desde hace algunos años, Europa ha venido implementando una serie de programas, llamados de

ayuda, cuya aplicación en la práctica podría beneficiar de manera incuestionable a distintos países del mundo subdesarrollado. Pero estas acciones están muy lejos de ser resultado de políticas preferentemente conservadoras o de iniciativas promovidas por los gobiernos socialdemócratas. En 2003, por ejemplo, según algunos expertos, la UE ya aportaba 55% de la ayuda pública para el desarrollo en el mundo y alcanzaba 66% de las subvenciones, lo cual debía incrementarse cada año. Se conocen las donaciones de esa institución, entre 1994 y 1999, a los países árabes del Oriente próximo, y las asignaciones y créditos otorgados a los Estados mediterráneos.⁵

Particularmente destacados han sido los acercamientos con América Latina mediante negociaciones directas con el MERCOSUR, los Estados miembros del Pacto Andino y algunos países por separado. Pero lo más relevante de las últimas gestiones de la UE para establecer relaciones económicas con la llamada periferia, es sin dudas la firma de los Acuerdos de Cotonou, promovidos por gobiernos de una u otra denominación partidista.⁶ Como resultado, y a partir del año 2000, algunas de esas antiguas colonias europeas deberían recibir, de las reservas de los fondos antiguos, aproximadamente dos mil millones de euros, cada una, durante un período de siete años, y tendrían a su alcance 9,5 mil millones en los siete años siguientes. A este monto se sumarían los recursos del Banco Europeo de Inversiones por valor de 1,7 mil millones de euros anuales.⁷ Sin embargo, cumplidos más de cinco años de esos acuerdos, la situación de miseria de los países ACP, así como las actitudes neocolonialistas de muchos de esos gobiernos europeos, no han variado sustancialmente. A pesar de su firma en 2000, el Acuerdo de Cotonou solo entró en vigor el 1 de abril de 2003, después de grandes dudas y penosas imposiciones por parte de los países del viejo continente.

Está aún por ver si el fondo de 13 500 millones de euros que ha asignado la UE a los países ACP hasta el año 2008 —lo que solo significa un aproximado de 0,30 centavos mensuales para cada uno de los más de 600 millones de habitantes de esas naciones—, será suficiente para garantizar el crecimiento económico y crear condiciones para un intercambio futuro justo.⁸ Si se tiene en cuenta que en 2003 los quince miembros de la UE⁹ invirtieron en el sector militar 144 mil millones de dólares —cifra que representa 66 veces más de lo que destinan a la cooperación con los ACP; o sea, 29 dólares en armas por cada habitante de esos países—, entonces el monto puede considerarse de antemano ridículo. Hasta el momento, el único y bastante restringido beneficio del que han podido disfrutar los setenta y siete países de ACP es el régimen de

preferencias comerciales no recíprocas, mediante el cual pueden colocar en Europa plátanos, azúcar, café, o cualquier otro de sus productos básicos con una mínima garantía de amparo hasta el año 2008. La exigencia más grave de estos acuerdos, que penden como una espada de Damocles sobre los países subdesarrollados, consiste en que los intercambios comerciales entre ambas partes se deben liberalizar según los términos de la Organización Mundial de Comercio (OMC) y no de acuerdo con los distintos niveles de desarrollo económico de cada Estado. Estos pasos se han dado de esa forma, aun cuando todavía no existe un plan de acción que garantice un flujo de recursos equivalente o superior a la ayuda oficial y al sistema de preferencias que esos países dejarán de percibir, lo cual debe conducirlos al suicidio como Estados independientes.

La posición de los países de la UE resulta coherente con la sostenida por los Estados Unidos en sus conversaciones sobre el establecimiento del Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA), que impone una competencia desleal a las naciones que supuestamente ayudan, o con las que comercian en condiciones aparentes de igualdad. Se basa en dos principios esenciales: por un lado, la explotación de mano de obra barata, la especulación monetaria, el comercio de armas y la incautación de bienes patrimoniales; por otro, el uso por parte de los opulentos de sofisticadas tecnologías, su monopolio casi total sobre la propiedad intelectual, sus inmensos recursos financieros y, sobre todo, la invasión cultural, que hace pensar a muchos en el sueño europeo o norteamericano. Esa manera de concebir la «ayuda» no facilitará cumplir las metas de la ONU en el sentido de reducir la pobreza a la mitad antes de 2015. Así lo manifestó la Unión Africana diez días antes de que el Grupo de los Siete (G-7) reuniera a sus ministros de economía, en febrero de 2005, para discutir su agenda anual; así también lo plantearon los países subdesarrollados, en bloque, en la reunión Cumbre de las Naciones Unidas, celebrada en septiembre de 2005.¹⁰

Aunque naciones como Dinamarca, Holanda, Luxemburgo, Suecia (todas miembros de la UE y la última con un gobierno socialdemócrata) y Noruega han comenzado a aportar 0,7% de su Producto Interno Bruto (PIB) al desarrollo, como había promulgado la ONU hace más de treinta años; y otras, como el Reino Unido y España (con gobiernos encabezados por partidos tradicionalmente conocidos como de izquierda) han hecho distintas propuestas para aumentar la ayuda a los países africanos,¹¹ lo cierto es que no se ha materializado el peso fundamental de la contribución financiera y comercial global prometida.

Al fines de 2004, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) destacó que durante la

década pasada, como resultado de la globalización, de los treinta y cuatro países africanos más pobres del planeta, ninguno obtuvo beneficio social y económico. Más aún, se señaló que las tasas de los productos nacionales brutos y del PIB por habitante marcaban una tendencia general hacia el retroceso en esa región, lo cual fue ratificado con respecto a 2005.

La prometida ayuda europea despierta varias interrogantes: ¿cómo garantizar el libre acceso de los productos de los países subdesarrollados a Europa si el comercio, el transporte y sobre todo las organizaciones de compraventa están en manos europeas o siguen dominadas por sociedades multinacionales? ¿Cómo garantizar la libre entrada de esas producciones al mercado europeo si aún no se ha resuelto el problema de los subsidios (sobre todo agrícolas) que reciben los productos de los países desarrollados, en detrimento de los que producen las naciones pobres? ¿Serán capaces los europeos de sobreponerse a la tradición capitalista respecto a las prestaciones e inversiones y cumplir sus compromisos de ayuda a los países no desarrollados, aun en aquellas áreas donde no existan proyectos de grandes ganancias para quienes aportan el dinero? Además, ¿cuál será el objetivo real de la ayuda prometida, si esta realmente puede ser llamada de esa forma y si pudiera llegar a concretarse de manera completa alguna vez? ¿Será convertirlos en países con un alto nivel de vida que permita establecer el comercio en condiciones de igualdad, o resultará una manera más de llevar financiamiento hacia naciones más pobres —por lo demás sobradamente endeudadas— con el objetivo de crear en sus mercados la capacidad de compra suficiente para recibir los productos mejor elaborados y más caros de los Estados desarrollados?¹²

Todos esos cuestionamientos, que pudieran ser pensados por economistas y políticos honestos, se complementan con otras dudas vinculadas a las exigencias concretas de los proclamados programas asistenciales: ¿qué motivación real tendrá el condicionamiento político de la ayuda? ¿Será el respeto a los derechos humanos, el combate a la corrupción o el fortalecimiento del sistema democrático —argumentos con los que constantemente se está presionando a Cuba—, o perseguirá el objetivo oculto de evitar ulteriores transformaciones revolucionarias y garantizar el control europeo sobre las áreas periféricas?

Hay otra gran preocupación en los pueblos no europeos, vinculada directamente a esta última pregunta y relacionada con la aparición del llamado Euroejército y la creación de una Fuerza de Respuesta Rápida que, para 2006, ya debía haber contado con unos sesenta mil efectivos y con suficiente capacidad logística para mantenerse durante cierto tiempo. A pesar de la lentitud

La socialdemocracia europea en el gobierno: ¿izquierda o derecha?

en la consecución definitiva de este objetivo y, sobre todo, de la «benevolencia» con que se ha concebido, se teme que esta formación militar, alejada en apariencia de la acción hegemónica de los Estados Unidos, no sea el escudo protector de Europa ante una agresión externa o ante una acción que ponga en peligro la vida de los europeos —como tanto se dice—, sino una especie de EUROOTAN para garantizar los intereses de esa región en la parte del mundo atrasado, donde están fortaleciendo sus relaciones económicas.¹³

Si se recuerda que hasta el año 2004 de los 19 países miembros de la OTAN,¹⁴ 17 eran europeos y 11 de ellos de la UE, y que ha habido pocas acciones de esta organización noratlántica, en los últimos quince años, donde varios de esos países no hayan estado involucrados,¹⁵ entonces es de suponer que esas inquietudes no sean infundadas. Aunque tradicionalmente los primeros quince países que entraron a la UE se han mostrado reticentes al uso de la fuerza militar para garantizar el cumplimiento de los tratados internacionales en materia de prohibición de las armas de destrucción masiva (algo que reiteraron en Luxemburgo en junio de 2003),¹⁶ no es falso que en la segunda mitad de ese propio año sus ministros de asuntos exteriores hicieron una precisión que dejó marcada claramente su verdadera postura en torno a los temas de intervencionismo en los asuntos internos de cada Estado. En ese entonces, acordaron el uso de la fuerza contra países que estén en posesión de armas de destrucción masiva o desarrollen programas de armas químicas, nucleares o biológicas. La afirmación de que intervendrían solo con el aval del Consejo de Seguridad de la ONU no los exonera, como ha demostrado su propia historia, de ser vulnerables a las presiones de determinados grupos de interés o a lo que quieran considerar «pruebas» aportadas por los servicios de inteligencia de distintas potencias. Ya lo demostraron en su momento los servicios secretos de Gran Bretaña, Italia y España, en contubernio con los Estados Unidos, para justificar el ataque a Iraq.

El hecho de que la gran mayoría de esas acciones, como la supuesta ayuda a los países ACP, también haya sido compartida por las propias fuerzas socialdemócratas europeas que han ocupado en reiteradas ocasiones el gobierno, demuestra que esa corriente —al menos cuando se hace gobierno— es capaz de ejecutar programas sustancialmente iguales a los promovidos por la derecha tradicional. Existen, por consiguiente, sobradas razones para que esta pueda ser cuestionada como una fuerza de izquierda. Asimismo, si bien el caso más elocuente de la inconsecuencia programática de la denominada izquierda política tal vez sea la adhesión de los otrora llamados países comunistas (pro-estadistas por excelencia) a la economía

de mercado, se pueden encontrar otros ejemplos vinculados a las referidas confusiones entre las tendencias de izquierda y derecha, también muy ilustrativos.

La derecha tradicional y la socialdemocracia luego de la Segunda guerra mundial

En el período de entreguerras, la corriente dominante del movimiento socialista europeo, más que el bolchevismo, fue la socialdemocracia, que contó con un amplio apoyo del electorado europeo, refugiado en una gran cantidad de partidos políticos. Entre ellos, los Partidos Laboristas de Gran Bretaña, Países Bajos y Noruega recibieron un creciente respaldo de masas, y también los partidos socialdemócratas de Suecia y Alemania. En esa misma etapa tuvieron un notable éxito popular los partidos socialistas de Francia e Italia, el Partido Socialista Obrero Español y el Partido Obrero en Bélgica. Esas organizaciones tomaron posesión del gobierno, aunque de forma interrumpida, en Gran Bretaña y Alemania durante la década de los 20, y en Bélgica, Francia y España en los años 30, bajo la fórmula de Frente Popular.

En ese período todavía no se relacionaba el socialismo, ni a sus variantes marxista o socialdemócrata, con la gestión de la economía por parte del Estado y la expansión del sector público a través de las nacionalizaciones. La actuación de los gobiernos de derecha y de los socialdemócratas no se diferenciaba sustancialmente. Pero la socialdemocracia europea, que también se autorreconoce y se le identifica como una corriente política en esencial reformista, ha sido exitosa en gran parte del continente durante el resto del siglo xx y en los primeros años del XXI. Esto se explica, entre otros factores, por su adhesión a las normas básicas de la democracia liberal. Este movimiento ha aceptado tradicionalmente los conceptos de elecciones libres, derechos fundamentales y libertades públicas, de pluralismo político —entendido en la acepción esencial de pluripartidismo— y comparte los llamados principios de soberanía del Parlamento y división de poderes, lo cual le propicia la suficiente «flexibilidad» político-ideológica como para poder formar gobiernos, por lo general en coalición, o recibir el apoyo de otros partidos políticos de diferentes orientaciones doctrinarias, incluyendo los menos populares.

Por todo ello, a partir de 1945 los partidos socialistas se convirtieron, en la mayor parte de Europa occidental, en la principal alternativa frente a los conservadores y democristianos. Suiza y la República de Irlanda son las principales excepciones. En Gran Bretaña por ejemplo, entre 1945 y 1951 la izquierda laborista del premier Clement Richard Attlee, líder del Partido Laborista

Británico de 1935 a 1955, ocupó el gobierno y propugnó una fuerte presencia del Estado en la economía nacional. Durante su mandato se nacionalizaron el Banco de Inglaterra, los servicios públicos, los ferrocarriles, la industria minera del carbón, y se creó el Servicio de Salud Pública. Se concedió la independencia a la India, Pakistán, Birmania y Ceilán. En otras naciones como Bélgica y los Países Bajos, los socialistas alcanzaron algunos de sus objetivos formando parte de una coalición gubernamental con otros partidos. Sin embargo, a pesar de que las nacionalizaciones han sido relacionadas a menudo con los partidos socialistas, fueron con frecuencia los gobiernos de partidos no socialistas los que más recurrían a ellas, como ocurrió en Francia (1945-1947), Austria (1945-1947) e Italia (1945-1947 y en la década de 1960).

Por el contrario, un partido socialista triunfante como el socialdemócrata sueco, así como el alemán, no recurrieron a las nacionalizaciones para ampliar la propiedad estatal. El primero optó por controlar el mercado del trabajo y mantener el pleno empleo. El segundo, que formó varios gobiernos de coalición entre 1966 y 1982, se centró en el desarrollo económico y experimentó con formas de democracia industrial.

Un rasgo también muy común a los gobiernos europeos de entonces fue la aplicación de medidas que pasaron a la historia bajo el nombre de Estado de bienestar social general.¹⁷ Mediante este, en los países del viejo continente, al margen de los respectivos signos políticos de los partidos que ganaran las elecciones presidenciales o parlamentarias, se introdujeron la enseñanza y salud gratuitas, así como otros amplios beneficios a favor de jubilados y demás sectores sociales de bajos recursos. Pero es posible advertir la similitud entre las reformas sociales que han aplicado históricamente los partidos socialdemócratas en Europa, y las que han promovido los llamados sectores de derecha. Cabría entonces preguntarse: ¿por qué estos partidos han sido calificados como dos fuerzas políticamente distintas: una de izquierda y la otra de derecha?

Las respuestas a esta interrogante pueden ser muchas. Incluso aquellas que relacionan la actuación «benevolente» de la derecha, después de la Segunda guerra mundial, como reacción a las presiones que ejercieron en su momento los sectores sindicales y populares en general, y como consecuencia de la significación moral que tuvo la presencia de las tropas soviéticas en la parte de Europa ocupada por ellos. Pero sin demeritar el importante papel de las fuerzas revolucionarias en aquellos tiempos, su poder político no parece haber sido suficiente para lograr esos grandes beneficios sociales.

La historia reciente enseña que las políticas de privatización y exclusión social, acometidas por los partidos de derecha y plasmadas en los objetivos estratégicos trazados por el Consejo Europeo de Lisboa en 2000, han sido aplicadas hasta hoy por los gobiernos socialdemócratas en casi todos los países de la UE.

Hay fundamentos comunes entre aquella época y la actual que condicionan la coincidencia tradicional entre las prácticas políticas de los gobiernos socialdemócratas y los conservadores.

Otras coincidencias de los últimos tiempos

Hoy, pasados ya algunos años, en el continente europeo vuelve a repetirse la paradoja de yuxtaposición de perfiles entre esas dos fuerzas, pero por las tareas que ejecutan, se expresa de manera inversa a como lo había hecho en los años posteriores a la Segunda guerra mundial. Ahora, pese a las enormes presiones contrarias de los sectores populares, son políticas neoliberales las que se han aplicado y no tareas vinculadas al otrora Estado de bienestar social general. En España, por ejemplo, entre las medidas promovidas por el ex presidente José María Aznar, estaban la desnacionalización de los mercados de la electricidad y el gas, así como la desestatización del mercado laboral —que todavía no se ha podido alcanzar—, destinada a satisfacer los intereses del empresariado. En Francia, durante los meses de mayo y junio de 2003 se produjo una oleada de protestas y huelgas que dejaron paralizado al país durante varios días. Los franceses rechazaban una polémica reforma de pensiones que preveía elevar de 37,5 a 40 años los aportes necesarios para que los funcionarios puedan jubilarse a partir de 2008. Esta ley, promovida por ambas cámaras del Parlamento —donde la oficialista Unión por la Mayoría Presidencial tenía una aplastante mayoría absoluta— se aprobó finalmente el 24 de julio de ese mismo año. Por otro lado, el segundo gobierno derechista de Jacques Chirac¹⁸ anunció un plan de privatización de trece importantes empresas públicas —entre ellas, las dedicadas a los servicios de electricidad y gas, dos de las cuales tenían 100% de sus capitales en manos del Estado, y daban cobertura laboral a más de setenta mil trabajadores.

A lo largo de casi todo el año 2005, volvieron a tener lugar en este país multitudinarias manifestaciones de empleados públicos y maestros para condenar los recortes del gobierno y exigir la elevación de los salarios. También miles de estudiantes demostraron su

desacuerdo con la reforma de la ley escolar francesa, que aumenta los precios y reduce las asignaciones a los planteles docentes. A estas protestas se suman las reacciones de la población contra la modificación de la ley de las 35 horas que se ha estado discutiendo en el Parlamento. En un solo día llegó a haber más de cien manifestaciones populares en contra. En Italia, mientras el artículo 18 del Estatuto de Trabajadores prohíbe la cesantía sin causa justificada de los empleados de los centros con más de quince obreros, el gobierno de centro-derecha, encabezado por Silvio Berlusconi, continuó el proceso de privatizaciones y elaboró una reforma laboral que pretendía hacer más fácil el despido de los trabajadores. Estas políticas neoliberales, con sus características muy propias en cada nación, han estado presentes en países como Austria, Noruega, Dinamarca y Holanda, donde hoy también priman gobiernos conservadores.

Por otra parte, la historia reciente enseña que las políticas de privatización y exclusión social, acometidas por los partidos de derecha y plasmadas en los objetivos estratégicos trazados por el Consejo Europeo de Lisboa en 2000, han sido aplicadas hasta hoy por los gobiernos socialdemócratas en casi todos los países de la UE. Y es muy posible que si no se extendieron y diversificaron de manera más general e inmediata en el entorno europeo de 2002, y hasta 2006, haya sido porque en la mayoría de esos países los electores rechazaron en las urnas los proyectos socialdemócratas y optaron por otras alternativas.

El voto popular por líneas más duras de la derecha tradicional e incluso, en algunos casos, por la extrema derecha, no parece ser resultado de simpatías masivas hacia esas fuerzas, sino de castigo hacia otras, que también han llegado reiteradas veces al gobierno y que tradicionalmente hemos llamado de izquierda. Para ser más precisos, es necesario puntualizar que hasta hace solo poco más de tres años, trece naciones del grupo de las quince que integraban entonces la UE, eran gobernadas —en solitario o en coaliciones— por partidos socialdemócratas. De ellas, en 2005 solo quedaban cuatro: el Partido Laborista de Gran Bretaña, liderado por Anthony Blair, y el Partido

Socialdemócrata alemán, encabezado por el entonces canciller federal Gerhard Schroeder.¹⁹

Luego de su reelección, el primero de estos partidos siguió los pasos en materia de privatización de sus antecesores; el otro, a pesar de que volvió a ganar en las elecciones de septiembre de 2002 con un discurso poco comprometido con las políticas tradicionales de su rival socialcristiano, entró en 2003 totalmente decidido a aplicar las políticas neoliberales de turno. En marzo de ese mismo año, el canciller federal Gerhard Schroeder presentó en el Parlamento su informe *Valentía para la paz, valentía para el cambio*, que resume el plan de reformas para todo el país. Ese documento, considerado el inicio del fin de la seguridad social en Alemania, recoge, entre otras cosas, recortes del subsidio a los desempleados, las jubilaciones y la salud. Aunque el caso suco pudiera ser argüido para demostrar el «antineoliberalismo» de su gobierno socialdemócrata, no podemos olvidar que muchos de sus partidarios, que constituían mayoría en el Parlamento —llamado *Riksdag*— tras las elecciones de septiembre de 1991 apoyaron las medidas neoliberales promovidas por el primer ministro y dirigente del Partido Conservador, Carl Bildt.²⁰ Este gobierno, como respuesta a la crisis económica que se iniciaba en el país, redujo 10% del número total de funcionarios, introdujo recortes en los programas de bienestar social, implementó la privatización parcial del sector estatal (desestatización de 35 compañías, entre las que se encontraban las telecomunicaciones y la electricidad) y puso fin a las restricciones que tenían las empresas privadas extranjeras en Suecia. Esas medidas contribuyeron a elevar el desempleo de 5% en 1991, a 14% en 1994. El retorno del socialdemócrata Ingvar Carlsson al gobierno, en ese último año, tampoco implicó re-nacionalizar lo que en los últimos tres años se había privatizado.

Algo similar ha ocurrido en los últimos años con el PSOE, liderado por el actual presidente español, José Luis Rodríguez Zapatero. Aunque su llegada al gobierno en 2004 ha marcado una notable diferencia²¹ con la política interna y externa del gobierno del Partido Popular, encabezado por José María Aznar, el nuevo presidente ha hecho importantes concesiones a una generación del PSOE manchada por la corrupción, los crímenes políticos y la derechización. Zapatero no ha promovido con decisión las reformas para revertir los procesos privatizadores —excluyentes e ilegales— de épocas pasadas, ni ha retirado las tropas españolas de Afganistán, presentes en ese país como parte de la llamada Fuerza Internacional de Seguridad de la OTAN.

Al parecer, en oposición a lo que han difundido muchos medios, las políticas de nacionalizaciones del

llamado Estado de bienestar general —aplicadas por los países europeos después los años 40 del siglo pasado— no respondieron en su momento a las presiones populares y a la fuerza del movimiento socialdemócrata; tampoco las de carácter neoliberal han sido resultado exclusivo de la debilidad de los movimientos revolucionarios y alternativos europeos. A todas luces, ha sido consecuencia de una causa mucho más profunda: la urgencia de los sectores transnacionales, económicamente más poderosos, de garantizar y reproducir sus ganancias, lo cual tiene su muestra más elocuente en la propia historia económica europea, y capitalista en general, y sobre todo en lo que en el campo teórico y político se llamó liberalismo.²² Este constituye el mismo factor que induce a las potencias capitalistas a brindar su «ayuda» al Tercer mundo con un conjunto de restricciones, y a crear condiciones para ejercer un control político y militar omnímodo sobre estos.

Otras reflexiones

Si en los distintos gobiernos de Europa las características de las políticas públicas no han sido esencialmente diferentes ni después de la Segunda guerra mundial, ni aun en los primeros años del siglo XXI, entonces los partidos socialdemócratas y conservadores no se diferencian de modo sustancial cuando llegan al gobierno, como tampoco sus políticas parecen responder a otra cosa que no sea la conservación de los principios generales que garantizan los ingresos de los grandes capitalistas.

Cuando resultó necesario garantizar las ganancias en condiciones de un mercado destruido por la guerra, estimularon el proceso de nacionalizaciones, crearon nuevos empleos, elevaron los salarios y aumentaron los beneficios sociales para propiciar un incremento de la capacidad de compra de las respectivas poblaciones.²³ Cuando ha sido imprescindible aumentar los beneficios de los mercados europeos y norteamericanos en depresión, se decidió implementar el neoliberalismo, aumentar el desempleo e iniciar la venta de toda propiedad estatal, algo que ha traído mucho deterioro social hasta en la propia Europa, y al mismo tiempo ha garantizado innumerables ganancias. Para compensar esa depresión a costa de los escasos recursos de los países subdesarrollados, los sectores económicamente dominantes han recurrido a los pequeños préstamos para estimular su capacidad de compra inmediata y el pago de su deuda externa,²⁴ y a la exhortación a privatizar lo que aún quede en manos del Estado.²⁵ No por casualidad esas tácticas se ejecutan a través de una gran mayoría de sus gobiernos nacionales, como si fueran puras coincidencias. Para estas fuerzas que deciden las

políticas públicas, los pueblos deben seguir entendiendo que las buenas y malas acciones son responsabilidad de los gobiernos de turno, y no de un supuesto poder supranacional del que hablan algunas fuerzas de izquierda.

Mediante sus respectivos gobiernos, los dueños reales del poder no apelan al aumento de la capacidad de compra de los pueblos europeos —lo cual implicaría mayores inversiones y, consiguientemente, más gastos sociales—, sino a la venta de las empresas estatales al sector privado, la reducción de los salarios, la disminución relativa de los impuestos a los empresarios más acaudalados y, finalmente, a limitar los compromisos del Estado con sus ciudadanos.

No podemos olvidar que, a nivel mundial, los sectores dominantes expresan su voluntad a través de instituciones como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y el Banco Central Europeo, y que estas consideran haber prestado suficiente dinero como para que les sea devuelto a mayor o más corto plazo. A sus instancias, ningún país europeo desarrollado ha llegado a la situación límite que le impida efectuar sus respectivos pagos y, por tanto, ningún gobierno está exento de llevar a la práctica sus correspondientes compromisos con los acreedores.

El retorno al debate conceptual

Conviene retomar aquí la conceptualización de los términos izquierda y derecha para poder entender su tratamiento con respecto a las vicisitudes de la socialdemocracia europea. Es importante recordar algunas apreciaciones de Adolfo Sánchez Vázquez, en «Izquierda y derecha en la política: ¿y en la moral?», a partir de los elementos esenciales con que Norberto Bobbio distinguió cada uno de esos conceptos. Mientras para el socialista italiano la igualdad —entendida en tres sentidos: entre quiénes, en qué cosa y sobre la base de qué criterio— es lo que diferencia, sustancialmente, a la derecha de la izquierda política,²⁶ para el filósofo español ese criterio hay que completarlo con el de libertad. En su opinión, ser de izquierda —o más exactamente, estar a la izquierda— sigue significando hoy asumir con un contenido concreto, efectivo, ciertos valores universales (dignidad humana, igualdad, libertad, democracia, solidaridad y derechos humanos) cuya negación retórica o angostamiento han sido siempre propios de la práctica política de la derecha.²⁷

Autores como Carlos M. Vilas,²⁸ Frank Álvarez²⁹ y el propio Sánchez Vázquez³⁰ tienen ideas parecidas sobre esos dos conceptos. Todos discriminan los elementos de izquierda de los de derecha a partir de su

posición respecto a lo popular y a los indicadores del progreso. Por eso, si bien estos criterios pueden reforzar la idea de que los partidos comunistas y otras fuerzas políticas que luchan contra distintos tipos de exclusión social —aun dentro de los marcos del capitalismo— pueden ser considerados de izquierda, también permiten cuestionar si los gobiernos socialdemócratas europeos y sus pares en América Latina —aún tan lejos del estímulo real a la igualdad y la libertad, y tan apegados a las necesidades particulares de los principales responsables de la toma de decisiones en cada momento histórico del desarrollo del capitalismo—, pueden seguir siendo vistos como una fuerza política de signo esencialmente distinto al de la derecha tradicional.

De esta ausencia de diferencias sustanciales entre un gobierno socialdemócrata y otro llamado de derecha, aparece la pregunta: ¿a quién beneficia considerar a ultranza la socialdemocracia como una fuerza política de izquierda? Según parece, ese criterio conviene a la estrategia de los teóricos y políticos que se empeñan en demostrar que el sistema democrático liberal da cabida a todas las corrientes políticas: desde aquellas ubicadas en las posiciones más extremas hasta las más moderadas de derecha, centro e izquierda. Desde el punto de vista táctico, a quien más interesa esta clasificación es a los propios partidarios de esa corriente política, quienes para llegar al gobierno tratan de infundir en los electores la imagen de que son una fuerza de oposición más progresista y popular que la derecha tradicional y que, por tanto, deben votar por ellos.

Al mismo tiempo, podríamos preguntarnos: ¿qué implicaciones político-prácticas trae a los sectores populares antineoliberales, así como a los que luchan por el socialismo, considerar la socialdemocracia como una corriente política de izquierda? En primer lugar, muchos de esos sectores ven muy lógica la necesidad de establecer alianzas prácticas con esa fuerza —aunque sea como minoría en relación con ella— para alcanzar el gobierno, independientemente de las proyecciones tácticas y estratégicas de esta última. Y en segundo, una alianza indiscriminada con la socialdemocracia, que ha mostrado ser hasta ahora una fuerza conservadora, lejos de legitimar a sus aliados como sujetos genuinamente populares, los desacredita. Ello, sin embargo, no implica desconocer el papel progresista que puedan desempeñar en Europa personalidades como Olof Palme o Willy Brandt, y que, ante el peligro del ascenso de la extrema derecha, o cuando las fuerzas antineoliberales y prosocialismo sean hegemónicas, estas últimas, por intereses tácticos, puedan aceptar la colaboración de los partidos socialdemócratas.

Aunque no todas las fuerzas revolucionarias no socialdemócratas asumen esta corriente política como «un respiro» para la derecha tradicional en el gobierno,

algunas se perciben más a la izquierda de su espectro político. Así se han proyectado los representantes del movimiento antineoliberal y antiglobalizador, que no cuentan con una definida proyección programática ni actúan de acuerdo con los partidos políticos, y cuyas principales acciones no están dirigidas contra los gobiernos nacionales, sino contra los centros del poder capitalista mundial.

En distintas reuniones celebradas por estos movimientos —también llamados revolucionarios alternativos—, desde fines de junio de 2002 hasta noviembre del mismo año en Alemania y en Italia se ha demandado, entre otras cosas, la repartición equitativa de las riquezas, un nuevo orden económico mundial, la cancelación de la deuda externa de los países subdesarrollados y la oposición de la Unión Europea a la política guerrerista e intervencionista de los Estados Unidos. Este nuevo forum social en Europa, que en su momento formó parte de los acuerdos del Foro de São Paulo, también ha tenido como centro de reflexión la crítica al neoliberalismo, al racismo y la xenofobia, así como la defensa de la educación y las culturas nacionales: los mismos males sociales que los partidos socialdemócratas tampoco han erradicado en sus respectivos países y que, junto a los reiterados escándalos de corrupción ocurridos en los últimos años, son parte de las causas de sus sucesivas derrotas.

En busca de brújulas para los tiempos actuales

La supuesta pérdida de fronteras entre lo que se conoce por socialdemocracia como una fuerza de izquierda y los partidos conservadores como de derecha, tiene su causa más profunda en la ausencia de un seguimiento consecuente de la historia europea y en el alejamiento —inconsciente o premeditado— de lo que constituyó la fórmula original de diferenciación entre los conceptos políticos izquierda y derecha por parte de políticos y académicos,

Aunque puede haber disímiles criterios sobre esta polémica, lo cierto es que parece haber surgido después del 28 de agosto de 1789, cuando los diputados a la Asamblea Constituyente tomaron sus asientos a ambos lados del rey francés. En esa ocasión, los que se sentaron a su derecha pugnaban a favor de su derecho absoluto de veto y, consiguientemente, por la conservación del régimen absolutista. Por el contrario, los que se colocaron a la izquierda propugnaron la restricción de ese veto y la superación de los obstáculos que limitaban el desarrollo del capitalismo. Esto significa que si aun hoy, políticamente hablando, se asumiera como derecha la posición que defiende la conservación de un régimen

social caduco, y como izquierda el punto de vista que pondera la expansión de un nuevo sistema social, se puede reconocer que ser de derecha, en el siglo XXI, implica garantizar la conservación del sistema capitalista (como en su momento, los partidarios del régimen feudal trataron de garantizar la conservación del absolutismo) y ser de izquierda significa apelar a distintas formas para establecer el socialismo (como en su momento, los que abogaron por la superación del régimen feudal, también actuaron en defensa del capitalismo). Estas dos maneras de entender las tendencias de izquierda y derecha, aunque son proporcionalmente coherentes con su formulación teórica original —una vinculada a la conservación del viejo sistema político y otra a su superación total—, resultan al mismo tiempo mecánicas y excluyentes en su totalidad. Mecánicas porque ambos términos son referenciales. Lo que en algún momento, bajo determinadas circunstancias, debió haber tenido una significación, en otro puede haber tenido otra; excluyente, porque coloca en bandos distintos a aquellos sectores sociales a favor del socialismo y a aquellos que, aun estando a favor del capitalismo, luchan contra el racismo, la xenofobia y otras formas de discriminación, y contra las actuales políticas neoliberales. Viendo así las cosas, a la clasificación ideológica tradicional acerca de lo que ha sido considerado, en política, como derecha o izquierda, se le debe oponer otra que beneficie no tanto a quienes, hasta ahora, les ha convenido la confusión entre esos términos, sino a quienes necesitan saber cuál es la diferencia real entre uno y otro.

De los muchos elementos que hoy pueden distinguir esos dos conceptos, el núcleo central que separa a uno del otro parece ser la posición frente a las políticas neoliberales. La respuesta que se le dé al neoliberalismo es el rasero principal que hoy distingue a las fuerzas progresistas de las reaccionarias. Es lo que se expresa, por su composición y proyectos sociales, en la reconocida mayor fuerza de izquierda de carácter internacional: el Foro Social Mundial de Porto Alegre. A partir de este análisis, podemos considerar que si bien izquierda y derecha políticas siguen siendo términos referenciales, en las nuevas circunstancias la izquierda también debe ser entendida como una categoría de clasificación que agrupa a una muy amplia variedad de fuerzas políticas, o de carácter tendencialmente político, con el interés común de rechazar las fórmulas neoliberales y las más variadas formas de discriminación. Este criterio, que reconoce como de izquierda tanto a partidos políticos como a movimientos y organizaciones de la sociedad civil, también comparte la idea de que se puede estar en el bando opuesto a la derecha tanto si se proponen tácticas de lucha para reformar los males

globales del sistema capitalista, como si se pondera la idea de su superación como régimen social.

Por otra parte, salvando algunas contradicciones que la socialdemocracia y la llamada derecha tradicional en Europa hayan podido tener en sus intentos coyunturales por alcanzar los gobiernos, la historia ha demostrado que, desde sus coincidencias tácticas en la creación de condiciones para hacer avanzar el capitalismo de principios del siglo xx hasta la actual ola de neoliberalismo que se sigue instrumentando en ese continente,³¹ estas dos corrientes políticas e ideológicas no han aplicado en la práctica políticas sustancialmente distintas.

Este análisis puede conducirnos a dos conclusiones fundamentales: primera, que al margen de las tesis programáticas que difundan los partidos socialdemócratas o conservadores, estos, en la práctica, perdieron sus fronteras políticas hace decenas de años. Segunda, que si la socialdemocracia actúa de una forma desde la oposición y de otra en el gobierno, es porque no es lo que dice o porque es lo que no dice.

Notas

1. Robert Hertz, «La prééminence de la main droite: étude sur la polarité religieuse», *Revue Philosophique*, París, 1909.
2. Christopher R. Hallpike, *Fundamentos del pensamiento primitivo*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1986.
3. Santa Biblia, Colosenses 3.
4. Para una mayor amplitud de estos análisis introductorios sobre los términos izquierda y derecha, véase José A. Gómez Marín, «Antología de frases de derecha», Editorial Libertarias/ Prodhufi, Madrid, 1996, pp. 23-33.
5. De 1994 a 1999 se donaron 1,6 mil millones de euros a los países árabes del cercano Oriente. De esta suma, se dedicó 60% a la Autoridad Palestina. Además se transfirieron cien millones de euros anuales al Organismo de Socorro y Obras Públicas para los Refugiados Palestinos del Cercano Oriente (UNRWA), que se ocupa de asistir a tres millones de personas. También se financiaron proyectos más pequeños en Jordania, Siria, Egipto y Líbano.
6. Mediante estos acuerdos —firmados el 23 de junio de 2000, en la capital de Benín, entre 77 antiguas colonias de Asia, África y el Caribe (ACP) y las ex metrópolis de los países de la UE—, el grupo ACP recibiría tratamiento preferencial en sus relaciones económicas. Según el convenio inicial, los 39 países menos desarrollados de ACP tendrían libre acceso al mercado de la UE hasta 2005 para prácticamente todo tipo de mercancías.
7. Un resumen importante y muy ilustrativo de estos convenios de la UE con países africanos, asiáticos y latinoamericanos, es la ponencia del Sr. Edwin Lanc (ministro federal retirado y presidente del Instituto Internacional por la Paz) en la X Conferencia Internacional de Estudios Europeos, La Habana, octubre de 2003.
8. *Orbe*, n. 28, La Habana, 4 de julio de 2003, p. 6.
9. En esa fecha, los países que integraban la UE eran solo quince: Bélgica, Dinamarca, Francia, Alemania, Reino Unido, Grecia,

La socialdemocracia europea en el gobierno: ¿izquierda o derecha?

Irlanda, Italia, Luxemburgo, Holanda, Portugal, España, Austria, Finlandia y Suecia. A partir del 1º de mayo de 2004, se produjo otra nueva ampliación y entraron Letonia, Lituania, Estonia, Polonia, República Checa, Eslovaquia, Hungría, Eslovenia, Chipre y Malta.

10. El 16 de septiembre de ese año se aprobó lo que puede ser considerado uno de los documentos más vacíos e inútiles adoptados en las reuniones de la ONU. Se desentiende de los problemas fundamentales del desarrollo que enfrentan los países del Tercer mundo, la conservación del medio ambiente, las prácticas de subsidios por los ricos y los temas del desarme, como consecuencia de la insistencia de Washington y otros Estados industrializados de centrar la atención en la reforma de la ONU, el terrorismo y las facultades para intervenir en cualquier país que «necesite la paz».

11. En la reunión de los ministros de economía del G-7, que culminó el 5 de febrero de 2005, el Reino Unido presentó un proyecto para incrementar la ayuda al desarrollo, aportada actualmente por las naciones ricas a los países africanos. Fue rechazado por el subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos, John Taylor. Asimismo, según datos expuestos en el diario español *El País*, del 29 de enero de 2005, la ayuda oficial de España al desarrollo, en 2008, alcanzará el 0,5% del PIB de ese año. Aunque no es la cifra que exige la ONU, al menos duplicará el porcentaje dedicado a ese rubro en 2004 (unos 1 705 millones de euros).

12. Estos cuestionamientos, de una u otra manera, están presentes en casi todas las reuniones donde los países subdesarrollados hacen defensa de sus intereses. Particular importancia han tenido las distintas Cumbres Sur del Grupo de los 77 y la Cumbre de Países No Alineados, celebrada en Cuba en septiembre de 2006.

13. Según se desprende de un cable de Prensa Latina, del 5 de junio del 2003, esto podría tener mucho que ver con la decisión de los entonces quince cancilleres miembros de la UE de enviar una fuerza de paz hacia la República Popular del Congo. En esta ocasión, que hubiera sido la primera operación militar de gestión de crisis sin el apoyo de la OTAN, Francia dispondría de 1 400 soldados, mientras Bélgica y Gran Bretaña suministrarían otros efectivos, aviones de transporte y personal sanitario.

14. A partir de esta fecha, otros siete países se incorporaron a la Alianza: Eslovenia, Eslovaquia, Rumania, Bulgaria y las ex Repúblicas bálticas soviéticas: Estonia, Letonia y Lituania.

15. Paradójicamente, cuando una parte importante de los gobiernos europeos integrantes de la OTAN eran socialdemócratas o formaban coaliciones de gobierno (en Gran Bretaña, Alemania, Dinamarca, Luxemburgo, Portugal y Grecia), estos, en su mayoría, apoyaron el ataque a Yugoslavia durante el conflicto de Kosovo. Por otro lado, tras la agresión de los Estados Unidos y Gran Bretaña a Iraq, cuando las fuerzas socialdemócratas ya habían dejado de gobernar en la mayoría de esos países, la mayor parte de esos gobiernos conservadores rechazaron su participación en la guerra.

16. En esa ocasión, sus representantes aseguraron que no pensaban recurrir a medidas de «acción militar preventiva» contra naciones «problemáticas» como Irán o Corea del Norte (estos países fueron encuadrados por el presidente George W. Bush en el «eje del mal»).

17. Los postulados básicos del Estado de bienestar general descansan en una amplia cobertura a los parámetros de seguridad social. La gratuidad de estos programas se financia con presupuestos estatales procedentes de los fondos del erario público, que a su vez fueron creados a partir de las imposiciones fiscales con que el Estado grava a los propios ciudadanos.

18. El tercero ha sido encabezado por Dominique de Villepín (ex ministro del interior del segundo gobierno) que en junio de 2005,

tras la grave crisis política derivada del rechazo popular francés a la llamada Constitución Europea, sustituyó a Jean-Pierre Raffarin.

19. El 18 de septiembre de 2005, la candidata a canciller federal por la alianza Unión Demócrata Cristiana (CDU) – Unión Social Cristiana (CSU), Ángela Merkel, derrotó al socialdemócrata G. Schroeder, que quería reelegirse.

20. El gobierno que encabezó fue una coalición con los centristas, liberales y demócrata cristianos. Sustituyó al socialdemócrata Ingvar Carlsson, que a su vez había reemplazado a Olof Palme tras su asesinato en 1986.

21. Con su gobierno, iniciado tras los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004, se determinó la salida del ejército español de Iraq, se regularizó la estancia de más de setecientos mil inmigrantes temporales en el país, se dieron los primeros pasos para modificar la política española hacia América Latina en lo general —y hacia Venezuela en particular— y se emprendió una reforma educativa que frenó y revirtió parte de la contrarreforma de la derecha. También se ha estimulado el diálogo con la organización separatista vasca ETA.

22. El liberalismo predominó en los orígenes del capitalismo. Fue la ideología que defendió la no intervención estatal en la economía y se implementó sobre la creencia absoluta en las virtudes de la libre competencia y en el obstáculo que representaba el Estado para el desarrollo económico. Por eso, según esta doctrina, la presencia del Estado debía tener lugar solo en actividades relacionadas con la seguridad pública. Esta concepción del papel preponderante del mercado en la economía pudo mantenerse durante el siglo XIX y principios del XX, con un escaso peso de la economía estatal en el total de la renta nacional, porque esa fue la etapa de establecimiento de las bases del modo de producción capitalista. Pero el paso del capitalismo de una fase liberal a otra de tipo monopolista provocó una sustancial modificación de la intervención del Estado en la economía y, en consecuencia, la ruina del liberalismo como doctrina económica coherente y operativa.

23. El hecho de que el llamado Estado de bienestar general, haya alcanzado beneficios inimaginados para la población en algunos países, no niega que esos «excesos» pueden haber sido resultado de las presiones populares y de los avances sociales que enseñaba al resto del mundo el socialismo en la URSS.

24. La reciente condonación de la deuda externa de los 18 países más pobres de África y América Latina, en junio de 2005, por parte del G-8 no representa una política distinta. Para los acreedores, los términos del intercambio futuro siguen siendo totalmente desiguales, y por tanto nacerán y crecerán nuevas deudas.

25. Mientras en el verano de 2005, un informe de Naciones Unidas constató que Níger, de trece millones de habitantes, ocupa el último lugar de desarrollo humano en el mundo, el FMI y la Unión Europea impulsieron a esta antigua colonia francesa condiciones económicas que elevaron el precio de los alimentos básicos y obligaron al

gobierno a explorar un desastroso programa de «libre mercado» para hacer frente a su hambruna.

26. Norberto Bobbio, «Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política», *Taurus* (nueva edición revisada y ampliada), Madrid, 1995.

27. Adolfo Sánchez Vázquez, «Izquierda y derecha en la política: ¿y en la moral?», *Casa de las Américas*, n. 209, La Habana, octubre-noviembre de 1997, p. 24-5.

28. En la apreciación de este autor, «lo popular» es el campo donde coinciden la marginación política y la explotación económica junto a la pobreza. Véase Carlos M. Vilas, «La izquierda en América Latina: presente y futuro», ponencia presentada en el seminario «Alternativas de izquierda al neoliberalismo», Centro de Estudios sobre América, La Habana, 12-15 de febrero de 1996.

29. «Por izquierda asumimos un término referencial, surgido del curso de la práctica política con carácter histórico concreto. Generalmente con él se identifican las fuerzas progresistas y renovadoras, contestatarias del orden establecido, que pretenden renovar determinados valores básicos (ideológicos, políticos, éticos, sociales y económicos) de aquellos sistemas que ya no son representativos del avance, la renovación y el progreso social». Frank Álvarez, «La izquierda en Europa: situación actual y perspectivas». *Revista de Estudios Europeos*, La Habana, mayo-agosto de 2002, p. 91.

30. Sánchez Vázquez define la existencia de al menos cuatro izquierdas: «una izquierda democrática, liberal, burguesa, connatural al sistema capitalista; una izquierda socialdemócrata, que quiere mejorar las condiciones sociales dentro de los marcos de ese mismo sistema; una izquierda social, que es crítica del capitalismo pero no le ve una alternativa, representada sobre todo por los movimientos sociales, y una izquierda socialista, opuesta al capitalismo, que propone una nueva organización de la sociedad». Adolfo Gilly, «Adolfo Sánchez Vázquez en Lima», *La Jornada*, México, D.F., 23 de enero de 2004.

31. Otras coincidencias de ambas fuerzas políticas pueden percibirse en la instrumentación multinacional del Plan Marshall, y en el tratamiento común de rechazo que dieron a la corriente fascista en los tiempos de la Segunda guerra mundial, y en el que continúan dando a la extrema derecha. Esta última es particularmente fuerte, por ejemplo, en Austria, liderada por Joerg Haider y en Francia encabezada por Jean Marie Le Pen.

El americanismo universalista de José Martí

Eugênio Rezende de Carvalho

Profesor. Universidad Federal de Goiás (UFG), Brasil.

El americanismo que se desprende de la obra de uno de los intelectuales hispanoamericanos más universales de la segunda mitad del siglo XIX, el cubano José Julián Martí y Pérez (1853-1895), estuvo en gran parte determinado por una peculiar visión del mundo y del ser humano, tal como se evidencia en toda su obra. Tres principios básicos constituyen la base de su cosmovisión: la unidad, la analogía y la armonía universal. En primer lugar, Martí concibió el universo como la gran síntesis unitaria, origen y fin de todas las cosas, y estableció una jerarquía entre la dimensión de la *esencia* eterna, una e invariable —identificada con la idea de un *ser* o *espíritu absoluto y universal*— y la dimensión de lo múltiple y diverso, lo fragmentario y accidental, lo peculiar y lo finito, donde se encontraban los seres humanos. Había algo en el ámbito de las accidentalidades que era invariable, perteneciente al plano de las esencias, representado en general por los conceptos de *alma* o *espíritu*. Sin embargo, cada ser múltiple y diverso de ese todo unitario, conllevaba apenas *parte* de la esencia universal, sin confundirse totalmente con ella. Así, esa parte no representaba en sí *toda* la unidad, o, en otras palabras, el universo para

Martí no era la suma de cosas unas, idénticas. Esa parcela de invariabilidad explica cómo su visión del mundo admitió una *relación de analogía* entre todos los seres, esferas y fenómenos del universo. Como consecuencia de dicho principio de analogía, Martí adoptó el presupuesto de que el universo se guiaba por determinadas leyes —físicas y morales— de carácter y valor universales. Y aún más, definió la armonía como el principio regulador de las relaciones entre los diversos órdenes e instancias del universo.

Otro aspecto muy importante fue su consideración de una dinámica universal concretada por un doble movimiento de *descenso* y *ascenso*: el primero, partiendo de la unidad en dirección a lo múltiple y el segundo, inversamente, de lo diverso a la síntesis integradora originaria. De la suma de los dos movimientos resultaría un proceso o tendencia general de desplazamiento del *caos*, de la imperfección, hacia la *armonía*, la perfectibilidad.

Coherente con tales principios y a raíz de ellos, se ha evidenciado en la obra de Martí una singular concepción del *hombre* y de la *naturaleza*. Por una parte, la naturaleza —presentada como sinónimo de universo y vista desde una perspectiva romántica— fue idealizada

como paradigma de perfectibilidad a partir de argumentos metafísicos, y trasformada en una referencia moral de justicia y armonía para los seres humanos. Por otra parte, el hombre —individual o colectivamente considerado—, como parte de la naturaleza, se presentaba como un ser dual: llevaba consigo algo de la esencia creadora, perfecta e infinita —el *alma* humana—, y una serie de imperfecciones y limitaciones que lo situaban jerárquicamente en un nivel inferior al de la naturaleza, por pertenecer al plano de la accidentalidad y la relatividad. El sentido primordial de la vida era la elevación, la ascensión del ser humano al nivel de la naturaleza, por medio de un movimiento que sería presidido por criterios éticos y morales.

Tales principios cosmológicos configuraron incluso una peculiar visión martiana del proceso histórico. Al presentar la historia como la lucha entre lo racional y lo irracional, Martí definió como racional todo lo que contribuyera o concordara con el movimiento ascensional hacia la armonía y la perfectibilidad de la naturaleza. Al tratar de la conflictiva relación entre hombre y naturaleza, partió del principio de una tendencia evolutiva general, asociada a la idea de *progreso*, en el sentido de la solución de dicha relación conflictiva y de la afirmación final de la razón. Obedeciendo a tal criterio, la historia humana se resumía, en términos martianos, en la trayectoria del *hombre-fiera* al *hombre-hombre* u *hombre-ala*. De esta forma, el mundo progresaba de lo caótico y aleatorio hacia la armonía y el orden. Sin embargo, tal dinámica no se materializaba por medio de movimientos idénticos —en su sincronía— en las diversas regiones de la tierra, y sí por movimientos paralelos que, aunque fuesen análogos, obedecían a distintos ritmos.

Principios complementarios de la cosmovisión martiana

Otros principios complementarios, no por eso menos importantes, compusieron la cosmovisión martiana y estuvieron íntimamente vinculados a su americanismo. Martí ubicó la libertad en el plano de las esencias universales y la asoció con todo lo que fuera vital, natural y esencial a lo humano. A su vez, consideró que cualquier factor inhibitor o limitador de la libertad era antinatural, obra irracional, un obstáculo a la ascensión del ser humano hacia el ser absoluto. La libertad era el instrumento que ampliaba la visión del mundo y confería un mayor sentido a la obra universal. Ello constituyó uno de los criterios fundamentales para la definición de su campo de identidad americana. El único factor limitador posible y aun necesario a la libertad era la *conciencia*, sobre todo la *conciencia del deber*, que tenía la función de garantizar el

seguro y juicioso ejercicio de la *voluntad*, controlándola con el fin de asegurar la efectiva libertad entre los seres humanos. La conciencia, como auto-conocimiento, como «ciudadanía del universo», permitía al hombre una posición de protagonismo en su relación con la naturaleza, al orientar sus acciones de acuerdo con determinados deberes morales.

El *conocimiento* era el requisito previo para la conciencia: el hombre se conocía a sí mismo por el conocimiento de la naturaleza, de la que formaba parte. Ante la imperfección de la vida, era el instrumento del que se servía el ser humano para vislumbrar las armonías de las leyes que regían la naturaleza y extraer de ellas las soluciones a sus problemas. O sea, era necesario estudiar las fuerzas de la naturaleza y aprender a manejarlas y aplicarlas en beneficio de la humanidad. Martí tendía incluso a execrar, en el ámbito de la existencia humana, todo lo que fuera *artificial* y, en contrapartida, a enfatizar todo lo *natural*. Para él, las convenciones sociales creadas deformaban la existencia verdadera y natural de los hombres, que necesitaba revelarse con el fomento de la *autenticidad*. Era preciso, pues, conocer América más allá de las apariencias y de las máscaras que le imputaban algunas lecturas o interpretaciones artificiales y equivocadas, con el fin de revelar su propia naturaleza, su propia esencia. Así, la preservación de tal originalidad, en términos martianos, era el camino hacia la universalidad.

En suma, a raíz de la coherencia que mantuvo con su peculiar visión del mundo y del ser humano, el americanismo de José Martí asumió un tono nítidamente universalista. El gran espíritu universal tenía un rostro particular en cada continente, de manera que las sociedades humanas —como parte de la diversidad y accidentalidad del universo— tenían determinados elementos de la esencia universal sin fundirse totalmente con ella, permitiendo así el surgimiento de ciertas particularidades y, por tanto, diferencias. En ese sentido, la *nuestra América* martiana se insertaba en el ámbito de lo *accidental*, peculiar y finito, pero, como todos los elementos del universo, llevaba en sí algo de *esencia*, de universal.

La ética humanista de José Martí

En la base del americanismo martiano, y confiriéndole un contenido universal, estaba, seguramente, su *ética humanista*. Las virtudes morales constituían, por lo tanto, la parte de la esencia, la parcela universal del americanismo martiano. Para que el hombre viviera en armonía con la naturaleza —uno de los fines últimos de la existencia—, era preciso que la conducta humana fuera guiada por el bien y por el amor, superadores de la accidentalidad de la maldad, el odio y el egoísmo humanos.

José Martí se dedicó a rescatar determinados valores invariables y universales que se situaban sobre todas las particularidades típicas de una realidad americana fragmentada y contradictoria, formando así una nueva pauta de convivencia. Pero la simple definición y aceptación de un referencial ético no presuponía, necesariamente, un compromiso práctico, una obligación o deber para con tales principios. El hombre, para Martí, era, por encima de todo, un *instrumento del deber*. Por ello, este era tanto un valor en sí como un elemento que imponía un sentido práctico a los demás principios éticos.

La ética de Martí valoraba el dolor y el sufrimiento por su efecto concientizador sobre el sentido absoluto de la existencia. Su eticismo situó el bien y el amor como principios fundamentales reguladores de la conducta humana, tanto a nivel individual como social, revelados en el altruismo y la renuncia en favor del prójimo. En ese sentido, las virtudes —sobre todo en el orden moral— eran así concebidas como una propensión a la realización del bien y como vía para la aproximación —o fusión— del hombre con la esfera de las esencias universales. En general, la ética martiana se revistió de un arraigado sentido humanista y/o humanitario, en la medida en que situó, condicionó y mensuró los valores en su relación de utilidad para la humanidad. El hombre —o mejor, la humanidad— fue así, para Martí, la medida de todas las cosas. Su ética humanista fue tanto un elemento de diferenciación de otras perspectivas americanistas como un elemento de universalización de su propuesta de identidad americana.

La idea martiana de *patria*

La originalidad de sus conceptos de *patria* y *humanidad* permitió a Martí conciliar determinados criterios de universalidad con una perspectiva de identidad regional. Tal originalidad residió en el esfuerzo por adecuar el valor patrio a la condición humana en general, vinculando lo particular a lo universal en su definición de *patria* como *humanidad*. En ese sentido, ambos conceptos se complementan. El pensador cubano simplemente extendió al ámbito continental el mismo conjunto de principios que formaban la base de su concepto de patria. Su discurso asumió, de esa forma, un nítido contenido supranacional, es decir, su proyecto de atribución de una identidad americana reconocía la existencia de una patria más allá de las fronteras impuestas por los Estados nacionales del subcontinente hispanoamericano. Igual que su patriotismo, su americanismo se apoyó en la conciencia del imperativo de avanzar en el camino de un nuevo orden social para América, sostenido por determinados principios morales. Ubicado entre un nacionalismo extremo, de tono regionalista, y un cosmopolitismo sin

raíces, el patriotismo martiano se mantuvo coherente con su visión del mundo y de la humanidad, como el gran fomentador de las virtudes humanas, como un factor de *conciencia moral*. En tanto deber de humanidad y personificación del bien común, la patria simbolizó, para el intelectual cubano, el medio privilegiado de materialización de su ideal ético humanista.

El diagnóstico martiano de la realidad americana

El americanismo de José Martí se apoyó en un determinado diagnóstico del presente y del pasado de América, que fue un importante factor de diferenciación en relación con otros proyectos de identidad continental. Glorificar la época precolombina, condenar el episodio de la conquista y colonización europeas y, por fin, resaltar el pasado reciente —de la posindependencia— en el cual Hispanoamérica renacía para la libertad y buscaba ocupar una posición de *protagonismo* en el curso de la historia universal, fueron las claves de su visión de la historia americana. Sin embargo, Martí creía que el fardo de la herencia colonial era muy pesado y que la Hispanoamérica de su época padecía de muchos «males de origen». Con todo, las causas atribuidas a la enfermedad no estaban vinculadas a factores étnicos o raciales, tal como propusieron otros americanismos de su época. Para Martí, las causas eran, fundamentalmente, de contenido moral y de naturaleza histórica y, no siendo congénitas, eran, por tanto, plenamente curables.

Sin embargo, para garantizar la efectiva recuperación y cura, y así poder vislumbrarse un futuro grandioso para *nuestra América*, era preciso vencer toda una ola de ofensas, calumnias y preconceptos racistas de la que era víctima y que afectaba la autoestima, la honra y la dignidad de los diversos estratos étnicos y culturales que formaban los pueblos hispanoamericanos. Por ello, Martí enalteció lo que llamó desdeñada y virtuosa «raza hispanoamericana», mestiza por excelencia, liberando al mismo tiempo el concepto de raza de los límites impuestos por los criterios biológicos, y vinculándolo a la idea de comunidad cultural. Su americanismo se desarrolló así frente a la imagen de una *nuestra América* enferma, difamada y despreciada. Se identificó con una América diferente y quiso rescatarla y revelarla. El diagnóstico martiano de América se completa con su peculiar visión de los Estados Unidos. Su estudio y experiencia directa con la realidad estadounidense le posibilitaron la conciencia de que había, efectivamente, *otra América*, distinta en sus orígenes, formación histórica, carácter y valores morales. Ejerciendo una crítica de aquella sociedad a partir de su referencial ético y moral, el americanismo martiano se basó en la negación de los

Estados Unidos en tanto paradigma sociocultural de todo el continente, y buscó ofrecer una alternativa a tal modelo.

En cuanto a Hispanoamérica, el diagnóstico de Martí fue el de una realidad caótica, fragmentada y conflictiva, que, en su esfuerzo por atribuirle una identidad, su discurso buscó ordenar y unir. Sin embargo, más importante que las unidades políticas y formales en el ámbito del continente americano era la unidad de *alma* y *espíritu*, una unidad en torno a los valores universales, que respetase las diferencias útiles, según él, a la libertad. En su ejercicio ordenador, Martí buscó identificar y sobreponer los elementos de unión a los de fragmentación, poniendo de relieve, sobre la apariencia caótica, la esencia unitaria y armónica de *nuestra América*. Por consiguiente, era necesario que un principio espiritual se transformara en el núcleo fundamental del sentimiento de pertenencia o de comunidad en el ámbito del subcontinente, compartido por aquellos que se identificaban con el «alma americana», que congregaba a todos en la realización de la gran misión universal, del gran deber de humanidad. Al recurrir a la imagen de «familia hispanoamericana», Martí resaltó un sentimiento de comunidad, buscando un argumento básico que sostuviera la idea de una patria mayor. Sin embargo, es notable la omisión y/o exclusión de Brasil del campo de identidad de *nuestra América*, como las escasas referencias martianas al término América Latina, quizás por el hecho de que el adjetivo «latina» pone en evidencia solo uno de los componentes que entraron en la formación de la mezcla *nuestramericana*.

Hacia una identidad *nuestramericana*

Más allá de los factores geográficos, históricos, culturales, étnicos y lingüísticos que tradicionalmente fijan las fronteras delimitadoras de un campo de identidad, Martí sobrepuso los valores morales. La virtud, o su referencial ético en general, fue precisamente el criterio fundamental fijador y seleccionador de los elementos incluidos o excluidos del campo de identidad americano que construyó. Eso se debió a su formación y a sus opciones filosóficas. Desde muy joven, Martí abrazó la tesis de que el cultivo de las virtudes, la rectitud en la moral y en las costumbres, conformaban el único camino para que el hombre vislumbrara una vida armónica con la naturaleza —sentido clave, para él, de la existencia humana.

Tanto es verdad, que la principal exclusión de su campo de identidad —la *otra América*— se debió exactamente a criterios de orden ético. Para Martí, la sociedad estadounidense estaba en proceso de degeneración moral o, en la mejor de las hipótesis, tendía

a una visión limitada en relación con determinados valores y virtudes. Tales valores y virtudes eran bien aceptados en el ámbito de las fronteras nacionales, pero negados fuera de ellas —o aun negados internamente para determinados estratos sociales menos afortunados y/o discriminados. El americanismo martiano se consolidó, sobre todo, en su relación de diferenciación de un otro proyecto de identidad continental, condensado en la idea del panamericanismo y en la propuesta de extender al ámbito continental los valores y el modo de vida estadounidense. En paralelo con la afirmación de lo que se *quería ser* estaría la certeza de lo que *no se quería ser*. Fue, fundamentalmente, por la creciente conciencia de una *otra América* —distinta en su origen e historia, costumbres y valores, cada vez más distante de los ideales martianos de sociedad— que ganó más sentido y fuerza la expresión *nuestra América*. Por eso, Martí veía el continente americano dividido por distintos proyectos de futuro, por diversos sentidos de americanismo, reivindicados por una y otra sección de América.

Otro aspecto destacable es la propuesta martiana de identidad americana que adquirió mayor vigor e intensidad como un proyecto de futuro, no basado exclusiva ni privilegiadamente en elementos anclados en el pasado. La visión martiana de la América real y concreta fue marcada y determinada por la que siempre soñó, pero que todavía no existía. En ese sentido, la relación en Martí entre las dimensiones de lo real y de lo utópico hizo que, a veces, el *deber ser* martiano asumiera el lugar de la realidad, o se mezclara con ella. Así, en el americanismo martiano acabaron predominando las fuerzas de transformación sobre las de conservación. Las premisas básicas que deberían guiar el futuro del continente fueron fieles a la ética humanista de José Martí. Al proponer un «americanismo hospitalario» en sustitución de un «americanismo cesáreo y conquistador», representado por la perspectiva panamericanista, Martí pensaba en un campo de identidad *abierto* al mundo, *interesado* por el mundo, por los ejemplos útiles de las conquistas universales de la mente humana. Admitió que, con cierto criterio, todas las raíces e injertos eran bienvenidos, con tal de que no se olvidase el tronco común americano, como la especificidad de sus frutos y flores en el gran jardín universal.

Si acaso había algún tipo de incongruencia entre la América soñada por Martí y la realidad presente, fragmentaria y conflictiva, imperfecta y contradictoria, el punto de partida continuaba siendo esa realidad presente, que exigía ser transformada y depurada, pero no renegada. Afirmar una identidad americana e integrar la gran marcha universal en una posición de protagonismo no debería implicar una negación de los propios orígenes, de la propia historia, del propio pasado, por más doloroso, desdichado y cruento que este pudiera haber

sido. Mucho menos implicaba negar las potencialidades de un conjunto heterogéneo de pueblos que tenían mucho que contribuir, según Martí, con el aporte de sus virtudes y valores propios, con la riqueza y la diversidad del gran banquete universal de los pueblos. Para el pensador cubano, el verdadero americanismo sería aquel que lograra rendirse al imperativo del humanismo y de las virtudes, los verdaderos cimientos de la América nueva.

En definitiva, coherente con su peculiar visión del mundo y del ser humano, de la naturaleza y de la historia y, sobre todo, con su axiología, el americanismo de José Martí asumió un tono universalista por la vía del humanismo. Un americanismo que logró conciliar, por tanto, una perspectiva de identidad regional americana con determinados criterios de universalidad; que buscó un punto de equilibrio entre la individualidad de cada nación y su integración en una totalidad *nuestramericana*, o, en otro nivel, entre una individualidad *nuestramericana* y una totalidad universal. En ese sentido, su ética humanista se constituyó, simultáneamente, en el factor diferenciador y universalizador de su americanismo. Las virtudes morales acabaron convirtiéndose en el criterio fundamental demarcador de los límites y fronteras de *nuestra América*, al determinar las inclusiones y exclusiones del campo de identidad americana por él reivindicado como una proyección de futuro.

Consideraciones finales

Durante los debates de la Conferencia Americana de Washington (1889-1890), el representante de Argentina, Roque Sáenz Peña —que acababa de ser nombrado ministro de relaciones exteriores de su país—, refiriéndose implícitamente a las reinterpretaciones de la Doctrina Monroe, formuladas por el entonces secretario de Estado estadounidense, James Blaine, finalizó uno de sus discursos con la siguiente frase: «¡Sea la América para la humanidad!».¹ Martí relató este hecho en varias ocasiones. En una crónica para el periódico porteño *La Nación*, en marzo del 1890, definió dicha frase como un verdadero «estandarte» y describió su gran receptividad entre los delegados de nuestra América presentes en la Conferencia. En una carta a su amigo Gonzalo de Quesada, en noviembre de 1889, Martí declaró: «El tiempo me falta; pero no para releer el excelente discurso de Sáenz Peña que acaba con una declaración admirable, que he de poner una y otra vez donde todo el mundo la vea y le he de dar la forma que merece». Y, concluyendo la carta, hizo el siguiente comentario: «¡...qué verdad es que ya están echados los cimientos de lo que yo llamo América nueva!».³

Dichas frases parecen contener una fuerza simbólica muy expresiva, al representar y aclarar precisamente lo que consideramos aquí la esencia del americanismo martiano, cuyas bases buscamos revelar a lo largo de este ensayo. ¿Qué significaría, efectivamente, para Martí, dar una «forma merecida» a la «admirable declaración», y ponerla bien alto, como un «estandarte», visible a todo el mundo? ¿Por qué el pensador cubano se identificó tanto, incluso emocionalmente, como demuestran tantas referencias martianas, con ese lema de «América para la humanidad»? ¿Estaría la recepción y comprensión martiana de tal divisa limitada a una mera cuestión de política continental? ¿Cuál sería la interpretación martiana, en ese caso, de la palabra humanidad, así como de la preposición «para»?

Hay que destacar la posibilidad de que la palabra «humanidad» incorpore al menos dos sentidos distintos. Por una parte, puede referirse a una mera totalidad o agrupación de elementos humanos; en otras palabras, al conjunto de todos los seres humanos. Sin embargo, por otra parte, hemos visto anteriormente que la concepción martiana de humanidad estaba vinculada con un sentimiento de comunidad o con un espíritu de comunión. En esta acepción, el término denotaría más bien «fraternidad» o «benevolencia», asumiendo, por tanto, un sentido eminentemente moral. ¿Fueron esas posibilidades del sentido de «humanidad» que tanto atrajeron y llamaron la atención de Martí por la frase de Sáenz Peña? La preposición «para» también nos sugiere algunas interpretaciones sutilmente distintas. Podría indicar un simple rumbo: América en la dirección de la humanidad, como un fin, objetivo final de un movimiento en el sentido América-humanidad. Por otro lado, podría significar un obsequio, una entrega: América ofreciéndose a la humanidad, abierta a ella, denotando un movimiento en el sentido inverso humanidad-América. Sea cual sea, tales movimientos sintetizaban las relaciones establecidas por Martí entre una entidad particular, América, y otra universal, representada por su ideal de humanidad. La meta clave de este estudio fue, precisamente, demostrar esa interrelación que imprimió un sentido peculiar al americanismo de José Martí.

Notas

1. Sáenz Peña alude al lema de la Doctrina Monroe, «América para los americanos» [N. del E.]
2. José Martí, *Obras Completas*, v. 6, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 124-5.
3. *Ibidem*, p. 125.

© TEMAS, 2007

Un debate literario en *The New York Times*

Yania Suárez

Crítica literaria.

A principios de 2006, *The New York Times* convocó a doscientos críticos, escritores, editores, autoridades del mundo literario para que eligieran la mejor obra de ficción de los últimos veinticinco años en los Estados Unidos. De los ciento veinticinco votantes que respondieron al llamado (el resto, quizás, entendió que era fútil), la mayoría pensó que una novela se ajustaba mejor al rótulo de «obra de ficción». La primera posición, como se esperaba en ciertos círculos, correspondió a *Beloved*, de Toni Morrison, con 15 votos. Aunque todavía pueden leerse en la página digital del diario,¹ copio los primeros resultados: *Underworld*, de Don DeLillo (11 votos); *Blood Meridian*, de Cormac McCarthy (8); *Rabbit Angstrom: The Four Novels*, de John Updike (8); *American Pastoral*, de Philip Roth (7); seguidas de *A Confederacy of Dunces*, John Kennedy Toole; *Housekeeping*, Marilynne Robinson; *Winter's Tale*, Mark Helprin; *White Noise*, Don DeLillo; *The Counterlife*, Philip Roth...²

Sobre las características de las obras y los inconvenientes de esta clase de *surveys* literarios, puede leerse el análisis de Anthony O. Scott, «In Search of the Best».³ No obstante, no es propiamente el contenido

de la encuesta lo que me interesa examinar ahora (aunque una sexta posición para *A Confederacy of Dunces* me inquieta). Scott apunta con justicia la posibilidad de que por «mejor» novela, la mayoría de los jueces haya decidido elegir la novela más relevante desde el punto de vista histórico, permanencia en los programas académicos, presencia de ciertos temas sociales y otras variables —*Beloved*, en ese sentido, cumplía satisfactoriamente los parámetros del momento por ser la obra de un Nóbel, mujer, de tema negro y estudiada en cualquier universidad, de costa a costa, en los últimos veinte años.

Lo que me interesa examinar es un momento del debate que tuvo lugar más tarde en las páginas del diario digital. Después de publicados los resultados de la encuesta, *The New York Times* invitó a dos novelistas (Jane Smiley y Michael Cunningham) y dos críticos (Stephen Metcalf y Morris Dickstein), participantes en la votación, para que durante cinco días —del 22 al 26 de mayo— intercambiaran, en directo, sus impresiones sobre el sondeo a manera de foro *on line*.

La controversia comenzó —sin sorpresa, quizás— con la discusión de la cuestión de mayor peso en el

sondeo, es decir, quiénes lo realizaron. Siguiendo un ideal de «democracia representativa», se computó la índole de los electores divididos en mujeres, minorías, etc. Luego se deploró que la misma representatividad no figurara en el cuadro final de las novelas más votadas —a pesar de la obra ganadora. Ciertamente, hubo también un par de intentos de describir formalmente los resultados, de ubicar dentro del mapa de la ficción actual estadounidense las novelas favorecidas y se lamentó la ausencia de *baby boomers*⁴ y escritores experimentales. De manera que a la segunda mañana, el crítico Stephen Metcalf se expresó de la siguiente forma:

¡Me fascina que en una discusión donde participan dos novelistas prominentes no hayan hablado aún de estética! ¿No es esto lo que hace nuestras preocupaciones tan temporalmente provincianas? En cincuenta o cien años, ¿quién creará que hablamos de raza, clases, género, geografía, e incluso autismo, antes de referirnos a la buena escritura?

Dos horas más tarde, la novelista Jane Smiley responde con una larga reflexión sobre la relatividad del placer estético y después —muchos párrafos después— nos concede su valoración de *Beloved*. Así comienza:

Mi primera premisa con respecto a lo que nos gusta o no nos gusta (o hacia lo que reaccionamos o no reaccionamos) es que nuestras afinidades no son necesariamente razonables o basadas en ninguna clase de «patrón objetivo» o cualidad estética. Están más relacionadas con la emoción o la simpatía —hay algo en una novela que es percibido emocionalmente y que nos conduce a una voluntaria suspensión de la credibilidad o no. Discutir sobre cuál novela es mejor, o incluso sobre las virtudes y errores de una novela en particular es como discutir sobre si tu hermana debe salir con ese sujeto [...] Hay cantidad de supuestas grandes novelas que yo simplemente no puedo disfrutar —*El gran Gatsby* es una. Tengo una «razón» [...] pero, realmente, mi argumento es una posterior justificación de una previa falta de afinidad.

De su extendida disertación, de la que extraje solamente el inicio, quiero llamar la atención sobre un hecho: lo primero que salta a la vista es la existencia misma (o pertinencia) de esa disertación; y sobre la necesidad que sintió Jane Smiley de hacer una larga advertencia antes de valorar una novela, cualquier novela —digamos, *Beloved*.

Una certidumbre me alienta, y es haber observado empíricamente que nadie, nunca, establece las premisas necesarias para cada proposición. Para decir, por ejemplo, que el avión en que viajamos a Europa (supuestamente) vuela alto, no empezamos por advertir que sin la fuerza de gravedad estaríamos perdidos; para decir que se ha roto nuestro reloj pulsera, no realizamos la necesidad de un brazo previo; para decir que Jane Smiley debería entrar de lleno en el tema, no subrayamos que lo fundamental es que este estuviera posicionado

en su cabeza. Si bien esto ocurre como regla general para casi todo lo que damos por supuesto al hablar, de manera particular se empeora, ya que no se pone reparos a aquello que diariamente nos ocupa, que es, para un novelista, saber dónde se encuentra el placer estético, como para un ingeniero dónde la cantidad de corriente eléctrica, no importa que este parta de una convención, y de una inspiración individual el primero.

Que a inicios del siglo XXI una novelista prominente (dos, si se cuenta el silencio inicial de Michael Cunningham), desde un lugar también prominente, sienta el deber de hacer una serie de precisiones, reparos, aclaraciones, antes de valorar las novelas de sus contemporáneos o cualquier obra, es un espectáculo que debería sorprendernos como lectores ingenuos por raro y extravagante, y estimular la suspicacia.

Al lector le es dado profetizar que esta clase de comportamiento solo se deriva de dos estados posibles: Smiley ha actuado bajo los efectos de un repentino, atolondrado, raptó tímido (ya que es inverosímil suponer que todos los días se abstenga de valorar una obra por una serie de consideraciones a propósito). La segunda variante es que ha actuado bajo el influjo de una acumulación de ideas que se han confundido para producir conclusiones atolondradas, en cuyo caso, académicamente, le llamamos «condicionamientos históricos». Me temo que estamos ante el segundo caso. El titubeo de Smiley no es imprevisto.

No es infrecuente encontrar hoy, todavía, esta clase de reparos ante la realidad del placer estético, distinto a cuando T. S. Eliot u Oscar Wilde se preguntaban por aquello que nos hace gustar de una obra. Su origen —quién lo duda— está en la frustración de los intentos teóricos del siglo XX que, sin prestar oídos a la advertencia del Dr. Samuel Johnson (el primer Ph.D.), quien consideró, allá por el siglo XVIII, que «dimitar la poesía a una definición, nos mostraría solamente la estrechez del que define», quisieron producir una descripción precisa de qué es la literatura y cómo nos gusta.⁵ En primera instancia, estos estudios generaron la conclusión de que no sabemos a ciencia cierta qué es el gusto (en abstracto), ni por qué tal obra nos conmueve, ni por qué tendría que conmovernos de la misma forma, y que solo podremos aproximarnos a la emoción del placer estético de manera individual. Todo lo cual, científicamente hablando, desembocó en una incómoda indeterminación. y, después de un largo camino, desembocó en la desconfianza axiológica, en la incertidumbre de los juicios estéticos, en la revisión de los cánones académicos —enfocada más bien en su ampliación demográfica—, etc. No se hablaba de otra cosa en los ambientes universitarios de las últimas décadas; tema que en los Estados Unidos se conjugó con la *political correctness* que venía desde los 60. Nunca antes se puso en cuestión de manera tan sistemática y

distante la realidad del placer estético como en esos años. No fueron artistas quienes lo hicieron, de ahí la distancia. Y de ahí también una curiosa derivación que opera en ciertos discursos filosóficos dedicados a explorar, indagar, describir un fenómeno: el olvido del fenómeno.

De todo esto —que, a propósito, parece haber acabado— queda la vacilación de un escritor para valorar una novela; su escándalo colegial por disentir de un clásico, *El gran Gatsby*. Cincuenta años atrás, un autor del siglo XIX o inicios del XX no expresaría tímidamente, como pillado en pleno delito escolar, su disgusto por *El gran Gatsby*: no solo lo atacaría, sino que, además, se propondría eliminar a Fitzgerald de la geografía y, finalmente, tacharía de insípido al que no compartiera su opinión, dándole la espalda. Por entonces los autores tenían la peregrina seguridad de que de esta manera, con lucha de poéticas y descalificaciones estéticas, se construían después los tediosos cánones académicos, y de que, así, en pleno conflicto con el valor estético, se hacía también, de paso, literatura.⁶

Hoy, Smiley —un escritor, que llamaremos Jane Smiley— repara en que «nuestras afinidades no son necesariamente razonables o basadas en ninguna clase de “patrón objetivo” o cualidad estética. Están más relacionadas con la emoción o la simpatía».

Me permito observar que, finalmente, admitir que el placer estético, el hallazgo que denuncia en nosotros que una obra nos ha complacido, es impreciso, es individual efectivamente, no sigue un «patrón objetivo», solo equivale a enumerar las cualidades que describen su índole, no lo objetan. Y no lo hacen porque no iluminan nada nuevo y temible: siempre ha sido así. El placer estético es una emoción que después nombramos. Me permito decir que parece real.

Con respecto a la existencia del placer estético solo veo dos caminos posibles: o se indaga en él, o se acepta como una intuición. La primera es una trayectoria esquiva si se toma con intenciones totalizadoras —como sabía Wilde, la belleza es vacía. Sin embargo, es la vía que aún pertenece a aquellos artistas que, obligados a ofrecer al mundo una forma de placer, pueden fijarla, iluminarla, como un arte poética. En ambos casos, participar de un largo, cambiante, proceso de consenso, es forzoso, ajeno a nuestra voluntad; quizás la más bella de sus manifestaciones sea que los lectores continúen admirando un libro, con fuerzas suficientes como para perpetuarlo muchos años después de su publicación.

El argumento de la lectura condicionada, esgrimido como sustituto de esta variable, no me convence: la lectura —nos advierten, advierte también de alguna manera Smiley—, está condicionada, mediatizada, por ciertos prejuicios sociales, de suerte que la afectan con gravedad, o la desvían.

De cierta manera, no lo discuto. No digo que no se pueda llegar a ese punto y que el contenido social o histórico interfiera en la selección de una obra por encima del mero placer de leerla. Cosas así suceden todo el tiempo, y el lugar privilegiado para que ocurran es la Academia: entre los lectores con una conciencia histórica de la literatura, que buscan la «relevancia» de un texto teniendo en cuenta un sinnúmero de variables. Esto es frecuente. El lector cándido no hace esto. El lector hedonista (y entre ellos quisiera contarme), busca en la literatura entretenimiento, emociones y, cuando más —si ha sido muy malogrado—, aprender algo. Si esto no aparece y en cambio se enfrenta a un aburrido aluvión de contenidos morales, abandona el libro aunque en su vida diaria comparta esos contenidos —el cavernícola se irá a pegarle a su mujer, no a leer el *Elogio de la mujer chiquita* del Arcipreste de Hita (que es divertido, pero no para él).

No hay obras morales o inmorales, sino buenas o malas, dijo Wilde. Este aviso suyo iba por varios caminos, pero sobre todo por el que indica que la primera sanción es estética. Voy a intentar ponerlo en un silogismo simple: si la elección de una obra, el primer gesto para señalarla, no es producido por el placer estético, entonces no estamos hablando de un objeto estético, estamos hablando de otra cosa.

Con el transcurso de los días, discretamente, en el debate, cada cual fue dejando saber sus preferencias de manera espontánea, poco a poco, como si nada estuviera pasando.

Notas

1. www.nytimes.com/2006/05/21/books/fiction-discussion.html?_r=1&oref=slogin.
2. Dos de ellas (*Beloved* y *El regreso del conejo*) pueden ser consultadas en la Biblioteca Nacional José Martí.
3. A. O. Scott, www.nytimes.com/2006/05/21/books/review/scott_essay.html?
4. Término que se aplica, en los Estados Unidos, a los nacidos después de la Segunda guerra mundial y antes de la Guerra de Viet Nam (1946-1964), época de un *boom* en la tasa de natalidad. La expresión ganó notoriedad sobretudo a partir de un libro de Steve Gillon, *Boomer Nation*. [N. del E.]
5. Las obras de este género literario fueron disímiles: algunas se complementan, otras se oponen, se confunden, unas pocas propenden verdaderamente al placer (las páginas de Terry Eagleton o Roland Barthes, hasta donde conozco, lo consiguen), pero la mayoría lo olvida.
6. Es por ello que tengo la impresión de que, a pesar de todo, nunca se respetaron tanto las grandes listas de autores.

De cómo se forjó la identidad cubana en sus encuentros culturales con los Estados Unidos

Jorge Ibarra

Historiador.

Toda obra genuinamente precursora, en tanto desbroza caminos y enuncia nuevos problemas, no se plantea solventarlos, sino contribuir de algún modo a su esclarecimiento. Este parece ser el caso de la obra del Louis Pérez, Jr., historiador de las relaciones internacionales entre Cuba y los Estados Unidos.¹ Autor de algunos de los más importantes estudios relacionados con esta temática, se acerca al área de contactos culturales que se creó entre el naciente imperio estadounidense y la última de las naciones latinoamericanas en obtener su independencia, en el siglo XIX. Contactos que han asumido, en ocasiones, el carácter de préstamos e intercambios entre la cultura cubana y la estadounidense y, en otras, de imposiciones culturales inducidas políticamente. Tras estos procesos se encontraban las prestaciones recíprocas que en el plano cultural efectuaban dos pueblos vecinos, pero también las aspiraciones de dominio del poderoso vecino del Norte.

Asistido por el método geertziano de descripción densa —la *thick description*—, el historiador reconstituye paso a paso la bien documentada monografía del proceso cubano de formación nacional escrita hasta 1959.

La nacionalidad cubana no aparece evaluada como un resultado final, sino como un proceso histórico. Por eso, lo más significativo de sus hipótesis es el análisis del modo en que distintas manifestaciones culturales estadounidenses se integraron a la comunidad cultural cubana. Hasta el presente, el proceso de formación nacional cubano había sido estudiado a partir de sus componentes culturales fundamentales —hispanicos, africanos, aborígenes y chinos—, sin que se tuvieran en cuenta las contribuciones culturales estadounidenses a la comunidad nacional y a la psicología social. La obra incursiona también en la manera en que distintas manifestaciones culturales cubanas han confluído en las estadounidenses.

La historiografía revolucionaria de Cuba no oculta ni reniega los procesos de sincretismo cultural en los que los cubanos participaron de *motu proprio*. Tampoco abjura de imposiciones que fueron asimiladas, en última instancia, por la cultura nacional. Por el hecho de constituir una nacionalidad forjada desde el siglo XVI, en el curso de un prolongado período de luchas contra los mecanismos de dominio colonial, los naturales del país, primero, y los cubanos después, pudieron integrar

elementos formativos de otras civilizaciones y adaptarlos a sus conveniencias y fines propios, sin que se quebrantase la identidad nacional. La tenaz resistencia de los cubanos en la larga duración de la hegemonía cultural estadounidense, radica precisamente en que no constituye «un pueblo sin historia», o de «muy breve historia», definida en esos términos por algunos que han reducido sus luchas por la nacionalidad al siglo XIX. Si bien esta se fraguó en los primeros siglos, su consolidación y las premisas para la aparición de la nación se forjarían de manera definitiva en los campos de Cuba Libre y en los empeños revolucionarios de las ciudades en el curso de las guerras de independencia. Las luchas por la constitución del Estado nacional cubano se extendieron y alcanzaron a las naciones vecinas del continente, donde se asentó una numerosa emigración cubana. Fueron los Estados Unidos, sin embargo, el escenario donde se radicaron los contingentes más numerosos de emigrados y donde se llevaron a cabo las principales actividades políticas y organizativas de ayuda al esfuerzo libertador de toda la Isla. Una investigación histórica sobre las relaciones culturales cubano-norteamericanas debía tener como punto de partida la documentación de este período histórico en el poderoso vecino del Norte. Ahora bien, por muy importante y decisiva que fuera la emigración cubana, la ayuda que aportó y el influjo que ejerció sobre ella la cultura norteamericana, el proceso de formación nacional cubano en el siglo XIX, como un robusto árbol, tuvo sus raíces y su tronco en la Isla y sus ramas en el exterior.

De manera parecida, en ese tronco se injertaron formas institucionales y culturales estadounidenses y latinoamericanas. Así, las constituciones cubanas redactadas en los campos de Cuba Libre se inspiraron en las estadounidenses o adaptaron instituciones como el *habeas corpus*, fundamentales en el sistema representativo de los Estados Unidos y ausentes de la ordenación jurídica de la colonia española. Por eso, el autor nos dice «que gran parte de lo que se convirtió en cubano comenzó como norteamericano» para aclarar poco después que «los cubanos pudieron adoptar y tomar prestadas, libre y frecuentemente, las formas culturales norteamericanas. Pero el proceso implicaba una selectiva apropiación y siempre adaptación». Ahora bien, «para que eso pudiera ocurrir [...] tenía que existir previamente una noción de *cubanía*, a la que se adaptaban variaciones como forma de adaptación». En tanto estudioso de la historia de Cuba, nuestro colega y amigo se cansa de saber eso, solo que está escribiendo la *otra historia*, la que no conocemos suficientemente y carga la mano de ese lado, como acostumbramos en ocasiones los historiadores, limitados con frecuencia por las fuentes con que trabajamos, y por nuestras

inclinaciones personales cuando investigamos un territorio virgen.

De ahí que esta reseña crítica deba revisar, en primer término, el proceso de transculturación que tuvo efecto en la emigración cubana en los Estados Unidos. No será fútil preguntarnos, como lo hace el autor, cómo la larga estancia de la emigración cubana, los viajes y los estudios en los Estados Unidos transformaron la mentalidad de los cubanos. ¿Actuaron las formas culturales de la modernización como un atractivo irreversible o provocaron actitudes de repulsión en los cubanos que se relacionaban con los Estados Unidos? Cuando consultamos el *Diario* y la correspondencia de Francisco Vicente Aguilera, la documentación de Eugenio María de Hostos o la obra de José Martí, así como la prensa revolucionaria y otras fuentes cubanas en los Estados Unidos, nos convencemos de que tuvo lugar un parteaguas ideológico en la emigración revolucionaria de la Guerra Grande, que no dejó de tener consecuencias en la Guerra del 95. Los hacendados y comerciantes emigrados simpatizaban, se inclinaban o eran partidarios de la anexión, del protectorado o de otra forma de dependencia política. Los obreros, artesanos y la clase media se manifestaban por la independencia. Al menos esa era la gran división de la emigración que constaté en las fuentes referidas. No se debe pensar, sin embargo, que esas alineaciones regían en todas partes y en todas las circunstancias. Había indefiniciones, indiferencia, vacilaciones y oscilaciones en los distintos integrantes de los grupos y clases que formaban la emigración. Como sabemos, cuando estudiamos casos concretos o individuales esas diferencias son las que cuentan.

A mi modo de ver, el autor caracteriza de manera acabada la incidencia que tuvieron los patrones culturales estadounidenses en la población negra y en las mujeres emigradas. La brutal discriminación racial del sur y la racionalizada del norte de los Estados Unidos, no podían atraer ni seducir a los emigrados cubanos de piel oscura. En cambio, la libertad y facultades que disfrutaban las mujeres en ese país representaban un paradigma para las cubanas, en contraste con la ausencia total de derechos que sufrían en la Isla. Ahora bien, lo que resultó decisivo fue la participación activa de las mujeres en las gestas independentistas y el papel que les tocó desempeñar en el hogar sentó las bases para que, desde entonces, ocuparan un lugar relevante en la educación de sus hijos y en la escuela cubana.

Una vez expuestas determinadas consideraciones sobre el alcance de la obra, es preciso remitirnos a la hipótesis central de su autor. De acuerdo con Lou Pérez, los cambios por los que atravesaron las manifestaciones culturales estadounidenses en los años 50 del siglo pasado estuvieron estrechamente vinculados con la crisis

económica y política de esos años. En ese orden de cosas, uno de los méritos del autor consiste en que ha hecho posible que podamos recordar el alcance de la presencia cultural estadounidense en la sociedad neocolonial cubana y el abrumador peso del *American way of life* en la psicología de algunos grupos y clases sociales. Hoy día resulta asombroso concebir que el conjunto de representaciones culturales foráneas descrito tan meticulosamente por el autor, desapareciera en gran medida en el curso de una década bajo el impacto de los cambios revolucionarios que tuvieron lugar en el imaginario nacional y en la mentalidad del cubano. Un desenlace tan precipitado como el que tuvieron los hechos en los años 60 resultaba imprevisible incluso para sus protagonistas históricos de primera línea. Solo ahora podemos aproximarnos a explicar la resolución radical que tuvo aquel proceso histórico. Pensamos que el autor ha reconstituido acuciosamente las formas que asumió el absorbente influjo civilizatorio estadounidense y ha aportado las claves para comprender el gran rechazo cultural cubano de los años 50 y los 60 a esa presencia. De ahí la necesidad de investigar en qué medida, cómo, cuándo, dónde, y por qué importantes sectores de la sociedad aceptaron, se sometieron de mal grado o resistieron ciertas pautas culturales estadounidenses. En ese sentido, resultan obvias las preguntas que nos formulamos con apremio. ¿Fue imprevisto el repudio cultural cubano de los años 50 y los 60? ¿Había antecedentes de resistencia nacional a los aspectos impositivos de la presencia cultural estadounidense? ¿O a lo largo de los años en que tuvieron lugar los contactos descritos, la gran mayoría de los cubanos se allanaron, o aceptaron de buen grado, la presencia cultural estadounidense? Se ha ensayado una respuesta a esas preguntas por parte de los historiadores cubanos, pero la ausencia de esos antecedentes en una investigación tan minuciosa y articulada como la de Lou Pérez, así como la condición principiante de nuestros estudios, por muy innovadores que puedan haber sido, nos estimulan más que nunca a continuar las investigaciones por el sendero emprendido. El estudio de los contactos culturales de Cuba con los Estados Unidos seguirá siendo un tema de prioridad en nuestra historiografía.

Uno de los aciertos de la obra consiste en la valoración sobre la incidencia que tuvieron en la formación nacional cubana distintos procesos modernizadores procedentes de los Estados Unidos. Así, en el curso del libro, se esboza la definición de la modernidad por destacados representantes de los círculos de poder norteamericanos y de la burguesía dependiente, por una parte, y por distintos exponentes democráticos de la nacionalidad cubana, por otra. De ese modo, mientras las concepciones utilitarias estadounidenses de modernidad y civilización

se ciñen esencialmente al nivel de vida y a la civilización material, las definiciones progresistas cubanas tienen en cuenta esos fenómenos, pero se fundan sobre todo en el contenido ético de los procesos civilizatorios, acentuando los principios de solidaridad y justicia social, sin los cuales no es concebible una existencia culta y pacífica.

Desearíamos exponer algunos desafíos y cuestiones no resueltos del todo por el autor, que los historiadores cubanos debemos afrontar en el curso de nuestras investigaciones. Una de sus contribuciones más importantes a la historiografía cubana ha sido enunciar una diversidad de problemas que permanecían invisibles en el horizonte de los historiadores del período, a la vez que proponer, de manera implícita, distintos caminos a investigaciones ulteriores.

Los procesos modernizadores que supusieron la integración de la plantación al mercado mundial hicieron acto de presencia en Cuba, provenientes de Europa, en el transcurso del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX. Solo en la segunda mitad de ese siglo comenzaron a tornarse dominantes las corrientes de progreso y modernización originadas en los Estados Unidos. De ahí la necesidad de estudiar el alcance de ese desplazamiento, la forma en que relevó gradualmente al influjo europeo y, sobre todo, la manera en que afrontó a la hegemonía cultural española en la región occidental de la Isla en el siglo XIX. Por último, como se destaca en algunos pasajes de la obra, la conciencia nacional formada durante el curso de las gestas independentistas asimiló de muy diversas maneras las formas culturales extranjeras, integrándolas para el cumplimiento de sus fines particulares, sin que se resintiera la identidad nacional. Desde luego, la irrupción de los modos y valores estadounidenses hizo sus estragos de mayor impacto en la burguesía plantacionista y en la alta clase media criolla, donde prevalecía una actitud dependiente frente a la relación colonial.

En una conferencia efectuada en la Universidad de Princeton, el profesor Jerry Alderman comentó el resumen de uno de los capítulos de *On Becoming Cuban*, leído por Lou Pérez, y enfatizó la necesidad de «ubicar socialmente» los efectos de la presencia cultural estadounidense en Cuba; o sea, qué grupos, estratos o clases hicieron suyos los presupuestos ideológicos y culturales estadounidenses y los incorporaron de manera integral a su identidad. Quien ha estudiado procesos culturales complejos como la recepción de las películas o la propaganda comercial consumista norteamericana por el público cubano en el pasado republicano, sabe lo arduo que resulta discernir la preferencia de ciertos estratos o clases sociales, en relación con otros, por determinadas manifestaciones culturales foráneas. Por haberse realizado esta investigación en los Estados

Unidos, el autor solo tuvo acceso a las fuentes a su alcance en los archivos y hemerotecas de la Unión. Es significativo que los testimonios citados en la obra para determinar la actitud de los cubanos hacia ese país, hayan sido de periodistas, escritores, funcionarios, religiosos, militares, etc., que expresaban fundamentalmente las actitudes de la clase media ilustrada y de ciertos sectores de la burguesía dependiente ante el fenómeno de la presencia cultural norteamericana en Cuba, aunque se refiriesen en ocasiones a fenómenos de conjunto que afectaban la mentalidad colectiva de los cubanos. De la misma manera, las personalidades letradas citadas por el autor procedían, en general, de La Habana, por lo que resulta muy difícil hacer extensivos sus criterios a los de la intelectualidad del resto de la Isla.

Durante la lectura del texto nos percatamos de que el autor alude con alguna frecuencia «a los cubanos» cuando está refiriéndose a personajes de la burguesía dependiente y la alta clase media, lo cual confunde al lector con respecto a lo que se propuso significar en realidad. Destaquemos, de paso, que los testimonios invocados con el propósito de demostrar en qué grado la sociedad se había norteamericanizado reflejan no solo actitudes dependientes, sino también de malestar, inconformidad y disgusto con la presencia estadounidense en el país. Entre estos últimos, podemos encontrar alguna que otra figura representativa de la burguesía doméstica sometida a los Estados Unidos, que se traicionaban a sí mismas expresando inconscientemente el carácter negativo de la presencia estadounidense en el país.

Para ubicar socialmente la incidencia de las formas culturales estadounidense en las personas que trabajaban con sus manos, el autor hubiera tenido que remitirse a sus fuentes en Cuba; o sea, a los archivos sindicales, la prensa obrera, las décimas campesinas, la documentación judicial, las estadísticas laborales y de niveles de vida, entre otras. Investigaciones orientadas en este sentido contribuirían a deslindar en qué grado la norteamericanización alcanzó o no a las clases laboriosas de la sociedad. El esclarecimiento de estos procesos nos permitiría conocer, a la vez, en qué medida existe una continuidad ideológica entre la mentalidad plattista y norteamericanizada de las viejas clases dominantes cubanas y la de organizaciones subversivas radicadas en los Estados Unidos después del triunfo de la Revolución cubana, como la Fundación Cubano-Americana, de tendencia anexionista.

Otra de las cuestiones traídas a la consideración de los historiadores cubanos por el autor son las derivaciones de la presencia cultural estadounidense en la mentalidad de los distintos estratos y clases de la sociedad. De ahí surgen preguntas del siguiente tenor: ¿En qué sentido los intercambios y préstamos culturales

podieron enriquecer el acervo cultural de la nación? ¿De qué manera la dependencia cultural de ciertos estratos y clases a los Estados Unidos, provocó fenómenos de enajenación y desnacionalización más o menos generalizados? La inversión de la última interpelación puede darnos una idea más definida de la incidencia que pudieron haber tenido los préstamos o las imposiciones culturales en la identidad del cubano: ¿acaso la afición por el tabaco, el azúcar y el café cubanos y el gusto por la música de la Isla, condicionaba fenómenos de deculturación o desnacionalización en sus consumidores europeos y estadounidenses?

Desde luego, la dimensión de la invasión norteamericana en Cuba, de sus productos y manifestaciones culturales, no guarda proporción con la influencia que pudiera ejercer en otros países la exportación de las mercancías cubanas y sus expresiones culturales. Pensamos, sin embargo, que la presencia cultural debe ir acompañada de determinadas relaciones de dependencia económicas y políticas, como las que existían en Cuba, para que tuviesen efecto procesos de desnacionalización o deculturación en las clases y estratos sociales directamente subordinados al capital foráneo. Los vínculos de dependencia se observan diáfananamente en los capítulos de la obra referidos a los enclaves azucareros del capital financiero norteamericano o la base naval de Guantánamo. Las relaciones de subordinación asumen una forma más evidente y concreta: ya no se trata solamente de la afición por las formas culturales estadounidenses inculcadas por los medios masivos de comunicación o la invasión de productos procedentes de ese país; ahora nos encontramos frente a las relaciones sociales de trabajo específicas, que se entran en las propiedades norteamericanas y en la base naval arrebatada al pueblo cubano. Se trata del enfrentamiento directo de los patrones y militares yanquis con los trabajadores cubanos y las formas imperativas y coercitivas que asumen. La descripción fiel de esas relaciones da cuenta del rigor y la fidelidad con que el autor ha incursionado en el escenario.

En una obra del espíritu crítico de la presente no podían faltar referencias al papel de los medios de comunicación masiva en la conformación de la mentalidad consumista y del *American way of life*. Desde luego, la presencia cultural estadounidense no implicaba tan solo la idiotización colectiva de la población en el consumo de la pacotilla y los chiclets Adams. El intercambio económico y cultural suponía también la disciplina y la eficiencia que se adquiría en las maquinarias que movían la manufactura azucarera y otras empresas industriales de avanzada. De acuerdo con Lenin, el *know how* y las nuevas pautas laborales que se derivaban de los métodos introducidos en la industria automovilística por Ford, así como su comercialización, debían ser

incorporados inexcusablemente al socialismo. Lo mismo podría decirse de los métodos de comercialización en el mercado internacional.

Las únicas manifestaciones culturales de origen estadounidense que han conservado su integridad en la Isla han sido la pelota, las películas y la música. Su persistencia revela que constituyen el núcleo de los intercambios y préstamos culturales que tanto el pueblo cubano como el estadounidense hicieron suyos, *motu proprio*, más allá de las contingencias políticas. El análisis que efectúa el autor de las connotaciones patrióticas que ha tenido la afición por el beisbol desde el siglo XIX revela que la adopción del deporte de origen estadounidense no atentó nunca contra la identidad nacional. En un momento en el que se hacía patente el repudio de los cubanos por las corridas de toros, alentadas por los peninsulares residentes en la Isla, surgió la afición por el beisbol como un medio de expresar el rechazo al dominio colonial español. La elección tenía otras implicaciones. Los toros constituían un espectáculo sangriento en el que se sacrificaba un animal, mientras que la pelota era un entretenimiento más atrayente y humano. Como destaca el autor, este deporte ha constituido el medio más idóneo para expresar los sentimientos nacionales, a los que se da rienda suelta cuando los equipos cubanos se enfrentan con los norteamericanos.

El análisis del carácter dual del acercamiento de los cubanos a los filmes estadounidenses sugiere que los intercambios culturales, cuando son resultado de una elección libre de las partes, no implican una mengua de la identidad. La actitud cubana en relación con su contraparte cultural ha sido tomar aquello que es afín a su manera de ser, y rechazar lo que atenta contra su integridad. Los cubanos no se veían reflejados en las pantallas de los cines, veían la posibilidad de asumir formas alternativas de existencia y nuevas conductas ante la realidad. En una coyuntura crítica como la que vivía el país, las películas de Hollywood provocaron reacciones distintas. Los que se sentían descontentos y frustrados no podían hacer suya la visión edulcorada y los *happy ends* hollywoodenses. En las películas se mostraban unos niveles de vida y de consumo que no eran los de los cubanos y a los que estos no podían aspirar. En todo caso, se podía divagar con príncipes y princesas azules de la Columbia Pictures, o forjarse ilusiones sobre el medio ambiente suntuoso en el que se desenvolvían los personajes, pero esos eran sueños

fugaces para el cubano medio. Los filmes de violencia se adecuaban más a la realidad cubana, en la medida en que la grave crisis que vivía el país alentaba reacciones de ese tipo y la coyuntura demandaba una solución drástica. De esa suerte, las creaciones de Hollywood intervenían en la realidad cubana resaltando por contraste las peligrosas dislocaciones y antagonismos que vivía la sociedad cubana y sugiriendo remedios radicales. Hasta aquí el lúcido análisis del autor. La persistencia de la afición por los filmes estadounidenses como espectáculo y entretenimiento, a cincuenta años del triunfo revolucionario, plantea más de un problema a los estudiosos de la sociedad cubana. A diferencia de los Estados del socialismo real, que obstaculizaban e inhibían al máximo la proyección de filmes occidentales, la Revolución cubana contribuyó a que se siguieran proyectando en los cines y en la televisión. En ese orden de cosas, los filmes norteamericanos han sido expuestos con más frecuencia. La política flexible y amplia que siguió Cuba en ese sentido habla muy bien de la estabilidad y la salud de la Revolución. La percepción y la distancia crítica desde la que el público cubano ha justipreciado las producciones filmicas del Norte dan cuenta de la madurez alcanzada en el curso del proceso revolucionario. Más cercana aún es la devoción con que cubanos y estadounidenses experimentan sus triunfos y fracasos en el terreno de la pelota. El diálogo al que nos convoca la obra magistral de Lou Pérez en torno a la cultura y las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos es el mismo al que emplazan los cambios políticos en América Latina, los acuerdos de condena al bloqueo estadounidense de la Asamblea General de las Naciones Unidas y los llamados reiterados de la Revolución cubana a discutir el diferendo con el agresivo vecino desde la década de los 60 del siglo XX.

Nota

1. Louis A. Pérez, Jr, *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.